
Feliz Cumpleaños amiga
IOVA G.P.

FELIZ CUMPLEAÑOS AMIGA

IOVA G. P.

Diciembre 2025
1ª Edición
Depósito Legal: M—005779/2021
Nº de Asiento Registral: 16/2021/8854

Contenido

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
EPÍLOGO

A mi hijo, a mi madre

CAPÍTULO 1

Esta semana estamos las cuatro amigas de lo más alterado por la fiesta de cumpleaños de Yolanda, que será este fin de semana en su casa de la playa, en Marbella.

Tenemos un grupo en WhatsApp llamado "Las 4 magníficas", si es que a modestia no nos gana nadie, porque cuando una va cumpliendo años lo más importante es quererse a sí misma. El caso es que lo he tenido que silenciar porque es imposible trabajar con continuos avisos, bien de mensaje de voz, a eso la más aficionada es Teresa, de texto, o miles de emoticonos.

Podemos parecer unas adolescentes con esta actitud, pero no, ya hemos rebasado los cuarenta y con vidas muy distintas, pero nuestro cariño sigue intacto.

Somos como mosqueteras, si alguna necesita nuestro apoyo, ahí estamos, todas para una y una para todas, aunque no nos veamos todo lo que nos gustaría. Y este es uno de los motivos por el que también estamos en la cresta de la ola con los mensajitos, porque ni más ni menos que vamos a pasar cuarenta y ocho horas juntas, exclusivamente nosotras, fuera maridos, hijos y todos los problemas laborales. Solo nuestros bodis y nuestras ganas de reír.

Ya habéis visto que somos cuatro. Nos conocemos prácticamente de toda la vida, sobre todo Paloma y yo, que estudiamos en el mismo colegio de monjas y eso une mucho pero que mucho. Yolanda y Teresa son hermanas y llegaron a mi vida, de la mano de Paloma, años más tarde.

Ahora creo que debo ir presentando a las protagonistas de la historia, aunque realmente es la mía.

Nuestras personalidades no pueden ser más distintas. Teresa es la soñadora, está soltera, porque espera que su amado llegue con brillante armadura subido en un caballo blanco, ha visto demasiadas veces la película *Pretty Woman*. Yolanda está infelizmente casada, pero lo disimula muy bien. Paloma está separada pero no tiene el

divorcio. Y yo debería de adoptar una decisión sobre mí matrimonio, porque hace cuatro años me enteré que mi marido no es que tuviera una aventura, es que tenía una relación desde hacía casi dos años con una compañera de trabajo, concretamente de su equipo, con la que habitualmente viajaba. Una chica que yo conozco y que con su santa cara ha estado hablando conmigo como si nada en las cenas de navidad de la empresa y en las últimas ya estaban juntos. Debió de pensar que era gilipollas. A día de hoy seguimos juntos, creo que le perdoné, pero no al cien por cien.

Durante todos estos años hemos pasado por muchas y diferentes situaciones. Hemos llorado, reído, enamorado, desilusionado con los hombres… incluso dejado de ser amigas por un tiempo. Pero siempre nos reconciliábamos, parece que tenemos una cuerda invisible que nos mantiene unidas de alguna forma.

Mi relación con Yolanda y Teresa se fortaleció mucho a raíz de un viaje a Estados Unidos, a *Los Ángeles* concretamente, para ver a ésta última que estaba estudiando allí. Fue un viaje tan sumamente atropellado que todavía, a día de hoy, nos seguimos riendo de todo lo que nos pasó… nada ni medio normal, como echarnos sus compañeras del apartamento del campus y, sin tener a dónde ir, acabar durmiendo como polizones en la sala donde se guardaba el material deportivo, por ejemplo.

Me dejo de dar rodeos y paso a contar como son nuestras vidas hoy en día. Evidentemente, ya no somos esas cuatro alocadas, aunque bueno, algo siempre queda.

Actualmente, Paloma vive todo el año en Málaga, Yolanda se casó con un español afincado en Londres y Teresa y yo vivimos en Madrid. Así que vernos asiduamente es imposible.

Nuestras profesiones son muy diversas. Paloma que es muy vivaracha tiene una agencia inmobiliaria y como te descuides te vende arena en el desierto. Yolanda tiene tres hijos y su marido es un alto ejecutivo de una multinacional alemana, no trabaja. Su hermana Teresa, se dedica a la moda, su empresa es la que organiza la semana de la moda en Madrid y Barcelona y asiste a diferentes ferias en Europa y yo trabajo en una empresa organizadora de eventos. Puede parecer de lo más glamuroso, pero

os aseguro que terminas hasta las pelotas de aguantar las tonterías de algunos clientes. Y encima subida a tacones todo el día. De ahí mi modelo de fin de semana, pantalones vaqueros y zapatillas, para que descansen mis torturados pies.

Voy a centrarme en la historia que, como dice mi madre, *me voy por los cerros de Úbeda.*

Con la fiesta de cumpleaños, miedo me da la que puede organizar Yolanda, pero de lo que estoy convencida es que el resultado será perfecto, porque eso sí, cuida cada detalle. Mi marido se queda con nuestras hijas, tenemos dos, la mayor tiene doce años y la pequeña nueve. Se llaman Carlota y Candela, respectivamente. No es que sea así de generoso, no, es que él siempre se va un fin de semana en julio con sus mejores amigos, cada año lo organiza uno diferente del grupo. Por no decir todo lo que tiene que viajar con motivo de su trabajo, a veces de lunes a jueves está fuera. Así que, mira, me parece bien que pringue un poco ejerciendo de padre y servidora liberarse un poco.

Alejandro y yo tenemos casa también allí, en *Estepona*, un bonito ático con una vista espectacular al mar, lo mejor de la casa, siempre lo digo, su gran terraza. Hacemos mucha vida durante el verano, sobre todo por la noche, porque nos gusta sentarnos en las tumbonas y prepararnos una copa y charlar relajadamente, cuando nuestras hijas ya están en su habitación. Se respira paz.

Es curioso, pero las vueltas que da la vida y al final vuelves al punto de partida de alguna forma y todas nos juntamos en el mismo lugar. Así que, en verano, en algún momento, siempre organizamos una quedada de chicas. Como nuestros maridos no se llevan especialmente bien, nos facilita el terreno de vernos nosotras a solas. Casi mejor, no os voy a engañar, porque gran parte de la conversación gira en torno a ellos y mis amigas diciendo una y otra vez que no entienden porque sigo a su lado después de tener unos cuernos que llegan a Groenlandia.

¿No os pasa a vosotras cuándo quedáis con vuestras amigas, que os sentís mucho mejor? Creo que es la mejor terapia. Soltar todo lo que llevas dentro, hace que te sientas más ligera. Poder hablar abiertamente de cómo te sientes, aunque en mi caso, me juzgan por

mi gran cobardía. En fin… Siempre digo que las personas que dan un paso adelante y son capaces de decir hasta aquí, son muy valientes. Y en mi caso, debo estar hecha de otra pasta o es que soy demasiado conversadora. Y este fin de semana, lo tengo claro, en algún momento seré la estrella invitada volviendo a mi situación con mi marido.

Pero volviendo al plan de este maravilloso fin de semana, que, ahora mismo, es lo más importante. Nuestro programa es el siguiente: el viernes Teresa y yo salir en el tren de las seis de la tarde destino Málaga, porque así nos da tiempo a terminar de trabajar e ir a casa a por nuestra maleta. Y allí nos espera Yolanda para ir a Marbella que, como he dicho, es dónde tendrá lugar *nuestro evento del año,* concretamente el sábado por la noche. Así que durante el día tenemos pensado aprovechar y broncearnos el sol, y no parar de cotorrear, si no, no seríamos nosotras. Porque si os dais cuenta, todos nuestros trabajos son de estar en contacto directo con mucha gente y eso es igual a tener que hablar. Por eso definiría nuestros perfiles como mujeres bastante sociables.

Tachando los días para nuestra deseada escapada.

Ganitas que tenemos.

Pero hasta llegar el ansiado viernes, resulta que esta semana está siendo de locos en mi trabajo y estoy agotada, porque una farmacéutica nos ha contratado para organizar un congreso médico de cardiología. Vienen de todas partes de España, casi doscientos asistentes y algunos desde Portugal, Francia e Italia. Las sesiones serán en IFEMA (Palacio de Congresos y Ferias de Madrid), pero hay que organizar los traslados, alojamientos y cenas de todos ellos. Una locura. Es más, por la noche en la cama sigo trabajando, pero al menos ya libre de tacones. Y en ese momento es cuando leo los miles de mensajes de nuestro chat.

Paloma.*Vamos a ver, qué tengo un lío tremendo sobre qué meter en mi maleta. No hago otra cosa que abrir el armario, sentarme enfrente y no puedo decidirme.*

Teresa.*Eres muy pesada. Tú con cualquier cosita estás guapa.*

Respuesta, varias filas de emoticonos.

Yolanda.*Anda que seguro que aciertas. Por cierto, a Patri la tenemos desaparecida. Nos ignora.*

Teresa.*Es que está con el tema del congreso a tope. Y nosotras somos un tanto pesadas. Yo creo que llevaré un pantalón negro y una blusa del mismo color.*

Paloma.*Ya estamos con la viuda sin serlo. Hija, un poco de color a la vida. Qué es verano. Vete de compras y por favor, algo floreado, por ejemplo.*

Teresa.*No es mi estilo y lo sabes.*

Paloma.*Lo que único que sé es que debes de cambiar de color.*

Yolanda.*Son las diez de la noche y sin noticias de Patri ¿Estás ahí?*

Decido incorporarme a la conversación, que luego se mosquean.

Hola guapas. Aquí estoy, en la cama, con las piernas estiradas porque, efectivamente, tengo los pies destrozados. Os he leído por encima. Teresa, pasa de Paloma y lleva lo que te apetezca que para colorido ya está ella, ja, ja, ja. Estoy deseando estar con vosotras y salir de aquí. Os quiero. Besos.

Hasta el viernes, nuestro chat es un no parar y yo hasta arriba de trabajo.

Con todo este lio, la parte positiva, siempre hay que buscar una, es que la semana está pasando rapidísimo y, por fin, ha llegado el deseado viernes y, a pesar de mí cansancio, no puedo dejar de sonreír. Estamos a unas horas de nuestro *gran* reencuentro.

He quedado con mi marido en que me acerca a la estación porque los viernes suele estar en casa más temprano. En el coche vamos en silencio, escuchando música y al llegar le doy un beso fugaz, abro la puerta del coche, me bajo rápido y la cierro dando casi un portazo. Voy corriendo con mi pequeña maleta al encuentro de Teresa, esquivando a todos los pasajeros que, como nosotras, emprenden viaje de fin de semana. Si algo tengo claro es que no quiero malgastar ni un segundo. Ganas de que comience nuestro, espero, maravilloso fin de semana. Al llegar al punto de encuentro me pongo a mirar hacia todas partes buscándola casi con ansiedad. Ya la veo, la saludo con la mano levantada, acelero el paso, casi sin mirar a

atrás. Cuando estoy a su altura nos damos un abrazo, *vamos,* decimos al unísono, eufóricas.

Caminamos abrazadas, maduritas desatadas…

Curiosamente, durante el viaje vamos extrañamente calladas. Yo escuchando música y aprovechando para descansar con los ojos cerrados y Teresa leyendo unos documentos en el móvil que le acaban de llegar sobre una feria a la que tiene que confirmar si va o no.

Casi tres horas más tarde estamos en Málaga y, efectivamente, Yolanda está esperándonos. Y de nuevo se repite el mismo gesto que en la estación de Atocha, aceleramos el paso y cuando estamos las tres juntas, nos fundimos en un abrazo. De camino a su coche nos confirma que el plan para esta noche, el que yo pensaba, cenar tranquilamente las cuatro en el jardín, eso sí, esperamos que su marido capte la indirecta y nos deje solas. Y el del día siguiente, aprovechar tostándonos al sol, para lucir un buen tono por la noche, y lo más importante, darlo todo, todo, porque queremos brillar.

Paloma, aunque vive cerca, también se queda a dormir con nosotras, yo comparto habitación con ella. Ha confirmado por nuestro chat que llega un poco más tarde, porque tiene que dejar redactados unos contratos de compra para el lunes a primera hora de unos rusos que han adquirido una maravillosa villa con vista al mar y eso a mi amiga le dejará una buena comisión. Según llegamos, deshacemos las maletas y nos cambiamos de ropa, con un modelo *piscinero* total, es decir, camiseta de tirantes, pantalón corto y chanclas.

¡Qué empiece el fin de semana!

En el jardín, todas cambiadas, abrimos nuestra botella de vino blanco bien fresquito y nos sentamos en los sofás. Creo que llevamos tres copas en nuestro cuerpo cada una ya y por eso la conversación se vuelve más intensa y personal, y damos rienda suelta a nuestros pensamientos. En ese momento confesamos realmente la vida que llevamos. Desde fuera estupenda, pero siempre hay zonas oscuras que pocas veces queremos ver y hablarlo aquí con ellas es una especie de salvavidas. Al menos en mi caso es así, porque de otra forma, me volvería loca del dolor ante la

infidelidad de mi marido, llevando juntos casi veinte años, entre novios y casados, toda una vida. Fue una gran putada, de la que todavía no estoy recuperada del todo y, sinceramente, no lo estaré nunca.

¿Cómo me enteré? os preguntareis. Fácil. Descubrí que tenía dos teléfonos. Un día al buscar en su maletín un documento que tenía que firmar yo, abrí una cremallera del interior y ups… apareció ese otro misterioso. Él tiene en todas partes la misma clave, probé y acerté. Y ahí me encuentro un montón de fotos con una guapa rubia de ojos marrones en actitud cariñosa que inmediatamente reconocí. Imágenes en muchos lugares donde él fue de viaje de negocios. Me tuve que sentar en la mesa del despacho de casa, porque no me sostenían las piernas. En un segundo, tu mundo perfecto se va a la mierda.

Alejandro está en la ducha en ese momento, así que no es consciente de nada hasta que se asoma a la puerta para preguntar si ya he firmado la autorización para la semana de inmersión lingüística del colegio de nuestra hija mayor. Tengo el móvil en la mano, él dirige su mirada al teléfono y después a mí para intentar averiguar qué pasa por mí mente. Lo raro es que no lloro, soy incapaz, es como si mi cuerpo y mente se hubieran desconectado, estoy en shock, he mirado las fotos, pero mi cerebro se niega a reconocer lo que mis ojos han visto. Porque aún con esas pruebas delante, dudo que pueda ser real. No me lo puedo creer. Pero ahí están las imágenes, incluso en la cama de un hotel, tumbados con las sábanas revueltas y ellos sonríen a la cámara con ojos de haber dormido poco y follado mucho. Me siento estúpida, sobre todo porque la noche anterior habíamos hecho el amor en nuestra habitación, después de regresar él de Marsella, como hacía mucho tiempo, nos entregamos con pasión, no teníamos prisa, nuestros cuerpos se movían rítmicamente y ambos llegamos a tener un maravilloso orgasmo. Y ahora al ver esas fotos… Noto como la bilis llega a mi boca y tengo que poner las manos para evitar vomitar ahí mismo e ir corriendo al baño. Siento rabia, desconcierto, miedo ante lo que acabo de ver y por la terrible posibilidad de que esa vida que hemos construido con mucho esfuerzo se esfume. Pero sobre todo,

lo peor es que en ese momento, mirándolo a los ojos, me siento insignificante. Y la gran pregunta que torpedea mi cabeza *¿Cómo ha podido hacerme esto a mí? ¿Me lo merezco?*

Incluso soy tan tonta que me culpo a mí misma porque quizás he desatendido nuestro matrimonio por llegar demasiado cansada como para *jugar* con mi marido. Pero no, si aquí hay un culpable, esa no soy yo. Estoy tumbada en el frío suelo del baño, con su teléfono móvil en la mano, durante no sé cuánto tiempo. Pero no puedo estar allí siempre. Tengo que afrontar la situación, me lavo la cara y abro la puerta, dejo el teléfono encima de la mesa y me voy. Él no dice nada, creo que no sabe afrontar esta situación. Yo tampoco. Por eso y cosa rara, decido salir a correr. No sé si para alejarme de mi casa o de mí matrimonio o de todo.

Al volver empapada en sudor, una hora más tarde, me lo encuentro sentado en el salón esperando a tener esta conversación, como poco desagradable. Parece tranquilo, pero sé que no lo está. No sabe cuál puede ser mi decisión. Teme que sea solicitar el divorcio. Me siento frente a él, en el otro sofá y con una frialdad, para él desconcertante, le pido que me cuente toda la historia. Estamos casi tres horas hablando. Dice que todo fue poco a poco, a base de ir juntos de viaje, cenas, reuniones… hasta que un día en el viaje a París, dando un paseo por la noche de camino al hotel, sin saber cómo, se besaron. Y así empezó todo.

Mira tú que romántico, París, dando un paseo por la noche, de película. Y yo aquí llegando corriendo a casa, para estar con nuestras hijas, estar pendiente de los deberes del colegio, cenas, acostarlas, mientras mi marido está de lo más entretenido, tirándose a una jovencita con todos los gastos pagados por la empresa, además. Mi cabreo va en aumento porque en ese momento la basura del suelo vale más que yo, así me siento. Por supuesto, lo primero que le pido es que salga de nuestra habitación. Tengo que pensar mucho. Pero en claro acto de cobardía, no suelto la temida frase por él, *quiero el divorcio.*

A partir de ahí, no soy capaz de mirarlo a la cara. Hasta pasados unos días, ya con las niñas en la cama, él me pide hablar de nuevo. En su cara veo arrepentimiento, miedo, pero... ¿amor? Promete que

romperá con ella, que nuestra familia es lo más importante y que, si yo lo permito, apuesta por nosotros. Palabras que cualquier mujer enamorada quiere escuchar. Pero mi cabeza no deja de enviar un mensaje *haberlo pensado antes, cabrón, de meter tu lengua en una boca que no es la de tu mujer* y se lo suelto, casi gritando.

Pero él insiste que me quiere, que lo intentemos, bla, bla, bla…

Al final no me separo y después de unos meses vuelve a nuestra cama, soy una soberana cobarde, lo sé. Cierto que a raíz de esa conversación y de su promesa de romper, por arte de magia sus viajes disminuyeron y llegaba a casa más temprano de lo habitual ¿Qué puedo hacer? ¿Creer? ¿O ser valiente y mandarlo a la mierda?, eso hubiera sido lo correcto, terminar nuestro matrimonio. Pero en ese momento yo no tenía fuerzas para hacerlo. Y ahora ya no viene mucho a cuento. Porque él apostó por su familia.

La situación de Yolanda es casi peor. Ella quiere separase, pero su marido no se lo pone fácil y en este caso no hay terceras personas, simplemente un desgaste de relación. Te puedes casar muy enamorada, pero la convivencia es la peor enemiga del amor, sin duda.

Paloma, a raíz de su separación, decidió dar un giro a su vida y se trasladó a vivir a la Costa del Sol, a Marbella, es una enamorada de la zona y cuando tuvo la oportunidad de llevar una nueva oficina que abría su empresa inmobiliaria, no lo dudó. Pero esta noche ella tiene una exclusiva, nos confiesa que tiene una ilusión. Nos alegramos tanto… se lo merece. Como ya llevamos un cierto puntillo por los vinos que hemos tomado, nos levantamos, vamos hacia ella y empezamos a besarla. Nos comenta que tiene cerca de cincuenta y seis años y tiene varios restaurantes conocidos por la costa del sol. Es separado y tiene tres hijos ya estudiando sus carreras en Madrid. Ojalá tenga suerte.

Teresa es la más idealista. Persigue un amor perfecto. Cree que un día aparecerá su príncipe. Pero eso no existe. Que me lo digan a mí. Mi príncipe se convirtió en rana. Pero en este cuento, la princesa que soy yo sigue muy enamorada de su marido o eso quiero pensar. Aunque muchas veces esas imágenes del móvil aparecen y todo se vuelve negro.

Al final, entre charla y charla, las cuatro, nos hemos bebido dos botellas de vino y empezado una tercera, sobra decir que estamos de lo más achispadas. Pero felices de estar juntas, eso no cabe duda. Más tarde de lo esperado, casi a las cinco de la madrugada, recogemos todo y nos acostamos. Pero en la habitación seguimos charlando Paloma y yo. La escucho entusiasmada hablándome de Gerardo, por lo visto llevan casi cuatro meses de relación y la muy pilla, bien calladito que lo tenía.

Es curioso, pero tengo no se… una corazonada que no puedo describir con respecto a la fiesta de mañana. Estoy como inquieta. A ellas no pienso decírselo porque empezarían *ya está con sus tonterías… pero también saben que cuando tengo una corazonada, no suelo equivocarme.*

De repente, se pone seria.

—Y ahora que estamos solas, dime en qué punto te encuentras con Alejandro.

—Pues ni yo misma lo sé. Se supone que lo ha dejado con ella. Pero no tengo la certeza y tampoco quiero saberlo. Me rompí ¿Entiendes? Así que, ahora, nuestra relación de pareja funciona. Las niñas son felices. Todos felices.

—Deberías plantearte una aventura para que reciba su merecido. Eres una tía currante y atractiva. Que se joda ese cabrón. Qué pruebe de su propia medicina, a ver qué tal le sienta. Es un gilipollas y perdona, pero no puedo callarme.

—A ver Paloma. Eso una no lo planifica. Supongo que Alejandro no lo planificó, no creo que un día saliera de casa una mañana y pensara en el coche… *Mira, hoy inicio una relación paralela*… eso no funciona así.

—Vale, pero no me respondes. No estás siendo clara, —insiste Paloma.

Me veo tan acorralada e incómoda...

—Mi respuesta es la misma ¡No lo sé!

—Quien sabe, mañana puede que conozcas a un atractivo maduro y te vuelvas loca en la fiesta. —Empezamos a reírnos las dos en la cama.

Tiene unas cosas…

—Estás loca, perder la cabeza a mi edad, casada y con dos hijas. No lo creo.

Casi está amaneciendo según veo por la ventana de nuestra habitación y no soy capaz de dormir, no dejo de dar vueltas a la conversación que hemos mantenido ¿He tenido oportunidades de ser infiel a mi marido? Supongo, pero nunca he sido receptiva. Bastante liada tengo mi vida. Al final, tras muchas vueltas en la cama, consigo quedarme dormida, fruto del agotamiento y de haberme pegado con la almohada al no encontrar la postura. Me despierto sobre las once de la mañana y con un gran dolor de cabeza, normal, tanto vino anoche y tantas vueltas en la cama, así que creo que lo mejor que puedo hacer es prepararme un café y salir a la piscina, a ver si nadando mejoro y logro quitarme esta pesadez de la cabeza.

Soy la última en levantarme. Ellas ya están en el jardín con la música tomando el sol. Y yo aparezco con mi taza de café bien cargado y casi sin poder abrir los ojos porque el sol me deslumbra, pero ellas están tan frescas ¿Ninguna tiene dolor de cabeza?

Increíble.

—Joder hija, —suelta Yolanda—, ya nos estábamos preocupando…. ¿La proximidad al mar te ha bajado la tensión?

—Calla que tengo un dolor de cabeza insoportable. Querría nadar un poco, a ver si así me recupero, ¿tenéis plancha del pelo para después?

— Si —dice Teresa—, la he traído.

—Perfecto. Pues me cambio y al agua.

—Sí, sí, hazlo porque tienes una cara de acelga que da miedo, —*comenta a gritos Paloma como no podría ser otra.*

Antes de entrar en el agua, me siento en el borde de la piscina, para que mi cuerpo se vaya aclimatando al cambio de temperatura, y estoy así unos minutos, mientas no dejo de mover los pies sumergidos y una vez más perdiéndome en mis pensamientos. De nuevo me asalta esa corazonada sobre la fiesta y, de nuevo, estoy inquieta y sigo sin decir nada a mis amigas. Decidida, me lanzo de cabeza al agua y me pongo a nadar y, al rato, noto como poco a poco ya no duele tanto. Después de veinte minutos nadando estoy como nueva. Salgo, me seco un poco con una toalla, y me tumbo al

sol. Esto es vida, desde luego. Sin niñas, sin marido, sin prisas, sin problemas, un regalo.

—¿A qué hora empiezan a traer todo lo de la fiesta?, —pregunta Paloma.

—Pues sobre las cinco, —responde Yolanda.

—Oye, y al final ¿cuántos somos? porque no nos has dicho nada, —pregunta su hermana Teresa.

—Pues sobre treinta más o menos. Hay de todas las edades, pero a partir de cuarenta para arriba.

Teresa, interesada, pregunta a su hermana,

—¿Algunos potables o todos para vomitar?

— A ver eso es según gustos, —dice Yolanda—. A mí un hombre me puede parecer atractivo y a ti horroroso. Todos tenemos nuestro público. Si no menudo asco de vida.

Nos reímos las cuatro. Pero tiene razón.

Hoy mi mejor amiga es la tumbona, lo tengo claro. De aquí no me muevo hasta la hora de ir a la ducha y arreglarme. Estoy totalmente relajada, con mis gafas de sol y la música de fondo. Ups… pero acabo de darme cuenta que no he hablado con mi familia. Me levanto y busco mi bolso que lo tengo en el dormitorio y llamo a ver que se cuentan.

A los dos sonidos, descuelga la llamada Alejandro.

—¿Cómo estás allí por el paraíso?, —dice Alejandro, siempre intentamos mantener un buen tono entre nosotros, sobre todo cuando las niñas están delante.

—Pues ahora mismo tirada en una tumbona al sol. Así que divinamente.

—Ya lo creo, —contesta él—. Y las locas, ¿qué tal? Supongo que como siempre, hay cosas que no cambian, —dice riéndose—, por muchos años que pasen.

—Efectivamente, hay cosas que no cambian o no deberían. Es lo mejor…

De repente, sin darme cuenta, nuestra conversación se ha enrarecido y se crea un gran silencio entre nosotros. Desde su infidelidad, las palabras las medimos mucho para evitar

susceptibilidades. Hablo con las niñas unos minutos y de nuevo, al ponerse él, de una forma correcta decidimos concluir la llamada.

—Alejandro, ya hablamos, si te parece.

—Perfecto. No quiero robarte tiempo de estar con tus amigas un fin de semana. Eso sí, envíame fotos esta tarde para ver lo guapa que vas a la fiesta y enseñárselas a las niñas.

—Eso está hecho. Besos.

Siempre habrá ese poso entre nosotros. Esa desconfianza. Pero él eligió seguir con nosotras. Se podía haber marchado y no lo hizo. Comodidad, costumbre, quien sabe, me gustaría pensar que también, porque no decirlo, amor hacia mí. Pero hoy paso. Ya está. Fuera pensamientos negativos.

Y efectivamente, a las cinco la casa es un trasiego de gente, entrando y saliendo, con mesas altas, taburetes, luces, flores, …

Yo me quito del medio y voy a la habitación a descansar y estoy un buen rato así, mirando al techo con la mente en blanco, mirando un punto inconcreto, hasta que entra como un huracán Paloma y me saca de mi trance, para abrir su maleta y ver los posibles modelos para la noche.

Con lo tranquila que estaba…

La hora acordada para la llegada del resto de los invitados es a las nueve. A las siete ya está todo preparado para la fiesta. Los del catering también andan ya por ahí. Han puesto una mesa larga para el buffet básicamente frío y otra con todo tipo de bebida, ahí estarán dos camareros de forma permanente para atender las consumiciones y otros dos yendo entre los invitados dispersos por el jardín con bandejas con copas de todo tipo de bebidas. Los observaré y, si me gusta cómo trabajan, preguntaré a Yolanda el nombre de la empresa para apuntármelo por si tuviera que organizar algún evento por la zona. Cerca de la piscina habrá un DJ con una mesa pequeña de mezclas, que amenizará toda la noche, hasta las dos de la madrugada creo, nos ha comentado Yolanda que será música de esta que te sabes y que no paras de cantar, mientras te ríes desgañitándote. Y yo, esta noche, quiero darlo todo.

Al final, me decanto para la fiesta por un vestido, modelo lencero, de color gris perla, y una rebeca fina de verano larga del mismo

color. En el cuello, como complemento, collares de fantasía de perlas blancas, grises y otro de azabache. Me encanta ese efecto. Habitualmente los llevo así, no solo de noche, también en el trabajo, porque con una camisa, pantalón vaquero, blazer y zapatos tacón, queda espectacular.

Ya todas arregladas, nos hacemos un montón de *selfies*. Y lo prometido es deuda, así que le envío una foto a mi marido antes de salir al jardín. No obtengo respuesta por su parte y confirmo que la ha visto porque aparece el tic color azul. En otro momento, me comería la cabeza, pero esta noche, no. Alejandro ni tú ni nadie va a fastidiarme la fiesta. Y las nueve de la noche, tal y como estaba previsto, comienzan a llegar sus invitados. En un rincón del jardín vamos poniendo sus regalos, que abrirá a las doce de la noche.

Algunos los conocemos, muchos son de Madrid y otros viven fuera, pero tienen su residencia de vacaciones en esta zona.

Nosotras estamos a lo nuestro en una de las mesas altas distribuidas por el jardín, charlando las tres, porque Yolanda está atendiendo a todo el mundo.

En un momento dado se acerca a nosotras con tres maduritos. Está claro que nos los va a presentar. Yo no estoy muy interesada en conocer a nadie, pero cualquiera le dice que no. Así que toca sonreír. Aunque, observando al trío, uno de ellos me llama poderosamente la atención, es impresionantemente guapo, tanto que creo que tengo la boca abierta y no soy capaz de cerrarla. Es alto, su pelo es de color rubio oscuro y tiene unos ojos marrones muy expresivos, su mandíbula es bastante cuadrada, pero creo que es el típico que no es consciente de la reacción que provoca en las mujeres. Podría ser modelo de catálogo perfectamente, no cabe duda. Lleva un pantalón chino beige, camisa blanca y botines marrones de ante. Se llama Iñigo. Calculo que puede tener nuestra edad, o eso creo. Sus amigos son Carlos y Mateo. También bastante atractivos. Pero yo no puedo apartar los ojos de él. Siento como si mi interior se llenara de burbujas, tanto es así que me produce un dolor en el costado y de forma instintiva pongo ahí la mano. Pero no son burbujas, es algo… una sensación que no conocía. Incluso la música que está bastante alta en el jardín, la he dejado de escuchar. Es como si todos mis

sentidos se hubieran centrado en él, creando una revolución en mi interior. Revolución que me está provocando que me falte el aire.

Iñigo no deja de mirarme de una forma bastante descarada. Tanto es así que me incomoda y giro la cabeza hacia otra parte del jardín que no tiene el más mínimo interés, pero necesito salir del radar de sus ojos. Nos damos todos dos besos a modo de saludo y Teresa empieza a preguntar que si viven aquí.

—No en Madrid, conocemos al marido de Yolanda y a ella por negocios, —contesta Carlos.

Vaya calladito que tenías estas amistades. Amiga. Ya hablaré contigo seriamente mañana.

Yo no he dicho ni una palabra, me limito a escuchar la conversación. Mientras Teresa sigue el interrogatorio.

—¿Y qué negocios habéis tenido con mi cuñado?, porque tiene varias líneas.

—Pues en este caso concreto, Iñigo es el dueño de una sucursal de banca privada de un gran banco y le ha estado asesorando como mejorar sus inversiones. Nosotros somos amigos de Iñigo, —contesta Carlos—. Yo soy veterinario y Mateo trabaja en IBM.

Después de todas estas presentaciones, Iñigo me pregunta,

—Y tú Patricia, ¿no dices nada? —Oír mi nombre dicho por él hace que mi cuerpo de un respingo.

—Pues no tengo inversiones sobre las que asesorarme, no tengo mascota y mi ordenador funciona perfectamente. Así que no, no tengo mucho que decir.

Los dejo bastante cortados, porque el grupo se ha quedado en silencio mirándome fijamente. Creo que he sido bastante brusca, creo no, lo confirmo, pero no sé qué me ocurre, normalmente no soy así, suelo ser muy moderada y, por mi trabajo, acostumbrada a tratar con todo tipo de gente. Puede que haya sido un arma defensiva ante el estado en que me encuentro por la presencia de Iñigo y lo que me ha producido.

Tanto Teresa como Paloma me miran atónitas porque saben que esas reacciones no son propias de mí.

Solo sé una cosa, tengo que huir de la escena.

—Perdón, ahora vuelvo. Si me disculpáis.

Huyo de la escena del crimen porque, socialmente hablando, es lo que ha sido. No he podido ser más maleducada y me siento un tanto avergonzada. Voy al cuarto de baño, cruzando el jardín hasta el interior de la casa, no diría que corriendo, pero sí a un paso acelerado.

Puede que ya tenga respuesta a mi corazonada y mi inquietud. Y tiene nombre, Iñigo.

CAPÍTULO 2

Voy al baño de nuestra habitación para refrescar mi cuello, abro el grifo y con un coletero que tengo en el bolso me recojo el pelo para no mojármelo. Después, me siento un rato en el inodoro a que se me pase esta sensación tan rara, porque tengo un sudor frío y me tiemblan las piernas ¿Qué me ocurre? No me encuentro bien ¿Habrá sido el sol? Debe de ser eso.

No te engañes.

¡*Calla*! Contesto en alto a mi yo interior.

Debo estar cerca de quince minutos ahí sentada. Cuando me siento más tranquila, y mis piernas han dejado de temblar, salgo y voy a la cocina a beber agua, aunque todavía tengo un cierto tembleque en las manos. Estoy de espaldas y noto como alguien entra.

—¿Estás ya mejor?, he visto que te has quedado un poco pálida de repente, —*es su voz*—.

Sin girarme, contesto,

—Mejor, gracias. He tomado mucho hoy el sol, debe ser eso y me ha debido de bajar la tensión. Voy de nuevo al jardín y doy un paseo, seguro que con eso ya me recupero.

Contesto casi sin mirarle a la cara, pero tenerlo delante y a escasos centímetros de mí, hace que mi cuerpo se desestabilice de nuevo y por eso busco apoyo en la encimera de la cocina, ya que, de otra forma, creo que podría terminar en el suelo.

De nuevo las burbujas y de nuevo pongo mi mano en el costado.

—Vale, —contesta él—. De repente, te has quedado pálida como he dicho y por eso me he preocupado. Venga, salgamos juntos, no vaya a ser que te vuelvas a marear y te caigas al suelo.

¿Me lee el pensamiento?

—De acuerdo, —contesto de forma escueta.

Vamos callados. Creo que no tenemos claro cómo empezar una conversación. Por eso nos reunimos con el resto de nuestro grupo y

sigo callada, no vaya a ser que tenga otro cortocircuito en mi cabeza y a saber qué puede salir de nuevo por mi boca. Así que debe pensar que no tengo habilidad social.

Yo sigo en mi mundo interior, preguntándome el motivo por el que mi cuerpo, ante la mirada de este absoluto desconocido, ha reaccionado así. Porque es la primera vez que me ha ocurrido en mis más de cuarenta años.

De repente, el Dj pone una canción que me encanta y me vengo arriba. Tiro de Teresa y busco a Paloma para ir todas a bailarla, incluso Yolanda se una a nuestro trío. Lo damos todo, riéndonos, y cantando la letra a todo lo que nos dan los pulmones. Ha sido liberador. Y mi cuerpo se ha recuperado de no sé cómo describir lo ocurrido.

Terminada la canción, justo pasa por nuestro lado un camarero y todas queremos una copa de vino blanco fresquito para nuestras gargantas secas. Y juntas las tres vamos hacia otro grupo de invitados, exactamente con los que anteriormente había estado hablando Yolanda cuando pasé por su lado despavorida hacia el interior de la casa. Pero la conversación me aburre. Se nota mucho que han venido a ver si ligan.

Lo veo venir… mañana otro terrible dolor de cabeza. Pero ahora la noche es joven y mañana será otro día.

Iñigo continúa mirándome. Tanto es así que retiro la mirada de nuevo.

Esto, más que una fiesta de cumpleaños, parece una quedada de citas.

Después de unas horas de pie y habiendo dado saltos con la canción, me empiezan a doler los pies, momento de cambio de zapatos para lo que reste de noche. Por eso, me calzo mis Adidas blancas que también quedan bien al conjunto. Con ellas puestas, salgo de la casa y camino un poco y me fumo un cigarrillo. Llevo el móvil en la mano y miro la hora, son las once de la noche, es una buena hora para llamar a casa y hablar con Alejandro y que me cuente el día de hoy e intentar rebajar la tensión con la que hemos colgado esta mañana. O no, estoy dudando si debo hacerlo. En esas

estoy cuando de nuevo escucho mi nombre. Y la voz que, aunque la acabo de conocer, sé de quién es, Iñigo.

—Veo que eres huidiza, toda la noche huyendo. ¿De qué o de quién huyes Patricia?

Mis piernas vuelven a flaquear y mi interior de nuevo se llena de esa sensación de burbujas. Con él me siento tímida, sin saber muy cómo comportarme.

—No. Simplemente, quería cambiarme de calzado y ahora salgo a caminar un poco para fumar tranquila un cigarrillo. Prefiero que no me vean fumar. Es una tontería mía. No lo hago con frecuencia. Es casi mi pequeño secreto.

—Entonces ¿Fumas en momento de stress? ¿Estás nerviosa ahora?

Este tío juega en un equipo de fútbol de primera división. Y yo en tercera regional si es que eso existe.

—No, para nada, no estoy nerviosa.

Mentirosilla.

Con una sonrisa que lo volatiliza todo y con las manos metidas en sus impecables pantalones, me dice,

—Entiendo. Entonces, ¿Te importa que nos demos juntos ese paseo?

—No, sin problema.

Empezamos a caminar los dos en silencio, él continúa con las manos metidas en los bolsillos, con la cabeza baja, aunque de vez en cuando percibo cómo me mira de reojo. Vamos así hasta llegar a la playa, es una noche realmente preciosa con miles de estrellas. Nos sentamos en un escalón de acceso, y allí podemos ver la luna reflejada en el mar y las luces de los barcos pesqueros al fondo.

Al final pregunto y de paso rompo el hielo.

—¿Qué pasa, las fiestas no te gustan? Porque has salido huyendo, yo tengo disculpa, necesitaba aire fresco y ahora tengo que volver porque es el cumple de una de mis mejores amigas. No puedo faltar en el momento tarta y apertura de los regalos, —sonrío, mirándolo a los ojos.

—Pues verás, me encantan las fiestas y por eso he venido. Pero me interesa más saber de ti.

Muerta y enterrada me acabo de quedar ¡Qué fuerte! Este cañón está interesado en saber de mí, pienso atónita. Tras escuchar esa frase, creo que mis ojos se han salido de las cuencas. Tengo que recomponerme.

Carraspeo un poco antes de contestar.

—Pues verás mi vida no es que sea muy interesante. Es bastante vulgar, por decirlo de alguna forma.

—Déjame que eso lo decida yo, —responde con su estupenda sonrisa—. Así que bueno, dime, ¿desde cuándo sois amigas?

—Pues desde siempre. Creo que desde hace más de veinte años hemos viajado juntas, conocido a diferentes novios y a nuestros maridos... —*Esto lo subrayo*.

—¡Ah! Estás casada, —veo como su gesto cambia.

—Pues sí y tengo dos hijas. Una de doce y otra de nueve. Son mis princesas. Las adoro.

—¿Y llevas casada mucho tiempo?

—Pues casada cerca de catorce años, juntos veinte, unos cuantos.

—¿Eres feliz?, —su pregunta tan directa, me sorprende y, en ese momento, pienso que no es nada procedente.

—Buf… define feliz… porque la contestación puede ser muy extensa. Me gusta mi trabajo, tengo dos hijas fantásticas, vivimos en una bonita casa, en una buena zona, tenemos un buen nivel de vida. Desde fuera, diría que todo maravilloso. ¿No?

—Yaaa… ¿Y?, —dice Iñigo.

—Tienes razón siempre hay un y… Pero esa respuesta es muy personal. Así que te quedarás con la duda, lo siento. No me gusta airear mi vida privada con alguien que conozco desde hace unos cinco minutos. Supongo que lo entiendes.

Él, ante mi respuesta, me regala una sonrisa que me desarma, tanto es así que mis piernas de nuevo casi no me sostienen. Su pelo con la brisa del mar se mueve despeinándolo y a mí con ganas de meter mis dedos en ese cabello.

—Y dime Iñigo, ¿tú estás casado, soltero, separado…?

—No me he casado nunca, he vivido en pareja muchos años, cerca de siete, pero nos hemos separado recientemente y sin hijos. Pero tengo un perro maravilloso.

Nos reímos.

— Es un buen resumen efectivamente, —contesto.

Miro la hora y veo lo tarde que es.

—Creo que debemos volver a la fiesta. Si no, mi amiga abrirá los regalos y yo no estaré. No me lo perdonaría nunca.

—Estoy de acuerdo.

Así que regresamos juntos, pero caminando tranquilamente, como si ninguno tuviera prisa en incorporarnos al evento de la noche. En el fondo es como si para ambos la fiesta hubiera pasado a un plano secundario.

—¿Hasta cuándo te quedas por aquí? —se interesa él, ha rozado mi brazo para ponerme frente a sus maravillosos ojos.

—Pues hasta mañana, Teresa y yo volvemos en el tren de las siete de la tarde. El lunes, vuelta a la rutina. Pero ha sido un respiro en el ritmo de locos que llevamos en Madrid.

—Es verdad. Toda la razón. De vez en cuando estos paréntesis vienen muy bien.

—Ya lo creo, —contesto.

Estamos llegando a casa de Yolanda. Y efectivamente, se dispone para abrir los regalos. *Justo a tiempo*. Está como loca. Parece una cría. No maduraremos nunca. Su marido y el resto de mis amigas están inmortalizando este momento con miles de fotos.

Mis amigas preguntan qué donde he estado;

—Has desaparecido, —dice Paloma en un tono de cierta preocupación—. ¿Te encuentras bien?

Normal, lo último que supieron de mí es que fui al baño y de eso hace más de una hora. Hasta que se percata de que no vengo sola.

—Estoy bien. He salido a fumar y a darme un paseo y pensando sobre si llamar a Alejandro, pero al final me lo he pensado mejor y no he hecho la llamada.

—Ya veo, —contesta, mirando a Iñigo.

No se le escapa nada, vaya tía. Luego en la habitación hará un interrogatorio de tercer grado, menos mal que no tenemos un flexo, si no me lo enchufa en la cara hasta que cante como una gallina y le relate todos los detalles, paso a paso. Desde la infidelidad de

Alejandro, lo tienen bastante atragantado y están deseando que él pruebe de su misma medicina.

A partir de ese momento, él no se separa de mí.

Terminada la apertura de regalos, los invitados vuelven a dispersarse por el jardín. Nosotros vamos a por un plato para comer algo porque no he probado bocado en toda la noche y sin venir a cuento, suelta,

—Patricia, comamos juntos mañana, por favor, vayamos a un chiringuito en la playa a disfrutar de un espeto de sardinas, —la forma tradicional de prepararlas en Málaga, a la brasa en la playa—, por ejemplo, es que me encantan, por eso te planteo ese plan. Pero si no te gusta, buscamos otras opciones. Pero lo que quiero oír es un sí por tu parte.

—¿En serio? ¡A mí también me gustan mucho las sardinas! No puedo irme de aquí sin probar uno. Pero no creo, porque a ver qué plan tienen ellas para mañana y luego por la tarde ya nos despedimos. Lo veo un poco difícil. Es un fin de semana para nosotras.

¿Qué me pasa?… Esos ojos… Su sonrisa…

—Patricia, por favor. Quedemos mañana.

—Tengo que pensarlo, de verdad. No lo veo adecuado. Estoy en casa de una amiga por su cumple. Irme mañana contigo… lo tengo que hablar con ellas, de verdad.

—Dame tu número que lo grabo.

Este tío va a matar… pero se lo doy sin pensarlo demasiado. Estoy como abducida. Me hace una llamada perdida para que yo grabe el suyo. Y sin darme cuenta tengo su número.

—Mañana cuento con disfrutar de un espeto contigo a la orilla del mar. No admito un no.

—Mañana te confirmo. Te mando mensaje. Ya lo hemos hablado. Ellas son muy importantes para mí y no quiero que se molesten.

—Perfecto. Pero te digo una cosa, tengo la sensación de que tus amigas no pondrán problemas a quedar conmigo. Se las ve tías muy enrolladas. Me caen bien. Muy distintas todas, pero a su vez encajan las piezas.

—En eso te doy la razón. Nuestros caracteres son muy diferentes, pero a la vez compatibles.

A partir de ese momento, mantuvimos las distancias hablando con otros invitados, pero os lo confieso, por el rabillo del ojo estuve controlando toda la noche por dónde andaba. Y lo más alucinante de todo fue el mensaje que me lanzaba mi cuerpo traidor.

¡Ve a comer mañana con él!

Yo, llena de dudas, porque me encontraba allí con mis amigas por el motivo que ya sabéis y que considero que tiene su importancia. Y no tenía muy claro si era del todo correcto largarme con un absoluto desconocido que provocaba en mí todo ese *tsunami* de emociones. Aunque, por otro lado, ir a un chiringuito es algo de lo más inocente ¿No? Pero estoy segura al cien por cien que mañana cuando se lo diga a ellas, me lanzarán a sus brazos sólo por joder a mi marido, aunque él ni se entere.

La fiesta termina cerca de las cuatro de la mañana. Bueno, para ser más exactos, esa es la hora que nos quedamos solas. Porque nosotras en ese momento aprovechamos y nos tomamos las cuatro una copa en los sofás del jardín, relajadas, comentando lo bien que ha estado. Total, las seis de la mañana es la hora en la que caigo desfallecida en la cama. Y, afortunadamente, me libro del interrogatorio por parte de Paloma, porque ella también. Así que el domingo nos despertamos cerca de las doce, y nos sentamos con nuestros cafés en el jardín.

El marido de Yolanda ha quedado, así que no está en casa.

Parece que ha pillado la indirecta, dejarnos a nuestro aire.

Para ser nosotras, estamos demasiado calladas, hay un silencio solo roto por las gaviotas que sobrevuelan a cierta distancia pero que incluso relajan.

De repente Yolanda nos pregunta,

—Chicas creo que anoche todo salió bastante bien, ¿no?

Que le gusta que la regalen el oído. Esto ya lo hablamos anoche…

—Estuvo genial y bueno, el regalazo de tu marido también, es precioso el coche, —suelta Paloma—. Pero anoche no sé qué la pasó a Patricia, de repente desapareció y apareció muy bien acompañada

por Íñigo. Que, por cierto, está buenísimo. Así que cuéntanos amiga… ¿Qué te pasó?

Acaba de llegar la hora de la verdad. Tengo seis pares de ojos clavados en mi cara.

¡¡Ostras!!, Iñigo, pienso. *Tengo que llamar*, doy un bote en la hamaca. A ver cómo puedo plantearles el tema de irme a comer con él.

—Chicas. Os tengo que comentar que anoche Iñigo me propuso comer un espeto de sardinas en algún chiringuito, pero no me apetece mucho. Prefiero estar con vosotras. Esto ya lo hablé anoche con él. No estoy muy animada.

No quiero dar muchas más explicaciones. Sé, porque las conozco, que con esto de comer con él las he despistado, porque es mucho más jugoso.

Paloma da un salto de la tumbona.

—A ver… Iñigo. El Iñigo que anoche llevaba una camisa blanca que no es que esté bueno, está lo siguiente. Con el que te vi y no quieres dar muchas explicaciones en este momento. ¡¡Tú eres tonta!! Por supuesto que te vas con él a un chiringuito. Vamos, te doy una patada en el culo y sales volando.

—No sé. Tengo muchas dudas. ¿Qué sentido tiene quedar con él? Además, es un fin de semana nuestro. Prefiero estar con vosotras. Le he conocido anoche. No significa nada en mi vida.

—Bueno, lo que significa ahora ya lo sabemos. Pero lo que pueda significar en un futuro no, guapa, —dice muy seria Yolanda—. Y que conste que nos hemos dado cuenta que no quieres contarnos qué ocurrió anoche para desaparecer y aparecer con él.

Miro a Yolanda, como si se hubiera vuelto loca. ¿Pero qué dices? ¿Me estás queriendo decir algo?

—Pues ni más ni menos que tú marido te puso los cuernos y no un rato, no, durante largos años. Y tú mientras dejándote la vida. Así que ¿por qué no puedes darte una alegría con un tío que está buenísimo? Vamos, digo yo. ¿O es que soy yo la rara? —Dice, mirando al resto.

Las demás contestan que tiene razón.

—Que vayas y disfrutes para empezar de unas buenas sardinas y de la compañía de un tío bueno, —cierra la frase Teresa.

Ellas mismas se ríen de su gracia y se chocan las manos en alto como triunfo. No hay duda que me están empujando a darle una alegría a mi cuerpo. De momento solo visual y gastronómica por las sardinas.

—Lo capto… que acepte, en una palabra. De acuerdo, ahora le contesto.

—Perfecto, —dice Paloma—. Y date prisita no vaya a ser que haga otros planes, porque es un poco tarde ya.

Al final, contesto a su mensaje y acepto quedar con él.

—Hola Iñigo, finalmente, si continúa el plan de comer juntos unas sardinas, me apunto.

Responde a los pocos minutos.

—Perfecto, a las dos de la tarde estoy en la puerta. Reservo una buena mesa.

Cuando lo leo entro en pánico al minuto. Donde me he metido. *Tranquila Patricia*. Es un plan de lo más inofensivo. Pero al segundo pienso que esto hasta ahora no lo había hecho. Es un paso hacia no sé muy bien dónde. Quizás esté buscando algo emocionante en mi vida…

De nuevo mi cuerpo traidor me lanza otro mensaje. *¡Bien hecho!*

Se acabó la sesión de sol, porque a partir de mi cita, casi me llevan en volandas a mi habitación para decidir que debo de ponerme. Así que ellas están como locas en la habitación, decidiendo el modelo que debo de llevar, y yo mientras tumbada en la cama. Al final, tras mucho debate, deciden que vaquero blanco, con mis Adidas del mismo color y una camiseta gris lisa larga.

—Así vas perfecta y te recoges el pelo en una coleta alta. Ya está. Un poco de colorete y al chiringuito, a comer sardinas y lo que surja de postre. —Suelta Paloma y se queda tan ancha. El resto no podemos parar de reír.

—Por cierto, —dice Teresa—, sobra decir que queremos después todos los detalles sobre este encuentro.

— Joder. ¡Qué envidia!, —suelta Yolanda—. Era mi fiesta de cumpleaños, pero el mejor regalo te lo has llevado tú, guapa. —Al

oír esto soltamos las cuatro una carcajada—. Anoche mi marido estaba travieso y yo me hice, como no podía ser de otra forma, la dormida. Así que esta mañana ha salido temprano y toda la cama para mí.

De nuevo no podemos parar de reír ante ese recurrente recurso, que es hacernos las dormidas cuando no queremos tener sexo ¿Ellos captarán la indirecta? O es que son demasiado inocentes…

Vestida con el conjunto elegido estoy lista para ir con Iñigo. Y soy un manojo de nervios.

Antes de salir, como si fuera una niña pequeña, mis amigas me dan un repaso al pelo, maquillaje, comprobando que todo está correcto y me abren la puerta de casa para ir a buscar a mi inesperado acompañante.

A la hora indicada, estoy en la puerta esperando. Y él llega igualmente puntual. Se baja del coche para darme dos besos, con la mejor de sus sonrisas y una seguridad en sí mismo aplastante.

Yo, sin embargo, estoy parada en la acera sin moverme. Le observo detenidamente a la luz del día y llego a la conclusión de que *este chico no es de este mundo*… NO se puede estar más guapo, con esa bermuda color azul marino, zapatillas blancas, camiseta del mismo color y con unas gafas de aviador, con cristales de espejo. Y yo soy la afortunada de irme con él.

Chica con suerte.

No dejo de pensar que ¿Cómo es posible que este hombre se haya fijado en mí? Porque yo estoy muy lejos de estar a su altura… Pero aquí estoy dándome un festín visual.

Estoy paralizada en la acera, una vez más, mis piernas me fallan. Así que, definitivamente, debe pensar que me falta un hervor, porque o no hablo o no me muevo. A lo mejor es que le resultan atractivas las mujeres con ciertas taras, hay gente muy fetichista. Sí, debe de ser eso. Pero yo no soy así en mí día a día, soy más de comerme el mundo… ¿Por qué me ocurre esto con él? Lo tengo claro, bloquea mis sentidos.

—¿Cómo estás? —*Soy capaz de articular una frase, menos mal.*

Esta pregunta realmente sobra, porque como está ya lo veo. La mar de bien.

—Bien, con hambre. —Responde con una devastadora sonrisa. Perfecta para una clínica dental—¿Vamos?, —pregunta.

Venga, después de ver este espectáculo de luz y color, espero que respondan mis piernas o tiene que cargarme en bloque y meterme en el coche.

Pero tengo suerte y por mis propios medios soy capaz de entrar e incluso ponerme el cinturón de seguridad. Casi me siento triunfadora y estoy por hacer con los dedos el gesto de victoria.

Bien por ti.

—Claro, por supuesto.

De camino al chiringuito le comento que al final lo he hablado con mis amigas y no les parecía mal que quedáramos.

—Pues me alegro de que tengas unas amigas tan majas. —Nos reímos.

Vamos a *Estepona* a comer, a unos quince minutos en coche de la casa de mi amiga. Comento que nosotros tenemos casa aquí casualmente, desde hace unos años, así que conozco muy bien la zona. Dejamos el coche en el parking del paseo marítimo y vamos al que está muy cerca. No hay demasiada gente y la mesa reservada está en la propia arena de la playa. Por eso, incluso, me permito el lujo de descalzarme para que mis pies la rocen. Se está realmente bien, todavía no es temporada alta y en la playa hay poca gente con respecto a los meses de julio y agosto. Pedimos una botella de vino de Rueda y los deseados espetos.

Durante la comida no hemos dejado de charlar animadamente. Le explico que yo suelo venir en verano con mi familia a este chiringuito, así que lo conozco. Me doy cuenta que es un buen conversador y estoy bastante relajada con él, algo bastante curioso si tenemos en cuenta que ayer a estas horas no sabía de su existencia. Y eso me sorprende mucho de mí misma. Anoche me intimidaba su presencia y hoy a la luz del día mis nervios y las burbujas que se instalaron en mi costado han desaparecido.

Me da detalles sobre su relación de siete años, a grandes rasgos. Vivían en su casa, en una zona de la capital bastante céntrica. Ahora él la disfruta junto a su perro. ¿El motivo de su ruptura? Ninguno aparente. El desgaste que suele decirse. Pero me confiesa que ha

estado bastante jodido. Y al decir eso, efectivamente, en su rostro aparece un resquicio de melancolía. Y eso me dice que no lo ha superado del todo.

Le miro sin ningún tipo de pudor, aprovechando que llevo gafas de sol. Y llego a la conclusión que no se puede ser más guapo. Sus facciones son suaves, pero en conjunto es un rostro de los más varonil, quizás sea por su mandíbula un tanto cuadrada. No sé, pero me asalta un pensamiento que me deja descolocada, porque es más propio de la bruta de Paloma que de mí *"A este lo desgasto yo, pero de otra forma"*.

Alucino con mis propios pensamientos.

Estás de lo más descarada, en menos de veinticuatro horas mi cabeza no deja de jugarme malas pasadas. Tengo que reprimir una sonrisa, porque desde luego mis amigas estarían orgullosas de mí y que, aunque sea mentalmente, esté tan lanzada. Pero ¿llegar a hacerlo realidad? Esa es otra cuestión.

—Y ¿habéis terminado bien o mal?, —pregunto, conectándome de nuevo a nuestra conversación.

—Pues ni una cosa ni otra. Si ahora entrara por esa puerta nos saludaríamos, pero ya está.

—Entiendo. ¿Hace mucho de vuestra ruptura?

—Pues un año.

—Vaya, lo siento.

Pero lo que pienso es todo lo contrario. *A este, señoras nos lo quitan de las manos, pero ya.* Sin darme cuenta, estoy riéndome yo sola de nuevo, menos mal que tengo la cara girada hacia el mar.

—Patricia, creo que no te lo he dicho. Pero estás muy guapa hoy. Me encanta el conjunto que llevas.

Otra vez me he quedado muda. Así que solo sonrío. Creo que debo estar roja como un tomate. No, lo confirmo porque noto mi cara arder. Pero como hace calor… pues esa congestión no es por lo que me ha dicho es por el ambiente caldeado. Sí, es por eso.

¡Ja, no te lo crees ni tú con una botella de vino para ti solita!

—Iñigo, ¿hasta cuándo te quedas por aquí? ¿No vuelves hoy a Madrid?

—No. Estoy aquí hasta el martes. Quiero descansar un poco y dar largos paseos con mi perro.

—Ese es un plan magnífico. Mis hijas no dejan de insistir en que quieren uno. Pero bastante lío tengo yo como para encima un perro. Porque ya sé yo quien lo sacaría. Ahora son todas buenas palabras y luego aparece la pereza, tengo que estudiar, hace frío… Que te voy a contar que no sepas.

—Sí. Es, verdad, esa parte es la menos atractiva, pero te hacen compañía y sobre todo dan mucho cariño.

—¿Qué raza es?, —pregunto.

—Ninguna, es adoptado. Hay muchos animales en las perreras y centros de acogida. Así que no tiene una raza específica. Es mezcla de labrador con pastor alemán. Es tamaño mediano—grande. Se llama *Vago*, porque lo es y mucho. Créeme.

Nos reímos sobre el nombre del perro. Y como cualquier padre, enseña la foto de su niño. Es muy bonito y efectivamente tiene pinta de que su máxima aspiración en la vida es estar tumbado. Para que luego digan *la vida perra*.

Encima de guapo, es buen tío. Ahí lo tienes, adoptando. Lo tiene todo. La perfección hecha hombre y lo tengo justo delante.

Miro la hora y desgraciadamente se está haciendo un poco tarde y siento una pena enorme porque mi tiempo con él se va agotando. Me siento Cenicienta a punto de cumplirse las doce y que mi carroza se convierta en calabaza. Mi cuento con este maravilloso príncipe está a punto de terminar.

—Creo que mejor pedimos un café y nos vamos. Tengo que ir a Málaga con Teresa para regresar a Madrid. Mañana ya a las trincheras. Qué pereza.

—¿Tienes mucho lío en tu trabajo?, —se interesa Iñigo.

—Pues sí, ahora mismo estoy organizando un congreso de Cardiología en IFEMA. Una locura. Es dentro de mes y medio y dura tres días. Así que, en mi casa en esa fecha, me verán poco. Me quejo, pero me gusta mi trabajo. No podría hacer otra cosa. Es creativo, conoces mucha gente. En fin, de todo se aprende.

—Es verdad. El mío es más coñazo. Siempre evaluando sobre cómo gestionar para mis clientes sus capitales con el menor riesgo y

que los ricos sean algo más ricos.

—Dicho así, creo que no está mal. Seguro que conoces algún que otro deportista de élite. Oye, no les aconsejes que saquen la pasta del país ¿Eh?

—Anda, vamos que se está haciendo tarde, —dice sonriendo.

—Muchas gracias Iñigo, lo he pasado francamente bien.

—Gracias a ti, por venir, de verdad. Creo que eres una mujer fascinante.

—Me voy a poner roja otra vez. Pero no entiendo porque me ves de esa manera. Trabajo, tengo familia. Todo muy normal.

—Así es como te ves tú. Pero te digo como te veo yo. Ahora mismo llevas un vaquero blanco, camiseta gris y zapatillas deportivas. Cualquier otra mujer iría de lo más normal. Sin embargo tú luces elegante.

—Ahora sí que me pongo roja. Venga por favor, al coche. No estoy acostumbrada a tanta adulación.

Al salir del chiringuito e ir al parking, curiosamente, vamos callados. Yo no dejo de mirar el mar, esperando poder venir en breve con mis hijas y disfrutar de esto todos los días. Y él… ¿En qué pensará?

Durante el trayecto a casa de Yolanda, escuchamos música, solo nos miramos de vez en cuando y sonreímos. Parezco una chiquilla en su primera cita. Os confieso una cosa, tengo una extraña sensación. No quiero despedirme de él y siento una pena infinita porque no le volveré a ver. Así que le miro para recordar su rostro. Durante estas cuarenta y ocho horas he sido feliz. Y estoy convencida que muchos días estas imágenes volverán. Quiero atesorar cada segundo de este maravilloso fin de semana. Incluida la sorpresa de haber conocido a Iñigo. Tiene razón Yolanda, el mejor regalo me lo he llevado yo de la forma más inesperada.

Un cuarto de hora más tarde, desgraciadamente, ya estamos en la puerta de mi amiga sin mucha prisa por despedirnos, pero finalmente abro mi puerta para bajar del coche y él hace lo mismo. Me acerco a él para darle dos besos de despedida y él, sin pensarlo, me abraza por la cintura y me da un pequeño beso en los labios. Ese roce provoca una descarga en todo mi cuerpo, por lo inesperado y

porque me ha hecho sentir una gran excitación. Tanto es así que doy un pequeño salto hacia atrás, para poner distancia entre nosotros. Creo que él piensa que es por rechazo, que también, porque no lo veo adecuado, pero realmente ha sido por la reacción de mi cuerpo. Nunca me pasó con Alejandro o no lo recuerdo, claro, hace mil años que estamos juntos.

—Lo siento si te he incomodado, lo digo por el beso. Perdona.

—No, no, solo estoy sorprendida. De verdad. Tengo que irme ya. Disfruta de estos días en el paraíso. Aprovecha y da buenos paseos con tu perro por el paseo marítimo viendo el mar. ¡Qué envidia!

—SI. Eso haré. Desde luego. Y pensar… se quita las gafas de sol y después me mira.

Creo que encontré su tara. *Está loco.*

Decido entrar ya en casa de Yolanda, en una auténtica nube y presa de los nervios. Estoy deseando contárselo a mis amigas. En el salón no veo a nadie, pero es que tengo al trío esperándome sentadas en el jardín. Según aparezco, tiran de mi brazo hacia el sofá. No tenemos mucho tiempo, así que comienzan a lanzar preguntas que ya no sé cuál tengo que responder.

—Por orden, por favor, que me estáis volviendo loca.

—Queremos todos los detalles del tío bueno, también conocido como Iñigo, y no tenemos mucho tiempo, así que date prisa, pero ya. —Se ríen las tres—. Porque madre mía, como está, —suelta Paloma.

—Os cuento, hemos ido a *Estepona* a comer unos espetos. —Y les sigo contando toda nuestra conversación. Pero cuando les digo que me besó, se quedan como estatuas.

—¡Joder!, —sueltan a la vez—. Y tú, ¿qué hiciste?

—Pues yo me quedé flipando. No lo esperaba, evidentemente. Se queda hasta el martes aquí, como tiene casa, con el perro como compañía. Ha tenido una relación larga que acabó hace un año.

—¡Madre mía! Ese tío está en el mercado, —suelta sin filtro Teresa —. ¡¡Me lo pido!!

—Bueno a ver ¿Habéis quedado en veros en Madrid o algo?, —pregunta ansiosa Paloma.

—Chicas, estoy casada por si no lo recordáis, tengo dos hijas. ¿De qué coño estáis hablando?

—Lo sabemos y también que tu querido marido ha tenido una relación de dos años con otra en paralelo, y vamos a pensar que eso ha terminado, y él también está casado, precisamente contigo. No hace falta que te restreguemos tus lágrimas ese verano aquí mismo. Creo que lo recordarás. Pues eso. Yo opino que si tienes la oportunidad no lo pienses, además, eso que te llevas. Seguro que es un *empotrador*. Tiene toda la pinta, con esa carita de niño bueno. Este calza pero bien, seguro que da la talla, —sentencia Paloma, *está sembrada*—. Éste te riega de los pies a la cabeza.

¡¡Pero qué brutaaaa!!

Soltamos una carcajada ante la burrada de Paloma. Pero en el fondo, yo pienso lo mismo, tiene pinta de saber que lo se hace.

—Pero… Yo no soy así, lo sabéis. Jamás he sido infiel. No creo que comience a serlo con cuarenta y cinco tacos.

—Pues otra cosa que puedes hacer es mandar a la mierda a tu marido, os repartís lo que tenéis y hasta luego Alejandro. Porque está claro que en el mar hay más peces y algunos especiales. Como el cañonazo con el que has quedado, —ahora es Yolanda la que ataca.

—Vale. Ya os he escuchado. ¿Quién nos lleva a Málaga? A ver si con tanta tontería, perdemos el tren.

Quiero cambiar de tema. Porque al final, me convencen.

—Os llevo yo, —dice Yolanda*.*

Menos mal que durante el trayecto aparcan el tema de Íñigo para mi descanso. No encontramos demasiado tráfico, pero llegamos con el tiempo justo a la estación.

Nos damos miles de besos y abrazos al despedirnos de Yolanda.

Pero ya una vez sentadas no dejo de dar vueltas al fin de semana, ha sido raro cuanto menos. Aprovecho y repaso todo lo del día siguiente en mí *Ipad*, cuando lo veo, estoy segura que mañana por la noche tienen que recogerme con una pala. Y lo peor, todo el día con tacón. Tengo que visitar hoteles, restaurantes, contactar con la empresa de autobuses… poco a poco.

Teresa no deja de mirarme.

—Patricia, ¿estás bien amiga? Porque no has abierto la boca y ya llevamos un rato aquí sentadas.

—Pues si te soy sincera. No. Tengo una semana por delante terrible en el trabajo. Pero, por otro lado, no dejo de pensar en estas cuarenta y ocho horas. La diferencia entre el viernes y hoy. Tengo a Iñigo en la cabeza. Es todo muy raro. Y siento pena porque no nos volveremos a ver. Hemos tenido una conexión especial. Parecía como si le conociera desde hace mucho. Esto te lo digo a ti porque eres la más sensata. Porque a las otras ni se me ocurre confesarles esto, —nos reímos—. Y sabes que tengo razón.

—Si, desde luego. Pero esto tiene pinta de flechazo, —lo suelta tan seria.

Giro a mirarla, como si estuviera loca.

—No digas tonterías, de verdad. Los flechazos pasan o en las películas o a los adolescentes. Creo que nosotras no estamos en ninguno de esos grupos. Corrígeme si me equivoco. Sabes que soy bastante práctica. Así que siempre recordaré el cumple de tu hermana. Porque me sentí viva de nuevo. Alejandro, ya sabes, es atento conmigo y más desde su historia, estamos bien, pero...

—Pero… dale una vuelta. Sólo te digo eso. Este hombre te ha removido por dentro como nunca o como hacía mucho. Desde la distancia, analiza y piensa. Y en cuanto a no volver a veros ¿Quién sabe? A fin de cuentas, en verano estáis por la misma zona. Y el destino a veces es muy juguetón.

Definitivamente, de las cuatro es la más romántica.

—Sí. Quién sabe.

Damos por zanjada la conversación. A partir de ahí, hasta llegar a Madrid, apenas hablamos. En el fondo estaba triste, sentía una especie de vacío que no entendía a qué se podía deber. No es posible que esto fuera por una persona que conozco desde hace solo cuarenta y ocho horas. Pero no puedo obviar lo viva que me he sentido en su compañía y, por qué no decirlo, al sentir el roce de sus labios en los míos. Con respecto a mi realidad es como si hubiera sido un espejismo. Un fantástico espejismo. Es como caminar por el desierto, sin brújula, sedienta, agotada y tus sentidos te juegan una mala pasada y visualizas un oasis. Pues bien, ese oasis en mi vida

por un corto espacio de tiempo, ha sido él. Mi vida es un desierto, lleno de dunas que cada día tengo que subir y bajar para llegar a un punto indefinido que es mi relación de pareja con mi marido. Desde que supe de su relación paralela, me refugié en mi trabajo y mis hijas. Ese era mi oasis, hasta ahora. Pero tengo más sed. Sed de vivir, de sentirme viva, de volver a reír con mi pareja sin tapujos, sin tener que medir las expresiones entre nosotros.

Como se suele decir… que la vida fluya.

CAPÍTULO 3

Iñigo, efectivamente, quiere darse largos paseos con su perro, que no os he dicho como se llama, Vago, o sí, no lo recuerdo, le va muy bien ese nombre, porque es lo más perezoso del mundo. Podría pasarse el día tumbado en su cama y solo moverse para ir a su cuenco. No digamos cuando quiere ir a correr. Una vez, se tumbó y no había forma de moverlo, menudo espectáculo montó en el paseo marítimo. Todo el mundo descojonándose y no es para menos. Él hablando con el perro, intentando convencerlo de que se levantara y empezara a correr y el perro ignorando sus explicaciones. Evidentemente ganó Vago, volvieron a casa y que hizo él, pues ir directamente a tumbarse, debía estar agotado.

Recordarlo le hace reír. Él, vestido de deportista, tirando de la correa y el perro tirado todo lo largo que es en el suelo y no había forma de moverlo. Hasta les hicieron fotos. Es de las veces que ha pasado más vergüenza en su vida. Llevaban todavía poco tiempo juntos dueño y mascota.

Él muchas veces se escapa y pasa unos días aquí, para recargar pilas. Puesto que, por su trabajo, lo puede hacer con un ordenador portátil desde cualquier sitio. De vez en cuando necesita respirar, Madrid lo lleva mal. Si pudiera, le encantaría incluso vivir en una casa en la montaña. No es nada urbanita, aunque lo parezca.

Está pensando si sería adecuado llamar a Patricia la semana que viene, cuando esté de regreso, e invitarla a comer, por ejemplo, es un plan inocente a primera vista. Necesita volver a verla, esa mujer ha entrado en su cabeza y no se la puede sacar. No deja de repasar cada segundo junto a ella. Está seguro que dirá que no, además comentó que tenía mucho lio la semana que viene con la organización del congreso…

Le sorprende el impulso que tuvo para besarla. Nunca antes había actuado así. Sobre todo, porque no lo necesita. Desde que rompió con Sara, ha tenido sus historias, pero nada serio. Pero conocer a

Patricia este fin de semana, le ha dejado fuera de juego. Siente una gran atracción por ella. Es una mezcla entre fuerte y frágil. Además, le resulta muy, muy atractiva. Nunca ha sido de ligar con jovencitas, porque te montan una escenita de celos en cualquier momento y ya no tiene paciencia para lidiar con eso. Las prefiere de su edad, con una vida ya establecida.

◆◆◆

A nuestra llegada a Madrid, Alejandro me está esperando con las niñas en la estación. Me recibe con una sonrisa igual que mis hijas. Al ver esa bonita estampa familiar, mis dudas desaparecen. Teresa cuando le ve, lo saluda de una forma fría pero correcta, sin embargo, a mis hijas se las come a besos.

Acercamos a Teresa a su casa, en un absoluto silencio, excepto las palabas que cruzan mi amiga y mis hijas. Al bajarse, nos damos un gran abrazo y quedamos como siempre en hablar.

Durante el camino, pregunta que tal el finde. Y no estoy dispuesta a dar muchos detalles, así que mis respuestas son bastante evasivas.

Mis hijas cuentan que ambas han estado en casa de amigas y que muy bien. Y lo mejor es que luego papá las ha llevado a comer hamburguesas. Miro a su padre con cara de poca gracia. No me gusta que abusen de ese tipo de alimentos. Prefiero hacerlas yo en casa.

Patricia, asúmelo, esta es tu vida. Lo de este fin de semana ha sido un sueño, uno maravilloso.

◆◆◆

Iñigo, está pensando si adelantar el regreso a Madrid e intentar quedar con ella, aunque sea para un café. Necesita saber más de ella. Cree que detrás de esa fachada hay algo escondido y necesita descubrirlo. Pero luego duda, nos sabe si será del todo correcto. Y complicarse la vida. Está casada y tiene dos hijas. Él tiene a unas cuantas mujeres que están esperando su llamada para quedar con él

y que surja lo que tenga que surgir y mucho menos complicadas que ella.

Acaba de tener una idea. Mejor la envía un mensaje y esperar su respuesta.

—Hola. Espero que llegaras a tiempo a la estación y que el viaje haya sido bueno. Un saludo desde el paraíso.

Y sin más lo envía.

◆◆◆

Según llego a casa, lo primero es deshacer la maleta y poner una lavadora. *Bendita rutina.* Después de cenar vemos un poco la tele toda la familia y a la cama.

Las imágenes de Iñigo no dejan de venir a mi mente.

Leo el mensaje ya por la noche en la cama y casi doy un bote al ver su nombre en mí móvil. Con dedos temblorosos, lo abro. Al leerlo se me dibuja una sonrisa en la cara. Decido contestar.

—Hola. Siii. Llegamos por los pelos, pero ya estamos de vuelta en Madrid. Mañana a la lucha. Bueno otros siguen disfrutando de la vista del mar ¡Qué envidia!

Iñigo,

—Es verdad. Estoy viendo el mar ahora mismo en compañía de mi perro. Estoy pensando en adelantar el regreso. Han surgido problemas en el trabajo (mentira). Así que puede que mañana nos subamos mi amigo y yo al coche y regresamos.

Patricia,

—Vaya. Qué faena. Pero no me das pena. Que lo sepas.

Iñigo,

—Noto una cierta envidia. En tu respuesta. ☺

Patricia,

—Lo confirmo. Es envidia. Sin más ☺ Buenas noches y descansa.

¿Qué es esto? Estamos mensajeándonos como dos críos. Pero hace mucho que no estaba tan feliz.

Aparece Alejandro en la habitación. Como le conozco, sé con qué intenciones llega a la cama. Pero hoy no estoy por la labor. Así que

apago el móvil, por si acaso volviera a enviar Iñigo un mensaje, y la luz de la habitación. Esa noche, quién ocupa mis sueños es ese guapo rubio con un pelo rebelde de ojos marrones.

Lo primero que hago al levantarme es encender el móvil y comprobar si hay mensajes nuevos. Pero no. No volvió a escribir. Me he quedado un poco chafada, lo reconozco. *Venga nena, hoy tienes que hacer un montón de cosas, no eres una mujer de tener pájaros en la cabeza*.

Pero me siento optimista. Y como estoy algo bronceada, llevo un vestido largo de flores, con escote y botas tipo camperas con algo de tacón. Estoy en el trabajo con la mesa llena de papeles y como loca hablando por teléfono para cerrar reuniones e ir a visitar hoteles y salas para las cenas. Y suena el pitido de un mensaje.

Ojalá sea él. Y así es. Lo leo al segundo.

> *—Hola. Al final, regreso hoy. Estoy cargando el coche. Así que esta noche estaré ya en Madrid. Tú ¿Qué tal?*

No dejo de mirar la pantalla. No tengo muy claro que puedo contestar. Quiero ser cariñosa pero correcta. Tras pensarlo un poco, ahí voy…

> *—Hola. Vaya. Lamento que tengas que adelantar tu viaje finalmente. Espero que no sea grave lo del trabajo. Buen viaje, en compañía de Vago. Yo con la mesa llena de papeles y con bastante follón. Pero es lo que hay. Menos mal que este finde, he cargado pilas. Ha sido estupendo.*

◆◆◆

Iñigo, cuando lo lee, su cara se ilumina. Ha dicho estupendo. Para él también, sin lugar a dudas. En este preciso momento, ha decidido llamarla cuando esté de regreso. Dejará pasar unos días para que no se note mucho.

El viaje de regreso lo hace en unas cinco horas. Hace una parada para echar gasolina y que su perro hagas sus necesidades, compra un sándwich y continúa el viaje. Cerca de las siete de la tarde, está entrando en su garaje. Lo primero que ve es su nevera y, como

esperaba, está vacía. Tal y como está vestido, se va al súper cerca de su casa y compra lo imprescindible para dos días.

Mañana tiene que ponerse el traje e ir al trabajo. Es verdad que tiene una reunión con un alto directivo cliente suyo, así que no es una mentira al cien por cien, no había una fecha fijada, pero al regresar, él la ha forzado.

Ambos, cada uno en su casa, están viendo la tele. Pensando en los mensajes recibidos ese día.

◆◆◆

Me han hecho mucha ilusión sus mensajes. No cabe duda que eso es que ha pensado en mí. Pienso que, si me propone quedar a un café, por ejemplo, aceptaré. Si pasa el tiempo y no lo plantea y los mensajes continúan, lo diré yo. Sueño con él. Y las imágenes que vienen a mi cabeza, me gustan.

Amanezco un día más, de mejor humor que últimamente. Después de desayunar, ducha y a trabajar. Como siempre atasco, hay cosas que no cambian. Esta ciudad es así, nuestra vida aquí son largas jornadas de trabajo y mucho tiempo en el caos del tráfico, donde perdemos cada día un montón de horas. Por supuesto, comer en casa es una utopía, la alternativa es de menú, bocata o te llevas la comida de casa, o comer lo que sea rápido y al trabajo de nuevo.

Hoy tengo que visitar varios hoteles, salas y menús para los asistentes, durante toda la mañana y también excursiones como Toledo. Así que por la tarde estaré en la oficina haciendo los presupuestos.

Sin darme cuenta, llegó el esperado viernes, la semana ha pasado volando. Y ese día recibo un mensaje de Iñigo.

—¿Podemos vernos para comer o un café, hoy? Estoy en Madrid como sabes desde el lunes y ha sido una semana terrible de trabajo. Dime algo, ¿vale?…

Estoy dudando unos minutos. Pero luego decido que por qué no.

Decido contestar.

—Si te parece podemos almorzar juntos. Dime hora y sitio y me acerco.

Iñigo, cuando lo lee, sonríe.

—Quedamos si te parece cerca de tu oficina por lo que me comentaste, así no perdemos mucho tiempo. Nos vemos allí a las dos.

Yo contesto con un simple —*OK*.

A partir de ese momento, la mañana pasó de una forma bastante lenta, tanto que no dejo de mirar la hora en mi reloj y en el portátil, es como si el tiempo me estuviera jugando una mala pasada. Yo queriendo que vaya deprisa y el tiempo empeñándose en ir despacio. No puedo negarlo, estoy deseando encontrarme con él. Y me alegro de haberme puesto hoy ese conjunto con el que me veo bastante favorecida. Alejandro me llamó para saber cómo llevaba el día a media mañana, lo suele hacer para demostrarme una vez más que apuesta por nosotros, nuestra conversación no ha durado más de cinco minutos como es habitual.

Llego a la hora acordada e Iñigo ya me está esperando en la puerta. Cuando le veo, me paro un poco para observarlo en la distancia, está realmente impresionante. Lleva un traje azul marino, camisa blanca y corbata azul eléctrico, zapatos negros de doble hebilla. Las mujeres le miran descaradamente, pero él parece no darse cuenta.

¿Puede ser tan despistado y no ser consciente de lo que provoca en nosotras?

Me siento la mujer más afortunada del mundo por mi cita con este ser de otra galaxia. *Vamos allá.*

Llego con paso seguro a su altura y, con una sonrisa, digo hola casi de una forma tímida. Él se gira para mirarme, también me sonríe.

—¿Cómo estás? Bueno, como estás ya lo veo. Muy guapa.

No he podido controlarlo. Estoy roja como un tomate. Este efecto devastador es el que produce en mí.

—Muchas gracias, pero tú estás impresionante. Creo que la señora del bastón, la pobre, acaba de estrellarse contra la farola por tu culpa al mirarte.

—¡Qué graciosa! Ahora tendré remordimientos de conciencia ¿Entramos?, —pregunta.

Y al acceder al local pone, como el que no quiere la cosa, su mano en mi cintura. Ese gesto provoca en mi cuerpo una descarga eléctrica de nuevo. Si de algo estoy segura es que, al lado de este hombre, soy capaz de encender todas las bombillas de una ciudad. Y de nuevo recorre por mi cuerpo ese sudor frío y aparecen en mi interior todas esas burbujas. Con Alejandro no recuerdo haber tenido estas reacciones tan… físicas.

Nos acomodan en una de las muchas mesas que hay, es un local bastante grande y, a estas horas, está lleno de gente que claramente trabaja por la zona tal y como van vestidos. Miramos la carta y decidimos pedir unos entrantes y una ensalada, en mi caso, él una hamburguesa, *claro, se lo puede permitir*.

Pregunto qué tal sus días hasta su regreso.

—Pues bien, pero muy solo. Y además surgió un problema y tuve que adelantar la vuelta como ya te comenté. Pero espero poder largarme de aquí dentro de poco. Por cierto, tú en verano, ¿cuándo estás por allí?, —me pregunta con esa mirada que me deja floja.

Hasta ahora, una vez más, nuestra conversación de lo más relajada, si no fuera por mi visión de él con traje enfrente mío que tensa todos mis sentidos. Y eso no deja de sorprenderme porque mi marido no está nada mal, es alto, esbelto, con unas canas en el pelo muy favorecedoras y unos ojos verdes preciosos. Y precisamente por ese motivo hubo una mujer que lo encontró también atractivo e inició una relación con él.

—Pues en agosto, principalmente. Pero si no tengo mucho lío de visitas y solo es tema administrativo o presentaciones, suelo irme con las niñas temporadas allí. Así nos alejamos del calor de Madrid.

—Es una buena opción, desde luego. Y tú marido, ¿va y viene?

—Lo intenta. Pero los fines de semana es cuando suele bajar.

—Entiendo. ¿Y quedas mucho con tus amigas allí?

—Bueno, no es fácil, porque no siempre coincidimos, pero si es así, desde luego. Una noche a cenar, es sagrada. Fuera o en casa de alguna. Los amigos con los que fuiste, ¿os conocéis desde hace mucho?

—Bastante, desde el colegio, no te digo más.

—Vaya, por lo que veo, somos personas bastante conversadoras en cuanto a las relaciones.

—Yo no diría tanto en mi caso. De repente, su mirada se vuelve oscura. Peligrosa. Sus ojos marrones han cambiado a negros.

—¿Por qué dices que no eres conservador?

No estoy muy segura sobre si su respuesta me va a gustar, pero la curiosidad, ya se sabe, mató al gato. Y eso soy yo ahora mismo, una gata ronroneando.

—Pues porque no lo soy. Digamos que no soy clásico con las mujeres.

¿Qué querrá decir? Me da palo preguntar, no quiero que piense que soy una pardilla. Pero mi curiosidad es más fuerte una vez más y no puedo quedarme callada, necesito saber más. Así que ahí voy.

—Iñigo, no te entiendo. Perdona. Explícate, por favor.

—Como sabes, tuve una relación de años con una chica, Sara. Vivíamos juntos. Hasta ahí, todo correcto. Pero nosotros éramos una pareja abierta.

El bronceado de mi cara acaba de desaparecer. Estoy blanca como mi camiseta. Seguro.

—¿Abierta?, intercambio de parejas, ¿a eso te refieres?

Parece que entiendo del tema y todo. Así que pongo cara de muy interesada, aunque realmente estoy flipando que suelte esto en la segunda cita. Esto se llama allanar el terreno en mi pueblo. O no andarse con rodeos en el pueblo de al lado. Porque esto es una auténtica bomba. Aunque se lo he puesto fácil con mi frasecita.

—Sí. Ella era bisexual. Tenía su novia desde hacía mucho. Una belga afincada aquí, muy guapa. Pasábamos temporadas los tres juntos en nuestra casa viviendo. ¿Entiendes?

Yo solo asiento con la cabeza, porque soy incapaz de decir nada. Mi cerebro ha dejado de funcionar. O está intentando procesar toda esta información y tiene un cortocircuito. Se ha perdido, fijo. Como yo.

—Quieres decir que hacías tríos o ellas se enrollaban delante de ti o ellas solas y tú no. Vamos que podías tú estar viendo la tele y ellas mientras en la habitación manteniendo sexo. Lo he explicado correctamente. ¿Es eso?

—No, yo solo con mi novia o los tres. Era una forma de ser fieles. Lo has dicho perfectamente. Fija su mirada en mí, intentando averiguar que estoy pensando…

Si me leyera la mente, estaría viendo un cartel enorme, diciendo, sal de ahí sin mirar atrás.

—Vaya. Entonces, la vida de una pareja casada desde hace años, como yo, te debemos parecer de otra era. Antiguos, no, lo siguiente.

—No, para nada. Es otra forma de vida. Solo espero que la gente acepte la mía.

—Iñigo estoy sorprendida con tu confesión, sobre todo porque hace nada que nos conocemos y eso es bastante personal. Y me parece atrevido por tu parte soltar esto en nuestra segunda cita. Y es la tercera vez que nos vemos. Estarás conmigo. A no ser que quieras que me levante ahora mismo de esta mesa y salga corriendo.

—Me siento cómodo contigo, lo reconozco. Por eso te lo he contado. Pero no quiero engañarte y prefiero que sepas todo de mí, sin tapujos.

Pues que suerte la mía, porque con esta noticia tengo cerrado el estómago.

Nos traen los entrantes y pido una copa de vino, aunque luego tenga que ir a trabajar, pero esto con agua no lo trago. *Qué fuerte*. La conversación ha ido hacia un lugar de lo más inesperado. Francamente, no sé muy bien que contestar o la manera de continuar…

—Iñigo, pero si erais una pareja abierta y todo estaba bien, no entiendo tu ruptura.

Definitivamente, soy muy cotilla.

—Sencillo. Ella se fue con la belga como pareja y a mí me dejaron. Siguen viviendo juntas a las afueras de Madrid.

—Ya veo. Bueno, tengo que reconocer, que tu historia cuanto menos me ha dejado alucinada. Es la primera vez que conozco a una persona con esta vida sexual, con este estilo de vida. Supongo que el resto de los mortales te debemos parecer de los más aburrido, insisto. Y no quiero ser pesada en mis comentarios. Pero esto me está costando procesarlo.

Y es lo único que sale por mi boca en este momento.

—Para nada. Son elecciones de vida. Como ya te he dicho. Pero yo puedo ser monógamo perfectamente. Es más, lo he sido siempre. La excepción fue esta relación.

—Ya. Y ahora como te definirías ¿Poliamor? —Debo parecer una cateta, no sé si esta palabra es correcta o polígamo.

—Pues según la persona.

—No me lo creo. Estoy convencida de que estar con una sola mujer no lo soportarías. Y otra cosa, eráis sumisa—dominante, o eso no funciona así. A ver que soy una total ignorante.

Continúa que hoy te levantas de la mesa con un máster sexual.

—Yo era el sumiso. No podía tener relaciones con otras mujeres. Lo tenía firmado por contrato. Las dos eran dominantes.

Creo que mi boca ha llegado al plato de como la tengo abierta. Joder. Y yo pensaba que con la compra de las esposas era de lo más moderna y que con eso romperíamos la monotonía en la pareja. Pero tener delante a este tío tan guapo con esas historias para no dormir, nunca mejor dicho, me intriga. Quiero saber más. Y encima era el sumiso. Cuanto menos estoy flipando. Vamos, el sueño de cualquier mujer hecho realidad.

—¿Vas a sitios de intercambio de parejas y de sexo en general? ¿Dónde las conoces? Perdón por el interrogatorio, pero necesito ordenar mis ideas.

—He ido a ese tipo de locales. Y también hemos ido los tres juntos a divertirnos.

—Realmente, ¿por qué me estás contando todo esto? La verdad, contar algo tan privado como eso, al menos para mí, no me cuadra.

—Si te soy sincero, no lo sé. Siento como una conexión especial contigo. Estás permanentemente en mi cabeza. Es muy raro. Solo nos hemos visto dos veces, tres con esta, pero siento un vínculo especial. Y no lo voy contando en la segunda cita, pero al decirme lo de *conservador* me lo has puesto fácil de contártelo.

Lo dicho. Maldigo mi frasecita.

—Te recuerdo que estoy casada.

—Lo sé, pero ¿felizmente casada o juegas a serlo? Di la verdad, porque estamos siendo muy sinceros.

—No me estoy sintiendo cómoda con esta conversación. De verdad, creo que lo mejor es que acabemos nuestra comida y cada uno vuelva a su trabajo. Porque estoy un poco sobrepasada. Esperaba que fuera como en *Estepona*, agradable, y no lo está siendo. Allí me pareciste una persona, especial. Pero ahora tengo delante a alguien que, sin conocerme, cuenta algo tan privado y no cualquier cosa. No estamos hablando de una ruptura normal y, con perdón, una relación normal. Debo parecerte antigua, pero esos rollos no me van. Y a pesar de haber preguntado, no quiero ningún detalle más.

Iñigo está mirándome con una oscuridad en sus ojos que veo *peligro*. Está analizando todos mis gestos. Quiere saber lo que realmente pienso.

Yo no me siento nada cómoda. Quiero salir a la calle, necesito aire. Toda esta introducción para que… ¿quiere que me preste a ello? … ¿Qué es lo que busca en mí con esta declaración? Estoy confundida, tengo que poner distancia, aunque me duela, sinceramente, creo que es lo más conveniente.

Terminamos y en la puerta del restaurante nos damos dos besos bastante fríos como despedida y nos vamos en direcciones opuestas. Yo, nada más llegar, en lugar de ponerme a trabajar, abro el portátil e investigo sobre locales del intercambio de parejas y que se practica en ellos. Hay unos cuantos en Madrid. Lo que veo me deja perpleja. Términos en inglés que deben quedar mejor porque en español los tenemos con su significado claro: *orgías, intercambio de parejas, tríos, mazmorras*… Soy incapaz de retomar mi trabajo y eso que tengo pendientes por cerrar un montón de detalles. Pero mi cabeza, ahora mismo, solo le tiene a él confesándome su estilo de vida en pareja y yo, intento visualizarme a mí misma, con cara de pardilla o de cervatillo asustado.

Y todavía no entiendo, y por eso mi cabeza está en un bucle permanente, por qué me ha contado todo esto y lo peor es que me ha provocado un dolor de cabeza insoportable. Así que decido recoger mi mesa e ir a casa a tumbarme a oscuras en la cama y esperar a que se me pase. Después me pondré a trabajar para terminar lo que tenía que hacer dejado hecho en la oficina.

◆◆◆

Iñigo, en el coche, no deja de pensar en Patricia. Tiene dudas sobre si habrá ido demasiado lejos con ella al contarle lo de su vida sexual *alternativa,* en su segunda cita. Pero una cosa está clara, está muy interesado en esa mujer. Siente una gran atracción. ¿Estará dispuesta a ir a su mundo? o ¿cambiará él su mundo por ella? Además, no hay que olvidar que ella está casada. Pero tiene la impresión de que no es feliz. Algo hay detrás de esa pareja que aún no sabe. Y que ella de momento no está dispuesta a comentar. Cree que la ha cagado y ha sido consciente de que, a pesar de su curiosidad, estaba tensa. Lo ha dejado claro en su fría despedida. Pero es cierto que la única relación abierta ha sido con Sara. Por lo tanto, se puede considerar monógamo. Arranca el coche y va directamente a su casa. Necesita reposar y analizar este encuentro.

Incluso cuando la vio llegar tan guapa, con esa elegancia tan natural, su cuerpo, el muy traidor, se ha excitado. Eso es lo que ella genera en él. Pasión, excitación.

Y durante la comida, a medida que él contaba, ella se quedaba tan pálida… Pero su curiosidad le ha sorprendido. No se ha escandalizado y tirado la servilleta sobre el plato y no ha salido corriendo.

¿La volverá a ver?

A pesar de la hora, una vez se ha quitado el traje, se prepara un whisky y cierra los ojos a oscuras en el salón.

—Vago, creo que la he cagado con la chica que tanto me gusta.

El perro baja la mirada, como diciendo… *pues es verdad…*

◆◆◆

Estoy tumbada en la cama como dos horas y por fin mi dolor de cabeza ha desaparecido.

Esto lo tengo que hablar con las chicas. Decido enviar mensaje al chat.

—Chicas, os tengo que contar un bombazo sobre Iñigo. Tenemos que hacer llamada grupal. Decidme hora y lo vemos.

Las respuestas no tardan en llegar. Quedamos a las ocho en hacer la llamada.

Paso el resto de la tarde bastante nerviosa. De nuevo me siento frente al portátil y no soy capaz de avanzar. Estoy deseando poder charlar con ellas y ponerlas al día y por supuesto que me den su punto de vista. Os confieso algo, me da miedo Paloma con lo bruta que es.

Alejandro llega sobre esa hora. Así que decido salir a dar un paseo para que no escuche la conversación.

Cuando ya estamos todas conectadas, les detallo todo. Flipan. Pero Paloma como no podía ser de otra forma dice,

—Hija, no me extraña, ese tío, con lo bueno que está, la postura del misionero le debe de aburrir. Necesita emociones más fuertes. Y para satisfacer al sexo femenino se las tiene que tirar de dos en dos. Si no, no tendría vida suficiente. —Y suelta una carcajada de su propia gracia.

Yolanda contesta más seria:

—Eso lo entiendo. Pero ¿por qué te ha contado todo esto, Patri? Es lo que no capto. Qué finalidad ha tenido… salvo que quiera algo contigo y no algo clásico. Otra cosa no se me ocurre.

—Yo también creo eso. Pero él sabe que estoy casada y desconoce mi situación real de pareja. No sé qué espera de mí.

Teresa todavía no ha dado su opinión y es la que más espero porque es la más sensata.

—Teresa, ¿qué opinas?

—Pues Patri, si te digo la verdad, creo que el tío ha ido a tumba abierta para que, desde el principio, sepas cómo es. Si lo miras desde otro punto de vista, diría que le importas y por eso, aunque quizás demasiado pronto, te lo ha confesado. También te ha dicho que ha sido su primera vez en este tipo de relación. Que, hasta entonces, siempre había sido monógamo.

Una vez más, es la más sensata.

Pero Paloma no se calla.

—Claro hija, pero eso es como cuando pruebas un buen vino, el de garrafón ya no lo quieres ni en pintura. Pues eso, éste lo de

arrugar las sábanas de la cama, mejor en multitud. —Otra vez se ríe de su gracia.

Está sembrada.

Ahora el resto también y llenamos de emoticonos el chat.

Así estamos como una hora, charlando. Al final, decido poner espacio con él. Solo traerá problemas si mantenemos el contacto.

Todas estamos de acuerdo. Pero en el fondo, esa decisión me deja un poco hundida. Era como una emoción en mi vida. Y una maravillosa tentación, ahora demasiado peligrosa.

◆◆◆

Él, por la noche en su casa, piensa lo mismo. Le dejará espacio. Espera que este verano pueda coincidir en alguna reunión y ahí volver a charlar con ella y que no salga corriendo. A lo mejor se ha pasado de impulsivo. Es más, es a la primera mujer a la que cuenta sobre su ruptura y el tipo de relación que tenían. El resto de mujeres que han pasado por su vida no han llegado a tener una conversación tan íntima y menos la tercera vez que se ven.

El tiempo dirá…

CAPÍTULO 4

Ya tengo todo organizado para el congreso de la farmacéutica, que es la semana que viene. ¡Por fin! Estaré el primer día al pie del cañón, que siempre es el más complicado y dónde pueden presentarse los problemas, el resto ya se ocupa mi equipo, aunque haré el seguimiento para que todo salga según lo previsto. Por eso, al día siguiente, he decidido que me voy con las niñas en el coche a la playa y estar allí una semana. Alejandro bajará el fin de semana en el tren.

Ha pasado cerca de mes y medio desde la *famosa* comida con Iñigo. No hemos vuelto a tener ningún contacto.

Sin embargo, la corta presencia de él en mi vida y lo que supuso, me ha llevado a tomar una gran decisión en mi vida. No ha sido a lo loco, no, lo he meditado mucho y es que, ni más ni menos, a la vuelta de vacaciones le plantearé la separación a Alejandro. Porque, no nos engañemos, es ridícula nuestra situación, yo, en el fondo no he perdonado su infidelidad, por mucho que lo haya intentado, sobre todo por mis hijas. Y tengo que dejar de esconder mi cobardía tras ellas. Ese escudo ha desaparecido y he asumido que no tiene mucho sentido mantener mi matrimonio.

Mi marido parece que se esfuerza, pero en el fondo no sé si realmente es porque me quiere o porque no quiere perder su nivel económico, su perfecta vida familiar. Eso sí, quiero negociar, no voy a firmar a cualquier precio, por ejemplo, quiero quedarme con la casa de la playa y vender el dúplex de Madrid, con esa venta y un préstamo, puedo comprar algo más pequeño para las tres.

Dando vueltas a mi futura nueva vida como divorciada, casi estoy segura de que Alejandro no pedirá la custodia compartida, eso complica mucho su vida, sobre todo si continúa con su otra relación. Pero preferiría que fuera así, a fin de cuentas, es su padre. Pero si no quiere, él se lo pierde.

Ahora mismo estoy en la oficina algo más relajada, porque todo el trabajo de *campo*, es decir, toda la parte organizativa, ya está hecha y me permito un paréntesis. Por eso, entro en un portal inmobiliario para ver en cuanto se podría tasar la casa de Madrid y a su vez mirar otras opciones por la zona más sencillas. Estoy haciendo cálculos y creo que puedo afrontarlo.

¡BIEN!

Me echo para atrás en la silla. Será el último verano toda la familia junta. Se acabó. Sin saber muy bien por qué, pero me siento en paz conmigo misma. He tomado la mejor decisión. Además, siempre he tenido la duda sobre si realmente él terminó esa relación o continúa de una forma más discreta.

◆◆◆

Ha pasado algo más de un mes y no se ha ido de su cabeza…

En todo este tiempo ha tenido citas más o menos satisfactorias, pero con ninguna ha podido olvidarla.

La tiene grabada a fuego.

Sus amigos incluso se ríen un poco de él. Con frases tipo,

Tío, después de terminar tu relación con Sara y su novia, ahora te da por las casadas. Te gusta meterte en la boca del lobo. Búscate a una normal, por ejemplo, que esté ya separada y llorada. Olvídate de Patricia.

Ya le gustaría, pero es que no puede. Eso, sin lugar a dudas, sería lo más sencillo.

Su objetivo este verano es ver de nuevo a Patricia y acercarse a ella.

◆◆◆

Estoy preparando todo para el viaje. En dos días, nos vamos mis hijas y yo. Necesito salir de Madrid y ver el mar, es lo que más me relaja.

Mañana tengo el congreso y estaré todo el día de un sitio a otro corriendo. Primero en IFEMA, para supervisar que los auriculares,

traductores, estén todos en perfecto estado. Este servicio se solicita porque, aunque mayoritariamente son españoles, también han confirmado su asistencia cardiólogos de otros países. Por supuesto, también que no falten botellas de agua y que el café de media mañana tenga todo lo acordado. En fin, un montón de pequeños detalles que, si alguno falla, el resultado es un desastre. Estaré allí todo el día.

Toca sonreír.

Mientras, estaré en continua comunicación con los compañeros que estarán tanto en aeropuerto como en las estaciones de tren para llevarlos al congreso, bien en bus o en furgonetas. Según el cuadrante, Ricardo se encarga de las recogidas en el aeropuerto y traslado al hotel. Inma, el traslado de la estación de Atocha y Catalina el traslado desde Chamartín, la otra estación de tren de la capital.

El hotel donde se alojarán será el *NH Eurobuilding,* que lo han remodelado entero y reúne todas las necesidades que solicitó el cliente. La cena del primer día será en sus salones, con un coctel antes en la terraza del hotel. Su ubicación es perfecta, al lado del *Paseo de la Castellana*, arteria de la ciudad y próximo al *Estadio Bernabéu*, seguro que más de uno se hace el tour visitando el campo de fútbol del Real Madrid.

Las comidas serán en el propio IFEMA. La otra cena contratada será en el restaurante *Casa Juan*, un referente que, además, está relativamente cerca del hotel. Y al día siguiente regreso a partir del mediodía cada uno a su destino, aunque algunos nos han pedido contratar extensión para visitar Toledo con alojamiento y también está ya todo confirmado. Esto, que parece sencillo, ha supuesto muchas horas de trabajo de todo el equipo. En fin… una locura.

Solo pienso que mañana sobre las ocho de la mañana más o menos quiero ponerme en carretera e intentar estar al mediodía en *Estepona*.

Plan de chicas.

No son vacaciones como tal para mí, puesto que tendré que trabajar desde allí. Pero no es lo mismo estar encerrada en una oficina que viendo y respirando el olor del mar. Además, sé que

amigas de mis hijas también estarán, así que un día organizaremos algo, seguro. Lo que tengo asegurada es una cena con mi amiga Paloma, miedo me da, porque desde ese día de la famosa confesión de Iñigo no hemos sacado mucho el tema, pero es muy distinto tenerla delante y con un vino en la mano...

◆◆◆

Iñigo está hasta las pelotas de la semana. No puede más. Está pensando que en cuanto cierre el negocio que tiene entre manos, se va unos días a la playa.

A primeros de julio y en Madrid te quema el asfalto. Al mediodía es insoportable estar por la calle. Decidido, en dos días, nos vamos Vago y yo.

Y así, sin haberlo coordinado, ambos estarán las mismas fechas en la playa, más o menos.

¿Se verán? Será el destino…

◆◆◆

Efectivamente, al mediodía estamos entrando las tres en *Estepona.*

Como no hay nada en la nevera, evidentemente, nos acercamos directamente al restaurante *La Escollera,* situado en el puerto, muy cerca de nuestra casa, y podemos ir andando. Suele estar hasta arriba, pero a primeros de julio, lo normal es que no sea así. Además, el encargado nos conoce de todos los veranos. Entramos y nos saluda, y efectivamente, nos comenta que, en unos minutos, está preparada nuestra mesa.

Me encanta mirar a mis hijas, aquí están felices, no dejan de sonreír y yo al verlas. La decisión que he tomado con respecto a Alejandro y yo, creo que es la más acertada. Se merecen vivir rodeadas de cariño, no de sonrisas fingidas por parte de sus padres.

Terminado nuestro maravilloso almuerzo, vamos ya a casa para deshacer el equipaje y abrir las ventanas, que lleva meses cerrada y se nota. Las niñas se quedan en casa y yo salgo con el coche a

comprar. Toda la tarde la paso entre compra, ordenar la ropa y limpiar un poco.

Mañana ya será otro día, y para poder aprovechar playa y piscina, tengo pensado madrugar y trabajar hasta las doce más o menos y después, hacer un parón e ir a la playa un rato con ellas. Todo calculado.

Seguimos el plan establecido y dicho y hecho, vamos a la playa hasta la hora de la comer. Y ahí les planteo que esta noche podemos ir dando un paseo hasta el centro del pueblo para picotear algunas raciones que nos sirvan de cena, ambas dicen que las parece una buena idea.

Pues ya tenemos plan para esta noche.

Después de comer, descanso un rato en el sofá y continúo trabajando hasta las seis de la tarde, hora a la que me despido de mis compañeros hasta el día siguiente.

Pero a veces la vida es eso que pasa cuando haces planes, como dijo el mítico *John Lennon.* Y por la noche vamos al centro del pueblo en coche, lo dejamos en el parking y de ahí dando un paseo, vamos las tres muertas de la risa sobre las ocurrencias de mi hija pequeña, cuando oímos que me llaman. Automáticamente, me pongo rígida como un palo, reconozco al segundo esa voz. Esa voz que llevaba sin escucharla mucho tiempo. Es Iñigo, lo sé aún sin girarme.

Para no caerme al suelo, presa de los nervios, disimuladamente, tengo que sujetarme a los hombros de mis hijas. Y así ya soy capaz de darme la vuelta con mi ensayada sonrisa del trabajo. Intento parecer de lo más natural, pero francamente, no sé si lo he conseguido.

Cuando lo tengo a escasos centímetros míos. Una vez más, me deja sin habla.

¡Dios mío! Cada día que pasa está más guapo, *por favorrrr*. Se ha dejado la típica barba de tres días y está bastante bronceado. Veo como las mujeres, una vez más, le miran de reojo, sin ningún tipo de pudor y no me extraña, porque yo estoy clavada en la acera y no puedo apartar mi mirada de él.

Está *impresionannnnnnte*. Lleva una bermuda color beige, zapatillas deportivas y camiseta verde color camuflaje.

—Hombre Iñigo, —digo en un tono tan normal, intentando aparentar tranquilidad—. ¿Cómo estás? Te presento a mis hijas.

Él baja la mirada a mis hijas y sin cortarse suelta,

—Se nota que son tus hijas. Porque son tan guapas como su madre.

Mis hijas coquetas, le sonríen, *ya las ha conquistado…*

A mí en este momento me sube un calor por todo el cuerpo. Y da dos besos a cada una.

—Muchas gracias. Supongo que estás con amigos, tomando algo. Yo estaré unos días aquí descansando con mis hijas y huyendo del horno de Madrid.

—Pues sí, estoy con unos amigos. Ven, os presento. Y además está Vago.

Mis hijas lo miran, no entienden nada hasta que ven al perro y se vuelven locas. Con las ganas que tienen de uno. Llegamos a la mesa y son unos compañeros de Málaga que se han acercado a cenar con él.

Nada de lo que preocuparse. Pero Patricia, ¿a ti que más te da?

Son Roberto y Sofía. La chica es bastante atractiva. Enseguida pienso, ¿tendrá algo con ella? No. No, creo.

Estoy con ellos en la mesa, pero estoy muy nerviosa. Verlo otra vez, sinceramente, me ha desestabilizado bastante.

Menos mal que hoy me he puesto mona, con este vestido largo de flores tan veraniego y con un escote que marca mi pecho, informal, pero mona.

Sus amigos son muy majos y al final estamos todos juntos cenando. Mis hijas, mientras, a lo suyo con el perro. Preguntan a Iñigo si pueden pasearlo. Y por supuesto, las deja. Vienen a la mesa, comen algo y se vuelven a marchar con el perro. Vago nos tiene sorprendidos porque con ellas establece una relación increíble al segundo. Corre con ellas, no refunfuña para nada. Esto nos hace reír a todos porque sabemos el perfil del perro de Iñigo. Y entre bromas, vamos terminando las raciones que hemos pedido. Estamos muy relajados.

Por supuesto, sus compañeros quieren saber de mí. Y tengo que explicar que estoy unos días allí descansando con mis hijas, bla, bla, bla, …

La velada está resultando de lo más agradable y a medida que avanza la noche me siento también más tranquila. Sus acompañantes se despiden de nosotros, porque tienen que ir hasta Málaga que está a ochenta y dos kilómetros aproximadamente, con una carretera que siempre tiene mucho tráfico y que es peligrosa por todas las incorporaciones de las miles de urbanizaciones que hay a lo largo del litoral, salvo que vayan por la autopista de pago.

Y nos quedamos solos, porque Vago y mis hijas están dando vueltas sin parar.

Ha llegado el momento de tener que hablar. No hay escapatoria.

—No sabes lo que me alegro de verte, Patricia. De verdad. Desde nuestro último encuentro he pensado muchas veces que crucé la raya contigo y que debes de pensar que soy un depravado o algo por el estilo.

—Iñigo, no tienes porqué justificarte conmigo, de verdad. Cada uno lleva la vida que quiere llevar, no seré yo quien juzgue. Mírame a mí, sigo casada con un hombre que, durante dos largos años, tenía otra relación. Y no he sido capaz de pedir el divorcio y de eso hace ya cuatro años. Así que, como digo, no puedo ni siquiera opinar. Aunque impactada claro que me dejaste. No te quiero engañar. No es algo que escuches todos los días.

—Te voy a decir una cosa. Acabas de soltar, sin pensarlo, que no eres feliz en tu matrimonio y que tú marido te ha sido infiel.

—Ostras, es verdad. Ha salido por mi boca sin filtro.

¿Qué me está pasando? Definitivamente, él rompe mi estabilidad mental.

—No sé qué tienes, pero eres diferente. Contigo quiero saber más, que me cuentes todo sobre ti. Y te puedo asegurar que eso casi nunca me ocurre. Desde que te conocí en casa de Yolanda, estás presente en mi cabeza. Pero sé que estás casada y eso para mí es sagrado.

—¡Me voy a divorciar! —Suelto sin pensar.

Otra vez sin filtro. Mi filtro debe de estar de cañas en el bar de al lado. Luego voy a buscarlo, porque debe estar borracho.

Iñigo abre los ojos.

—¿De verdad?… ¿lo has decidido?

—Si. Pero aún no he hablado con mi marido. Lo haré a finales del verano. Quiero unas vacaciones tranquilas. Luego vendrán los gritos y los líos. Se acabó. Prefiero estar sola que mal acompañada. No le he perdonado. Esa es la verdad. Y cada vez lo llevo peor. Siempre dudo cuando se va de viaje si irá ella… no puedo vivir así y él tampoco. Así que sí, he tomado esa decisión.

Instintivamente, él me toca la mano. Yo no la retiro. Porque mis hijas están lejos y no nos ven.

—Me alegro —dice, mirándome a la cara con una intensidad que da miedo—. Quiero que sepas que estaré a tu lado. Para lo que necesites.

Veo que lo dice de verdad. Pero a mí me viene la mala leche a la cabeza y sin filtro, una vez más, suelto.

—Gracias. Ya te aviso si quiero hacer un trío o ir a un local de intercambios de parejas o ese tipo de relaciones, si decido hacer mi vida sexual más entretenida.

Automáticamente retira su mano. Veo cómo me mira, le acabo de hacer daño. Puede que me haya pasado. Y me siento fatal.

—Perdón, no quería decir eso. He sido una frase desafortunada.

—Está claro que eso es lo que piensas de mí. Que soy un depravado que no tengo sentimientos y que lo único que me mueve es la lujuria. Te puedo demostrar que nada más lejos. ¿Eso es lo que piensas de mí?, —dice muy serio.

Definitivamente, mi filtro no está. Con lo comedida que soy yo por mi trabajo. Que tengo que tragar mucha gilipollez mientras estoy con una sonrisa.

—No lo pienso. Es lo que tú me has contado. Que vivías con dos mujeres y erais un trío.

—Insisto. Piensas que soy un depravado.…

—Ni me lo planteo. No es mi rollo. Soy clásica. Mira tú. Mejor voy a por mis hijas y nos vamos a casa. Tengo el coche en el parking.

—Invítame a tu casa a una copa en esa bonita terraza con vista al mar que me comentaste. Por favor.

No doy crédito a lo que estoy escuchando.

—¿Cómo voy a llevarte a mi casa con mis hijas? Que luego se lo cuentan a su padre y la tenemos. Lo siento. No puedo. No quiero problemas con Alejandro.

—¿Puedes arreglarlo con algún vecino o amigo para que se queden con tus hijas y salir a cenar un día los dos? Por favor.

—Tengo que pensarlo. Lo podría arreglar. Pero tengo que pensarlo.

—Con eso me conformo. De verdad. Mañana por favor, me dices algo sobre si lo has podido gestionar.

No sé qué me pasa con él, pero me hace tal lío en la cabeza que al final siempre claudico.

Vago y las niñas ya están de regreso, pero vamos todos juntos porque tenemos los coches en el mismo sitio. El pobre perro está con la lengua fuera, agotado, y mis hijas también, de tanto correr.

Nos damos dos besos para despedirnos en el parking. Y susurra a mi oído.

—Arregla la cena de mañana con tus vecinos, por favor.

Sin darme cuenta, pongo mis manos en su pecho para no caerme. Y sonrío. Creo que es lo máximo que puedo hacer, porque las palabras están junto con mi filtro en el mismo bar.

Camino a casa pienso a quien puedo pedir el favor. Esto en verano lo hacemos mucho para tener una *nochecita* libre de niños. Al final llego a la conclusión de que la mejor es Vero, es sevillana y tiene una gracia tremenda y bruta también en la misma proporción. Nos llevamos muy bien. Tendré que contarle una mentirijilla, no puedo decirle que ceno con un amigo. Pero después de dar muchas vueltas a la cena de mañana, decido contarle la verdad. No es indiscreta. Sé que quedará entre nosotras. Solo a cambio de todo lujo de detalles. Menuda es.

Además, mi vecina—amiga, se va a poner como unas castañuelas de contenta. Pensar que pueda echar una canita al aire. Ya la veo soltando por su boca, *que se joa tu marido, peazo cabrón*. Ella lo sabe, porque *el famoso verano*, cuando me enteré, era un mar de lágrimas. Estaba realmente hundida en la mierda. Sintiéndome

culpable de no haber sido capaz de mantener la chispa en la pareja, por ejemplo. Encima de ser la cornuda.

A Alejandro le diré que es la cena con Paloma. La tengo que llamar para que venga a casa y así usar mi comodín para Iñigo. Si. Ya está. Ahora ya en casa mando mensajes a una y otra.

Caigo en un detalle. No tenía pensado este tipo de planes, así que toda mi ropa se limita a vestidos de playa y poca cosa más. Y Paloma es más delgada que yo, no me sirve su ropa. Creo que he traído un vaquero blanco, *otra vez con lo mismo* ¡Lo tengo! Le pediré a Vero algo prestado.

◆◆◆

Iñigo de regreso a casa no deja de sonreír, el azar ha provocado este encuentro y no puede estar más feliz. La ha encontrado tan atractiva como siempre. Está casi convencido de que mañana cena con ella. Esa mujer tiene imán para él. Por ella está dispuesto a tener sexo del tradicional, *sexo vainilla,* si de algo está convencido es no quiere que se aleje de él. Una pregunta invade su cabeza… ¿Podrá dejar ese mundo por ella? ¿o conseguirá que ella lo pruebe? Pero lo más importante, si eso ocurriera ¿permitiría él que la toquen? No está muy seguro. Es curioso tener ese planteamiento, porque no hay nada entre ellos, … cuando tocaban a Sara le excitaba. Pero con Patricia, de entrada, es bastante más territorial.

Lo que siente hacia ella, es diferente. Nuevo para él.

Sus hijas le han parecido estupendas y todavía no se puede creer la reacción de Vago con ellas. Se ha vuelto loco jugando y corriendo, mira por el retrovisor al perro que ha caído desfallecido según se ha subido al coche.

Querido amigo parece que las mujeres de esa familia nos gustan mucho. Tanto que incluso estamos dispuestos a cambiar algún que otro hábito.

Cuando llega a casa no tiene sueño, por eso decide salir al jardín y observar el cielo estrellado, tumbado en una hamaca, recordando el vuelco de su corazón cuando a pocos metros estaba ella.

Se excita tanto que necesita refrescar su cuerpo y mente y sin pensarlo se tira de cabeza a la piscina de su casa.

◆◆◆

Cuando las niñas ya están acostadas y yo cómoda en el salón, me doy cuenta de que hoy no he hablado con Alejandro. Así que veo la hora, no es muy tarde, y decido llamarlo.

Descuelga la llamada y desde luego está en algún local. Porque el ruido es insoportable.

—Hola, ¿cómo estás Patricia? —Dice con una voz de llevar alguna cerveza en el cuerpo—. ¿Qué tal tu día?

—Pues bien, he trabajado a primera hora y luego hemos ido a la playa, por la noche picoteo por el pueblo y nos hemos encontrado con un amigo que conocí en la fiesta de Yolanda.

—Ah. Estupendo entonces todo. Te tengo que dejar porque estamos de *terraceo* y no te oigo bien.

— Muy bien. ¿Y con quién estás? ¿Con compañeros?

Al otro lado, se hace un silencio incluso algo incómodo.

—Si. Con compañeros.

Acabo de tener una corazonada, *está con ella*. No hace falta que me lo diga. Simplemente, lo sé, por cómo me ha respondido, ahí he tenido la confirmación. No pienso montar ninguna escenita. Porque la decisión está tomada. No merece la pena.

—Perfecto. Pues ya hablamos. No quiero molestarte.

—De acuerdo, —contesta él y cuelgan.

Recibe el mensaje de Vero.

> *—Me quedo sin problema con las niñas. Y tengo algo en el armario que te puede sacar del apuro. De todas formas, mañana a primera hora voy, me invitas a un café y sueltas todos los detalles por tu boquita y llevo la ropa, por si te sirviera. No sabes lo contenta que estoy por tu cita de mañana. ¿Tienes foto del maromo?*

Ahora que lo dice, lo busco con *Linkedín*. Ahí está. Mis ojos se abren como platos. *Por favorrrrr*.

¡Bravo! Mañana quedo con Iñigo. Voy corriendo al armario a ver que puedo ponerme para tener un posible *plan B o C o D*. Efectivamente tengo el vaquero blanco, pero descartado. Espero que mañana Vero traiga algo decente. Quiero ir guapa, pero sin pasarme.

Pienso, ¿contesto ya que sí que puedo o espero a mañana? Venga lo hago ya. Voy a la terraza y con una copa de vino que me inspira mucho, escribo el mensaje.

—Hoooola, confirmo que mañana puedo. Organizado con mi vecina. Ya me dices donde y hora para cenar.

Iñigo, en cuanto lo lee la contesta.

—Genial. Deseando que llegue mañana para verte de nuevo. Por cierto, esta noche estabas francamente guapa.

Mañana seré un hombre afortunado de poder cenar contigo. Supongo que, para evitar que nos vean, no puedo ir a recogerte.

Patricia.

—Efectivamente. Pero muchas gracias por el ofrecimiento, voy en mi coche.

A partir de ahí, no puedo parar de sonreír. Es curioso, pero cualquier pequeño acontecimiento sobre Iñigo me provoca una sonrisa que no puedo borrar. No tengo ningún remordimiento por quedar con él mañana. Alejandro se lo está pasando de maravilla con quien sea. Aunque estoy casi segura de saber de quien está acompañado … esto tiene que acabar incluso por él. Está claro que sigue con ella. Pero si la quiere ¿por qué no es capaz de terminar nuestro matrimonio? Supongo que continuar casado es una buena disculpa para no formalizar más su otra relación. Porque si estuviera divorciado probablemente la otra parte pediría más. ¡Qué listo eres Alejandro! Pues lamento decirte que tu escudo en septiembre termina. Vete a la mierda.

Me voy a la cama, mañana también madrugo y trabajo para tener el día libre para mis hijas.

Descanso como hacía mucho, aunque la última imagen que recuerdo es la de Íñigo susurrándome al oído y yo con mis manos en su pecho. Doy un salto cuando veo la hora en mi móvil, buf … es

más tarde de lo que esperaba. Si quiero hacer todo antes de que se levanten, me tengo que dar prisa, Así que salgo corriendo a la cocina a prepararme un café y voy a la terraza a trabajar. Leo un mail del cliente felicitándome porque el congreso ha sido un éxito, ha salido todo a la perfección y estoy muy orgullosa de mis compañeros. Así que envío al equipo un mensaje de felicitación.

¡Bien!

Mientras desayunamos las tres, les informo que hoy duermen con Vero en su casa. Que mami sale a cenar. A mis hijas les encanta el plan porque las cuatro niñas se llevan de maravilla y están siempre juntas.

Suena el timbre de la puerta y ya sé quién es, Vero con sus hijas y del brazo la ropa que me pueda servir para la cita de esta noche.

—Dame un segundo que termino este mail y te invito a un café. Aunque estamos en confianza, póntelo tú, anda amiga, que tengo que dejar esto enviado… luego ya estaré casi libre el resto del día.

—Vale, —dice desde la cocina—. Ahora miramos lo que te he traído y charlamos en la terraza, mientras las niñas están en la habitación.

—Perfecto, —grito—y tráeme un café a mí también, por fi. Enviado el mail, ya puedo prestarte toda mi atención.

—Cuenta, cuenta, —dice acercando todo lo que puede la silla.

Hablamos bajo por si acaso.

—Antes de contarte, te enseño su foto, para que veas con quien ceno esta noche.

Cuando lo hago. mi vecina abre los ojos y suelta,

—¡¡¡La madre que lo trajo!!! este tío no es humano, te lo digo yo. Es de otro planeta. Joder. Vaya revolcón que tiene, uno no, para ser más exacto uno y otro… así hasta el infinito, hasta perder el conocimiento. *Por Diossss*. Ahora mismo miramos la ropa, tienes que ir despampanante. No sabes la envidia que siento por ti en este momento. Disfruta porque te lo mereces.

De todo lo que ha traído. Decido ponerme un pantalón de cargo con una camiseta blanca que tengo yo, con escote cruzado, marcando mi pecho, que sin ser pechugona no está nada mal.

Mi hija mayor suelta, cuando aparece por el salón, que si ceno con el guapo de anoche.

Muerta me he quedado.

—Mamá, me calló muy bien. Y además tiene un perro genial.

—Cariño, salgo con Paloma. Me alegra que te cayera bien Iñigo. Es muy simpático. Contesto intentando que no se note que me ha dejado fuera de juego. *Si ella supiera…*

Nosotras volvemos a la terraza y le cuento todo, menos sus gustos sexuales, claro. Mi vecina está alucinada.

—Nena, no dejes escapar esta oportunidad. Te lo digo. Serías muy tonta. No te preocupes, tus hijas están conmigo mañana hasta la hora que sea. Cuando vengas a buscarlas, quiero ver en ti el brillo de una mujer satisfecha. ¿Entiendes?

La estoy entendiendo perfectamente. Vamos, que me tire a la piscina. Sin más. Si ella supiera de sus gustos, a lo mejor no me animaba tanto.

Decidimos ir todas juntas a la playa. Y por la tarde ya se las lleva ella a la piscina y le doy la bolsa con los pijamas y todo su aseo.

—Diviértete amiga, te lo mereces. Y mandas a la mierda al idiota de tu marido.

—Vero… quien sabe. Puede que esté tomando por fin algunas decisiones en mi vida.

—Pues a ver si es verdad, antes de que tengas cien años. —Suelta con una sonrisa.

Oigo un pitido en el móvil, pienso que es Alejandro, pero no, es Iñigo.

> *—Contando los minutos para verte. Quedamos en el hotel Guadalmina y dejas ahí tu coche. Luego ya vamos en el mío a cenar. Vamos a Benalmádena a la zona del puerto*.

Hace siglos que no voy allí. Creo que por lo menos veinte años, pienso, me apetece mucho el plan.

Decido contestar. –OK. —Y ya está. El corazón empieza a latir a tal velocidad que tengo que sentarme en el sofá. Madre mía, en qué charco me he metido. Porque no nos engañemos, no es una cita normal, quiero decir, nada en él es normal. Y ahora mismo mi estado ha cambiado. He decidido dar un giro en mi vida, dónde después de

muchos años, el padre de mis hijas no estará ¿E Iñigo? *Para, para, que estás corriendo demasiado, sin saber hacia dónde vas*…

A las ocho de la tarde aparco mi coche y él ya me está esperando. Como siempre, nuestro saludo son dos besos. Pero la expresión de la cara de Iñigo transmite otra cosa. *Pasión.*

¿En serio? ¿Eso es lo que despierto en él? O es lo que tú quieres pensar…

Una vez más, junto a él me tiemblan las piernas. Parece que se va a convertir en un hábito. Tengo la corazonada de que esta noche no salgo viva de esta cita. Y ¿por qué no? A fin de cuentas mi marido lleva años engañándome y he tomado la decisión de divorciarme. Se acabó. Así que, técnicamente, si ocurriera algo, no le pondría los cuernos a mi marido.

Mi parte salvaje, que hasta la fecha desconocía que la tenía, acaba de ponerse a dar saltos de alegría.

Bueno, bueno, no nos vengamos arriba demasiado pronto.

Por cierto, acabo de darme cuenta que esta bomba no la saben mis amigas. Bueno, las dos, la del liquidar mi matrimonio y la cita con él.

Una vez más su imagen me deja sin respiración. Con unos vaqueros y camisa azul marino, el conjunto es impecable. Al lado suyo me siento insignificante, como una mota de polvo en suspensión. Y lo mejor de todo es que este hombre quiere cenar conmigo. Con una mujer que, bajo la apariencia de mujer fuerte, por dentro, está rota.

Según me ve, con paso decidido, llega a mi altura y sin mediar palabra vamos a su coche. Parezco una niña que se deja llevar. Hoy quiero ir donde me lleve, incluso a la parte más oscura suya. Necesito sentirme deseada y si es por un hombre como él, mejor. Estoy harta de ser la que luche por un matrimonio roto desde hace años. Poniendo buena cara ante todo el mundo. Se acabó.

—He reservado en un restaurante que tienen un pescado excelente, —comenta mientras arranca el coche.

—Genial, hace un montón de años que no voy por allí. Porque al final, hartos del coche en Madrid, aquí nos movemos poco, todo por

las proximidades de nuestra casa o a sitios que podamos ir andando. Esa también es una manera de descansar.

—Cierto. Pon la música que quieras. Ojalá que a estas horas no encontremos mucho atasco en la autovía.

Mientras elijo lo que podemos escuchar, no dejo de observar su perfil, casi perfecto.

Todo el trayecto vamos de la mano. Él no suelta mi mano. Y yo no la retiro.

Tengo claro que voy directa a un precipicio.

La cena, esta vez como en nuestra primera cita, transcurre de una forma muy relajada. Quiere saber exactamente de mi situación personal. Y yo no tengo ningún inconveniente en contársela, porque he abierto la espita y ahora puedo sin pudor verbalizar la vida de mentira, de cara a la galería, de los últimos años.

—Iñigo, mi marido tuvo una relación extramatrimonial durante dos años y tengo la impresión que no la ha dejado, aunque él diga que sí. Ya sabes que será mi último verano como mujer del Sr. Bonilla. Ayer, cuando le llamé, por cómo fue nuestra conversación casi juraría que estaba con ella.

Él me escucha atentamente. No pierde detalle, me permite hablar sin interrumpirme. Con esos ojos marrones que me arrasan con su mirada.

—Agradezco tu sinceridad porque entiendo que no es nada fácil contar algo tan duro. Pero por esta noche creo que hemos cubierto ya el cupo de penas. Así que terminamos el café y nos vamos a tomar una copa.

—Me parece muy buena idea.

Después de pagar, salimos del restaurante caminando sin prisa hacia el coche. Nadie nos espera, salvo nosotros y lo que nos pueda deparar el destino esta maravillosa noche de comienzos de verano.

Dentro del coche, su mirada se vuelve oscura, la misma que pude observar el día que comí con él en Madrid. Soy consciente de lo que quiere proponerme, pero me quedo en silencio, a la espera de oír sus palabras.

De repente, se pone serio, gira con su mano mi rostro hacia él y, con su voz varonil, me dice lo que yo estaba esperando,

—Patricia, quiero enseñarte ese mundo que te horroriza esta noche. No vamos a hacer nada, te lo prometo y no voy a consentir que nadie te toque. Podemos ir a tomar una copa. No es obligatorio interactuar con terceros ¿Entiendes? Y si te niegas, no hay ningún problema.

Sin pensarlo, contesto,

—Vale, vamos, tengo curiosidad.

Él asiente, y sonríe.

—No voy a consentir que te toquen, —insiste.

¡Qué raro! Porque con su pareja parecía que sí.

En fin, voy a descubrir un mundo nuevo. Total, estoy en ese punto de *vida nueva, mundo nuevo, sexo nuevo*. Todo nuevo. Lo viejo lo tiro por la ventana. A vivir.

A medida que nos acercamos, me sorprende lo descomunal que es tanto el parking como el local. Con gran decisión, abro la puerta del coche para bajarme y, con la cabeza bien alta y de su mano, entramos. Hasta ese momento he estado bastante tranquila, pero ahora que estamos dentro, me lleno de inseguridades que espero y deseo que no detecte.

Al entrar, lo primero que me descoloca es que parece un local *normal* con poca luz, como cualquier discoteca. Hay una barra donde la gente está con una copa y charlando, yo recorro con la vista cada punto, buscando lo que hace diferente a ese lugar, pero desde luego aquí, no. Iñigo continúa sin soltar mi mano y no deja de mirarme. Quiere saber cómo me siento en todo momento y se lo agradezco. Nos acercamos a una de las barras, nos sentamos en los taburetes y pedimos una copa cada uno. Intento aparentar tranquilidad, pero por dentro, estoy que me devoran los nervios. Él no mira a nadie. Solo a mí y eso me da mucha seguridad.

Se acerca mucho más y pegando su boca a mi oído, pregunta,

—¿Cómo estás? Contesta con sinceridad por favor, saliste una vez corriendo y no quiero que se vuelva a repetir. Así que, si no estás cómoda, ahora mismo nos levantamos de estos taburetes y salimos de aquí.

—Pues impresionada. Supongo que lo fuerte debe estar detrás. Porque esto no parece lo que es, para nada.

Iñigo, ante mi frase, suelta una carcajada.

—¿Qué esperabas? ¿Ya de entrada encontrarte con la gente desnuda corriendo por el local? Esto no funciona así.

Definitivamente, me siento como una auténtica pardilla, como un pez fuera del agua. Intento no mirar demasiado a mí alrededor con cara de sorpresa, que no se note que es mi primera vez.

Él me tiene abrazada por la cintura. Solo existo yo y con estos gestos, uno, quiere dejarlo claro, y dos, darme seguridad.

Se acerca una pareja para preguntarnos si queremos jugar. Yo me tenso al segundo. Debo mirar con una cara de horror a Iñigo que niega con la cabeza.

—Escucha Patricia. No vamos a hacer nada, confía en mí y estate tranquila, solo quiero que conozcas esta parte de mí. Diciéndome esto, sujeta mi cara con sus manos. Desde mi ruptura con Sara, no he vuelto, esa es mi parte sensata. Pero mi lado oscuro me pide que vuelva. Pero si te soy sincero, eres más importante para mí de lo que me gustaría. Y no puedo compartirte con nadie. No soportaría que te tocara otro en mi presencia. Salvo que tú quisieras, pero aun así no estoy seguro de poder soportarlo con indiferencia y que esa imagen me excitara. Y te digo esto cuando entre nosotros no hay nada todavía…

Él *todavía* lo recalca de tal manera que empiezo a sudar.

—Entre nosotros no hay nada como para que tengas que renunciar a esto por mí. Me parece excesivo. —Y sin darme cuenta le beso. Estoy excitadísima, no sé si por el ambiente del local, por lo guapo que es, o por todo. Solo ese beso, me deja KO. Ir más allá con él, si tenemos en cuenta como ha reaccionado mi cuerpo, prefiero no pensarlo. Pero sólo sé que estoy como una barbacoa en plena faena en el mes de agosto.

Me abraza con tanta pasión que casi no puedo respirar.

—¿Quieres ver el resto del local? —susurra a mi oído.

Yo asiento. Y sin más, abrazados, vamos hacia la parte trasera. Hay de todo, habitaciones individuales, ahí no se puede entrar, tríos, orgías. Yo debo tener los ojos tan abiertos que hasta me duelen los párpados. Y, a medida que avanzamos, cada vez lo abrazo más fuerte.

—¿Quieres irte? … —dice.

—¿Quieres que nos vayamos? —pregunto. *En un segundo te has vuelto de lo más descarada*. Si me viera Alejandro, pensaría que me han practicado un trasplante de cerebro a algo parecido.

—Prefiero irme y estar contigo a solas Patricia. Vamos a mi casa y pasa la noche conmigo.

Y mirándole, en ese momento, voy corriendo y me lanzo al precipicio. Mando mensaje a Vero.

—Amiga. Hoy duermo fuera de casa. De todas formas, no llegaré tarde. Mil gracias por este enorme favor. Te quiero.

—Ya está. Vamos a tu casa.

La casa realmente es de sus padres. Pero ellos ahora mismo creo que están de viaje por Thailandia.

El trayecto hacia su casa lo hacemos de la misma forma, él sin soltar mi mano. Y yo sin dejar de dar vueltas a que voy a tener una noche de sexo con alguien que no es mi marido. En los últimos veinte años, Alejandro es el único que me ha visto desnuda. Y eso me produce una cierta inseguridad, sobre si sabré estar a la altura de un hombre cuya vida amorosa ha sido bastante más azarosa que la mía.

En un momento dado, él sujeta mi mano y la besa. En ese instante, sé que estoy donde debo estar y con quién debo estar. Por una vez en mi vida, voy a salir de mi zona de confort y arriesgarme.

Llegamos a la verja de color acero y con el mando se abre. No es una casa demasiado grande, pero si tiene un extenso jardín con piscina. Es blanca, con ventanas del mismo color, muy característico de la costa del sol. El conjunto es agradable. En el porche hay una mesa baja de madera rústica, un sofá y dos butacones blancos. Las tumbonas están a la orilla de la piscina. Pero lo mejor de todo es la ubicación, en una zona bastante exclusiva.

Ahora mismo no adivino mucho el gesto de Iñigo. Quiero hablar con él cuando estemos tomando una copa. Pasaremos la noche juntos, pero no quiero nada más. Se lo dejaré claro antes, para evitar malentendidos. En el punto dónde se encuentra mí vida, lo menos que necesito es iniciar nada con nadie, ya que primero tengo que cerrar un capítulo importante de mi vida, mi matrimonio.

Prepara para mí un gin—tonic y para él un whisky con agua, mientras me acomodo en uno de los sillones, disfrutando del silencio y de la temperatura tan agradable a estas horas de la noche, con una brisa que trae el olor a mar. Todos estos ingredientes propician el momento perfecto de tener una conversación, relajados. Él tiene su mano apoyada en la cara y la pierna con el tobillo en la otra. Su mirada es demasiado profunda, me doy cuenta que cada vez voy conociendo más sus diferentes miradas y lo qué significan. Está a la espera de escucharme. Allá voy.

—Iñigo, —carraspeo antes de empezar a hablar—. Quiero darte las gracias por enseñarme tu mundo hasta hace poco. Tengo que decir que me ha intrigado. Pero también me intriga que esperas de mí en la misma proporción. Porque no lo entiendo. Soy una mujer de tu edad, casada, aunque en vías de separarse, con dos hijas, no practico ese tipo de relaciones. Sinceramente, estoy bastante perdida.

Escucha atentamente. Espera a que termine.

—Patricia, eres especial. No quiero llevarte a mi mundo, salvo que tú quieras. Realmente, no es mi mundo, solo ha sido en esa relación. Pero me gustó, no lo niego y, hasta cierto punto, me quedé atrapado.

Entonces, como si algo me empujara, doy un salto del butacón y voy hacia él decidida. Me siento sobre sus piernas y le beso de nuevo. Mis besos son bien recibidos. Noto su excitación, y comienza a besar mi cuello, en un recorrido lento. Nos miramos. Y decido quitarme la camiseta y empiezo a desabrochar su camisa. En dos minutos estamos desnudos. Curioso porque soy un poco recatada. Sin embargo, con él no tengo ningún pudor. Es como si llevara mucho tiempo viéndome desnuda. Ahora mismo no tengo ningún complejo. Me siento bella, deseada. Algo que hacía mucho que no pasaba.

Os tengo que decir que lo que descubro debajo de la camisa me deja sin palabras. Un cuerpo que parece esculpido en piedra. Tiene un poco de bello rubio en el pecho y una fina línea hasta el ombligo, lo justo, pero esos abdominales no se ven todos los días. O yo al

menos, no. Y también os garantizo que da la talla pero que muy bien.

Recuerdo a Paloma y el término *empotrador*. Creo que llevaba mucha razón y también creo que estoy a punto de descubrirlo.

Desnudos los dos, vamos a la piscina y ahí continuamos besándonos, ambos estamos a cien. Tanto que yo pongo mis piernas en su cintura y sin darme cuenta le siento dentro. Soltamos los dos un grito de placer.

No recuerdo el tiempo que no sentía algo así. Sinceramente, me está volviendo loca.

Iñigo susurra a mi oído,

—Patricia, estoy loco por ti. Te aseguro que lo que estoy sintiendo contigo hace mucho que no me ocurría. Esto es muy especial para mí. De verdad.

Y con gran delicadeza, acerca sus labios a mi boca, unos labios suaves, que con cada roce de ellos en mi cuerpo me producen un placer infinito.

Yo no dejo de abrazarlo, es como si tuviera un imán invisible que no permitiera poner distancia entre nuestras pieles.

Nos miramos y, sin hablar, nos decimos muchas cosas, porque a veces sobran las palabras puesto que un gesto, una caricia, puede definirlo todo.

CAPÍTULO 5

Ahora mismo, mi cuerpo es un cúmulo de maravillosas sensaciones y me encuentro incapaz de poder verbalizar lo que he sentido. Pero él ha sido sincero y creo que yo también, debo serlo.

—Para mí también ha sido muy especial, —le confieso—. Pero me siento un poco confundida, porque una parte de mí está feliz, pero otra no está muy segura. Dada mi situación familiar.

—Disfrutemos esta noche. Mañana será otro día ¿Te parece?

—Tienes razón. Tenemos esta noche.

Cenicienta perdió su zapato… ¿yo perderé la cabeza?

Salimos de la piscina y nos secamos con unas toallas que trae del interior de la vivienda. Él se anuda la toalla a su cintura y yo tapo mi cuerpo con ella todo lo que puedo. En este momento, estoy un poco avergonzada por todo lo que ha ocurrido entre nosotros hace unos instantes y por eso, me cuesta mirarle a la cara, así que, como vía de escapatoria, decido observar el maravilloso cielo estrellado.

Él se acomoda junto a mí en la tumbona, mientras besa mi pelo.

Cierro los ojos, *siento paz.*

—Patricia, ¿cómo te sientes? Quiero que seas sincera, por favor. Porque yo lo voy a ser, te lo aseguro.

—Ahora mismo soy feliz. Estoy encantada de estar aquí contigo y pasar juntos la noche. —Al terminar esta frase giro la cabeza para intentar averiguar su gesto.

Iñigo está sonriendo.

—Y esto acaba de empezar. Esto es el principio Patricia. En casa de tu amiga sentí algo en el estómago. ¿Entiendes lo que quiero decir? Fue como un puñetazo que me partió en dos. No quiero resultar cursi, pero te diré una cosa, yo era como un barco perdido en la niebla a la espera de encontrar un faro que me guiara. Ese faro eres tú. Puede resultar fuerte esto que estoy diciendo, pero lo siento así y, desde entonces, no te he podido sacar de mi cabeza. Y lo he intentado, pero aparecías siempre, con ese vestido gris de la fiesta.

Un día pensaba en ti y te comparaba con Sara. A pesar de estar con ella siete años, creo que nunca sentí por ella lo mismo, ni cuando nos conocimos. Es todo un poco raro, pero estoy convencido que tuve un flechazo contigo. Nunca creí en esas cosas, pero aquí estamos.

Otra vez estoy que no soy capaz de decir ni una sola palabra ante tal declaración. Mi cerebro, una vez más, está bloqueado. Él tiene ese efecto en mí. Aunque no es extraño, porque tenerle a escasos centímetros, tapándose con una toalla, diciéndome estas cosas después de tener sexo maravilloso en la piscina, … bastante cuerda estoy.

Una noche llena de emociones, sensaciones y de explorar nuevos horizontes.

Así que como por lo visto no puedo hablar, decido besarlo.

Una vez secos, tumbados en la hamaca, agarra mi mano y vamos hacia su habitación. Él me guía sin soltarme porque la casa está a oscuras, cruzamos el salón que apenas puedo ver, lo que sí puedo comprobar es que, al menos en la planta baja, los suelos son de mármol de color claro, a la izquierda están las escaleras, por las que subimos y, al final, hay un distribuidor con una butaca grande y una pequeña mesa auxiliar y hay puertas que entiendo que son las habitaciones. Creo que en breve voy a descubrir cuál es la suya…

Venga Patricia, que mañana tienes agujetas, más que si hubieras estado una hora en el gimnasio corriendo en la cinta a máxima potencia.

La puerta de su dormitorio es la primera del pasillo, a pesar de estar a oscuras, la luz de la luna se filtra a través de los cristales y me permite comprobar que es espaciosa y su cama también. La decoración es cálida y sencilla, en la cama tiene un edredón de verano color gris y el cabecero es de tela color beige. También cuenta con una terraza bastante amplia, con una tumbona, que da a la piscina. En una estantería tiene varias medallas, de tenis, por lo parece. Estoy mirando todo al detalle. De repente noto sus manos abrazándome mi cintura.

—¿Qué te parecen mis trofeos?

Divinos y seguro que merecidos. Yo también te daría una medalla de oro.

Sonrío. —Estupendos. —Me pongo frente a él y le beso. Vamos aumentando la intensidad. Y llegamos a la cama sin despegar nuestros labios.

Me siento atrapada en una montaña rusa de sensaciones de la que he debido de comprar todos los tickets, porque parece que esta noche no me bajo de ella. Y si algo tengo claro, es que hoy quiere volverme loca y lo está consiguiendo.

Tras nuestro segundo asalto, cuál Dios del Olimpo, está tumbado de costado a mi lado, mirándome, con cara de triunfo.

—¿Estás bien? —Pregunta, con cierta preocupación.

Solo soy capaz de asentir. Y comienza de nuevo a besarme. Abro los ojos para observar su bello rostro y para ser consciente del *tsunami* de placer que estoy sintiendo junto a él.

Estoy exhausta y noto en mí boca cierta sequedad.

—¿Qué te parece si vamos a la cocina? Necesito beber agua.

—Por supuesto, venga.

Descalzos y desnudos vamos a la cocina.

Mientras apuro un gran vaso de agua fresquita.

—Patricia, no me gustaría que te alejaras. Estoy hablando totalmente en serio. Somos dos adultos y eso de andar con paños calientes no es mi estilo. He tenido ese tipo de rollos, pero tú no estás en esa categoría. Contigo quiero más.

—Gracias por lo que acabas de decir. Pero poco a poco. Tengo que dar muchos pasos en mi vida. Primero, en septiembre, plantear el divorcio y todo lo que conlleva, liquidar una vida conjunta que ha durado ni más ni menos que veinte años. Así que tengo que ser fuerte, porque todo lo que se viene encima no va a ser fácil.

—Si quieres yo estaré a tu lado.

Sé que lo dice absolutamente en serio… veo sinceridad en sus bonitos ojos.

—Gracias. Tú estás acostumbrado a un tipo de relación de pareja que… —no deja terminar mi frase, porque pone su dedo en mis labios.

—Esto ya lo hemos hablado. Tienes sobre mí algún tipo de influjo que me impide separarme de ti. Y no solo eso. Mi última relación ha sido así, pero no tengo claro que sea capaz y después de esta noche, aún más, de compartirte. No pienso ir contigo a ese tipo de local, salvo que tú lo pidas. Eso es todo. Descansa.

Regresamos a su dormitorio para continuar amándonos.

No quiero que mi carroza se vuelva calabaza. El cuento de la cenicienta y el príncipe acaba. Las primeras luces del nuevo día entran en la casa y, aquí estoy, en su cama, con las sábanas arrugadas, una prueba clara de lo ocurrido esta noche entre estas cuatro paredes.

¿Qué me está pasando? ¿Cómo he podido tirar por la ventana todos mis prejuicios?

—Voy a preparar el desayuno.

—Siiii. Por favor. Estoy desfallecida.

Yo también salgo de la cama y aprovecho para ir al baño. Me paro ante el espejo y la imagen que me devuelve es la de un rostro de mujer satisfecha sexualmente hablando.

Mi voz interior no deja de lanzarme el mensaje de *te lo merecías. Tanto sufrir. Y encima con un hombre como este. Piensa en sus palabras. Casi ha sido una declaración de amor.*

Pero todo en él es precipitado y demasiado intenso. Yo soy mucho más pausada, meditar, pensar, valorar. Sin embargo, él es como si tuviera prisa porque le conociera, como si estuviera en una cuenta atrás y el tiempo se estuviera terminando. Pero estoy convencida de que más bien nuestro tiempo comienza hoy, sin tener muy claro, eso sí, cuál será nuestro futuro.

Tras todos esos pensamientos que bombardean mi cabeza, me lavo la cara y me pongo un poco de pasta de dientes que tiene en el lavabo en el dedo e intento lavarme la boca. Algo más aseada, voy a mi bolso y busco un coletero que siempre llevo y, casi a ciegas, me hago un moño alto. Pero después de esa noche de sexo necesito ducharme. En el armario del baño veo que ahí hay toallas y, con una de la mano, abro el grifo para que vaya calentándose el agua. Bajo el agua, permito que caiga por todo mi cuerpo para eliminar el olor a sexo, impregnado en todos y cada uno de mis poros.

Duchada y arreglada como buenamente he podido, aprovecho y le envío mensaje a Vero.

—Amiga. Todo perfecto. Menuda noche. Ya te contaré. Dime qué tal se han portado las niñas. Mil gracias por este gran favor que me has hecho en todos los "sentidos".

Calculo que sobre la una estoy en casa. Te aviso para saber dónde estáis e ir.

Mientras, en la cocina, Iñigo ha puesto la cafetera y está preparando un desayuno copioso y surtido. Cuando salgo del dormitorio ya lo tiene todo listo en el jardín.

Aparezco ya cambiada por la cocina.

—Buenos días, —digo con una sonrisa.

—Buenos días preciosa, —contesta Iñigo—. Te preguntaría como has dormido, pero la respuesta ya la sé. —Nos reímos—. Salgamos al jardín, he preparado todo fuera.

—Perfecto. Estoy muerta de hambre y necesito recuperar fuerzas. Creo que esta noche he quemado muchas calorías. Si no te importa, después de desayunar, llévame al coche que tengo que ir ya a casa. Mi vecina sigue con las niñas y se está haciendo tarde.

—Sin problema, pero necesito saber una cosa. Ahora mismo ¿en qué situación nos encontramos? Porque estoy un poco perdido.

—Nunca he sido infiel. Es más, he sido la cornuda. Pero te puedo asegurar que no considero haber hecho nada malo. Sobre todo, porque a estas horas no he recibido ni un mensaje de mi marido ni sé por dónde anda. Bueno, ahora estará trabajando. Pero donde ha dormido lo desconozco. Estoy tranquila.

—De acuerdo. Pero ¿hay un tú y yo, o no? No me estás contestando a lo que he preguntado.

—Pues ahora mismo, no lo sé. Tengo muchas cosas pendientes. Pero no quiero dejar de verte. Eso lo tengo claro. Ayer dijiste que estarías a mi lado. Y te lo agradezco. Deseo que sea así.

—¿Nos vamos a poder ver algún día más, mientras estemos aquí? —Pregunta Iñigo durante el desayuno.

—Haré lo posible. Mi vecina sabe con quién cenaba anoche. Ella me cubrirá. Porque, entre otras cosas, no aprecia mucho a mi marido por lo que me hizo. Así que creo que podré montarlo de tal

manera que sí. Incluso un día podemos hacernos los encontradizos yendo tú con el perro. Así mis hijas se van con él. Y Vago, por lo que vimos esa noche, encantado.

—Menudo traidor. Ve a dos chicas guapas y me abandona. No sabe nada. Ja, ja, ja.

Terminamos el desayuno, recogemos y vamos hacia el coche. Abrazados, sin querer soltarnos.

Ahora mismo, siento que puedo con todo.

Dentro del coche, no suelta mi mano. Es más, la acerca a su boca y la besa, como hizo la noche anterior, parece un gesto recurrente en él, al menos conmigo. Ver la entrega con la que me trata, me desarma y me da fuerza para sobrellevar todo lo que se me viene encima tras el verano.

Unos minutos más tarde ya hemos llegado a mi coche y lamentablemente toca despedirse.

—Nos vemos, ¿de acuerdo?, —susurro a su oído.

¿Me quiero hacer la interesante? No ¿Quiero volver a verlo? ¡Claro! Este hombre es para mí. Reservado, que se enteren el resto de las mujeres.

Quedamos en hablar por la noche, cuando mis hijas ya estén en la cama y pueda echar de casa a mi vecina, que querrá todo tipo de detalles y hasta no estar saciada no se dará por vencida.

Por fin subo a mi coche, después de una larga despedida. Nos decimos adiós con la mano. Camino a casa hago una llamada grupal a mis amigas, ojalá puedan hablar ahora. Tengo tanto que contarles que, como no puedan, creo que mi cabeza puede explotar. Ahora mismo estoy en una enorme nube de algodón. He pasado la noche con un tío impresionante, en la cama matrícula de honor y cariñoso, un perfecto amante.

Deja de jugar a la lotería primitiva, porque a ti bonita ya te ha tocado.

Voy sonriendo en el coche, pero un pensamiento se cruza en mi cabeza. El tema de ir a locales de intercambio. Él de momento me ha tranquilizado. No está dispuesto a compartirme. Pero y si un día llega y me lo pide. ¿Qué haré? …

¿Estaré dispuesta a probar? Pues, en este preciso instante, lo tengo claro. SI. Esa es la respuesta.

Llego a casa y dejo el coche en el parking. No he podido hablar con ellas finalmente. Por eso les he mandado un mensaje diciendo que tenemos que hablar urgentemente que hay bombazos a la vista. Así que espero hora.

Todas se disculpan explicando el motivo junto a miles de emoticonos de todo tipo. Quedamos a las siete de la tarde.

Las niñas están con Vero en la piscina cuando llego a casa. Así que me pongo un bikini y bajo yo también con mi silla.

Cuando estoy junto a Vero. En bajo, me dice:

—Alguien viene hoy muuyy ligerita. No hay más que mirarte a la cara. Después de comer supongo que querrás dormir la siesta. Pero esta tarde no te libra ni la caridad para que me des todo lujo de detalles. Pero por tu cara casi puedo adivinar que el chico ha sacado buena nota en el examen, —dice soltando una estruendosa carcajada.

—Madre mía. Mejor hago una rueda de prensa, porque esta tarde a las siete tengo que dar el parte a mis amigas y a ti también. Mira, contigo ceno en mi casa, preparo algo de picoteo y las niñas que se bajen a jugar. Así estamos solas.

—Es una buena idea. Pero dame un titular, no puedo aguantar hasta esa hora.

—Vale, te lo doy. IMPRESIONANTE. No te digo más, él, su cuerpo, en la cama, fuera de ella, en la piscina. No sabes que desayuno ha preparado. En fin. Todo demasiado perfecto. Estoy flotando y no creo que aterrice. Cada día más encantada con la idea de venir unos días aquí en estas fechas.

Empezamos a reírnos, tanto es así que otras vecinas nos miran como si estuviéramos locas. Bueno, un poco sí.

Con lo cansada que estoy, duermo casi tres horas de siesta. Tanto es así que me despierta el móvil con la llamada grupal.

Según descuelgo, las locas hablando a la vez. *¡Cuentaaaaaa!*, gritan todas.

—A ver, voy de menor a mayor importancia. Primera bomba, ahí va. ¡En septiembre me separo! Es el último verano como mujer

casada. Ya lo tengo todo previsto. Quiero quedarme con esta casa y la de Madrid, venderla y repartirnos la mitad cada uno.

—¡Menos mal! Ya era hora, qué se joda ese cabrón. ¿Y se puede saber porque te lo planteas ahora? —Pregunta Yolanda, que no se la escapa nada.

—Porque ha estado durante años con otra, si no continúa con ella todavía, no estoy muy segura, pero lo creo. Estoy harta de engañarme con esta relación ridícula. Además, la otra noche estaba por Madrid tomando unas cervezas y, por la conversación, deduje que estaba sobradamente acompañado. Vamos, con ella, porque tenía mucha prisa por cortar la llamada.

Pero es que hay más…

Veo las miradas en la pantalla de mis amigas, expectantes. Ahí va la otra bomba.

—Y ademaaassss, anoche he pasado una noche de sexo loco pero formal con Iñigo. Ha sido impresionante, me atrevería a decir que la mejor noche de mi vida desde hace mucho tiempo. Todo él. Como me cuidó, como es en la cama, como es su cuerpo. Vamos, que hoy camino con dificultad. No os digo más.

—Guau… —suelta Paloma. Creo que la he dejado sin palabras y eso en ella es bastante difícil.

—Pero, por centrar el tema. La decisión de separarte no es por Iñigo, sino que tú has decidido acabar con la gilipollez de matrimonio. —Medio pregunta medio afirma Teresa muy seria.

—La decisión de mi divorcio ya estaba tomada antes de acostarme con él. Incluso ya tengo mis cuentas hechas para presentárselas en septiembre a Alejandro. Se acabó.

—Vale. Entonces y perdona la pregunta, ¿qué tipo de sexo has tenido con él? —dice Yolanda—, porque claro, sabemos sus gustos.

—Una noche de sexo maravilloso. No me ha pedido nada que no quisiera yo. Eso es todo.

—No estás siendo muy clara. —Dice Paloma.

—Estuvimos en su casa toda la noche. Ya está. Y si me pidiera acompañarlo a ese tipo de locales, es mi decisión hacerlo o no. Soy adulta.

—Tienes razón. Es tu vida. Y ahora sois pareja. Vais a volver a quedar… —pregunta ahora Teresa.

Ella como siempre tan idealista, lo digo por el comentario "pareja".

—Queremos hacerlo, pero no es fácil. Solo os voy a decir una cosa, anoche me he sentido viva como hacía mucho. Y he sido amada como hacía mucho. Estoy en las nubes. Os lo juro. No sabéis con que cariño me ha tratado. Ha sido todo maravilloso. De verdad. Es más, y lo dijo totalmente en serio, va a estar a mi lado en todo el proceso de divorcio.

—Entonces, amiga, estamos felices por ti. Sobre todo, con la decisión de separarte de ese cabestro. No te merece. —Salta Teresa.

—Bueno pues esas son mis dos bombas. No está mal, ¿verdad?

—Noooo. Desde luego. —Dicen todas a la vez.

—¿Cuándo vuelves a quedar con él?, —pregunta Yolanda, es la que menos entusiasmada está con mi historia. Tiene muchas dudas sobre si terminará haciéndome daño.

—Pues tiene un perro y mis hijas se han quedado prendadas de él, así que nos haremos los encontradizos un día y pasaremos un rato todos juntos.

—Genial. Mantennos al día. Por cierto, su amigo David está organizando una fiesta en su casa en agosto. Creo que estamos todas. No podemos faltar. Me lo ha comentado mi marido. Como sabéis tienen una cierta relación empresarial.

—¡Claro! Ahí estaremos las cuatro. —Salta Paloma.

La tía oye fiesta y ya no escucha nada más. De verdad lo que le gusta. No ha cambiado nada.

La idea, de entrada, no me seduce mucho, porque tendríamos que estar disimulando toda la noche. Pero desde luego pienso ir la primera y vestida lo más explosiva posible.

Después de casi una hora al teléfono damos por terminada nuestra charla. Aunque mis explicaciones ya sabéis que no terminan aquí, luego me queda el segundo interrogatorio con Vero esta noche en mi casa.

Estoy a punto de bajar a la piscina y suena el pitido del móvil de un mensaje. Es de Iñigo. Casi me pongo a bailar por el salón.

—Patricia. Gracias por la noche maravillosa que he pasado contigo. He disfrutado como nunca sin necesidad de más condimentos. Tú me entiendes. Contigo todo es diferente. Contigo no necesito más.

Estoy deseando verte de nuevo. ¿Cuándo crees? Mañana podríamos organizar lo del encuentro fortuito por la playa con el perro y las niñas. Dime que te parece. Bss.

Lo leo varias veces. Yo también quiero verle. Más de lo que me gustaría. Decido contestar.

—Mañana por la tarde. Quedamos por el paseo marítimo de Estepona que iré con ellas a los puestos a ver pulseras. Todos los veranos compramos unas iguales para las tres. Puede ser una buena ocasión. A la playa como tal, al ser verano, ya no podemos bajar con Vago, pero al menos nos podemos dar un buen paseo. Bss.

Iñigo está tumbado en el jardín de su casa, esperando recibir respuesta. Escucha el pitido y no tarda ni un segundo en leerlo.

—Perfecto. Mañana, sobre las ocho de la tarde, nos cruzamos por el paseo.

Hoy es imposible volver a vernos, ¿verdad?

En ese momento estoy en la piscina jugando con mis hijas. Lo escucho mucho más tarde y contesto cuando tengo ya secas las manos;

—Lo siento. Estaba en el agua y lo acabo de ver. Imposible, tengo que estar con ellas. Sabes que tengo obligaciones. Mañana nos vemos sin falta. Descansa. Bss.

Estamos en la piscina hasta tarde, con el tiempo justo para ducharnos y preparar la cena a la espera de la llegada de Vero y sus hijas. Después de cenar, nos quedamos tranquilas para contarle todo, que la tengo nerviosita.

No pude remediar reírme, porque durante la cena, tenía tanta prisa porque terminaran y se fueran, que casi les mete ella misma los huevos rellenos que he preparado de dos en dos en la boca para que terminaran antes de cenar.

Cuando cierran la puerta, con una cara de triunfo infinita…

—Por fin estamos solas. Suelta ahora mismo y me cuentas todo, porque estoy de los nervios. Ya recogeremos la mesa más tarde, no es importante en este momento.

Vamos a las butacas de la terraza y ahí le doy todo lujo de detalles, excepto lo de la visita al local. Eso es algo entre nosotros dos. Según avanzo, la cara de Vero es más de sorpresa. Cuando termino, me está mirando fijamente.

—No dejes que se te escape. Te lo digo yo. Y lo mejor de todo es que te quitas de encima al imbécil de tu marido. Que se largue con la otra. Eso sí, negocia bien que quiero seguir siendo tu vecina de vacaciones. Esta casa es tuya.

—Lo tengo todo previsto. Y sí, tienes razón. Su llegada a mi vida, justo en este momento, es como un balón de oxígeno que necesitaba y no era consciente. Un gran regalo.

Las niñas suben de la calle sobre las doce de la noche y en ese momento mi vecina se va a su casa.

Y yo solo quiero ir a dormir.

Porque la noche anterior apenas he descansando tres horas. Solo con tumbarme, ya soy feliz. Así que, a las doce y media, todas en la cama y no dejo de dar vueltas a si le llamo o mando mensaje. Quiero saber cómo ha sido su día. Aunque tampoco me apetece que piense que soy una pesada, ¿llamo o no llamo? Mejor mando mensaje, así que conteste cuando quiera.

—Holaaaa. Cuéntame tu día. Porque el mío ha sido agotador. He tenido una noche de sexo increíble y luego he pasado la tarde con mis hijas y cena en casa con la vecina que se acaba de ir. No puedo más. Bss.

Iñigo está dando un paseo con Vago. Y lo lee. Le ha gustado mucho el detalle de que antes de dormir le envíe un mensaje. Se sienta en un banco y escribe.

—Preciosa. Mi día ha sido un poco más tranquilo. He trabajado algo y también he descansado después de comer, baño en la piscina y ahora estoy paseando con Vago. Pensando en la mujer tan maravillosa con la que he dormido anoche. Estoy deseando verte mañana. Bss.

Huuuyyy, que sofoquina me acaba de entrar. Ya estoy abanicándome con la mano otra vez.

Y lo mejor es que mañana nos volvemos a ver.

Pues nada, a dormir y a soñar con ese bombón que no se derrite. Y efectivamente, duermo del tirón. Al despertarme caigo en la cuenta que apenas hablo con Alejandro desde que estoy aquí. Está claro que ninguno estamos haciendo un gran esfuerzo por comunicarnos. Con esto me reafirmo en la decisión del divorcio.

Me desperezo y salgo a la terraza con un café. Tengo que hablar con mi equipo para saber si ya han facturado todos los servicios para enviárselos al cliente y que paguen, porque nos han hecho sudar, pero bien. Y después, sin falta, llamo a mi jefe para que me informe de las nuevas propuestas que tenemos encima de la mesa. Porque si no hay nada urgente me quedo aquí y el día a día lo puedo llevar sin necesidad de moverme. Además, no tengo especial interés en volver a casa.

Pero como soy un poco falsa, decido enviar a mi marido un mensaje para que no olvide que tiene una familia.

> *—Hola Alejandro, hace días que no hablamos contigo. Supongo que estarás muy liado. Nosotras bien, pero creo que deberías llamar en algún momento para charlar un rato con tus hijas. Aunque te adelanto que están felices aquí. También te comento que estoy intentando quedarme más, si el trabajo me lo permite. Ya te contaré.*

◆◆◆

Alejandro está pasando las noches en casa de Sandra, su relación paralela desde hace ya demasiado tiempo. Nunca terminaron de romper. Solo durante un tiempo se distanciaron hasta que las aguas en su casa se calmaron. Pero lo han retomado con mucha intensidad. Él se está planteando hablar con Patricia para poner fin a su matrimonio. No tiene mucho sentido continuar casados. Su mujer es fantástica, pero está enamorado de otra.

Sandra es mucho más joven que ellos, tiene treinta y dos años, soltera, hasta ahí todo perfecto. Lo malo es que quiere formar una

familia y esa parte es en la que él duda. Ya tiene dos hijas. Más hijos… pero está realmente pillado por esa rubia. Pasará el verano como pueda en familia y en septiembre debe sentarse con Patricia, hablar para liquidar sus propiedades y divorciarse.

Está en su despacho y está pensando en Patricia, la quiere porque hay que reconocer que es una mujer de *puta madre*, pero ya no la quiere como tal. Le tiene aprecio, solo eso. Tiene que dejarla libre para que pueda rehacer su vida. Es lo justo.

A veces el destino tiene su gracia. Un matrimonio que desde hace mucho tiempo está de acuerdo en algo ... y no lo hacen.

Poner fin a esa relación.

◆◆◆

Tras haber descansado toda la noche, me levanto con la batería bien cargada. Y me pongo a trabajar hasta las doce, que es cuando llega Vero para nuestro plan matinal. Hoy decidimos ir a la playa del pueblo, que es bastante grande y por la zona donde nos ponemos no hay demasiada gente, incluso en agosto puedes estar en primera línea y eso es un lujo. Además, estamos cerca del *chiringuito playero* y podemos pedir una cerveza y algún espeto de sardinas, un imprescindible en mis veranos.

Nada más llegar, las niñas echan a correr al agua. Así que estamos solas, extendiendo las toallas y abriendo nuestras sillas. Por supuesto Vero quiere saber si hay novedades sobre el macizo.

—Patri ¿sabemos algo de este bombón sin azúcar que se llama Iñigo? Porque te voy a decir una cosa, anoche por tu culpa he tenido unos sueñecitos subiditos de tono con la cara de tu amigo. Por favor… ¡como está! Vamos que he sido infiel a mi marido de pensamiento. Pero como para no serlo… Eso es un monumento y no las estatuas que tenemos en las ciudades.

—Pero que bruta eres Vero. Sí, nos hemos enviado mensajes. Esta tarde nos encontraremos en el paseo marítimo como por casualidad. Él irá con el perro y yo con las niñas. Podremos pasar todos así un rato juntos de una forma discreta.

Mi vecina me mira como si fuera tonta o algo por el estilo.

—Vamos a ver, ¿me lo estás diciendo en serio? ¿Ese es tu plan para ver a ese pedazo tío? Me estás tocando las narices, no te digo más. Hoy vale, pero mañana me voy con las niñas al cine de verano y tú te vas a su casa. Y no es negociable.

Me lo dice apuntando con el dedo. Y ojo, da miedo.

—Aprovecha que luego el fin de semana llega mi Rodolfo y su barriga cervecera y se acabó el que pueda cubrirte. Ya sabes que solo quiere estar comiendo y cenando por ahí.

—Todo esto está muy bien, pero tenemos que contar que él no tenga otros planes ¿No te parece? Vamos, es un pequeño detalle. Y, además, mis hijas pueden empezar a extrañarse de tanto quedar por ahí sin ellas.

—Cambiando de tema ¿Sabes algo de tu asqueroso marido? Ese que tanto te quiere, por lo visto. Lo digo sin acritud que conste. Y está *tannnn* pendiente de su familia ¡No te digo más!

Suelto una carcajada. Porque esa frase va pero que muy cargadita de acritud. Tengo claro que si pudiera nos hacía una foto a Iñigo y a mí para mandársela a Alejandro.

—Vale, esta tarde paseando le comento sobre quedar mañana. A ver qué dice. Pero Vero, él tiene amigos aquí y no va a estar en su casa esperando a que yo le plantee quedar. Pero te haré caso.

—Entre tú y yo. Ojalá diga que puede. —Soltamos una carcajada.

—Pensar en su cuerpo, su sonrisa, su oscuridad… no me quiero enganchar, pero creo que voy hacia ese punto sin remedio, —suelto sin pensármelo mucho.

—Es que o eres de piedra o una extraterrestre para no sentirte atraída. Y eso que lo he visto en foto, que cuando lo vea en carne y hueso, y eso espero, no tengo muy claro cómo reaccionaré. Vamos, *por favorrrrrr*.

Con ella es un no parar de reírme. Pero en el fondo tengo que reconocer que tiene mucha razón. Igual que mis amigas, que todas dicen lo mismo. Lo único que ellas tienen dudas sobre ciertos gustos de él. Quitando eso, y bueno, no voy a juzgar, el resto es todo demasiado perfecto. Incluso a veces pienso si no será un sueño. Si es así, por favor, que no me despierten.

Quiero, como el cuento de *La Bella Durmiente*, esperar que venga mi príncipe. En este caso, no Alejandro, porque él sería la rana o estoy mezclando cuentos… Pero siguiendo con el susodicho, es decir, en este cuento, la rana, bueno, no quiero decirlo en alto, porque sería como encender una mecha imparable en mi entorno, pero lo cierto es que está resultando un auténtico idiota, ni se molesta en hacer una llamada a su familia, aunque... Espero que con el toque de esta mañana reaccione y hable con ellas, conmigo no es necesario.

Yo, a estas alturas, sinceramente, no tengo nada que decirle, en septiembre, ahí, diré todo lo que tenga que decir.

CAPÍTULO 6

Hoy he recibido la buena noticia, tras hablar con mi jefe, que en estas fechas ya no hay gran cosa. Así que, sin problema, me quedo una semana más, huyendo de mí casa. Eso sí, me ha adelantado que septiembre viene cargadito de proyectos, pero que me envía la documentación para ir viéndola y desde aquí poder cerrar visitas para cuando regrese.

Por cierto, voy a mirar si Alejandro ha visto el mensaje. ¡Ah! pues lo ha leído. Qué fuerte. Y no dicho nada. *Qué le den.*

Mi querido marido a estas alturas ha pasado a un segundo plano, mis pensamientos los ocupa cierta persona y no dejo de pensar en las ganas que tengo de verle. Me intriga qué llevará hoy puesto, aunque seguro que está espectacular. Como el día que le vi en traje. Recuerdo a la señora mayor que casi se estrella contra la farola. *Totalmente de acuerdo con usted.* Y estoy convencida de que, si fuera a Islandia, elevaría la temperatura de tal manera, que conseguiría descongelar el mar en pleno mes de enero. Y ese cuerpo lo has disfrutado tú.

Tía con suerte.

Y sin darme cuenta estoy lista para nuestro *encuentro fortuito*. Con mi ánimo en lo más alto, voy a la habitación de mis hijas para saber si están ya arregladas y parece que sí, pero están discutiendo porque las dos quieren llevar el mismo coletero.

Mira que todo lo compro por dos, pero ese en concreto no lo había y se lo di a Candela.

—A ver chicas, os hago una trenza y ya está ¿os parece?

Me miran las dos con cara de, *pero que nos estás contando, ¿No ves que esto es la guerra?* Así que cierro la puerta y ahí se apañen.

De pie en mitad del salón, no dejo de mirar la hora. Empezamos a ir un poco tarde y estas niñas que no salen de su habitación.

—Chicas, yo en cinco minutos me voy. Vosotras veréis. Alguna hoy se queda sin la pulsera del verano.

Y de repente, las tengo a las dos frente a mí como si no hubiera ocurrido nada. Claro, que Candela parece que se ha pegado con alguien de los pelos de loca que lleva.

—Pero hija, donde pretendes ir así peinada. Ven que te peino, anda. —Al final lleva el pelo suelto con una diadema y la mayor se ha agenciado el coletero de la hermana, menuda es ella cuando se pone.

Y quince minutos más tarde, por fin, podemos cerrar la puerta de casa.

No puedo negarlo, pero tengo hasta taquicardias, mi corazón va tan deprisa que hasta pongo mi mano en el pecho. Pero es para estarlo, porque nos vamos a ver, y espero que ellas no se extrañen otra vez con un encuentro casual y espero también poder tener unos minutos a solas con él. Pero para eso tenemos un gran aliado, Vago y el hechizo que ejerce.

Salimos de casa, paseando tranquilamente hacia el paseo marítimo, observando como todavía a estas horas queda mucha gente en la playa aprovechando el atardecer, jugando al fútbol o al vóley playa y por supuesto, la aparición de las gaviotas ocupando lo que consideran que es su espacio.

Estamos llegando a la altura de *nuestro casual punto de encuentro* y a lo lejos ya los veo, pero también mi hija mayor Carlota.

—Mamá, ¿ese de ahí no es tu amigo Iñigo y nuestro amigo Vago? ¡Qué casualidad! Corre Candela, vamos a saludar al perro.

Mi hija mayor, que de tonta tiene lo justo, creo que está empezando a darse cuenta de que aquí ocurre algo. Pero también tengo la impresión de que no solo no le molesta, sino que parece que está encantada.

Salen disparadas, yo sin embargo decido ir despacio, aunque mi cuerpo lo que me pide es también salir corriendo y echarme a sus brazos, sentir su fuerza, su cuerpo. Pero no, entre otras cosas porque las piernas no me dejan ir más deprisa. Y aprovechando la no respuesta de mis extremidades, me parapeto tras mis gafas de sol y le observo desde la distancia. Una vez más, no puede estar más guapo. Con una bermuda beige, creo la misma del otro día, camiseta gris y deportivas, su pelo, como siempre, con ese toque de

rebeldía, aunque lo lleva húmedo como si se acabara de duchar y lo tiene retirado hacia atrás, pero con la suave brisa, como aquella noche en la que nos conocimos, lucha por no despeinarse. Y yo, como esa noche, lo único que me apetece es meter mi mano entre su cabello.

Cuando ya estoy a su altura, nos damos dos besos, demasiado cerca de la comisura de la boca.

Esto produce un cierto cambio en mi cuerpo, mis piernas me sostienen, ¡bien!, pero me acaba de producir un enorme sofoco. Bueno, esto tiene arreglo, nota mental, *llevar un abanico y desodorante en el bolso*.

Sin soltar mi cintura, mirándome a los ojos, me pregunta como estoy.

No puedo decir la verdad, porque ¿qué le voy a decir? *Pues mira por tu culpa estoy con la menopausia adelantada, cada vez que te veo, sofoco va y sofoco viene. Y además tengo un problema de movilidad en las extremidades.* Como eso no lo puedo decir, simplemente contesto —Bien.

Mis hijas ya están corriendo con Vago. Hay que ver el perro lo que cambia con ellas. Parece otro. Nosotros vamos a cierta distancia, ni nos rozamos, pero la electricidad que hay entre nosotros es evidente. Ahora entiendo la frase de *entre ellos saltan chispas*. Eso es exactamente lo que nos ocurre a nosotros.

—Tenía muchas ganas de verte. De verdad. Eres como una adicción para mí. ¿Qué estás haciendo conmigo Patricia?, —suelta con su sonrisa perfecta.

—Pues de momento dar un paseo viendo el mar junto a tu perro y mis hijas. Como te he comentado nos tenemos que comprar la pulsera del verano. Es una tradición. Todos los veranos nos compramos las tres la misma.

—Eres una buena madre. Te lo digo de verdad. Disfrutas mucho con ellas.

—Si, es cierto, e intento no perderme demasiados momentos. Son mi vida.

Estamos parados mirándonos, cuando llegan a nuestra altura, junto a Vago que lleva la lengua fuera.

Me da pena el perro.

—Venga chicas, vamos a comprar la pulsera. Yo la quiero de cuero trenzado marrón. ¿Vosotras?

—Mamá yo la quiero de colores, —comenta Candela—, y Carlota dice que la quiere negra.

Parece que este año no hay mucho acuerdo.

Me pongo la mano en la frente en un acto dramático porque me veo recorriendo todos los puestos e Iñigo y Vago se tiran al mar sin mirar atrás. No saben dónde se han metido.

Tras visitar al menos ocho puestos, parece que ya hay acuerdo. Pulsera de cuero negro con bolitas plateadas. Vamos, nada que ver con la idea inicial. Pero lo más importante, objetivo conseguido.

De repente, suena mi móvil, miro la pantalla y ¡Aleluya! Es su padre. Yo, sin descolgar la llamada, se lo paso directamente a la mayor y dejo distancia para que charle tranquilamente con él.

Instintivamente, mi humor ha cambiado.

Como están hablando con mi móvil, Iñigo pone su mano en mis hombros y quiere saber cómo estoy.

Y sin pensar, suelto:

—Es un auténtico gilipollas. He tenido que enviarle un mensaje esta mañana para recordarle que tiene dos hijas con las que no ha hablado desde hace días. Que ser padre no es echar un polvo y ya soy padre. No. Es estar en el día a día. Y ya de paso, le he informado que me quedo una semana más. No tengo prisa por volver, lo he gestionado en mi trabajo y todo lo que hay para septiembre lo puedo ir adelantando desde aquí.

—Te lo dije y te lo vuelvo a repetir. En todo este proceso, que intuyo no será fácil, quiero estar a tu lado, si me lo permites. De verdad.

Le miro a los ojos y me doy cuenta que todo alrededor nuestro ha desaparecido. Sólo está él. Y mis ganas irrefrenables de abrazarlo.

—Iñigo, muchas gracias. Eres muy generoso. Lo haré. Si un día necesito gritar a alguien, te llamaré.

—Bueno espero que no solo eso. Que quieras quedar conmigo a un café y algo más. ¿No? —Y me guiña el ojo.

Otro sofoco y creo que de nuevo estoy como un tomate ¡Pero qué efecto provoca en mí! Me desestabiliza, pero a la vez me da una fuerza que me hace sentirme poderosa, invencible.

Dos minutos más tarde, mi hija me devuelve mi teléfono. Tampoco han mostrado mucho interés en prolongar la conversación con su padre. Esta noche, ya tranquilamente, les preguntaré de qué han hablado, aunque por la duración de la llamada, diría que poca cosa. Y esto me apena un poco. ¿Acaso no siente, aunque sea un poco, remordimiento?

Pero lo importante ahora no es esa llamada forzada por mí, no, es ver lo encantadas que están con nuestra nueva pulsera y que no dejan deja de mirarse la muñeca. Yo también.

Una vez más, el tiempo junto a él pasa volando, miro la hora y veo que se está haciendo tarde y casi es la hora de cenar. Iñigo que se da cuenta, plantea que cenemos todos juntos. Pero hay un pequeño problema, tiene el perro, y por eso tenemos que buscar un sitio donde pueda estar. Así que vamos a un chiringuito junto a la playa, a las afueras del pueblo, que tiene un aparcamiento grande que no suele estar nunca muy lleno y lo dejamos en el coche durante la cena, para después pasear todos juntos. Como Vago ya no puede más, regresamos al coche para que descanse, mientras mis hijas y yo vamos hacia la playa, nos encanta caminar descalzas por la arena, relajadas mirando el mar, me encanta ver cómo cambia el color del agua a medida que cae el día. Abstraída en mis pensamientos, no me doy cuenta de que Iñigo aparece con una toalla para sentarnos. Mientras, ellas continúan corriendo de un lado a otro persiguiéndose, parece que su vitalidad es infinita.

—Gracias por esta tarde, —dice mirándome a los ojos.

—No gracias a ti. Ha sido una tarde muy divertida y una vez más nos has invitado. Te debemos una por lo menos. Y sobre todo tu paciencia en el momento compra de la pulsera del verano.

—Hazlo. Cuanto antes. ¿Mañana? —Pone una cara entre traviesa y divertida.

Le miro sorprendida, porque parece que todavía no se ha dado cuenta de que no puedo disponer de todas las noches para hacer lo que me plazca.

Aunque ganas no faltan.

—Iñigo, no es tan fácil y que conste que me apetece mucho. Pero otra disculpa a las niñas para yo salir y ellas quedarse en casa de la vecina es complicado.

—Tengo la solución, —dice con una sonrisa que parece un niño—. Invítanos a Vago y a mí a tu casa a cenar.

Bueeeeno. Se ha vuelto loco. Sobre todo, porque ya me veo apareciendo a pedir un poco de sal a Vero para cotillear al invitado sin ningún tipo de reparo. La imagino tocando sus brazos y mirándolo de arriba abajo. Visualizarla así y, sin querer, suelto una carcajada. Con ese salero que tiene.

—Vaya. No sabía que era tan gracioso lo que he dicho. —Su tono es un poco molesto.

—No. Para nada. Perdón. Es que estaba pensando en mi vecina y en cómo te tocaría para ver si eres real o no, —digo sin poder parar de reír—. Te lo aseguro. Sería así, pero no contenta con eso, soltaría alguna de sus perlitas. Como *huy, huy, hijo, tú no eres de este mundo, has roto el molde, hijo mío donde estabas estos años…* así hasta el infinito, te lo digo yo. Es muy buena tía. Pero diplomática como que no.

Soltamos una carcajada.

—Así es como me ves tú, de otro mundo. ¿Eh?

Esa pregunta va con segundas, porque no sé si se refiere a su físico o a sus preferencias sexuales.

A todo esto, mis hijas siguen corriendo. Estoy segura de que en el coche ambas se quedan muertas y sin respiración.

—Te diré como te veo. Muy guapo y atractivo, así que podrías ser de otro mundo.

—¿YYYY?, —quiere seguir preguntando—. ¿En qué más soy de otro mundo?

—Eres bueno en la cama.

¡¡¡Hala!!! Anda que has tardado en decirlo.

Se empieza a descojonar. Tanto que está hasta llorando.

Mis hijas hasta han parado de correr. Menos mal porque me estaban mareando, *tanto pa ca pa ya.*

Y yo otro sofoco. Él se ríe y yo tengo un sofoco, es de broma.

—Te parezco un tío bueno en la cama y además guapo. Sigue, sigue, me está gustando mucho lo que escucho, —y se tumba en la toalla de lado mirándome.

Debo parecer un poco ridícula. Y me estoy enfadando conmigo misma y lo peor es que no quiero perder otra vez mi filtro. Así que estoy apretando mis puños para contenerme. Pero no, no funciona. Y casi escupo a la cara lo que estaba evitando decir.

—Eres guapo, bueno en la cama y oscuro para mí. Porque tus rollos sexuales no los entiendo porque no es lo normal.

Pues ya está, perdí de nuevo el filtro. ¿Estará por la arena? Voy a mirar a ver si lo encuentro. Mi filtro o se va de cañas o lo pierdo en la arena o se tira al mar. El caso es que me abandona en los mejores momentos.

Traidor.

Mi última frase le ha sentado mal, tanto que se pone serio y su maravillosa sonrisa se ha borrado en un segundo.

—Te parezco un tío oscuro ¿Te doy miedo acaso?

—Si. Tengo miedo a ir contigo a esa oscuridad y quedar atrapada en ella. A eso tengo miedo. Soy tradicional. Creo en los juegos de pareja, son sanos y necesarios, pero eso es una cosa y otra ver delante de mis narices que mi pareja se tira a una o varias personas. Ten en cuenta que estoy sensible con este tema, porque mi marido ha tenido una relación paralela la friolera de dos años hasta que me enteré, y porque creo que continúa. Lo siento, pero la parte placentera a eso no la encuentro.

Continúa observándome serio y creo que le acabo de hacer daño. Y eso me hace sentirme fatal. Porque hasta ahora no se lo merece. Y sinceramente, mi frase creo que ha estado bastante fuera de lugar.

—Creo que es hora de irnos, os tengo que acercar a casa, porque no tenéis coche.

Bien por ti, no lo has podido hacer peor. Con la tarde maravillosa que estabais pasando.

Mi yo interior me aplaude con cara de enfado.

De un salto se pone en pie y extiende su mano para levantarme a mí.

—Iñigo, perdón si te he molestado, de verdad, no era mi intención. No quiero que te sientas mal.

—No, contigo me siento sucio. Así es como me siento, como si fuera un depravado. La noche que hemos pasado juntos, ¿he sido así?

—No, en absoluto. Has sido un amante generoso y placentero.

—¿Entonces? Yo soy todo eso. Y no quiero llevarte a ese mundo salvo que tú quieras probarlo, pero nunca te obligaré. No eres un pasatiempo, también quiero que lo tengas claro de una puta vez. Y me estoy cansando de repetir la misma frasecita. Siento que tuviera que pedir perdón contigo por mi pasado. Y eso es, pasado. Tú eres presente y ojalá un futuro. Así que, por favor, déjalo.

—Estamos teniendo una conversación demasiado intensa y no es el momento ni el lugar. Por favor. Por la noche si quieres, algo más tranquilos, hablamos.

Y sin darme cuenta pongo mi mano en su cara. Con mi gesto, parece que el suyo se suaviza. No quiero por nada del mundo que se enfade conmigo.

—Bien, lo hacemos así. Pero quiero dejarlo todo muy claro en esa conversación, para no volver a tocar ese tema con dudas o con suspicacias, —dice muy serio.

Cuando mis hijas llegan a nuestra altura, decidimos que es hora de ir a casa. Y efectivamente, en el coche se quedan inconscientes, lo que me esperaba, tanto que no se han despertado en ningún momento. Por eso no tengo otro remedio que pedirle que me ayude a subirlas a casa, cada uno cargando con una. Vago está igual, hasta ha venido roncando, pero él si se ha despertado, así que al final subimos todos.

Están tan dormidas que solo les quito los zapatos y tal cual las acuesto. Salimos de su habitación y cierro la puerta.

Así que, de la forma más tonta, le tengo en casa. Y de la mano, vamos recorriéndola. Él observa todo, pero donde se para más tiempo es en las fotos familiares que tenemos en el salón, *tiempos felices.* Entre ellas está Alejandro, *mira ya puede ponerle cara.*

Le invito a una copa en la terraza, que acepta para rebajar la tensión de la playa y de paso mantener esa conversación pendiente.

—Bueno ¿Qué te parece mi casa? No es lo mismo que la tuya, pero estoy encantada con ella.

Sin dejarme terminar la frase, se lanza a besarme. Y me quedo sin aliento.

¿Música? ¿Burbujas? ¿Excitación? Todo eso ha generado su beso en mi cuerpo.

—No has contestado sobre lo que opinas de mi casa.

—Me gusta mucho. Se nota que vive una familia. Y que han debido pasar momentos felices. Es cálida, agradable. Ahora que la he visto, creo que tenemos una conversación pendiente. Espero que sea la última sobre el asunto. Si no te importa hablaré yo primero, porque parece que soy el que tiene que dar más explicaciones de los dos. Así que empiezo.

Yo estoy callada, sentada frente a él, expectante a lo que me quiere decir.

—Bien. Allá voy. Hasta que conocí a Sara todas mis relaciones habían sido tradicionales. Es decir, monógamo. Y no me sentía ningún desagraciado, que conste. Y tuve una que duró cerca de cinco años. Lo que tú definirías como normal.

Hasta ahí debo parecer un tío corriente, según tu prisma. Conozco a Sara a través de amigos, es una tía bohemia, diferente, no tiene patrones de vida, todo es un poco sobre la marcha, no planifica y eso a mí, no te digo que no, me deslumbra. Y en la cama también.

Hummm… no me ha gustado como la he definido. Me hace sentirme pequeña, pero continúo concentrada en lo que parece va a ser toda una declaración.

Con ella me convertí en un pelele. Era su marioneta. Si ella decía ven, ahí estaba yo sin rechistar. Estaba tan colgado por ella que, si me hubiera pedido tirarme por un acantilado, creo que no lo hubiera pensado. Sus amigos son, como tú dirías, alternativos. Y a base de ir con ella a fiestas en casas y ver allí el sexo que se practicaba fue introduciéndome. Las primeras veces, después de una sesión de sexo como esas, necesitaba ducharme y aislarme, entre otras cosas porque me negaba a mí mismo que hubiera disfrutado.

Hace una parada en su relato para beber un poco de su copa. Yo apenas me he movido de mi butaca. Así que continúa.

—En ese tipo de mundo, vas introduciéndote gradualmente. O al menos en mi caso fue así. Lo que menos me gustaba era estar en una habitación llena de gente, follando unos con otros sin control. Yo sabía que ahí estaba Sara, pero a veces la perdía de vista porque estaba con varios a la vez. Pero lo aceptaba. A ella le satisfacía. Al año de nuestra relación, decidimos que había llegado el momento de vivir juntos. Y a los seis meses me presenta a *Segoleme*, una mujer belga. No se anda con rodeos y dice, sin consultar conmigo, que vivirá con nosotros, que seremos tres. Una vez más, lo acepto. Así estuvimos seis años, hasta que todo terminó.

No he vuelto a esos locales, ni a mantener ese tipo de sexo. Y ahora te estarás preguntando, si eso es así, porque tuve primero la necesidad de contártelo y segundo de ir contigo a un local de esos. La respuesta es fácil. Porque quiero que lo sepas todo de mí. Ya está. Fin de la historia. Deseo que seas importante en mi vida. Y para eso, tenemos que poner unas bases fuertes y las cartas sobre la mesa. O así lo veo.

No puedo mover ni un músculo. Estoy procesando toda la información que me ha lanzado de golpe.

—Dame un segundo, por favor, —le pido—. Necesito procesar todo lo que acabo de escuchar.

Estamos en silencio unos minutos.

—Iñigo, no sabes cómo valoro tu confesión de esta noche, así lo considero. Has sido muy valiente y muy generoso al contarme todo esto. Y no dejar prácticamente ningún detalle. Gracias, gracias. Agradezco tu sinceridad. Bastante mentira hay ya en mi vida. —Sonrío con una cierta tristeza—. Pero yo estoy casada, aunque sea en el papel, y además tengo dos hijas y mi obligación como madre es velar por sus intereses. Si hubiera algo entre nosotros más sólido que esta historia de dos noches, tienes que tener claro que no llego sola. Por lo tanto, si yo rehiciera mi vida, esa persona lo tendría que asumir.

—No soy un crío Patricia, tengo cuarenta y seis tacos. A mí los niños me encantan. Y tus hijas me parecen unas niñas estupendas. Yo aporto un perro. Así que multitud.

Nos reímos los dos. Parece que hemos rebajado la tensión.

—Tengo miedo de ir más allá contigo. No te niego que siento una gran atracción hacia ti, cualquiera no, pero tú no tienes hijos. Me considero una mujer decidida, sin embargo, contigo no es así, puede ser por tu pasado sexual, pero de lo que estoy casi convencida es que no creo que pueda cruzar esa puerta.

—No te lo estoy pidiendo. —Contesta totalmente serio Iñigo. O a mí me lo parece.

Dicho todo esto, en un impulso incontrolable, voy hacia él y me siento en sus rodillas.

Por favor, que mis hijas no aparezcan por el salón. Y le beso, le beso con tanta intensidad que hasta me duelen los labios.

—Hay algo que no me has comentado, ¿hasta cuando estás por aquí? Yo, como sabes, una semana más.

—Pues yo puedo hasta que puedas tú.

Guau… Esto es para volver loca a cualquier mujer ¿o no?

Así estoy yo, con una gran lucha interior.

Le vuelvo a besar, pero esta vez ya no uno, sino uno tras otro. Estamos empezando a estar demasiado excitados y por eso decido parar.

— Dame un segundo, voy a mirar si están profundamente dormidas.

Ya más tranquila, al estar segura de no tener posibles interrupciones, regreso a la terraza.

Seguimos en el punto dónde lo dejamos, besándonos. Estoy tranquila porque desde mi terraza es imposible que nos vean los vecinos y eso es una ventaja y más en este momento, viendo el espectáculo del ático A, que es el mío. Una noche de verano, en la terraza de mi casa, echando un polvo maravilloso con un hombre tremendamente atractivo que, además, ha hecho una declaración que no diría amor, pero sí de intenciones, que me ha dejado loca. Y más loca me tiene lo que siento con él. Placer, morbo, pasión… todo eso. Un cóctel verdaderamente explosivo.

Una vez más con él llego a un punto de placer que no sabría describir. Sudados por el propio sexo y por la humedad que hay en el ambiente al estar tan próximos al mar, creo que lo mejor es darnos una ducha rápida, eso sí, por separado.

—Ven te doy una toalla.

Mientras él está en mi cuarto de baño, espero en el salón y reconozco que he tenido un subidón de adrenalina increíble. No sé si por el encuentro sexual, casi furtivo en la terraza, porque mis hijas están en su habitación durmiendo, por él, por todo, pero ha sido increíble. ¿Será una sensación parecida en un local de intercambio? Me lo pregunto porque, a fin de cuentas, hemos tenido sexo en un lugar donde, aunque difícil, pero nos podrían haber descubierto.

Siendo sincera conmigo misma, he de reconocer que cada vez me barrunta más la idea de probar e ir con él. Pero ¿Y si me gusta y me engancho? *Nooooo, para nada*. Pero lo que sé es que pensar eso, que alguien nos estuviera observando, me ha puesto como una auténtica moto.

Tarda poco en salir de la ducha, le pido que no haga ruido y que salga a la terraza, mientras me ducho yo.

Cuando salgo con una camiseta de dormir, está sentado en el mismo sitio de antes, pero mirando al mar. Le abrazo por detrás y le beso.

—¿Qué tal?, —pregunto.

—Pues ahora mismo de puta madre. No me cambiaba por nadie. Sé que es imposible, pero me encantaría dormir contigo.

—Efectivamente, la respuesta correcta es *imposible*. Pero que sepas que me encantaría a mí también. Creo que deberíamos terminar nuestra copa.

—¿Mañana te podré ver…?

—Mis hijas empezarían a preguntar un tanto extrañadas. Por cierto, mañana les diré que me cuenten su conversación de dos minutos con su padre. porque ha parecido un telegrama más que otra cosa.

Dicho esto, reviso mi móvil para ver si tengo mensajes, quizás del chat de mis amigas, pero no. Pero hay uno que me deja helada porque es de Alejandro.

> *—Patricia. Creo que debemos hablar seriamente, tú y yo, como pareja. De todas formas, te informo que este verano no bajaré a la casa de la playa. Lo siento.*

No me lo puedo creer. Se lo enseño a Iñigo.

—¡Pero este tío de qué va! Quiere pasarse un verano loco y yo todos los días con las niñas. Pues va a ser que no. Ahora mismo contesto, dame un segundo por favor.

—Alejandro, te has adelantado porque yo tenía muy claro esta conversación en septiembre. De acuerdo a que no vengas, pero dime las fechas en las que estarán las niñas contigo. Yo también quiero y necesito tiempo libre y tú como padre tiempo con tus hijas. Es tu obligación. Si no lo haces de buena voluntad y tengo una respuesta en ese sentido mañana antes de las doce, contacto con un abogado para que presente la solicitud de divorcio y el régimen de visitas.

Por supuesto, custodia compartida. Ambos tenemos responsabilidades con ellas. O discutiremos la pensión que me correspondería por cada una de ellas.

Tan a gusto que me he quedado. Sé que esto último le hará recapacitar, porque es bastante tacaño con el dinero.

—Vaya… parece que tu marido ha tomado la delantera. Y efectivamente, tiene que hacerse cargo de tus hijas al menos dos quincenas. Yo soy abogado, además de economista. Te puedo ayudar y gratis. —Y guiña el ojo—. También conozco tasadores, así que puedo hacer una llamada y que tasen la casa de Madrid. ¿Con esta qué quieres hacer?

—Esta la quiero para mí. Tenemos dinero ahorrado, creo que es posible afrontarlo, con los números que he estado haciendo.

—Entiendo. Pues ya tenemos disculpa para vernos mañana ¡¡Asesoramiento legal!!

Soltamos una carcajada.

—Tengo que obligarle a que baje un fin de semana para hablar ambos con nuestras hijas. No pensará que voy a pasar sola este trance. Porque está loco ¿Sabes? Ahora mismo, acabo de quitarme un gran peso de encima. Mañana le llamaré para decirle que venga este fin de semana y cerrar el tema. Te agradecería, si puedes, que me prepares el borrador básico para presentárselo, ya entiendo que la tasación de la casa no podrá estar. Aunque tengo idea de en cuanto puede valorarse por un portal inmobiliario que ya estuve

ojeando. Así que, señor abogado, tiene trabajo, lo necesito en dos días.

—Señora clienta, usted es muy importante para mí. Es una clienta VIP. Así que sus deseos son órdenes. Nada más desayunar me pongo con ello.

—Genial. Vaya, parece que la vida me sonríe. Pero le conozco, para esa decisión repentina es que ocurre algo. Esa prisa… después de años. Raro, raro. Mañana le pido a Vero el favor de dejarme sola para llamarlo y estar lo más tranquila posible, porque intuyo que la conversación va a ser cuanto menos tensa, te lo aseguro.

En cuanto salga Iñigo, lo primero, mandar un mensaje a mi amiga para que lo lea a primera hora y conteste.

Miro la hora y son casi las tres de la madrugada. No quiero que se vaya, pero es tarde. Él pilla la indirecta y se levanta para despedirnos.

—Preciosa, tu abogado tiene que irse ya. Es tarde y tengo trabajo, presentar el borrador de divorcio de una persona muy especial. Tengo mucho interés en que se libere cuanto antes.

—Te acompaño a la puerta. Pero ahí, nada de besos. Es más, por favor, ve al ascensor con la luz de la escalera apagada, por si acaso. No te pueden ver.

—*Valeee*, pero si me estrello contra algo será peor. Porque tendrás que llamar a una ambulancia, saldrán los vecinos, explicaciones, un largo etcétera. Y tú con esa camiseta para dormir. No sé qué pensarán los vecinos, —suelta susurrándome al oído.

—Pues pienso que la primera en aparecer en pijama sería mi vecina Vero.

Solo pensar en esa escena y no podemos parar de reír. Pero al final, con la linterna del móvil, pulsa al ascensor y consigo que no encienda la luz de la escalera.

Cuando llega a mi planta el ascensor y se abre la puerta, él hace un gesto de victoria.

—Eres tonto, lo sabes, ¿verdad…?

Cierro la puerta de mi casa de forma sigilosa y de nuevo voy a la terraza. Observo la butaca, ahora vacía, donde hasta hace menos de

una hora estaba encima de él, disfrutando de su cuerpo, de sus caricias.

¡Qué curiosa es la vida!

Mirando al infinito, me paro a pensar que decidida como estaba a tener una charla con mi marido en septiembre y ahora se adelanta él. Me enciendo un cigarrillo y, mirando al cielo, no dejo de pensar en lo raro que está siendo este verano.

CAPÍTULO 7

Vero lee el mensaje nada más despertarse.

¡Joder! Suelta, incorporándose de golpe en la cama y en estado de shock a medida que avanza en la lectura.

> *—Vero, Alejandro se ha adelantado a mí. Quiere el divorcio y este verano no quiere bajar con nosotras. Todo esto me parece perfecto, pero no que pretenda estar todo el verano sin hacerse cargo de ellas unos días. Así que necesito que me cubras mañana para poder hablar de esto con él.*

Como segunda novedad, resulta que bombón es mi abogado. Lo tiene todo este chico. Y… hay más.

Por la noche cenamos aquí y te pongo al día. Bss.

Solo sale de su boca una palabra una y otra vez, *¡joder!*

Vaya bombazo de buena mañana.

Ahora mismo está hablando sola, todavía sentada en la cama.

—Vamos que si ceno con ella y si hace falta me quedo a dormir para que siga contándome en la cama. Vaya días más entretenidos me está dando. Esto es como un culebrón. Capítulo a capítulo. Y el siguiente es más intenso que el anterior.

Recapitulemos. Tenemos al marido infiel. La mujer cornuda que decide no separase por el bien de la familia, la amante más joven del marido y, el último en hacer su entrada estelar, *bombón*. No nos falta de nada. Y la guinda ahora es el divorcio.

Ella sola se ríe en la cama con el guion que acaba de hacer.

—Soy una auténtica crack. Ahora mismo voy a la cocina y, con un café para despejarme, la llamo.

Sola en el salón y teléfono en mano, mientras apura su café, llama con premura a su amiga.

—*Buenassss*… ¡Cómo estás reina mora! Por lo visto, a punto de ser libre. Me alegro guapa.

—Pues eso parece. Se ha adelantado mi querido esposo. Feliz como hacía mucho. Pero no sabes lo mejor.

—¿Qué?, ¿qué? ¡no me digas que ayer has tenido otro polvo maravilloso con el bombón!, porque te cuelgo ahora mismo ¡Por favor!… piensa que mi Rodolfo y su barriga cervecera llegan al viernes y no sé cómo decirte que no es lo mismo.

—Pues entonces, si vas a colgar, no te lo cuento.

—*¡¡Nooo!!* ¿En serio? Pero si ayer estaban las niñas. ¿Cómo?, ¿dónde?…

—Las niñas durmiendo en su habitación y nosotros en la terraza ¿Cómo lo ves?

—Pues que te estás volviendo una pelleja. —Suelta riéndose—. Alegría para tu cuerpo ¿Te parece si hoy pasamos de ir a la playa y estamos en la piscina? Así cuando termines de trabajar, vienes con tu silla y charlamos. O sea, que nuestro guapetón es abogado y economista. Lo tiene todo el chaval. Tiene una buena talla, la usa a la perfección… Las migas para las demás.

—Vero, hay más, pero eso lo dejo para la piscina y la cena de hoy. Preparo una empanada de atún que nos gusta a todas.

—¡Bravo! Me encanta, yo pongo el vinito, que hoy no quiero quedarme con sed. Porque tenemos mucho que hablar.

—Te dejo, que necesito trabajar. Luego voy al supermercado. Si necesitas algo te lo traigo.

—No, gracias, fui ayer. Cuando desayunen tus hijas, que se pongan los bañadores y vengan. Así puedes hablar con el cabestro de tu marido, bueno ex marido. Me encanta decir eso. Suena bien.

—Hablamos.

Me concentro en el trabajo, como siempre, sentada en la mesa de comedor en la terraza y adelanto bastante, así que cuando aparecen las niñas les informo que después van a casa de Vero para bajar a la piscina, que yo tengo que hacer una llamada importante.

—Mamá tiene que trabajar, pero en cuanto termine me uno a vosotras, —les digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Vale, —contestan ellas.

—¿Sabes mamá?, ayer nos lo pasamos muy bien con Vago e Iñigo. Son muy simpáticos los dos, —suelta Candela—. Y te digo una cosa, papá es muy guapo, pero tú amigo también.

Mira la enana, pronto empieza, pero parece que tendrá buen gusto. Voy hacia ella y la achucho un montón.

Con el plan, desayunan rápido y se visten todavía más, recogen por supuesto su habitación y salen como dos huracanes. Por fin estoy sola. Antes de hacer la llamada, preparo un segundo café y me enciendo un cigarrillo, ya sabéis que no lo suelo hacer, pero siempre llevo tabaco en el bolso porque es como una necesidad en momentos de crisis, aplaca mis nervios o así lo siento yo.

Respiro hondo, allá voy y decidida marco su número. Responde tan rápido, que casi pareciera que la estuviera esperando.

—Hola Patricia, esperaba tu llamada, pero no tan pronto. —Su voz suena normal, como si no pasara nada entre nosotros.

—Bueno, hay conversaciones que cuanto antes se tengan, mejor ¿No crees? Por hacer un resumen, decirte que estoy totalmente de acuerdo con terminar esto. Es más, en septiembre quería proponerlo. Hasta ahí todo bien. Pero hay matices. Es decir, punto primero, tienes que venir este finde para hablar con ellas, los dos, y segundo, dime las fechas que te las llevas. No pensarás estar sin verlas todo el verano.

Las mejores fechas serían segunda quincena de julio y primera de agosto, que es cuando tú estás de vacaciones. Recuerda que lo hacíamos así siempre. En cuanto a la vivienda de Madrid, la pondremos a la venta y mitad para cada uno. De todo lo dicho, dame tu opinión, por favor. Te escucho.

—Pues verás, la venta de la casa de Madrid, de acuerdo, los días de este verano con las niñas, no había pensado nada en concreto, pero supongo que tienes razón. Tengo que estar con ellas. En principio, prefiero la primera quincena de agosto. Porque la segunda de julio tengo previsto un viaje —(*mejor no pregunto*)—. La casa de la playa no la quiero. Te recuerdo que se compró ahí por tu interés en estar cerca de tus amigas. Así que me da igual.

—Perfecto. Veo que nos estamos entendiendo y otra cosa Alejandro, será custodia compartida. Una semana cada uno. Es lo justo. Ambos tenemos responsabilidades como padres. O en caso de no querer ese régimen, un abogado tendrá que estipular la manutención por hija. —*Ahí se ha quedado mudó, le pillé. No tenía*

pensado nada de eso. Pero yo lo voy a solicitar al juez—. ¿No tienes nada que decir sobre el tema de la custodia?

—Pues no tenía pensado que fuera compartida, sabes que tengo mucho lío y tener que responsabilizarme una semana entera de las niñas me joroba un poco, tendría que reorganizar toda la agenda.

—Pues lo lamento, eres su padre ¿Pensabas verlas cada quince días? Ser padre no es solo poner la semillita. Yo también trabajo y con esta nueva situación también tendré que reorganizarme. Es lo que hay. Trabaja desde casa, como estoy haciendo yo en este momento. Alejandro, tengo curiosidad por saber tu prisa. Sinceramente, creo que nunca lo dejaste con ella. Pero ahora…. dime, la verdad.

—Está embarazada de dos meses. Y quiero, si no casarme, al menos ser libre.

Joder. Otra bomba. Cuando se lo diga a Vero. Este verano no da abasto conmigo. Voy a colapsar su cerebro con tanta noticia. Y no cualquier cosa. Vamos, no es la receta de la empanada de atún que vamos a cenar.

Parece la trama de una serie. Y mi corazón está claro que es a prueba de bombas.

—Vaya, así que nunca lo dejaste con ella, te has estado tirando a las dos. Eres todo un machito.

—Patricia, yo…

—Déjalo, de verdad. No sigas. Para cerrar la conversación:

1. Fechas en las que estarás con tus hijas.
2. Custodia compartida.
3. Venta de la casa de Madrid.
4. La casa de la playa me la quedo. Sería un detalle por tu parte que no reclamaras la mitad por el daño moral. Pero lo dejo en tus manos.
5. Y no por ser lo último es menos importante, vendrás este fin de semana para que hablemos con las niñas. Por supuesto no duermes en casa o, si lo quieres hacer, en el sofá cama del salón.

Quiero que sea de mutuo acuerdo. Así terminaremos con esto antes. Si quieres te envío un mail con todos estos puntos para que los tengas claros. Tengo un amigo abogado que me llevará todo nuestro divorcio. Por favor, confírmame cuanto antes a qué hora llegas el viernes y si duermes aquí o no, porque yo también tengo una vida.

Alejandro, me escucha sin interrumpirme.

—De acuerdo, te mando mensaje para confirmar. En cuanto al abogado, si es el mismo es más barato, contesta al final.

—Ya. Pero a mí no me cobra, así que búscate uno tú. Hasta luego.

Tengo que fumarme otro cigarro porque estoy realmente nerviosa. Sin pensarlo, llamo a Iñigo.

Cuando él ve su nombre se sorprende gratamente. Está trabajando en casa.

—Hola Patricia, ¿cómo estás?

—Voy a ser sincera. Realmente jodida. Acabo de colgar con Alejandro. El hijo de puta quiere el divorcio porque su novia está embarazada. ¡Qué te parece! Ha estado alternando con las dos. No te puedes imaginar la sensación de gilipollas que tengo en este momento. Y todavía tiene dudas sobre qué días estará con las niñas y que no se había planteado la custodia compartida.

Sin darme cuenta, estoy gritando a pleno pulmón en la terraza. Supongo que lo necesito. Porque si no lo hago, creo que me explota la cabeza. El pobre Iñigo está aguantando el chaparrón. Deja que me desahogue. Y sigo escupiendo toda nuestra conversación.

—Joder Iñigo. Es que es muy fuerte.

—Patri, me alegro que hayas llamado para desahogarte conmigo. Ahora me gustaría poder abrazarte y besarte, de verdad. Vuestra situación está clara. Esta mañana ya he estado con tu caso y he llamado a este amigo tasador. Necesito que me confirmes cuando estarás en Madrid para que vaya. La custodia compartida, ahora mismo, si lo pide uno de los padres, la conceden, los jueces ahora van por esa línea. Y tú lo harás, así que eso lo tienes ganado. Las vacaciones de verano no dará tiempo a que las estipulen, pero pensemos en su buena voluntad.

—Si no lo hace, llamo a su madre para que se lleve a las niñas a la playa donde ellos tienen un apartamento y pasan el verano. Y su padre que haga lo que le salga de las pelotas. No pienso ser otra vez la perjudicada de esta historia, lo siento. Cabrón. Que fuerte, padre otra vez, mejor que empiece a serlo con las que ya tiene. Apenas lo han visto. Te lo juro, ahora mismo me cuesta respirar porque me falta el aire.

Ahora mismo, estoy sentada en la misma butaca que anoche con Iñigo, doblada, no sé si porque me duele el estómago o mi corazón, que ha saltado en mil pedazos. Una vez más, mi marido, mi todavía marido, ha vuelto a humillarme.

Ya no habrá más.

—Gracias Iñigo, de verdad, por haberme escuchado gritar. Me siento ahora mismo menos que una mierda. Te dejo, que tengo que bajar a la piscina con mis hijas y poner mi mejor cara. Y encima esta noche cena aquí Vero, pero mañana si te apetece, puedo intentar que nos veamos.

—Eso sería estupendo. Luego te llamo y charlamos un poco más. Y tranquila. Todo va a salir bien.

Mando mensaje al grupo de mis amigas, verás cuando suelte las dos noticias. Los gritos se van a escuchar en Australia. Temo a Paloma, con lo bruta que es y lo que pueda opinar sobre estos asuntos.

> *—Chicas. Tengo dos bombazos. Vemos hora y lo hablamos. No os quejaréis de todas las exclusivas que os estoy dando. Pero necesito urgente hablar con vosotras, de verdad. Necesito a mis amigas.*

Contestan todas en cadena con miles de emoticonos de sorpresa, pero ninguna me pide que adelante información.

Quedamos en hablar sobre las ocho de la tarde. —Perfecto, —contesto. A esas horas estaré sola en casa liada con la empanada, así que podré hablar con libertad.

Paso la mañana en la piscina como puedo, ya que estoy haciendo grandes esfuerzos por no llorar y, como no estoy bien, le planteo a Vero ir a comer fuera. Por supuesto, dice que sí. Así que vamos a un chiringuito de la playa cercano a nuestra casa y encargamos un

arroz. Estamos tomando una cerveza en una mesa las dos solas, mientras las niñas están jugando en la arena. En ese momento, aprovecho y la pongo al día.

Cuando termino de contar. Salta así, sin dolor,

—*Me cago en to lo que se menea, pedazo cabrón*. Quítate a ese elemento cuanto antes. Y apuesta por el bombón. Diviértete, juega con él, alegría para tu cuerpo, es mi consejo.

—Tienes razón. A ver cuando este gilipollas dice de llevarse a las niñas. Y si, con Iñigo vamos cada día mejor ¿Sabes? Está con el borrador de mi divorcio. Me quiere ayudar en todo lo que pueda. Estoy muy agradecida.

—¡Qué más quieres! Y encima funciona de maravilla. Anda y que le den al Alejandrito. Que va a ser padre, vamos. vaya cara. Y dices que baja este fin de semana, espero no cruzármelo, porque lo que lleve en la mano se lo lanzo a la cabeza.

—Bueno. Paso a paso. No quiero amargarme y sentirme mal. Esta vez no. Así que hoy cenamos en mi casa y el finde que se quede su papá con las niñas y yo me largo de aquí para ir con Iñigo. Y lo que tenga que ser será. Voy a ser sincera, cada vez me siento más atraída y eso da miedito.

—Amiga, tírate al vacío y da alegría a tu cuerpo, insisto. Te lo mereces. Y él por lo que he visto también.

—Eres muy tonta. Por cierto, ya tengo la botella de vino blanco enfriando en la nevera. Esta noche la rematamos en la terraza. —*Y hacemos el gesto del dedo hacia abajo—.* Mira como dice el padre de una amiga mía, *esto hay que pasarlo borracho*. Si no, está siendo todo tan fuerte que es para pegarte un tiro en la frente, te lo juro.

Yo aguantando y perdonando a mi marido, no una infidelidad, no, una relación paralela. Me promete que ha terminado con ella y ahora resulta que está embarazada de dos meses. Como poco es acojonante.

¿Cómo he podido ser tan idiota? Estoy tan enfadada conmigo misma… Me considero una tía lista y no he podido ser más inocente. Quise creerle, quise pensar que nuestra familia era más importante para él que su otra relación. Y mira en qué punto nos encontramos.

Todo el mundo me repetía que me separara y yo aposté por la estabilidad personal.

Espero que sea mínimamente persona y esta casa directamente sea mía. Me ha dicho que por supuesto, pero como comprenderás, a estas alturas, cualquier cosa dicha por su parte la pongo en absoluta duda. Pero es curioso, porque es lo único que tengo en la cabeza, es como si ahora mismo, esto fuera lo único importante. Y como se eche para atrás, ahí me puedo cabrear. Y te lo juro, como me toque las narices, entorpezco todo el proceso de divorcio y este es padre y abuelo y sigue casado conmigo.

¿Con qué cara dice a mis hijas que va a tener un hijo con otra? O piensa decir que su novia tiene gases y UPS, un hijo, que cosas. Es que no me lo creo. Vero, ¿sabes lo que realmente me apetece ahora? ¿Te lo digo?

—No hace falta, subir al coche e ir a casa de Iñigo y follártelo en la piscina. Pues te digo una cosa, ve ahora mismo. Llama y entérate si está en casa, y si está, te presentas y punto. Sé un poco loca por una vez en la vida, hija. Tanta planificación, anda ya… y hace un gesto de fastidio con la mano.

—Tienes razón. Le llamo. Espera, cállate. —Y automáticamente marco su número.

—Hola, preciosa. ¿Dónde andas?

—Pues ahora mismo en la playa, hemos comido aquí una paellita riquísima y estamos tan estupendamente. Y, ¿tú? ¿Qué haces?, cuéntame.

— Pues, yo en casa currando. De lo más tranquilo.

Al escuchar esto, levanto el dedo con símbolo de victoria. Ya me estoy levantando de la silla, mientras sigo hablando con él. Aunque antes dejo dinero en la mesa para que termine de pagar Vero y casi empiezo a correr hacia mi casa, mientras seguimos hablando. No le digo que me voy a presentar en su casa. Voy directamente al garaje a buscar mi coche e ir a su casa.

Me tiro a la piscina y a él de paso. Voy a empezar a ser algo atrevida.

Tiene razón Vero, menos planificación y más disfrute, que la vida son dos días.

—¿Y estás solo con Vago?

—Pues claro. Con quién quieres que esté. Estoy currando en bañador y camiseta. Creo que en unos minutos me lanzo a la piscina, me refresco y sigo. Tengo bastante lío.

Perfecto. Eso era lo que necesitaba saber. Está solo, pues en breve ¡Sorpresa!

Ya casi estoy llegando al garaje. Menos mal que siempre llevo las llaves del coche encima. Una costumbre como otra cualquiera.

Tardo unos quince minutos en llegar a su casa. Cuando estoy en la puerta, le vuelvo a llamar y al descolgar, sin ningún tipo de vergüenza le digo que me abra, que estoy al otro lado de su verja.

Tarda unos segundos en abrir el portón, ahí está frente a mí con esa estampa perfecta con un traje de baño de flores, camiseta blanca y descalzo y, lo mejor, su cara de sorpresa ante mi visita inesperada. Según abre, aparco el coche en la zona de aparcamiento y me bajo lanzándome a sus brazos sin pensarlo.

—¿Te gusta mi sorpresa?, —parezco una niña sonriendo. Me encanta ver su cara *de no me lo esperaba para nada.*

—Mucho, de verdad. No sabes cuánto. ¿Tienes sed?, —pregunta él.

—Pues mira sí, un poco ¿Puede ser una coca cola fresquita?

—Si, claro, por supuesto. Y dime, ¿dónde estás las niñas?

—Con Vero. Espero que dentro de poco me confirme su padre cuando llega para este fin de semana, para organizarme yo.

—Se quedará a dormir en tu casa, supongo.

—Bueno, mi casa no. Nuestra casa. Eso de momento es así. Pero ya le he informado que dormirá en el sofá—cama del salón. Tampoco veo adecuado enviarlo a un hotel. Solo quiero que dé la cara y que no se le caiga de vergüenza. Quisiera saber cuándo les dirá a las niñas que van a tener un hermano. Cabronazo. Es que tengo una sensación permanente de imbécil. Te lo juro. Además, otro hijo.

—Anda, ven aquí, —dice Iñigo.

Me rodea con sus brazos en el porche de su casa. Y yo me acurruco en su pecho, sintiendo que cada vez estoy más tranquila

con él y tengo menos miedo a su oscuridad, si ese término es correcto.

Necesito sentirlo y él lo sabe. Por eso empieza a besarme poco a poco, recorriendo mi cuello, el escote y va bajando hasta mis pechos. Como llevo bikini es muy fácil acceder a ellos, ahí se toma su tiempo y yo me dejo llevar. Ahora mismo, todos mis problemas han dejado de existir. Mi divorcio, mis cuernos, el nuevo hijo de Alejandro. Todo se ha esfumado.

—Iñigo, no pares, por favor.

Mi respiración es agitada, mi pecho sube y baja haciendo un esfuerzo porque entre oxígeno en mis pulmones.

—Cariño. Quiero volverte loca.

Y lo está consiguiendo…

En ese momento tengo la cabeza hacia atrás y como si hubieran tirado de una cuerda hacia arriba la levanto. Ha dicho "cariño" *Sigue a lo tuyo que ahora es disfrutar y deja de analizar las cosas, eso después*.

Unos segundos más tarde tira de mis brazos, para mirarnos y casi obliga a que lo abrace. Necesito sentirlo en toda su profundidad, por eso me agarro a su cuello como si la vida me fuera en ello.

En la casa lo único que se escucha son los sonidos del placer.

—¿Cómo estás?, —pregunta Iñigo, besándome.

—De maravilla, hacía mucho que no me sentía tan bien y todo gracias a ti. Ahora mismo me siento viva. Pero sinceramente, creo que te he involucrado en todos mis problemas y no te corresponde este papel. Me refiero a todo el lío de mi vida, mis hijas, el divorcio. Creo que es demasiado teniendo en cuenta lo poco que nos conocemos.

—No me gusta que hagas eso. Dar las gracias. Parezco un gigoló. Por favor, no lo vuelvas a decir. Y en cuanto al segundo punto, estoy voluntariamente. No me quedo dónde no quiero estar, tenlo claro.

—Perdón, no era mi intención molestarte. Simplemente quería decir que, gracias a ti, ahora mismo estoy bien anímicamente y no hundida en el barro. Tal vez no lo he expresado del todo bien.

Me baja con delicadeza al suelo y nos volvemos a besar. Al separarnos, es curioso, pero siento como un abandono, frío, tanto

que, de forma instintiva, cruzo mis brazos para darme calor.

Todo eso produce en mi Iñigo. Creo que debo de ser sincera y la verdad es que me estoy enganchando de verdad con él. Y esto lamentablemente no lo puedo compartir con nadie. Pensarían que he perdido la cabeza, como distracción y para devolver la pelota al cabrón de Alejandro vale, pero siempre he tenido fama de ser una mujer que no se precipita y que medita las cosas. Ahora ¿dónde está esa mujer? Porque la que está frente a él, desnuda, empapada en sudor, esa no es la Patricia que todos creen conocer.

Pero ¿quién es la Patricia real?, ¿la de antes o esta que está empezando a asomar la patita? Puede que ninguna de las dos versiones y esté renaciendo una nueva. Quizás, incluso, la culpa no sea mía y es que hasta ahora no he tenido la pareja que realmente me complementara y la he encontrado en mitad del caos que es ahora mi vida pero que, por otro lado, está a punto de saltar por los aires.

Decido abandonar todos esos pensamientos y centrarme en él, en cada segundo que lo tenga a mi lado.

—Quiero darme un baño y llevo puesto el bikini. ¿Vamos?

—Claro, —responde Iñigo con esa sonrisa que me refuerza en la idea de que estoy dónde debo estar.

En el agua, abrazados, él decide arriesgarse y proponerme un plan.

—Patricia, si tú marido baja este finde y como, salvo la conversación con tus hijas, poco más tienes que hacer con él, estaría más que encantado de pasarlo aquí contigo. A fin de cuentas, que estén un poco con su padre es lo justo. No solo para ti, sino para ellas también.

—No se me había ocurrido, pero te digo de entrada que sí. Luego ya veremos con que chollos aparece, si es que baja. Aún no tengo confirmado nada. ¿Has podido ponerte con lo mío? Porque te diré que esta mañana yo, muy chula, le he dicho que ya tenía abogado. —Suelto riéndome.

—Por supuesto que tienes abogado. Además, el mejor. Estoy seguro que quedará encantada con mis servicios. Tarifa plana, lo

tiene todo incluido en el precio y servicio 24h, no todos pueden decir eso.

Nos empezamos a reír a carcajadas, tanto que hasta Vago se acerca a la piscina. Al pobre le hemos roto la paz en el ambiente.

Llevamos en el agua como media hora, con mis piernas enrolladas en su cintura, sentados en la escalera. Me miro las manos y las tengo arrugadas, por eso decidimos salir y secarnos al sol.

Una vez fuera, y algo más seca, voy a mi bolso para comprobar si tengo algún mensaje de Vero y no, pero ¡Aleluya! Mi querido marido, o lo que sea ahora, se ha dignado en contestar. Confirma que viene este fin de semana. Os detallo el mensaje;

—Patricia, lo he podido arreglar y el viernes saldré temprano de la oficina para no llegar demasiado tarde, ya que puedo encontrar mucho tráfico.

Tienes razón y debemos de estar los dos juntos para exponer a nuestras hijas nuestro divorcio y que todo estará bien.

En cuanto a quedarme a dormir en el sofá, no hay problema.

Nos vemos en unos días.

Curioso como al leerlo no siento nada. Es como si este escueto texto fuera dirigido a otra Patricia, no a servidora. Quizás mi yo interior esté pensando que todo lo que ocurrirá a partir de ahora se tendría que haber producido hace tiempo. Y que la paternidad de Alejandro fuera fruto de su actual relación, pero ya habiendo finalizado en un juzgado la nuestra.

Tengo curiosidad por conocer el discursito que traerá preparado.

Solo espero que no suelte la bomba de su paternidad. Porque antes tienen que asumir primero lo nuestro. Pero es cierto que la noticia de su pareja y el embarazo no lo puede dilatar mucho. No es algo que se pueda esconder.

Aunque esa yo no es mi guerra. Y creo que es imposible hacer las cosas peor. Fue un cobarde en su momento y ahora todo sale a la luz de golpe. En fin…

Pero recibir este mensaje todavía me ha puesto de mejor humor. Decido contestar. Y simplemente, pongo.

—Perfecto. Aquí estaremos. No hay problema que duermas en casa. Yo no estaré. Estarás con las niñas.

Creerá que voy a casa de Paloma o que incluso está por aquí Yolanda, aunque por fecha él sabe que no es muy probable. Mejor, no necesita más explicaciones.

—Iñigo, ¿me admites como ocupa este fin de semana? Alejandro acaba de confirmar que viene y solo estaré en el momento de la conversación familiar. Si no te viene bien, no pasa nada, voy a dormir a casa de mi amiga.

Se acerca a mí como un depredador.

—Lo que acabas de decir es una broma, ¿verdad? Pues claro que estarás conmigo. Y feliz de que sea así.

—Lo único que tendremos cuidado de donde podemos ir, no quiero la casualidad de encontrármelo y darle la oportunidad de que piense que yo también he sido infiel. Eso a su conciencia le vendría muy bien e incluso podría utilizarlo en mi contra.

— Si quieres podemos salir a navegar. No te lo he comentado, pero tengo un velero. Suelo salir solo. Es algo muy personal. Pero por ti estoy dispuesto a hacer una excepción y que seas mi grumete ¿Qué te parece? Ojo, soy un capitán exigente, así que tendrás que colaborar, no solo vas a estar tomando el sol.

No dejo de sonreír.

—Por supuesto, me gusta ganarme el puesto, así que trabajaré duro. Pero hablando en serio, no quiero invadir tu espacio. Y si para ti es tan especial, mejor no. Pero debe ser un espectáculo verte en acción arriando las velas.

Y pongo el dedo en la boca como si estuviera imaginándomelo.

Miro la hora y son casi las ocho, desgraciadamente por hoy mi tiempo junto a él ha terminado y, una vez más cuando estoy a su lado, las horas pasan volando, siempre me quedo con ganas de más.

—Tengo que irme, porque mis hijas están empezando a sufrir abandono familiar. Van a pensar que han sido adoptadas por Vero.

—Lo entiendo, ¿a qué hora llega el viernes Alejandro? Y lo más importante ¿Habéis decidido cuando vais a tener la conversación?

—Pues supongo que el viernes tarde, llegará a la hora de la cena, no creo que salga de Madrid antes de las tres de la tarde, aunque me comentó que intentaría lo más pronto posible. Y al venir en coche, ya sabes, lo complicado de esas horas y más ese día. Así que

doy por hecho que será el sábado. De todas formas, tengo que hablarlo con él. Yo estaré contigo hasta la hora de ir a casa a la hora que decidamos.

Él por unos motivos y yo por otros muy distintos, tenemos cierta premura en ir avanzando en cerrar nuestro capítulo que ha durado demasiados años. Por eso escribo a Alejandro para que me comente más o menos sus planes. Podría llamar, sí, pero francamente, no tengo muchas ganas de oír la voz del semental.

—Alejandro, por favor, necesito que me confirmes tu hora de llegada el viernes. Para organizarme. No estaré en casa con vosotros el fin de semana, tengo planes. Te adelanté que según llegues, me voy. Supongo que la conversación familiar será el sábado ¿No? Dime algo cuando puedas. Gracias.

Enviado. Pues ya está.

Con mucha pereza, me levanto de una de las butacas del jardín y me pongo de nuevo mi vestido playero y el bikini seco.

Nos besamos una y otra vez frente a la puerta de mi coche, besos cortos, pero intensos.

No me quiero ir.

CAPÍTULO 8

Camino a mi casa, hago la llamada grupal a mis amigas. Para soltar la bomba, una más. Está claro que son de corazón fuerte porque este verano no ganan con sobresaltos conmigo.

La que se organiza es pequeña, las tres gritando como locas y yo intentando entender algo de lo que dicen. Lo más suave que sale de sus bocas para referirse a mi marido es cerdo, de ahí para arriba. Y de paso les informo que estoy empezando a tener algo con Iñigo y que estoy encantada de la vida, bueno algo ya sabían que existía, pero digamos que estamos un paso más allá. Han dejado de gritar, menos mal. Sin embargo, ahora están en silencio y eso me asusta todavía más. Me veo casi en la obligación de tranquilizarlas porque de momento está respetando absolutamente que no participe en su estilo de vida. Y ni me lo ha pedido.

Pero Yolanda, que es bastante espabilada, lo pregunta, claro.

—Ya, pero y si te lo pide. ¿Qué harás? Que conste que no lo digo para recriminarte nada. Es una decisión tuya y eres adulta. Puedes tener la curiosidad. Evidentemente.

— Tú misma te has respondido. Y la tercera bomba es lo del fin de semana, Alejandro en casa y yo con Iñigo. —Incluso les digo lo de ir a navegar.

Les detallo que tiene un velero, que salir a navegar es algo muy personal para él y que, hasta ahora, siempre ha salido él solo.

Sus rostros se relajan y por la boca de Teresa, sale un *¡Ohhh! ¡Qué romántico!*

Yo solo soy capaz de sonreír imaginándonos en el barco.

Paloma con lo bruta que es, suelta;

—Hija un polvo en el velero, con ese vaivén, tiene que ser la leche y ese cuerpo, con la melena al viento por la brisa marina. Joder, es un sueño para cualquier mujer, *zorrastra*. Vaya calentón que me está entrando, creo que esta noche tengo que sacar cierto aparatito para que me alivie.

El chat se llena de emoticonos de risas.

Pero qué bestia es…

Llego a casa y seguimos sin parar de hablar. Ahora la conversación ya no es sobre mí, cosa que agradezco, es sobre lo bruta que es nuestra amiga.

—Paloma, —dice Yolanda—, con lo finísima que eres cuando estás en modo agente inmobiliario, fuera de ahí pareces la hija del cabrero que no ha salido de las montañas, con todos mis respetos. Una pregunta, ¿eres así de bruta con Gerardo?

—Pues sobre lo bruta o no que soy en la cama… ¡a ti te lo voy a decir!

Soltamos todas una carcajada. Así es ella.

—No os quejaréis de mis titulares este verano. Parezco la prensa rosa, fulano se separa de zutana porque tenía una relación paralela desde hace años, engañando a su mujer porque a ella le hizo pensar que se había terminado y resulta que la otra está embarazada. Pero eso no es todo, zutana tiene una ilusión… —más risas.

—¡Desde luego!, —dicen casi a coro.

—Hija, parecías algo sosa cuando te compramos y has resultado todo un filón. —Dice Teresa.

Terminada nuestra conversación, me acerco a la zona de piscina y ahí continúan Vero y las niñas.

—Ya estoy aquí.

Mi vecina hace una revisión mía de arriba abajo y sonríe con aprobación.

—*Vayaaa*, alguien ha pasado una tarde estupenda, me da la impresión.

Al oír eso me pongo roja como un tomate.

—Pues sí, no lo niego.

—Luego ya hablamos durante la cena tranquilamente. El fin de semana estaré con Iñigo en su casa. Pero hay más…

Vero empieza a dar palmas. El resto de los vecinos que están allí no dejan de observarnos.

—¿Más? ¿De verdad? ¿Más que pasar un fin de semana sexual sin freno con ese fenómeno de la naturaleza?

—Pues créeme que más y no te lo imaginas.

—Madre del amor hermoso, a mí contigo no me da la vida. Cuando me acuesto estoy deseando que amanezca, solo por saber si hay más novedades y oye, casi siempre acierto.

Viéndola caigo en una cosa. Mis amigas no están bien de la cabeza. Todas ellas. ¿O seré yo? Tengo que pensar sobre esto. Porque está claro que parece que las atraigo. Pero si algo tienen todas ellas en común, es que son muy buenas personas.

Recogemos las toallas y las hamacas y nos despedimos hasta dentro de un rato. Aprovecho y preparo la mesa de la terraza mientras mis hijas se duchan. A mí no me hace falta porque ya vengo duchada de casa de Iñigo ☺

Y como no podría ser de otra forma, puntual, llaman al timbre Vero y sus hijas. Nosotras nos vamos con el vinito a la terraza directamente. Mi vecina está tan intrigada y con ganas de que le cuente, que parece que tiene un tic en la cara de todos los gestos que está haciendo para ver si, entre gesto y gesto, capta algo de las últimas novedades. Suelto una carcajada. Porque verla así, mirando hacia dentro, pidiéndome que me siente junto a ella y que le cuente… está de lo más graciosa.

—Tranquila que de aquí no te vas sin estar plenamente informada. De verdad. Pero para ya con el ojo. Anda y relájate con esta copa de vino fresquita.

Me acerco a su oído y suelto,

—Qué sepas que este finde me voy de ocupa. Y además pienso estar desnuda la mayoría del tiempo.

—La leche, —suelta y pone su mano en la boca—. Te estás convirtiendo en una diosa, cabrona. Me tienes todo el día tan *calentorra* que, cuando llegue el viernes, Rodolfo y su barriga cervecera no salen vivos de la habitación. No te digo más. —Hace un gesto de estar abanicándose—. Este culebrón sexual me tiene loca, loca. Necesito saber más, estoy enganchada. Cuando parece que ha llegado el momento culmen, resulta que hay otro y te superas. Esto es de guion de serie en *prime time*.

Con la mano le digo que se acerque a mí.

—Te digo más, saldremos en su velero.

—No fastidies que bombón encima tiene velero. ¡Madre mía! Esto ya es el colmo de todo esto. Buf… navegando. Ese cuerpo al timón. Vaya sueño erótico. Menudo maratón sexual vas a tener tú este verano. De aquí a las olimpiadas, los cien metros lisos corriendo en diez segundos.

Brindamos por eso con nuestras copas de vino. Desde luego no tengo el aspecto de mujer cornuda a punto de separarse porque, entre otras cosas, su todavía marido ha formado otra familia. Pensarlo así, algo fuerte es. Pero yo estoy en la casilla de salida de todo esto y directamente me resbala. Puede que la presencia de Iñigo influya al sentirme una mujer deseada y no un despojo.

En este momento de la vida creo que valgo mucho, no así cuando me enteré de la infidelidad de mi marido. Y con respecto a su inestimable visita de este fin de semana, he decidido recibir el viernes a mí todavía marido espectacular. Que se joda. Se va con una jovencita, pues esta que está aquí es deseada por un hombre que está por encima de la media. Y quizás, aunque sea por un segundo, sea consciente de lo que pierde.

Como no he traído ropa para eso, el viernes por la mañana me voy de compras para el momento recibimiento del semental. Quiero algo sencillo pero explosivo. No sé si esa fórmula existe, pero lo intentaré.

Se lo comento a mi amiga Vero y vuelve a dar palmas de alegría. Incluso se levanta y baila.

Creo que el vino se nos está yendo de las manos.

Por fin contesta *Don* Alejandro, lo del Don por decir algo suave.

> *—Llego para la cena. Voy en coche. De acuerdo. Paso el fin de semana con las niñas y el sábado hablamos con ellas. Pero creo que sería bueno que ese día cenáramos los cuatro juntos. Para allanar el terreno. Supongo que estarás en casa de Paloma. Gracias por dejarme dormir en casa.*

No respondo. ¡JA!, eso piensas tú, que duermo con Paloma. No, hijo, no. Con un hombre, al que no llegas ni a la suela de los zapatos.

Cuando por fin estamos solas, la tengo con cara de Rottweiler frente a mí, para que suelte todo. Casi me da miedo.

La pongo al día con todo lujo de detalles, bueno, alguno no, claro. Y sus ojos cada vez se abren más y se está quedando hasta pálida. Me preocupa, no vaya a ser que tenga luego un desprendimiento de retina o algo parecido, porque está entre congelada y petrificada, no habla, solo pestañea. Raro en ella, no me interrumpe. Hasta que digo, *fin de la historia*.

Sigue mirándome, pero sin abrir la boca, me está empezando a preocupar para lo que es ella.

Tras un corto, pero largo silencio para lo habitual entre nosotras, parece que reacciona, menos mal, pero miedo me da por donde pueda salir.

—Te lo juro, sabes que te aprecio de verdad, pero en este momento creo que te odio. *So pedazo cabrona*. Consigues divorciarte, quedando de buena, entre otras cosas porque tu marido no lo ha hecho mal, lo ha hecho peor y, como tiene prisa en estar libre, puedes achucharlo y encima tienes a ese tío que está encantando contigo. ¿Vamos bien o no?

Yo me limito a asentir, porque está diciendo verdades cristalinas. Decido hacer un pequeño inciso en nuestra conversación.

—Vero, estaba pensando que tus hijas se queden hoy a dormir, yo me encargo, además estarán encantadas, en serio. Mañana madrugo y salgo a la terraza a trabajar, ya lo sabes. Así cuando aparezcan ya puedo estar con ellas para el desayuno.

—¿Te crees que soy tonta? No tienes que negociar conmigo. Anda, ve mañana y pasa la noche con Iñigo, sin problema.

—Vaya… me has cazado. Es verdad, tenía pensado planteártelo. Supongo que es una manera de cargar pilas para cuando tenga al cabestro, como le has apodado. ¡Qué pereza! No quiero precipitarme en decírselo a Iñigo por si cambio de opinión mañana, pero de entrada quiero dormir con él.

No dejo de dar vueltas en la cama y no puedo quedarme dormida, a pesar del cansancio del todo el día. Solo aparece la imagen de mi bombón, así lo ha bautizado mi vecina y con ese nombre se queda. En bañador, en la piscina, besándome, tocándome, desnudo, en el agua, fuera de ella. Madre mía.

Pero las imágenes, de repente, cambian.

Estamos en un local de intercambio, en una habitación con una luz tenue y hay varias personas, hombres y mujeres, auténticos desconocidos, unos con otros enrollándose, incluso del mismo sexo. Entramos los dos y según nos ven llegar se acerca una mujer escultural, de pelo moreno, que empieza a desnudar a Iñigo. Yo estoy parada observando la escena.

Sin darme cuenta, se acerca otra mujer por mi espalda. Me abraza. Yo me sobresalto, porque no lo esperaba. Iñigo no deja de mirarme. Pero reconozco que verlo así me está excitando. Y eso me sorprende. Nunca he sido especialmente territorial, pero eso lo creía impensable. La desconocida que está a mi espalda comienza a masajear mis pechos, y me gusta.

No dejamos de mirarnos. Supongo que, ante cualquier signo de alarma por mi parte, Iñigo daría por terminada la velada. Pero no es así. Sé que solo es sexo. Lo incipiente nuestro es más fuerte. Y puede que esto lo haga aún más. Casi a la vez, nuestros acompañantes nos incorporan al resto del grupo, que son ya un amasijo de manos y piernas y sonidos de placer. Las personas que están ahí no se sienten sucias, se limitan a disfrutar de su cuerpo y el de otros. Sin compromisos, sin ataduras. La mujer interesada en mí no me deja y comienza a jugar conmigo de una forma que hasta la fecha no había practicado. Y tengo que reconocer que estoy disfrutando del tacto de una mujer en mi cuerpo. Siempre me he considerado heterosexual, pero me está llevando a un lugar desconocido para mí. Y no me disgusta. Giro mi cabeza para buscar a Iñigo entre toda esa multitud. Por fin lo localizo y no está muy lejos de mí, concentrado en sentir el placer que esas dos mujeres le están proporcionando. Y he de reconocer que me he puesto un poco celosa.

Antes de entrar, hemos pactado que nada de besos con terceros. Eso es nuestro. Por eso yo estoy pendiente de si lo incumple. Pero no. Cuando ya no puede más, se separa de ellas y viene en mi búsqueda, quiere terminar conmigo. Su orgasmo es mío. Entonces ya no puedo más porque ahora son ellos dos los que están jugando conmigo. Creo que estoy a punto de perder la consciencia. Él está entre mis piernas y la pelirroja está centrada en mis pechos. Tener a

dos personas así, a la vez, es para volverse loca. Tanto es así que, dormida, tengo un orgasmo que doy un salto en la cama, empapada en sudor.

Sé sincera contigo misma. Cada vez sientes más curiosidad por ese mundo. Pero tienes miedo.

¿De verdad? ¿Serás capaz de soportar ver como él está practicando sexo con otra mujer y luego en su casa contigo?, esa es la gran pregunta. ¿Lo ves gratificante? Pues la verdad, no lo sé. Lo único que sé es que hace cinco minutos he sentido una excitación como pocas veces. ¿Acaso esto es morbo?

Necesito beber agua, porque tengo la garganta seca, salgo de la cama y voy descalza a la cocina, sentir el frío del suelo en mis pies me ayuda a rebajar mi temperatura corporal. Con el vaso en la mano, voy a la terraza y respiro el aire salino que llega del mar. Decido sentarme en el sofá hasta estar más tranquila ¿Qué me ha ocurrido hace unos instantes? Siento como si mi alma estuviera yendo hacia el lado oscuro sin que nadie me lo pida. Pero mi curiosidad es cada vez más fuerte.

La cabeza me echa humo. Miro la hora y solamente son las cinco de la mañana, a este paso, como no me tranquilice, veo que amanezco aquí sentada. Y así es. Después de todas estas horas dando vueltas a mi sueño, he llegado a la conclusión que aún es pronto y tengo que sentirme más segura en nuestra relación, pero si continuamos, se lo plantearé. Siempre he sido curiosa y estoy dispuesta a dar un paso adelante e ir con él a un local y esta vez ser parte activa.

Pero ¿y si me engancho? ¿Y si termino mal de la cabeza? Y si… muchos y si… para. Tienes que desayunar y ponerte a trabajar. Mañana llega el cabronazo de mi marido, el engendrador de hijos, el semental madurito. Un mierda, un cobarde que no ha tenido los huevos de separarse de mí. Yo creo que puede que su novia haya buscado este embarazo para forzar nuestra ruptura. Si eso fuera así, pues mira, hasta cierto punto le tengo que estar agradecida. Trabajo que me ha ahorrado. Pero yo ahora también soy infiel a mi marido ¿o no? Oficialmente sí, pero ambos estábamos pensando liquidar nuestro matrimonio, entonces, ¿lo soy?

Vibra mi móvil, lo miro y es mi bombón.

—Buenos días princesa. Espero que hayas descansado. Estoy deseando que llegue mañana para que tu marido esté aquí y te vengas conmigo todo el fin de semana, sin prisas, solo nosotros. Estoy preparando todo para salir a navegar. Serás la primera con quien lo haga. En los siete años con Sara, nunca lo hice. Esto demuestra lo especial que eres para mí, a pesar de conocernos desde hace tan poco.

¡Toma ya! Me derrito leyéndolo.

Mientras preparo mi desayuno, pienso mi respuesta.

—Hola cielo. Emocionada por nuestro fin de semana, por navegar y encima ese gran honor de ser la primera mujer con quien lo haces. Mañana tendré la maleta en el coche para, según llegue Alejandro, abrir la puerta de casa e ir contigo. Quiero disfrutar a tu lado de nuestras cuarenta y ochos horas, excepto por el paréntesis de la reunión familiar. Espero que no te aburras de verme la cara todo el tiempo.

Contando las horas para estar allí. Besos.

Pienso en la cara de sorpresa de mis hijas cuando les digamos que nos separamos. Eso me apena mucho. Yo he tapado toda la mierda, pero él solito ha decidido destaparlo.

De repente, a mis espaldas oigo

—B*uenos días mami*.

Es Candela, tan escandalosa como siempre. Ahora, cuando esté Carlota, les comento que mañana llega su padre.

—Chicas, tengo novedades, mañana por la noche, no demasiado tarde, viene papá. El plan es que cuando llegue os vayáis los tres a cenar. Así que, a ver, ¿dónde os apetece ir a cenar?, pensadlo para decírselo. Y yo me voy el fin de semana fuera. Así que tenéis a papi solitas para vosotras. Creo que es un buen plan, ¿verdad? Buenos, para ser más exacta, vendré un momento el sábado a ver a papá y luego me vuelvo a ir. Recopilemos, entonces ¿dónde queréis cenar con papi?

—Queremos cenar en la playa. Así podemos jugar luego en la arena, —contesta Candela.

—Creo que es una buena idea. Y seguro que a papá le apetece, después del calor en Madrid y el largo viaje, cenar en la playa, le encantará.

Carlota está mirándome seria.

—Mamá, ¿tú no cenas con nosotros? —pregunta—. ¿Por qué? ¿Cuál es el motivo?

—Pues que estoy harta de vosotras, —suelto riéndome y dándoles un montón de achuchones. Ellas se matan de la risa.

Evidentemente, mi hija no se ha quedado nada conforme. Pero no vuelve a preguntar. Creo que se imagina que aquí pasa algo. Y no va nada desencaminada. Tampoco pregunta dónde voy a dormir, dará por hecho que con Paloma.

Suena mi teléfono y es el huracán Vero, la vitalidad personificada a estas horas de la mañana.

—*Holaaaaa*, —a gritos—. *Buenoooo,* hoy es el gran día, llega el cabestro y Rodolfo y su barriga cervecera. A ver, es que cualquiera comparado con tu bombón está para el desguace.

—Pues sí, hoy es el gran día. Tengo que reconocer que estoy un poco nerviosa. Anoche apenas he dormido. Ahora, no sabes lo que me ha cundido. Cuando lean mis mails en los hoteles que he contactado para posibles eventos en septiembre, pensarán si estoy en Australia por la hora de envío. Ja, ja, ja. La ventaja de madrugar.

—Amiga, ¿cuál es el plan de hoy por la mañana?, porque por la tarde—noche, ese ya lo sé. ¿Piscina o playa?

—Yo creo que piscina, así mañana su padre que se joda y las lleva a la playa, —suelto riéndome—No es por darte envidia, pero la menda, mañana estará *viento en popa y a toda vela*… que se dice en el argot marinero. Estoy deseando hacerlo. Me voy a convertir en un grumete en prácticas.

—Grumete en prácticas, dice, me parece que tus practicas van a ser otras, *pierna pa arriba y pa bajo*. Vamos, menos náuticas y más carnales.

—Pero que bruta eres Vero. Aunque algo de razón llevas, desde luego. No quiero que se entere Alejandro, porque podría agarrarse a que yo también tengo una relación extramatrimonial y presionarme. Así que total discreción con esto.

—Tienes razón, encima de ser tú la cornuda, como se entere este tío lo aprovecha, seguro. Pero con una paternidad por medio, no tiene nada que hacer.

—Oye, cambiando de tema, si te parece, sobre las doce nos vemos abajo en la piscina, a ver si podemos estar en nuestro sitio, porque parece que a todos los vecinos nos gusta el mismo.

—Toda la razón, creo que bajo antes y pongo las toallas para que nadie nos lo quite. Bueno amiga, nos vemos en un rato.

Cuando cuelgo, veo que tengo mensajes en el chat de nosotras cuatro. Los leo por encima y veo que todos van más o menos de lo mismo.

El tema estrella es la llegada de Alejandro esta noche y saber mi plan de fin de semana. Decido contestar para tenerlas informadas.

—Chicas. Todo bien. Esta noche llega Alejandro, eso ya lo sabéis, él se quedará aquí a dormir en casa, pero yo me voy de fin de semana con Iñigo. Vendré mañana por la tarde para la conversación familiar.

Mañana estaremos todo el día en su velero. Por lo visto soy la primera con la que lo hace, esto no recuerdo si os lo he dicho. Con tanta noticia tengo la cabeza a punto de explotar. En resumen, estoy bastante nerviosa por mi encuentro con el engendrador, y por cómo irá la conversación y, a la vez, emocionada por las expectativas que tengo de pasar este fin de semana junto a Iñigo.

Estado, de los nervios.

Os quiero mucho, pendejas, que seguro que el domingo por la noche querréis que os de todo lujo de detalles. Tranquilas, ya os contaré.

Millones de besos.

La respuesta de ellas fue inmediata. Muchos emoticonos y poco texto. Salvo Teresa. En el caso de Paloma lo prefiero, porque miedo me da lo que podría poner. Ella es como yo, a veces perdemos nuestro filtro emocional.

—Amiga. Aprovecha esta oportunidad de estar a solas con él. Y que el otro pringue con sus hijas. Para que sepa que ser padre no es un polvo. Además, ya se las ha encontrado

creciditas. Ya verás cuando llegue el bebé con su novia. A este le da un chungo. Te lo digo yo. Y una duda, son compañeros de trabajo, ¿ya será oficial su relación? Lo pregunto porque si ella está embarazada… no lo pueden ocultar.

¿Has caído en eso?

Ostras, es verdad. No había caído en eso. Dudo que lo hayan hecho oficial, porque queda un poco mal todavía estar casado y no ya tener una relación paralela con una compañera, sino de tal importancia como para producirse un embarazo.

De repente, me preocupo. Porque si esto les cuesta el puesto a ambos, no me vendría nada bien que se quedaran en el paro. Alejandro es socio de la firma, pero desconozco el puesto exacto de ella, sé que formaba parte de su equipo, de ahí los viajes, pero si se hace público lo pueden acusar de muchas cosas, entre ellas de hacer uso de su superioridad en la organización de la empresa y acusarlo de acoso laboral. Aunque eso no creo, porque a fin de cuentas ambos han estado de acuerdo.

Para… fuera pensamientos negativos. Ahora no toca eso.

Decido enviar un mensaje a Alejandro para informarle de los planes que quieren nuestras hijas.

—Alejandro, procura no llegar demasiado tarde. Las niñas quieren ir a cenar contigo a la playa. Así que, por favor, intenta estar aquí sobre las nueve. Además, yo tengo que irme. Gracias.

Él está reunido, pero lo lee. Está bastante aburrido, así que contesta al momento.

—OK. Lo tengo ya todo en el coche. Así que salgo desde aquí. Creo que incluso estaré allí antes de esa hora.

Cuando lo leo, pienso, *perfecto*. Eso es lo que quería saber.

Digo a las niñas que bajen antes que yo. Quiero llamar a Iñigo.

Salgo a la terraza cuando ya estoy sola.

—Buenos días caballero. ¿Cómo ha dormido usted?

—Buenos días tenga usted. Pues de maravilla, esperando que llegue esta noche para pasar contigo el fin de semana.

—Yo también. Me ha confirmado Alejandro que llegará sobre las nueve de la noche o antes. Así que, según llegue, arranco el coche y voy a tu casa. ¿Cocinarás para mí?

—Por supuesto. He pensado hacer una barbacoa.

—*Mummm*… genial, verte con delantal creo que puede ser el sueño erótico de muchas mujeres… pues yo preparo la ensalada. En unas horas nos vemos. Besos.

—Besos, —repite él.

Creo que es la primera vez que me despido de él así. Seguro que se ha sorprendido. Espero que gratamente.

Hala, a la piscina. Menos mal, hoy hemos tenido suerte, Vero ha conseguido nuestro sitio y para evitar oídos indiscretos ha extendido las toallas de las niñas para mantener cierta distancia con el vecino más cercano. Así que estamos hasta cerca de las dos de la tarde como los camarones, vuelta y vuelta. Pensar que la semana que viene estoy de regreso a Madrid, se me ponen los pelos de punta. Espero estar allí solo una semana para hacer una primera batida de visitas y, una vez hecho el trabajo de *campo*, el resto, lo que son cifras y presupuestos, prepararlos aquí.

◆◆◆

Alejandro, sentado en su despacho, se pone a pensar que lo de este fin de semana le ha costado una bronca con su novia, porque ella quería bajar también a la playa. No entiende que este viaje es para hablar con su familia sobre su separación y que, además, estará con ellas en su casa. Su presencia produciría mucha tensión.

La quiere, y por esto está decidido a romper con su pasado, pero a veces es demasiado intensa y le satura. Espera no equivocarse con la apuesta de rehacer su vida al lado de Sandra. El embarazo para él ha sido una gran sorpresa. En sus planes no entraba otra paternidad. Tiene casi cincuenta años. Hace un repaso sobre todos estos años con Patricia y llega a la conclusión de que no ha sido nada justo con ella. Porque no solo ha mantenido una relación paralela durante años, sino que le mintió al decir que se había terminado. Pero antes de la llegada a su vida de Sandra tiene que reconocer que eran una pareja feliz. Esperaba envejecer a su lado, pero está claro que eso no será así.

A veces tiene dudas sobre si el embarazo no ha sido buscado por Sandra premeditadamente para *cazarlo*, provocando que tomara una decisión sobre su actual estado civil. Pero la entiende, son muchos años diciendo que se separa y esa noticia no terminaba de llegar.

En su trabajo ya saben de su relación. Pero lo del embarazo lo desconocen. Ha recibido muchas críticas porque conocen a Patricia y la aprecian. Y siempre le dicen lo mismo, *tío, arregla esto. No seas cabrón. Estás haciendo daño a una mujer que no se lo merece. Además de impedir que ella también rehaga su vida*.

Tienen razón. Ha sido un gran egoísta con ella. Lo quería todo. La pasión con Sandra y luego el orden y la tranquilidad con Patricia.

Pero todo llega a su fin y la cuerda, de tanto tensarla, se rompe. En todos esos pensamientos está cuando le avisan que tiene una reunión en cinco minutos. Mira la hora, espera que no se alargue demasiado porque quiere salir cuanto antes para *Estepona*. Cerca de las dos y media termina, vuelve a su despacho, lo cierra todo y sale hacia el garaje. Si todo va bien, sobre las nueve de la noche estará entrando ya por el paseo marítimo.

Parado en un semáforo, decide enviar un mensaje a Patricia diciéndole que ya está en el coche. Va en hora.

◆◆◆

Lo leo nada más recibirlo y no respondo. *Pues perfecto*, digo en alto. Sigo tomando el sol.

Tengo la impresión que Carlota, la mayor, se imagina algo. La verdad, es raro que llegue Alejandro y yo salga por la puerta sin dar muchas explicaciones.

Muchas de sus amigas, sus padres están separados. Sabe de qué va. Por eso no se atreve a preguntarlo abiertamente.

Lo único que tengo en la cabeza es que estoy deseando que llame a la puerta, le he pedido que lo haga así, aunque traiga las llaves para después entrar y salir del piso durante mi ausencia.

Quiero que se sienta como un invitado.

Un poco antes de las nueve de la noche llama ya al interfono del portal. Miro de reojo a mis hijas, que están ya listas para irse a cenar

con su padre. Yo también estoy preparada.

Abro la puerta con una sonrisa, para dejarle claro que estoy más que feliz de que esté aquí y lo que eso supone.

—Hola Patricia, —dice—, no sin antes revisarme de arriba abajo. Estás muy guapa. Estar aquí te sienta la mar de bien.

¡Qué pensaba! ¿Qué estaría en casa echa un desastre y con el pañuelo en la mano, hecha un mar de lágrimas? Pues no, guapo. Ese momento ya te lo regalé hace años.

—Muchas gracias, pero lamentablemente no puede decir lo mismo. Tienes bastantes ojeras. ¿No duermes bien?

—Estoy cansado, tengo mucho trabajo.

—Entiendo. Tengo que irme. ¿A qué hora estoy aquí mañana para hablar con las niñas?

—Creo que a las siete puede ser una buena hora. ¿Te viene bien?

—Sin problema. Aquí estaré. Pues nada, me voy. Hasta mañana.

—Patricia ¿Puedo preguntar dónde duermes este fin de semana?

—Puedes, otra cosa es que yo te responda. Hasta luego.

Y salgo cerrando la puerta de mi casa con toda mi dignidad en lo más alto.

CAPÍTULO 9

"Mi dignidad en lo más alto" y yo cerramos la puerta para bajar al garaje en el ascensor y salir de casa, rumbo a la de Iñigo.

Desde el coche, le llamo para decirle que voy de camino. Veinte minutos más tarde estoy llamando a su puerta.

Al vernos, nos damos un gran beso. Me tiene abrazada y no tiene pinta de querer soltarme. Claro, yo tampoco tengo mucho interés en que lo haga, para ser justos. Cuando nos separamos, va al maletero y saca mi maleta para llevarla al dormitorio, sin separarnos.

¿Estaré empezando a enamorarme de él?

Es imposible, nos conocemos desde hace muy poco, pero también es verdad que hacía mucho que no me sentía tan cuidada. No siempre lo más importante es la cantidad sino la calidad ¿Qué pretendo decir con esto? sencillo, solo hace tres meses que nos conocemos, es verdad, pero de lo que no cabe duda es que nuestra conexión brutal.

—¿Contenta de estar aquí? —pregunta mirándome a la cara.

—¡¡Pues claro!! tengo un fin de semana con un hombre guapo, que es mi abogado, parrillero, marinero y amante. Dime, ¿crees qué puedo pedir algo más? Pero te digo una cosa, tengo unas expectativas muy altas.

—Vaya, así que tengo que esforzarme mucho por lo que veo. Gracias por decírmelo. Si te parece, para empezar a esforzarme, abrimos un vino y nos sentamos en el jardín mientras preparo la barbacoa.

—Bien. Es un buen punto de partida.

Abro mi maleta y me comenta que tengo un cajón a mi disposición. *Ya tengo cajón.* Y en el baño dejo mi neceser con todos mis potingues.

Al salir del baño, me abraza por la cintura y comenzamos a besarnos de tal manera que, a los cinco minutos, estamos en la cama desnudos.

En tono de broma, suelta,

— Espero que de momento esté cubriendo tus expectativas.

—*Siiii*. Vas bien.

Nuestro primer encuentro, y espero que el primero de muchos durante el fin de semana, se podría resumir en una palabra, *brutal.*

—Creo que deberíamos darnos una ducha por separado y preparar la barbacoa, sino esta noche cenamos a las doce, —le digo.

—Es verdad. Ve si quieres primero y prometo no interrumpirte. Mientras voy encendiendo la barbacoa. Así, cuando esté duchado, ya podemos poner la carne.

—Genial. Saco un vestido largo playero y voy a la ducha, cuando salgo ya está la barbacoa funcionando.

Al verme aparecer vuelve a besarme y yo me derrito como un helado al sol al verle efectivamente con su delantal, preparando las bandejas con la carne que vamos a comer.

Si lo viera Vero… me dan ganas de hacer una foto y enviársela.

—No te vayas, —me dice.

¿Está de broma? ¿Dónde quiere que vaya?

Está tan guapo que no puedo apartar mis ojos de él. Se limpia las manos y lamentablemente se lo quita *¡Ohhhh!* Se acabó el espectáculo.

—Esto ya está en marcha, no tardo en volver, no quiero dejarte sola mucho tiempo.

—Tranquilo. Te espero. Estoy de lo más relajada.

Me siento en el jardín esperando a que se duche y regresa con el pelo húmedo y oliendo de maravilla. Pone la carne en la parrilla, mientras yo estoy en la cocina preparando la ensalada. Cuando la tengo lista, la llevo a la mesa y nos ponemos otra copita de vino.

Una idea me ronda la cabeza y tengo dudas sobre si contarle o no mi sueño erótico en el local de intercambio de la otra noche. Al final, tras sopesarlo, decido que sí, quizás en algún momento de la velada, y puedo ver su reacción.

Durante la cena estamos charlando de un montón de cosas. Se interesa por la llegada de Alejandro a casa.

—Pues mira, estaba en la terraza, tenía claro que no sería yo quien fuera a la puerta para recibirlo. Pero al final, lo hice. Hemos

tenido unas palabras de cortesía y me he marchado. Mañana a las siete tengo que estar allí.

Sus ojos ahora mismo tienen una profundidad que hasta ahora no había visto. Creo que está analizando cada uno de mis gestos.

—Bien. Es necesario pasar ese trámite.

—Iñigo, te quería comentar algo, no dejo de darle vueltas al tema de los locales de intercambio, es más, quiero ser sincera, la otra noche tuve un sueño y me excité de tal manera que tuve un orgasmo impresionante.

Ahora sí que los ojos de Iñigo son dos círculos perfectos. Está escuchándome atentamente. No sabe por dónde voy a salir.

—Lo que quiero decir es que me gustó. Y que estoy dispuesta a probarlo de la mano tuya. Pero quiero marcar unas líneas rojas si es posible. Nada de besos con terceros y aunque juguemos con otros, quiero que tu orgasmo sea mío. —Hala, ya lo he soltado.

Estamos callados unos segundos que incluso me incomodan y me remuevo en la silla sin perderlo de vista.

—Patricia ¿Estás segura de lo que acabas de decir? ¿Quieres ir conmigo a una habitación donde no sabemos cuántas personas más habrá? ¿Estás dispuesta a ver como juego y juegan conmigo, mientras tú estás haciendo lo mismo? Sé sincera.

—SI. Estoy segura, pero solo si es posible con los límites que he comentado ¿Eso es posible?

—Por supuesto. Pero no estoy muy seguro. Déjame que lo piense. Se me ocurre que venga una pareja que conozco aquí y te inicies en esto, más que un local. Son de absoluta confianza. Ir poco a poco. Pero como te digo, tengo que pensarlo.

Dejo mi copa en la mesa y voy hacia él y tal como ocurrió la otra noche en mi terraza, me siento sobre sus rodillas.

—Iñigo, quiero probarlo. Si consideras que para empezar es mejor esa pareja, de acuerdo. Si veo que me supera, te pediré parar.

Me da un abrazo que significa muchas cosas. Sorpresa, gratitud…

—Pero este fin de semana lo dejamos, porque mañana tienes reunión familiar y no sabes a qué hora terminarás. Incluso puede que Alejandro proponga una cena para rebajar la tensión. Te he escuchado, tomo nota, pero sin prisa. Para mí es más importante

que nosotros como pareja nos vayámonos conociendo. No creo que sea el momento.

Asiento con la cabeza.

—De acuerdo.

Al menos ya lo sabe y puede que tenga razón. Tenemos que estar más afianzados como pareja para que los posibles celos no existan.

Después de cenar continuamos en el jardín charlando, mientras poco a poco nuestra botella de vino va terminándose. Estamos hasta cerca de las dos de la madrugada. Recogemos y vamos a la cama para descansar, ya que mañana queremos estar arriba no más allá de las ocho para salir a navegar.

Tiembla mar Mediterránea que llega a tus aguas una experta marinera.

Después de nuestra conversación, noto a Iñigo diferente. Me toca diferente. O a lo mejor es una percepción mía ¿Me ve diferente?

Siguiendo el plan establecido nos levantamos temprano, preparamos algo ligero de comer para llevar al barco y rumbo al puerto. Cuando veo el velero me quedo sin palabras, por fuera es precioso, el casco es de color azul y las velas blancas, según dice un poco emocionado tiene dieciocho metros de eslora. Pero su interior, de nuevo, me deja sin palabras, es todo en madera, consta de una pequeña cocina, zona de mesa y sofás y dormitorio y baño. Ponemos todo lo que hemos llevado en la nevera y en los armarios y él comienza con la operación de hacernos a la mar. Hemos calculado que podremos estar navegando hasta las cinco de la tarde, puesto que tengo que volver, arreglarme e ir a mi casa.

Durante la operación de salir del puerto, va de un lado a otro, izando las velas y yo mientras, sentada viendo el espectáculo en primera fila. Mi parte de grumete la deja para cuando ya estén las velas abiertas y el viento nos guíe. Y así es, ya en alta mar me permite manejar el timón, llevándome abrazada por la cintura. Me encanta esa sensación de libertad, de la brisa en mi rostro, de tener ante mí la visión del mar infinito. Y en ese momento, con todas esas sensaciones, entiendo que sea algo tan personal para él.

A la hora de la comida, estamos en el interior, preparándolo todo y, de repente, suelta la gran frase que me deja congelada.

—Te quiero y me estoy enamorando de ti.

Con él todo va a un ritmo demasiado rápido, su confesión en nuestra segunda cita, volcarse tanto en mí, y ahora cuando nuestra relación es tan incipiente, decir esa frase que, a toda mujer nos vuelve locas.

Me quedo tan descolocada que creo que ni pestañeo. Lo que acabo de oír es muy fuerte. Pero lo peor de todo esto, es ¿qué respondo? Aunque mi atracción hacia él es más que evidente. ¿Estoy enamorada?

Si fuera sincera en este preciso instante, diría que sí. Por supuesto, mi yo interior lo afirma de forma rotunda. Es más, me recuerda mi reacción física cuando le vi por primera vez, las burbujas, la falta de aire...

Yaaa… contesto a mi yo interior. Eso no es amor, es atracción, casi diría animal. Pero las cuatro letras, eso es otra cosa.

Abandono mi vida interior e intento buscar una frase adecuada para salvar el momento. Porque él no deja de mirarme esperando una respuesta por mi parte. Ahora mismo estoy de nuevo bloqueada, pero necesito salvar la situación.

Piensa, piensa Patricia, eres una tía creativa. Demuéstralo, se lo debes.

—Iñigo, eres muy importante para mí, eso lo sabes. Estoy feliz contigo. Pero con mi situación familiar actual, no puedo decir esas dos palabras. Te pido paciencia.

Espero haber acertado.

—No esperaba que me las dijeras. Yo quería decirlas. Nada más. Pero lo he dicho totalmente en serio. Si no lo fueras, hoy no estarías aquí ¿Entiendes?

—Lo sé. Y no sabes lo afortunada que me siento de que hayas querido compartir conmigo algo tan personal para ti. Lo valoro mucho, de verdad.

¡Ah! Aunque no de detalles, porque algo para mí debe de quedar, si es que Vero me lo permite, os confieso que efectivamente el vaivén del barco ayuda mucho para tener, una vez más, un buen sexo.

Pero como suelo decirse todo lo bueno acaba y, sin darnos cuenta, es casi la hora de regresar. A medida que nos vamos acercando a la costa, mi estado de ansiedad aumenta. Porque la situación que me espera en unas horas, la imagen de mis hijas escuchando a su padre, no me abandona. Y, a pesar de todo, me rompe el corazón.

Con los nervios que siento por dentro no me apetece mucho ir con mi coche y por eso le he pedido que me acerque a casa con Vago, ellos pueden esperarme en el paseo marítimo, mientras yo mantengo esa bonita reunión familiar.

De camino a su casa, consulto si tengo mensajes ya que, durante todo el día, he ignorado mi teléfono y cuál es mi sorpresa que veo un mensaje de Alejandro. Por lo visto, han ido hoy a la playa y han pedido paella. Envía fotos de los tres *¿Pero de qué va? ¿A qué está jugando?*

Iñigo que ve mi cara, pregunta. Y yo, sin decir nada, le enseño la foto.

—Enviándome fotos como si fuéramos una familia feliz. Es imbécil, te lo digo yo.

Él simplemente me besa el pelo.

Rápidamente estoy lista para el encuentro. He decidido ir favorecida para que una vez más, igual que ayer, me encuentre atractiva y recapacite de regreso a Madrid sobre lo mal que se ha portado conmigo, ni más ni menos que la persona que le ha acompañado en su vida los últimos veinte años y que es la madre de sus hijas. Por eso me decanto por una falda larga multicolor, con mis cuñas y camiseta blanca.

En el ascensor me repaso un poco los labios y el pelo. Salgo con paso decidido en mi planta y abro la puerta con mi llave. Las niñas al verme salen a recibirme y las achucho con miles de besos. Alejandro está terminando de arreglarse en nuestro baño. Eso ya de entrada me mosquea bastante. Así que tengo la impresión de que ha dormido en nuestra cama, aunque eso no fue lo pactado y creo que fui muy clara al respecto. Aparece por el salón con un aspecto francamente impresionante. Viéndolo así vestido tengo que reconocer que no me extraña que otra mujer se haya enamorara de él.

—Hola Patricia, te veo bien. ¿Quieres beber algo?, estás muy guapa.

—Alejandro, te recuerdo que esta es *mi casa*, si quiero algo me lo sirvo. ¿De acuerdo? Y estamos ahora mismo compartiendo espacio, porque tenemos que hablar con nuestras hijas. ¿Has pensado sobre si ya de paso las informas que vas a tener un hijo con otra mujer? O prefieres dejarlo para no dentro de mucho, porque si no tienen un hermano y no lo saben. Creo que de secretos ya tenemos cubierto el cupo.

—Perdón, solo quería ser cortés e intentar estar lo más relajados posibles.

—Pues no lo hagas. Y menos en mi casa. Gracias. Por favor habla tú, porque no soy yo la que tiene que dar explicaciones.

—Sentémonos en el salón, mejor, —propone Alejandro.

—De acuerdo.

Llamamos a las niñas que están en su habitación para que vengan al salón. Mi hija mayor me mira de una forma que casi me atrevería a asegurar que sabe el tipo de conversación que vamos a mantener.

Ya estamos los cuatro.

Alejandro, por hacer un resumen, les dice que las queremos mucho, que siempre serán importantes, pero que nosotros como pareja hemos decidido separarnos. Candela, la pequeña, se echa a llorar, sin embargo, la mayor se queda inmóvil.

—Dime una cosa papá, ¿te has enamorado de otra mujer y por eso rompes con mamá?

Toma mi hija, ahí tienes.

Su padre se ha quedado tieso como un palo.

Venga responde. Di la verdad, es tu gran momento.

—Sí, —responde al final—. Llevo con ella bastante tiempo. Quiero formalizar mi relación y dejar de hacer daño a vuestra madre, no se lo merece.

—Pues si no querías hacer daño a mamá, haberlo pensado antes. Primero te separas y luego te enamoras. Y ¿hay algo más que debamos saber, papá?

No doy crédito a una niña de casi trece años, la madurez que está mostrando en un momento como este y cómo está acorralando a su

padre. Me da la impresión que ha debido de escuchar conversaciones mías y sabe lo del bebé. Y por eso quiere que su padre cuente toda la verdad.

Yo estoy de los nervios, acabo de encenderme un cigarrillo, con manos temblorosas.

—Hija. Sandra, así es como se llama mi novia, está embarazada de dos meses. Vais a tener un hermano.

Bueno. Esto parece un culebrón venezolano. Os lo cuento. Mis hijas sentadas muy formalitas en el salón de la casa de la playa y su padre, el playboy, diciendo que será padre de nuevo. Muy fuerte.

Justo ahí me viene la imagen de la cara de Vero, lo que daría por estar escondida dentro del armario escuchando nuestra conversación familiar. Es que no tiene desperdicio.

—Perfecto, papá. Ya sabemos todo. Creo que nos podemos bajar a jugar a la piscina.

—Claro, —contesta Alejandro bastante desconcertado.

—Mami, te vemos mañana antes de que se vaya papá, ¿verdad? Porque te vas de nuevo, ¿no? —Carlota está de "Oscar".

—Si, cariño. Mañana estoy de vuelta. Os quiero. Venga, bajad a jugar. Tengo que hablar con vuestro padre.

Cuando ya nos quedamos solos, me toca el turno de hablar.

—Alejandro, ya has dicho por fin toda la verdad sobre nuestra farsa y se ha destapado toda la historia, inclusive lo del bebé que esperas para dentro de unos meses. Al menos se acabaron todas las mentiras. En septiembre iniciamos los trámites de divorcio. O también podemos hacerlo este mes de julio, a finales. Ya tenemos realmente todo acordado y, como sabes, yo tengo mi abogado. Si te parece, custodia compartida, ambos tenemos derecho a estar con ellas a tiempos iguales. Esta casa es mía. La de Madrid se venderá y repartiremos al cincuenta por ciento, así como nuestros ahorros.

—Bien. Acepto las condiciones. Y tranquila, esta casa es tuya. No te voy a pedir nada por ella. Y a finales de julio presentamos la demanda.

—Pues aclarado. Mañana, ¿a qué hora regresas a Madrid?, necesito saberlo para organizarme.

—Después de comer, no quiero irme más allá de las tres de la tarde.

—Bien, de todas formas, nosotras la semana que viene estaremos por allí también. Supongo que vives ya con ella, por favor, vacía tu armario antes de llegar nosotras. No quiero que dejes ni un cepillo de dientes olvidado. La casa la tasaremos la semana que viene, mi abogado conoce uno y se lo pedirá como favor urgente y vamos viendo el tema de la venta. Cerremos cuanto antes nuestro capítulo que ha durado la friolera de veinte años. Tengo que irme. Ya queda todo dicho entre nosotros.

Doy por terminada nuestra reunión, así que me levanto del sofá, me cuelgo el bolso y salgo de nuevo por la puerta, dejando a mí todavía marido solo en casa.

Paso por la piscina y me despido de las niñas. Saludo a lo lejos a Vero. Hago el gesto de ya hablaremos, porque está con otros vecinos.

Llamo a Iñigo y me dice por dónde está. Voy andando con una sonrisa de alivio. Por fin, esta puta pesadilla está terminando.

Cuando estoy a su altura, vamos caminando hacia el coche, en un absoluto silencio. Pero una vez dentro, exploto. Y le describo con todo lujo de detalles la conversación.

—Por favor, contacta con el tasador, la semana que viene, que estoy de regreso, me gustaría dejar eso cerrado. Los papeles los presentamos a finales de julio. ¿Puedes?

—Sin problema a las dos cosas. Ahora mismo envío un mensaje a mi amigo.

Me abraza tan fuerte que casi no puedo respirar, estoy conteniendo las ganas de llorar que tengo, pero en este caso, de rabia.

—Ya está. Se terminó. Todo estará bien. Seguro.

—No, esto acaba de empezar. La guerra acaba de empezar. Créeme. Ahora parece manso, pero no lo es. En su trabajo es implacable, me lo decían siempre en las cenas de su empresa y conmigo será igual. No lo dudes, son veinte años con él, le conozco bien. Sé cómo funciona su cabecita. Ahora solo quiere regresar a

Madrid, habiendo dicho lo que tenía que decir, pero luego en frío ya veremos por donde sale.

—Has dicho que la semana que viene vas a Madrid. Algo habías dicho, pero no asegurado.

—Sí, tengo que hacer varias visitas para trabajos en septiembre, para ir descartando opciones. Y ¿tú? ¿Qué tienes pensado hacer?

—Yo también subiré para darme una vuelta por la oficina y estar pendiente de tu tasación.

El resto del día estamos tranquilamente en casa sin volver a sacar mi temita familiar. Curiosamente, esa noche no tenemos sexo, sabe que mi cabeza está en otro lugar, exactamente en mi vida de los últimos veinte años. Mi mente es un hervidero, por una parte, siento una pena infinita por terminar así con él. Pero por otro, dadas las circunstancias, siento alivio. Ya no hay mierda bajo la alfombra, por fin todo ha salido a la luz.

Pero al margen de mi movida familiar, tengo que reconocer que está siendo un fin de semana maravilloso. La vida con él ¿sería siempre así?, esa es la gran pregunta. Pero yo tengo dos hijas y él está soltero. ¿Será capaz de convivir con ellas? Las conoce y se han caído muy bien, gracias a Vago. Dudas, dudas, que van y vienen y que la noche avanza y no me permiten dormir. Al estar desvelada, ¿qué es lo mejor que puedo hacer? Otra se levantaría de la cama sigilosamente, yo le observo dormir, su respiración pausada, tranquila y a lo que más tiempo dedico es a observar su bello rostro. Me doy cuenta que sus pestañas, al ser un tanto rubias, no se aprecian, pero son largas, y sus labios, perfectos que me vuelven loca.

Realmente guapo.

Cerca de las cinco de la madrugada creo, caí rendida en los brazos de Morfeo. Cuando me despierto, estoy sola en la cama, miro la hora y son las diez de la mañana. Doy un bote al segundo.

Voy a la cocina y ahí tengo a bombón, concentrado en preparar el desayuno. Lo sorprendo por la espalda y lo abrazo.

—Buenos días, dormilona. Parece que las sábanas se te han pegado.

—Que va, anoche me costó mucho dormir. Tenía demasiadas cosas dando vueltas en la cabeza.

—¿Y has llegado a alguna conclusión?

—Pues no. Ninguna, —sonrío—. La única consecuencia es el sueño que tengo hoy. Esta noche prontito a la cama y ya está. Puede que lo hagamos las tres en mi habitación. A ellas les encanta y les vendrá bien después del notición de su padre ayer. Hoy de postre, tarrina de helado que es un quitapenas fantástico.

—Eso seguro que cura todos los males. —Dice Iñigo, sonriendo—. Venga ya está listo el desayuno, vamos al jardín.

Durante el desayuno, le pregunto por sus padres y hasta cuándo van a estar fuera.

—Mis padres están con mi hermana, ella vive en Estados Unidos, todavía les quedan dos meses de estancia allí, de su viaje por Tailandia se fueron a su casa. Se casó con un yanqui y tiene unos gemelos, tremendamente traviesos, de siete años. Viven en Chicago, a las afueras, en una bonita casa con jardín y valla blanca, el sueño americano. Ambos son médicos, ganan una pasta indecente.

—Ya se sabe que allí médico y abogados ganan fortunas ¿Y no vienen a España de vacaciones?

—Bueno, cada dos años más o menos vienen quince días.

—¿Tus sobrinos hablan español?

—Si, sí, porque mi cuñado es americano de segunda generación, sus padres son puertorriqueños, así que en casa hablan nuestro idioma.

—Genial. Por cierto, luego quiero tumbarme al sol y después nos damos un bañito ¿Qué te parece mí plan? —le digo poniendo cara traviesa.

Él ya me entiende.

—Entiendo… es la mejor idea del mundo. Por el calor que hace, ¿verdad?

—Si, por eso lo decía, claro.

—¿Nos podremos ver en Madrid?, —me pregunta.

—Pues podemos quedar a comer, por las tardes es muy complicado, salvo que su padre venga a por ellas. Que debería

hacerlo, pero bueno, esta tarde se lo comentaré antes de que salga de viaje.

Llego a casa sobre las tres, la hora pactada. Las niñas están viendo la tele. Alejandro ya lo tiene todo preparado, veo su maleta en la entrada.

Tiene prisa por marcharse, aquí ya lo tiene todo dicho.

Nos saludamos de una forma correcta pero fría. Y se va.

Ya solas las tres, nos tiramos en el sofá. Están calladas, pero sé que, sin tardar mucho, llegará la batería de preguntas.

—Mamá, —dice Carlota—. Entonces, ¿tú sabías que papá tenía una novia y no lo dejaste por nosotras?

—Hija, me enteré y me prometió que lo dejaba con ella por nuestra familia. Pero no ha sido así. No pasa nada, nosotras estaremos bien. Yo no pienso alejarme de vosotras. Sois lo más importante en mi vida. Por cierto, la semana que viene tenemos que volver a Madrid porque tengo que hacer cosas presenciales de mi trabajo y en cuanto termine regresamos, que estamos de maravilla, ¿a qué sí? —Dicha esta frase, las achucho con toda la fuerza que me dan los brazos.

Candela hasta ahora ha estado callada y de repente suelta...

—Papá es malo. Nos ha dejado por otra. No le quiero.

—Cariño, no digas esas cosas. Papá siempre os querrá, pero a veces los adultos van distanciándose sin haber ningún motivo aparente. Eso es todo. Pero siempre seremos vuestros papás. Nunca lo olvides. —Y le doy un beso.

—Hoy no me apetece cocinar, tiremos la casa por la ventana. Vamos a comer una hamburguesa.

Se ponen a dar saltos en el salón.

—Mamá, ¿puede venir Iñigo con Vago?, —suelta Carlota.

Sin darme cuenta, me pongo roja como un tomate.

—Cariño, no lo sé, puede que tenga planes con amigos como los que vimos esa noche. No es un gran plan ir a comer hamburguesas, además Vago no puede estar allí.

—Si. Pero podemos comprarlas y comer en un parque, —vuelve a insistir Carlota.

Mi hija me acaba de dejar descuadrada.

Y ahora la pequeña,

—Venga mamá, díselo, por favor.

Creo que mis hijas tienen de tontas lo justo. Sobre todo la mayor. Estoy casi segura que se ha dado cuenta que algo hay entre nosotros.

—Bueno, le envío un mensaje, pero no le llamo, no quiero molestar.

—Cielo, mis hijas quieren verte a ti a y Vago. Plan hamburguesa. ¿Te apetece? De verdad, sin compromiso. Bss.

La respuesta de él no tarda.

—¡Claro! Ahí estaremos. A las ocho en el Burger. Bss.

Contesto sin tardar, estoy emocionada. *—OK. Bss*

◆◆◆

Alejandro ya está en la carretera. No deja de dar vueltas a lo raro que ha sido todo el fin de semana. Tiene que reconocer que ha disfrutado mucho de sus hijas, son magníficas y ya son unas señoritas, puedes estar con ellas en una mesa y hablar de un millón de cosas. Sin embargo, ahora le viene la imagen de él con un bebé en brazos y, como poco, le asusta volver a empezar.

La conversación ha sido mejor de lo que esperaba. Por una parte, le da mucha pena acabar rompiendo su familia. Pero dejó de estar enamorado de Patricia hace tiempo. Sin darse cuenta con todos estos pensamientos, va a demasiada velocidad. Hoy ha decidido no ir por la carretera de pago. Va por la carretera de la costa que, aunque el paisaje es mucho más bonito porque vas viendo el mar, el tráfico es infernal ya que tienes que ir con mil ojos por todas las incorporaciones que hay de las miles de urbanizaciones que están por todo el litoral. De repente, sale un camión de una de las muchas incorporaciones a la carretera y no le da tiempo a reaccionar… todo se vuelve oscuro…

El coche de Alejandro queda directamente sepultado bajo el camión. Es un coche de alta gama, pero ha quedado hecho un amasijo de hierros. Inmediatamente los coches paran para socorrerlo. El primero, el camionero que se baja presuroso, él sólo

tiene rasguños. Llama al 112, para que cuanto antes llegue una ambulancia, se asoma por la ventanilla y puede comprobar que el conductor no ha perdido la consciencia del todo, pero ve que una de las piernas está atrapada. No deja que se quede dormido, así que habla con él. Pregunta su nombre, en fin, cosas para que por un lado esté tranquilo y por otro insistir en que no se duerma y que esté tranquilo a la espera de los efectivos.

A los quince o veinte minutos comienza a llegar todo el dispositivo incluida la ambulancia. Pero viendo la gravedad del accidente y que no es posible extraer al herido del vehículo, tienen que llamar a los bomberos para ayudar en la operación de la evacuación al hospital más cercano.

La unidad de atestados es la encargada en este tipo de casos, también se personan y ahí mismo interrogan al conductor del camión para que explique cómo ha sido el accidente. Mientras otro agente, desde la ventanilla, pregunta a Alejandro a quien pueden llamar para comunicar lo ocurrido.

—Patricia es mi mujer —dice bastante coherente Alejandro—. Está aquí en *Estepona* con nuestras hijas. Por favor, dígaselo con tacto.

—Supongo que sabe el número de memoria, ¿me lo dice por favor?

Alejandro asiente con los ojos, empieza a tener bastantes dolores, pero se lo dicta para que contacten con ella.

—Perfecto. Primero le sacaremos a usted de aquí y cuando ya sepamos al hospital al que lo llevan hago esa llamada ¿De acuerdo?

—Muy bien, —contesta—. Muchas gracias.

CAPÍTULO 10

Llegamos a las ocho de la tarde cantando una canción de *Savage Garden* que nos encanta a las tres. Según entramos en la zona de aparcamiento, vemos el coche de Iñigo y al perro que están dando un paseo. Vago, que ya conoce nuestro coche, se pone como loco a mover el rabo y ladrar. Y mis hijas, al verlos, casi se bajan del coche en marcha.

Curiosa la relación que han establecido los tres.

Dejo mi coche prácticamente al lado del suyo y también abro la puerta y bajo. Nos damos dos besos como amigos y, discretamente, él recorre mi espalda.

El trío va a una mesa de la zona exterior y nosotros entramos para hacer el pedido. Estando allí suena mi teléfono. Miro la pantalla y no reconozco el número, decido no responder, seguramente me querrán vender algo. Pero al ver que insisten me extraño y decido contestar. Lo que escucho al otro lado me deja paralizada. Es la policía de tráfico y me informan que Alejandro Bonilla ha tenido un accidente de coche muy grave y que lo llevan al hospital de Marbella. de momento, pero no descartan su traslado a Málaga.

Tengo que agarrarme al brazo de Iñigo para no caerme ahí mismo. Iñigo me está mirando con cara de intriga. Pero intuye que algo grave ha ocurrido.

—Por favor, díganme su estado, —digo casi como un susurro.

Al otro lado solo dicen que está grave.

La conversación apenas ha durado unos minutos. Miro a la calle y veo a mis hijas felices con Vago ¿Cómo puedo darles esta noticia?

Sin poder controlar mis emociones, estoy llorando histérica en mitad del Burger, presa de los nervios, la gente nos está mirando con cierta curiosidad. Iñigo me tiene abrazada, intentando tranquilizarme. Pero soy incapaz de parar.

—¿Cómo se lo digo a ellas? ¿con quién se pueden quedar? Tengo que ir al hospital para saber su estado. Pero parece que está muy

grave, según me han informado, no tengo más datos. No quiero ni pensar en que le ocurra algo. No lo superarían. Esto es muy fuerte, este fin de semana con los bombazos y ahora su padre tiene un accidente y está grave. Por favor, parece una broma de mal gusto. Y desde luego tengo que reconocer que se han tomado de maravilla la noticia de nuestra separación, han demostrado una gran madurez, aunque creo que se barruntaban algo y por eso no les ha pillado tan de sorpresa. Ya veremos cuando pase un poco el tiempo y lo reposen.

—No te preocupes. Yo me las llevo. Vamos a casa. Mete en una maleta lo necesario y duermen conmigo. Tranquila.

—Gracias por estar aquí. Vamos ahora mismo a casa porque tengo que ir cuanto antes al hospital. Tendría que avisar a su pareja. Pero no tengo datos. Quizás cuando me den sus objetos personales… necesito su móvil.

Salimos con la bandeja y, al ver mi cara, ya saben que algo malo ha ocurrido.

Ni se lo imaginan.

Mi hija, la mayor, me lanza la pregunta sin apenas darme tiempo a poner la bandeja encima de la mesa.

—Mamá ¿Qué ha pasado? ¿Por qué has llorado?

—Chicas no os asustéis, por favor, pero me acaban de llamar de la policía de tráfico. Papá ha tenido un accidente de coche, y ahora mismo están trasladándolo al hospital más cercano. Tengo que ir allí para saber su estado, así que os vais con Iñigo y Vago a su casa. Todo estará bien. Estad tranquilas, ¿de acuerdo?

Al escuchar la terrible noticia, como es normal, se echan a llorar. Comemos deprisa las hamburguesas, en absoluto silencio, bueno ellas, porque yo no puedo probar bocado.

Terminada la cena, vamos hacia nuestros coches para ir a mi casa a preparar la maleta, el camino de regreso, al contario del de ida, nadie dice nada. Silencio. Abro la puerta de casa y no tardo ni cinco minutos en tenerlo todo preparado para poder ir hacia el hospital. No se me va de la cabeza la imagen de Alejandro solo unas horas antes, cuando nos despedimos en esta misma puerta.

Será un cabrón, pero no deja de ser el hombre con el que he convivido veinte años y esto afecta y mucho. Noto como mi cuerpo es un remolino de nervios que no puedo controlar. Necesito tranquilizarme porque ahora mismo no estoy en condiciones de conducir. Me pongo a buscar en los armarios de la cocina y suerte que tengo tila y, lo mejor de todo, no está caducada. Me preparo una taza.

Ellas siguen sin decir ni una palabra, el pobre Vago no se separa de sus queridas amigas.

Iñigo no deja de mirarme con cara de preocupación. Se acerca a mí y rozando mí brazo me dice;

—Patricia, termina la tila, ahora mismo que tardes en llegar cinco minutos más no va a cambiar la situación, desgraciadamente. Así que esperamos un rato a que estés más serena. Por favor, tienes que tranquilizarte para subirte a un coche.

Alejandro está en buenas manos, le están atendiendo. Es un tío fuerte y estoy seguro que saldrá de esta. Tiene muchas cosas por las que luchar. Tus hijas estarán bien conmigo, de eso no debes de preocuparte.

—Hace creo que tres horas nos hemos despedido aquí mismo, —señalo el punto dónde tenía su maleta—. Y ahora mira cómo estamos. Es increíble. Mis hijas este fin de semana se enteran del divorcio de sus padres, también de que van a tener un hermano de la pareja de Alejandro y, unas horas más tarde, su padre ha tenido un accidente. Dime cómo puedes asimilar todo esto junto.

—Si, desde luego, es todo bastante fuerte. Están demostrando bastante entereza.

Toda esta conversación la mantenemos mientras él me está abrazando.

Estoy en bucle viendo la última imagen de él con su maleta para regresar a Madrid.

—Cariño, tengo que llamar a sus padres para informarles. A su novia no lo veo adecuado. Pero lo que puedo hacer es llamar a su trabajo que, por otro lado, es lo correcto y así se enterará ella, aunque probablemente a estas horas lo esté llamando para

enterarse de por dónde va y que le contara su fin de semana aquí con su otra familia. Madre mía y está embarazada.

Una hora más tarde siento que estoy mejor y con las fuerzas necesarias para ir al hospital. Creo que lo mejor es no llamar a nadie hasta saber su estado, hasta después de hablar con algún médico y ya tener información más concreta.

—Chicas portaos bien con ellos por fi. Ahora voy al hospital para enterarme de cómo está vuestro padre y luego voy a casa de Iñigo.

—Vale mamá, —contesta la mayor—. Iñigo cuando quieras nos vamos.

—Pues venga, salimos todos juntos.

A modo de despedida nos damos un beso furtivo.

—Por favor, ve tranquila y no hace falta que te diga que en cuanto sepas algo me llames o me envíes un mensaje. Yo también estoy nervioso, en este caso por ti, que eres la que me importas. No quiero decir con esto que lo ocurrido a Alejandro me dé igual, por favor, entiéndeme.

Asiento llorando.

—Gracias, cariño, por todo lo que estás haciendo por nosotras. Para ellas poder estar con Vago ahora mismo, creo que es su mejor medicina. Llegamos por la tarde tan contentas las tres cantando en el coche y ahora su madre va corriendo a un hospital para saber si su padre sigue vivo.

Nos despedimos a la salida del garaje.

Tardo cerca de veinte minutos en llegar. En el control de urgencias doy los datos de Alejandro, efectivamente ya ha llegado. Me piden que espere y que me informarán cuanto antes, toca esperar. Estoy cerca de media hora dando paseos sin que nadie diga nada. Por fin, aparece un médico y pregunta por los familiares de Alejandro Bonilla. Me presento y el doctor va detallando el diagnóstico y yo cada vez veo más borroso.

—Buenas noches, soy el doctor Gutiérrez, médico traumatólogo de urgencias. He sido uno de los que ha atendido a su marido al llegar al hospital. Le comento, su estado es grave. Al quedar atrapado en el coche ha perdido una pierna, la otra está bastante afectada y harán lo posible por salvarla, pero además tiene rota la pelvis. La

suerte es que ha llegado bastante consciente. Ahora mismo le están operando. Pero estará en la UCI unos días hasta ver cómo evoluciona. Después de esta primera intervención, habrá más. Ha tenido mucha suerte de salvarse. Está claro, no era su día para irse de este mundo… y gracias también al coche que llevaba, este mismo accidente con otro vehículo y, desgraciadamente, no lo hubiera contado.

Es de tal magnitud lo que me dicen, que me tienen que atender a mí. Literalmente me desmayé.

Cuando me despierto, estoy en una camilla con suero y me han dado un tranquilizante. Tardo unos minutos en recordar lo ocurrido. Y de nuevo mis lágrimas salen sin control. Aparece una enfermera para interesarse por mi estado. No puedo casi hablar.

C*ómo digo esto a mis hijas…* Pasan como unas cuatro horas hasta que estoy más tranquila. Una auxiliar trae sus objetos personales, dentro de una bolsa de plástico. Entre ellos su móvil y busco el contacto de Sandra. Debe saberlo, no me parece correcto dejarla esperando su llegada toda la noche, sin poder contactar con él y enterarse mañana en el trabajo de su accidente. En todo este caos, mi lado morboso aparece y sin ser consciente de lo que hago, busco sus mensajes. Son, sin lugar a dudas, de una pareja enamorada. Leerlos me revuelve el estómago, tanto que lo poco que he ingerido en todo el día, abandona mi cuerpo. *Mierda de vida.*

Con manos temblorosas, con el móvil en la mano, pienso el texto que debo de poner…

Ahí va la noticia.

—Hola Sandra. Soy Patricia, la mujer de Alejandro. Escribo desde su móvil, porque no veo otra forma de contactar contigo.

Regresando a Madrid ha tenido un accidente. Ahora mismo está ingresado en el hospital de Marbella. Su estado es grave, le están operando. Me acaban de confirmar que ha perdido una pierna y la otra están luchando por salvarla.

Hasta tu llegada llevaré encima su móvil. Lamento tener que darte esta mala noticia.

Ya más repuesta voy de nuevo a la puerta de quirófanos a la espera de que alguien me pueda dar información sobre cómo ha

salido la intervención. Justo se abre la puerta de acceso a los quirófanos y aparece un doctor con pijama verde, entiendo que debe de ser el cirujano. Me acerco a él y confirma que todo ha salido bastante bien, que ya está en la unidad de cuidados intensivos y que ahora mismo no tiene sentido que permanezca allí. Que lo mejor que puedo hacer es irme a descansar, ya que los próximos días serán muy duros tanto para el paciente como para los familiares. *La vida de todos se verá afectada con el accidente*, —termina diciendo.

De nuevo siento que me hundo, porque literalmente, mi mundo una vez más se ha tambaleado de una forma un tanto violenta.

El cirujano continúa dándome una serie de explicaciones,

—Mañana ya tendrá más novedades. Los horarios de visita son por las mañanas a las doce.

—Muchas gracias doctor, tiene razón, creo que lo mejor que puedo hacer es ir a casa y regresar mañana. Buenas noches.

Con la información del estado de Alejandro y con paso lento, casi arrastro los pies, porque me pesan toneladas y no soy consciente ni por dónde voy, abandono el centro hospitalario y voy hacia el coche, para ir rumbo a casa de Iñigo. Cuando llego ya están durmiendo los tres juntos.

Nos damos un gran abrazo. Solo soy capaz de verbalizar una frase.

—¡Qué putada!, ¡qué putada! Este accidente ha volatilizado todos nuestros planes. Pero lo siento, no seré yo quien lo cuide, no quiero ser cabrona, pero él mantiene una relación desde hace años y ahora ha formado otra familia. No me corresponde a mí.

—¿Quién te lo está pidiendo? Te lo estás exigiendo tú. Nadie más. Su pareja tendrá que venir o que pida el traslado si es posible a Madrid y ya está.

—Yo tengo que irme en tres días por temas de trabajo, pero me da cargo de conciencia dejarlo aquí solo. Es como abandonarlo.

—Veo que sigues sin entenderlo. Él tiene otra mujer y es ella quien debe estar a los pies de su cama. Tú ya solo estás en calidad de madre de sus hijas. Punto. No es tu papel, cariño. Hace unas horas, recuerda, él os dejaba por otra familia. Entiendo que estés

preocupada, eres una buena persona y es el padre de tus hijas. Pero ya está. Otra vez la sacrificada en esta historia, no.

—Vale. Pero oficialmente soy su mujer. Estoy demasiado confusa. Necesito dormir. Pero estando aquí mis hijas, no lo puedo hacer contigo… ¿dónde puedo acostarme?

—Ve a mi cama. Yo duermo en el sofá. Tranquila, necesitas tú más que yo descansar. Vamos.

Caigo rendida y duermo hasta las siete de la mañana. A esa hora tomo un café y llamo al hospital para que me informen sobre su estado y saber si han contactado con los familiares que les indique ayer.

Confirman que sí. Y que está estable, dentro de la gravedad, ha pasado una buena noche.

—Gracias contesto. A las doce estaré allí.

Llamo a su madre para comentarle que lo mejor es pedir el traslado a Madrid, porque allí está toda su familia. Mis suegros no tienen casa en la capital, pero pueden quedarse en casa de Maca, mi cuñada. Tenerlo aquí es un gran trastorno para todo el mundo.

La pobre mujer está destrozada, como es normal. No sabe nada de nuestra separación, así que parte de la conversación es muy complicada.

Mis hijas las pobres no dejan de llorar. Iñigo se queda con ellas también por la mañana. Pero lo mejor es que llame a Vero y le informe de lo ocurrido para ir a casa. Mientras esté en cuidados intensivos, el horario de visitas es muy restringido y puedo compatibilizar ambas cosas.

Al llevar permanentemente su móvil, veo la llamada de Sandra. Antes de descolgar, respiro profundamente, llenando mis pulmones de aire.

Necesito fuerzas.

—Hola Sandra, soy Patricia. Como te comenté por mensaje anoche su estado es bastante grave, pero está vivo. Ahora voy hacia el hospital, la visita es a las doce.

—Hola Patricia, —oigo como está llorando—. Quiero ir cuanto antes, estoy buscando tren y hotel. Me gustaría que lo trasladaran a Madrid. Es lo mejor.

—Tienes razón. Esta mañana lo he hablado con su madre. Ellos también están de camino. Antes de entrar a verlo, buscaré a los médicos para que me informen en detalle y exponer lo del traslado. No sé hasta qué punto estás informada y si después de mi mensaje has podido hablar con algún médico… Pero sí te puedo contar como fue exactamente el accidente. Su coche se metió debajo de un camión. Quedó atrapado entre el amasijo de hierros. Fueron los bomberos quienes consiguieron sacarlo. Por lo visto no perdió la consciencia del todo, eso ha sido una suerte. Ha perdido la pierna izquierda. Ayer le operaron de urgencia para evitar la hemorragia y preparar el muñón para la prótesis que necesitará en un futuro. Por otro lado, cuando vean que está estable, le tienen que operar además de la pelvis, está fracturada. Desgraciadamente, su vida ha cambiado en un segundo. Lo lamento. De verdad.

Al otro lado, hay un silencio sepulcral. Incluso pienso si ha colgado la llamada. Pero no.

—Patricia, supongo que sabes que estoy embarazada. Quiero mucho a Alejandro. Esto es muy duro. Hemos pasado de ser padres en unos meses a tener una pareja… ya me entiendes. Y perdón que esté manteniendo contigo esta conversación. No quiero parecer irrespetuosa. De verdad.

—Yo estaré en calidad de la madre de sus hijas. La pareja eres tú. Luego a quien le corresponde cuidarlo y hacer todo lo necesario para que su vida sea lo mejor posible, es a ti, no a mí. Estoy llegando ya. Si te parece te llamo cuando salga de la visita. Espero que puedas llegar aquí cuanto antes.

Mientras aparco, llamo a Vero para informarle de todo. Se pone como loca y pregunta por mis hijas. Le digo que están con Iñigo porque estábamos juntos cuando me llamaron. Y que ahora, al salir del hospital, ya me voy con ellas a casa.

Por el altavoz llaman a los familiares de Bonilla y ahí estoy yo. Antes de acceder a la sala me indican exactamente cuál es su cama. Me lo encuentro despierto, mirando al techo.

—Hola, —digo.

Cuando enfoca la vista, se echa a llorar. Instintivamente, rozo su mano.

—Tranquilo. No debes alterarte.

—¡Qué no me altere!, ¡he perdido una pierna! Soy un puto tullido. Me cago en la puta. Quiero irme de aquí. Quiero ir a Madrid, —dice gritando.

—Imagino. Tus padres están de camino. He hablado con Sandra y lo está arreglando para venir también. Tenemos que hablar con los médicos para saber si es viable este traslado en tu estado actual o hay que esperar a la segunda operación. Pero es tu familia quien lo tiene que decidir. Este accidente no debe alterar nuestros planes de divorcio. Tú tienes una pareja y una nueva vida, —digo con una tranquilidad que hasta a mí me sorprende.

Él escucha sin decir nada. Sabe que tengo razón.

—Estoy de acuerdo y gracias por estar aquí. Los trámites de divorcio seguirán adelante. No es justo que ahora cargues con esto, con el daño que te he hecho.

—Gracias. Pero tengo la impresión de que tus padres no tienen ni idea de nuestra actual situación y ha sido un poco complicada mi conversación con tu madre. De todas formas, dime, aunque sé que es difícil la respuesta, ¿cómo te encuentras?

—Pues a ver, ayer a estas horas tenía dos piernas y estaba en la piscina con nuestras hijas. Así que imagínate. Esto no se asume… y voy a ser padre de nuevo. Y tranquila, a mis padres se lo digo yo. No te corresponde a ti.

—Es verdad. Quiero pensar que ella está muy enamorada de ti. Con una prótesis y un coche adaptado tampoco perderás tanta calidad de vida. Lo único que el deporte lo tendrás que cambiar por natación en lugar de salir a correr. Ya está. *¡Lo importante es que estás vivo!* Tengo que llamar a tu trabajo para informar, aunque supongo que Sandra ya lo habrá hecho. Si no te importa, hasta que llegue ella, llevaré encima tú móvil para poder hablar con según quien.

—De acuerdo, es lógico. —Responde Alejandro.

Avisan que la hora de visita ha terminado y que debemos salir. Me acerco a él y beso su frente.

En el coche, rompo a llorar, lo necesitaba y mucho. Ya más tranquila llamo a Iñigo para decirle que voy hacia allí.

—Hola preciosa, por aquí todo bien ¿Cómo has encontrado a Alejandro?

—Luego te cuento. Pero ha sido doloroso. Voy para allá. Besos.

Tengo un dolor en el pecho impresionante. Suena el móvil de Alejandro, es Sandra.

—Hola, acabo de verlo. Está tranquilo. No he podido hablar con los médicos. ¿Cuándo vienes?

—Llego esta noche. Ya tengo hotel.

—Muy bien. Sus padres llegan hoy. Así que mañana por la mañana nos vemos todos aquí y hablamos para saber sobre cuando se podrá preparar el traslado. A ver si es posible que la operación de la pelvis pueda ser ya en Madrid. Te dejo que voy a recoger a mis hijas. No hay mucho más que contar. Un saludo.

Acabo de colgar la llamada con la novia de mi marido y suena de nuevo el móvil, en este caso el mío. Es mi todavía suegra.

—Hola hija. Por la tarde ya estaremos allí. También viene Maca, —la hermana de Alejandro—, y Ángeles, su pareja.

—Genial, —en ese momento pienso, vaya surrealista reunión mañana en el hospital, desbordamos el pasillo con la familia Bonilla y allegados. Estoy por no aparecer. Menudo papelón para la novia de Alejandro.

Me imagino la presentación. *Hola, soy Sandra, la novia de vuestro hijo… estamos esperando un bebé. Su hijo se estaba empezando a separar de Patricia para empezar una nueva vida conmigo.*

Huy… mi suegra que es muy creyente, de misa diaria, le da un ataque ahí mismo. Otro familiar que tienen que atender.

Como una loca, comienzo a reírme sin parar en el coche. Arranco al fin, cuando ya se me ha pasado el ataque de histeria/risa/llanto y voy a casa de *mi chico* que lo tengo de cuidador. Pobre, vaya marronazo que le ha caído conmigo. Desde luego debe estar muy interesado en mí, porque otro sale corriendo sin mirar atrás.

Ya estoy delante de la verja de la casa de su casa. Llamo al telefonillo y abren. Mis hijas están corriendo por el jardín con Vago. Pobre perro, debe estar agotado con tanta actividad, pero les sigue el ritmo detrás de ellas sin desfallecer.

Aparece Iñigo con bañador y camiseta. Tan guapo como siempre. De una forma discreta, sin que nos vean, nos besamos y acaricia mi cara.

Lo necesitaba.

Las llamo y vienen corriendo como dos potrillos. Preguntan por supuesto por su padre y les informo de su estado. No las engaño, les digo que ha perdido una pierna.

Candela, con los ojos muy abiertos, suelta.

—Entonces papá a partir de ahora será como los piratas, con una pata de palo.

Soltamos todos una carcajada. Desde luego, esta niña tiene unas salidas…

—Nooooo… cuando pase un tiempo llevará una postiza, una prótesis. Y un coche especial también. Por cierto, los abuelos y la tía también están de camino. Os querrán ver, creo que es normal.

Iñigo se mantiene en un segundo plano. Ha entrado en casa para que pueda hablar con ellas sin testigos.

—Niñas, recoged todo por favor, dejemos al pobre Iñigo tranquilo en su casa. Bastante lo hemos revolucionado. —Miro a Vago y está tirado con la lengua fuera en la sombra.

Cuando entran en la casa para traer la maleta, se acerca a mí por la espalda y me susurra,

—*Nunca molestas. Y*a lo sabes. —Tengo que cerrar los ojos porque, aun con esta situación familiar tan grave, me acabo de excitar.

—Por cierto, he hablado con él y nuestra demanda de divorcio seguirá adelante. Esto no lo cambiará. Espero que su novia no lo deje tirado ahora que la necesita. Mañana estaremos todos en el hospital, ella, mis todavía suegros y mi cuñada junto a su novia. Si quieres ven tú y así estamos todos. Vamos un show. Menos mal que de entrada somos todos de lo más civilizado.

—Creo que paso, ya sois muchos. —Él siempre me hace reír, incluso en estos momentos tan complicados.

Ya subidas las tres en el coche, bajo la ventanilla para una vez más, y le agradezco el favor de haberse quedado con ellas.

—Ni se te ocurra volver a decir esa tontería. Conduce con cuidado y descansa, que lo necesitas.

—La verdad es que sí.

Nada más llegar a casa, llamo a Vero, que aparece el segundo, pareciera que estuviera al otro lado de la puerta esperando la llamada.

Y como siempre, entra con un huracán.

—Nena, vaya *dramaaaaaa*. Ahora tu todavía marido va a ser como el *Capitán Barbossa* de las pelis de Piratas del Caribe.

—Vero, eres única para quitar drama a las cosas. Pero eso mismo dijo Candela. Pues no sabes lo mejor, mis suegros, mi cuñada, su pareja y la novia, mañana están todos aquí. Verás mi suegra mañana llorando, lo entiendo, pero cuando aparezca la novia y se presente… Las caras de estupor van a ser impresionantes. Creo que si en ese momento hago un selfie seríamos *trendic topic.*

—Te digo una cosa, parecíais una familia de lo más normal y ahora sois… no tengo palabras para definiros, te lo juro.

—*SIP*. Estoy agotada, de verdad. E infinitamente agradecida a bombón, por lo bien que se está portando sin tener motivo.

—Patricia, esta noche las niñas que duerman conmigo, estarán más entretenidas con mis hijas. Y ve con él. Te lo mereces. Vaya marrón que te estás comiendo y mañana no te espera uno menor.

—Te lo agradezco. Si, si te parece, ceno con ellas y después me voy con él, pero me quedo hasta que estén acostadas.

—Vale. Como quieras.

—Ahora mismo necesitan mucho a su madre. Esto es bastante traumático. Y demasiado bien lo están llevando. Para mí que todavía no son conscientes del alcance de la situación. Aunque por un lado mejor.

El resto del día estoy con ellas, analizando todos sus gestos. Sobre todo, observo a Carlota, la mayor, por si delante de mí estuviera disimulando para no preocuparme.

Y tal como habíamos quedado, cuando ya están dormidas, voy a pasar la noche con él. Solo llevo un pensamiento en mi cabeza, hoy no necesito sexo, solo necesito su contacto. Poder estar sentada en

sus rodillas, con mi barbilla en su cuello y aspirar su olor, sentir piel con piel.

Parece que lo capta y nuestra velada transcurre charlando sobre mi actual situación, que se podría definir como caótica.

En menos de un mes ha saltado todo por los aires.

A la mañana siguiente, en el coche, decido poner la música a tope, porque realmente voy de los nervios. A ver que me encuentro…

Aparco y voy directa a la puerta de acceso. Hoy no entro a verlo, evidentemente están sus padres, pero sí querría hablar con los médicos, saber de su evolución y su pronóstico.

Efectivamente, llego y ahí están, junto a su hermana y pareja. Nos damos todos dos besos. Comienzo a mirar hacia todas las partes, porque entiendo que Sandra debe estar allí. De repente, veo en un rincón a una chica con cara de asustada. La reconozco de las cenas de empresa. Voy hacia ella y, medida que me acerco, su cara es de terror. ¿Qué espera, que le monte un numerito de celos allí mismo?

—Hola Sandra, ven conmigo y te presento a la familia de Alejandro. —Y con todo mi cuajo, vamos del brazo.

La familia nos mira preguntándose, ¿quién es esa mujer? Tranquilos, en dos segundos os doy el titular.

—Os presento a Sandra, la pareja de Alejandro. Nosotros estamos en trámites de divorcio. Está enamorado de ella desde hace años. Así que, a partir de este momento, ella es su mujer. Yo hablaré con los médicos y ya.

Todo de carrerilla. Otra vez mi filtro se ha pirado… debe de estar anestesiado o en urgencias con algún traumatismo.

Vaya veranito me está dando.

Menos mal que habíamos quedado que no era mi función y que debía ser mí todavía marido quien comunicara a su familia la nueva realidad, pero no podía dejarla al margen y no veía otra forma de hacerlo.

Mi suegra nos mira a una y a otra y después, literal, se desmaya. La mujer no gana para sustos. Seguro que de aquí va a la capilla del hospital para encomendarse a todos los santos y preguntar en qué ha fallado, su hijo, su amado hijo, el perfecto padre de familia y

esposo, se separa porque tiene otra relación. Bastante le costó a la mujer asumir que su hija era lesbiana y ahora esto.

Mi cuñada, que no se corta un pelo, suelta,

—Hostia con mi hermano. El buenecito, resulta que ha puesto los cuernos a su mujer, la perfecta. —Su padre le hace un gesto a su hija para que cierre la boca, mientras está abanicando a su mujer que aún no ha vuelto en sí… y cuando se recupere del susto, seguro que se desmaya otra vez al comprobar que todo es real.

Oímos por el altavoz "*familiares de Alejandro Bonilla"*. El médico, que me ve, se acerca para darme explicaciones.

—Un momento doctor, le presento a su familia, sus padres, su hermana, su cuñada y su novia. A mí ya me conoce.

El médico se queda mudo. Esto parece sacado de una película cómica. Las dos mujeres presentes y la madre desmayada, mientras el padre, abanica que abanica, intentando prestar atención a las explicaciones del médico.

Yo estoy haciendo verdaderos esfuerzos aguantando la risa a pesar del drama.

—Por favor, hable para todos nosotros. —El médico tarda en reaccionar hasta que parece que recupera la compostura. Mi suegra continúa inconsciente, se va a perder el parte porque mi suegro, finalmente, la deja sentada medio tumbada en la silla y se acerca el grupo para escuchar al médico que, como digo, está dándonos las últimas novedades.

—Todo estable, el traslado de momento no es posible. Tienen que valorar la operación cuanto antes y para eso se va a reunir mañana el equipo de cirujanos.

Decidimos que Sandra es la que debe pasar en esta visita, para ver a Alejandro, ya que mi suegra no vuelve en sí y mi suegro de nuevo está a su lado, abanica que abanica. Tanto es así que se ha acercado una enfermera para ayudar. Porque por más que la abanica mi suegro, nada de nada, continúa tirada en la silla inconsciente.

Mientras el resto esperamos en el más absoluto silencio.

Se me está haciendo eterno.

Cuando sale Sandra de verlo, se acerca a la familia y nos da todos los detalles, escuchamos atentamente. Su voz transmite pocas

emociones, algo que me sorprende. Estamos hablando de la mujer que ocupa el corazón de mi todavía marido, ingresado por un accidente que casi le cuesta la vida. Eso me deja descuadrada. Si yo estuviera en su papel, no digo que me rasgara la camisa hecha un mar de lágrimas, pero no sé, esta frialdad…

Y mi suegro, sin pensar, va y dice que comamos juntos en algún sitio que esté cerca, puesto que estamos todos lejos de nuestras casas. Otro que ha perdido el filtro ¿Será el clima de la zona? Porque si hay alguien prudente es mi suegro. Esta reacción no es para nada propia de él y no puedo remediar mirarlo con cara de asombro. El caso es que yo, sin darme cuenta, me uno a este extraño grupo. Total, mi suegro acabó sentado en la mesa con las dos mujeres de su hijo. Eso sí, tenemos que esperar a que mi suegra recupere la consciencia. Cuando eso ocurre, nos repasa a todos de uno en uno, esperando quizás que Sandra no esté, pero no, ahí sigue y a mi lado.

Al final no puedo controlar la carcajada ante la surrealista escena, viendo a mi suegro rodeado de tanta mujer, parece el Sultán y su harén, así que tengo que taparme la boca, porque de verme pensarían que he perdido la cabeza.

Cuando se lo cuente esta tarde a mi Vero, lloramos de la risa, seguro. Mi vecina no sé qué hará sin mí y mis exclusivas diarias los días que tengo que estar en Madrid, le va a faltar mi gasolina.

No caminamos mucho y nos encontramos con un restaurante. Como era de esperar la comida no transcurre en un ambiente, como decirlo, amigable. A Sandra la someten a un interrogatorio en toda regla y algunas respuestas son incómodas para las dos, puesto que pone en evidencia todo lo que sabía y me he callado por el bien de la unidad familiar aunque, viéndolo con perspectiva, para lo que me ha servido. Sobre todo, de mi cuñada, que no deja de lanzar miradas a su madre y a Sandra, quiere saberlo todo y lo está disfrutando… ver como su *apreciado* hermano se cae de los altares para su madre.

Mi suegra, aparte de mirarla, apenas le dirige la palabra. A mí me comenta que quiere ver a sus nietas. Y estoy de acuerdo, claro, si ella no lo hubiera propuesto lo hubiera hecho yo. Quedamos que

después de la visita a su hijo de esta tarde, las acerco donde ellos quieran y que pasen un rato juntos.

Mi suegra todavía no ha recuperado del todo el color. Mira a Sandra casi como si fuera una ocupa en la velada. Pero es lo que hay y lo tendrá que asumir.

—Hija, es que son mis dos únicas nietas y por la distancia, desgraciadamente, no las disfruto todo lo que me gustaría.

—¡Error! —Miro a Sandra—. Creo que debes decir algo al respecto.

Sandra se pone como un tomate y baja la mirada, agacha la cabeza y, en apenas un susurro, suelta lo que yo ya conozco, pero el resto de la familia aquí presente, no.

—Verás Luisa, —así se llama mi suegra—, estoy embarazada de su hijo de dos meses. Nos queremos mucho y estamos muy ilusionados con la noticia.

Ay, que se desmaya otra vez la pobre en el restaurante y termina estampando su cara en el plato de carne en salsa que ha pedido. Pero no. Esta vez, no. Pero, en lugar de perder el conocimiento, ahora sus ojos se han salido de las órbitas. Hoy termina en la cama al lado de su hijo, porque está a punto de tener un ataque al corazón.

—¿Cómo dices? ¿Mi hijo va a ser padre otra vez? No sabía nada. Esto es una locura. En veinticuatro horas, sufre un accidente terrible del que pierde una pierna, venimos corriendo hasta aquí porque ha pasado el fin de semana con su familia o eso pensábamos nosotros y ahora resulta que tiene otra relación y espera un hijo. *Señor, porque me has abandonado*. Esto es muy fuerte. Patricia, ¿tú conocías todo esto?, —pregunta la mujer con un hilo de voz.

—Si. Me enteré hace cuatro años y llevaban juntos por aquel entonces dos años. Intentamos mantener la unidad familiar por las niñas, pero como ves nunca la dejó. Las niñas ya lo saben también y nada más. A finales de julio iniciamos los trámites del divorcio. Tiene derecho a ser libre e iniciar una nueva vida con quien lo desee. Como yo, por supuesto.

Mi cuñada, lo noto viendo su cara, no puede disimular que esta situación la está disfrutando, viendo a su madre tan descuadrada sobre la realidad de su hijo. Incluso, como está a mi lado, me

pellizca la pierna de vez en cuando y tiene la mano en la boca para que no vean que se está riendo.

—Siempre fuiste una buena chica. Con grandes principios. —*Toma indirecta para la otra*—. Ahora todos sois demasiados modernos para mí. Esto me supera.

—Luisa, ahora solo importa que él se recupere y es un proceso muy lento. Hasta que puedan ponerle la prótesis pasarán meses.

Miro a Sandra y pienso automáticamente *no sé yo ésta si aguantará a su lado*, porque no decirlo, junto a un discapacitado.

—Mamá, para no gustarte lo moderno, tu hijo se ha cubierto de gloria. El médico todavía estará procesando nuestra estampa familiar. Un hijo con dos mujeres y la hermana lesbiana junto a su pareja. Y nos ha visto salir a todos juntos del hospital. Parece un sketch del programa cómico de los viernes por la noche A ver como cuentas todo esto en el pueblo. Madre mía, la de comentarios que puede haber. Buf... Cuando llegue tu hijo con su nueva familia…

Mi suegra no le contesta, pero la fulmina con la mirada. Y es que, efectivamente, está pensando en cómo explica la llegada de su hijo con otra y encima o embarazada o ya con un bebé.

Terminada la comida, me despido del extraño grupo en la puerta del restaurante y me dirijo hacia el coche, por fin. Y desde ahí llamo a Vero, para confirmarle que voy hacia allí.

—Tengo mucho que contar. Que sepas que llevo una bomba tras otra.

—Entonces en la piscina para nada y mira que tengo buen sitio. Mejor, por lo que parece, tomamos café en casa y sentadas. No vaya a ser que me caiga de culo, aunque contigo ya no creo. —Suelta una carcajada.

—Genial.

—Además hoy hay muchos vecinos. No Podemos charlar tranquilamente.

—Perfecto. Voy a la piscina, veo a las niñas y subimos a casa a tomar ese café.

A continuación llamo a mi bombón para saber qué hace.

—Hola… ¿Qué estás haciendo?, —pregunto de lo más interesada.

—Pues mira, estaba pensando en una mujer que me tiene loco. Deseando pasar una noche con ella de nuevo.

—*Vayaaaa*… una tía con suerte. —Digo, riéndome—. Porque un bombón como tú no se encuentra todos los días. Debe estar encantada contigo, se te ve en buena forma y además tienes pinta de ser bueno en la cama. Envidio a esa mujer.

Después de tanta tontería, empezamos a reírnos. Comentamos las novedades del hospital y que esta tarde, si puedo, me acerco cuando mis hijas estén con los abuelos.

—Aquí estaré, —confirma—. Deseando verte.

—He pensado que luego podemos cenar todos *pescadito* en algún sitio. Piensa que pueda estar Vago, por supuesto, sin él mis hijas no van. Y pago yo, en agradecimiento de todo lo que estás haciendo por nosotras.

—El plan de la cena me parece perfecto, ahora, a que pagues tú, ya veremos. No me tienes que agradecer nada, porque lo hago encantado por mi chica y por sus hijas.

Al escuchar eso, me derrito todavía más por él. Siento tal fogonazo en mi cuerpo que tengo que subir el aire acondicionado del coche. Llego a casa y corriendo me pongo el bikini y, con el puesto, bajo y llamo a Vero para que suba a casa. Más tarde pienso en la tontería de ponerme el bikini si realmente vamos a estar en mi casa, poniéndola al día. Pero tengo tantas cosas en la cabeza que a veces me muevo por instinto. Doy un beso a mis hijas y les comento que voy con Vero a preparar un café a casa.

Vero llega a mi lado con la silla de la piscina, a tal velocidad que parece la hermana de *Flash* y casi me saca corriendo del recinto para ir al portal e igual de rápido entramos al ascensor, ahí vamos en silencio, porque las últimas novedades las quiere con un café y sin espectadores. Entramos, dejamos las sillas de la piscina en la entrada y en la terraza está tan ansiosa por saber, que solo le faltan las agujas de hacer punto para estar totalmente ambientada en el cotilleo que le traigo. Pero esto seguro que supera sus expectativas, porque ni se lo imagina.

Cuando termino de contarle todo, una vez más, la dejo sin palabras, tan quieta que hasta le muevo un brazo para que por fin

reaccione.

—Te digo una cosa, pensaba que este verano sería uno más, plan piscina, playa y el fin de semana la llegada de Rodolfo y su barriga cervecera. Pero esto es mejor que el programa la *Isla de las Tentaciones*. Joder. Vamos, he dejado de ver el programa con tu culebrón venezolano o en este caso *Esteponeño,* que no sé si es el término correcto, pero yo lo digo así porque me da la gana.

Entre tu historia con el bombonazo, que te digo, me tienes tan caliente que parezco una parrilla en hora punta en un chiringuito en agosto, tanto es así que mi Rodolfo ha vuelto loco perdido a Sevilla de los maratones de sexo que hemos tenido. Y todo lo demás…, es que no me das tregua, cuando digiero una llega otra y a veces acompañada de varias. Por el amor de Dios. Apiádate de mí… Es que tengo que reconocer que todo es demasiado fuerte, vamos.

Se levanta a dar vueltas por la terraza, moviendo la mano a modo de abanico.

—Hasta que Alejandro no esté en una habitación, yo ya no iré, porque está su familia y su actual pareja. Creo que no me corresponde. Por cierto, esta tarde veré a Iñigo cuando estén las niñas con sus abuelos. Luego cenamos todos juntos.

—*Vayaaa*, desde fuera parecéis una familia perfecta. Hasta con el perro. No pierdas a ese chico y ahora hablo muy en serio. Te está demostrando mucho en poco tiempo. Y si tiene gustos especiales, pues tú prueba, no pierdes nada.

La miro, pensando, *además de un poco cotilla, ¿adivina?*

Bajamos a la piscina después de las últimas noticias. Mis hijas salen del agua al verme llegar de nuevo con mi silla de piscina.

—Mamá, ¿papá está bien?, —pregunta Carlota.

—Cariño, está vivo que no es poco. Pero está grave, lo tienen que volver a operar. Pero ojalá pueda ser ya en Madrid, es más cómodo para todos. Por cierto, esta tarde veréis a los abuelos un rato. Luego concretaré con ellos la hora y el sitio para acercaros.

—Vale, —contestas las dos casi a dúo.

—Después a lo mejor quedamos con Iñigo y Vago para cenar.

—*¡¡Bieeennn!!* —Candela se queda seria mirándome. Miedo me da esta niña cuando pone esas caras, porque no es otra cosa que

pregunta incómoda seguro. Ahí va.

—Mamá, ¿Iñigo es tu novio y vamos a vivir juntos con Vago?

—Cielo, es un amigo especial, es muy bueno con nosotras tres y estoy bien.

—Ya. Pero ¿es tu novio o no?

Es como un perro de presa, te agarra y no te suelta.

—Carlota, ¿te gustaría que fuera mi novio?

—SI. Es guapo, simpático y está pendiente de ti. No como papá que no te hacía ni caso. Pocas veces os he visto daros un beso como en las pelis. Y él tiene novia. Así que, por mí, bien.

—Pero para eso tengo que divorciarme de papá como os comentamos el otro día. Hay muchas cosas que hacer para llegar a ese punto. Pero es muy importante para mí que os guste y estéis de acuerdo.

Vero casi está llorando, se ha puesto las gafas de sol pare que no la veamos. Pero sabemos que tiene lagrimilla porque, disimuladamente, mete su mano por dentro de las gafas.

CAPÍTULO 11

Hablo con mi suegra cuando las niñas se han marchado de nuevo al agua y quedamos en el centro del pueblo a las siete de la tarde.

Estoy allí puntual. Vienen mis suegros, mi cuñada y su pareja. Quedamos que hacia las nueve nos vemos aquí de nuevo para recogerlas.

Y aprovecho y les confirmo que, al estar su pareja actual, no me corresponde a mí desempeñar ese papel. Paso a un segundo plano, que es lo que debo hacer, porque no quiero parecer una ex mujer despechada intentando ocupar un puesto que no le corresponde.

Estoy en la casilla de salida. así que hablaré con ellos a diario para que me informen de los avances, pero ahí termina mi actuación.

Tengo dos horas para estar con Iñigo y las pienso disfrutar a tope.

Quiero sorprenderlo y, por eso, llego sin avisar y me lo encuentro regando el jardín. Según le veo, me viene una idea maléfica a la cabeza.

A este poto lo riego yo, así que me descalzo, me quito el vestido, quedándome en bikini y, acto seguido sin él darse cuenta, abro la manguera y lo empapo. Pero salí perdiendo, os lo aseguro, porque me lanzó a la piscina. Después él se lanzó también al agua. Total, ya estaba empapado...

¡Somos como dos críos! Es lo que tiene la madurez adolescente. Pero me encanta.

¿Soy egoísta? Porque mi todavía marido está en el hospital en un estado grave y yo aquí a manguerazos con este Dios del olimpo. Pues no creo porque yo hubiera estado a los pies de su cama si él no hubiera decidido echarme.

Fuera del agua y algo más tranquilos decidimos que lo mejor es cenar en algún local que tenga terraza, para poder estar con Vago.

Por cierto, mañana se quedan a dormir ellas con Vero y yo con Iñigo. Y aprovechando el plan, una idea acaba de cruzarse en mi mente. Plantearle ir a un local de intercambio. Quiero probarlo, ver

hasta qué nivel hay de complicidad entre nosotros. Lo tengo decidido.

Aparece cambiado, tan impresionante como siempre, y yo llevo una camiseta suya que me llega hasta las rodillas, casi. Nos sentamos en el porche. Y lo planteo. Hala, ya está. Dicho.

Una vez más, me está escrutando, igual que la vez anterior que saqué el tema.

—¿Estás segura de lo que dices? Porque si es así, vale. Dame un segundo y miramos la página. Mañana miércoles hay especial tríos. Y vuelve a mirarme para estudiar mis gestos. Espero ser capaz de permitir que una tercera persona te toque Patricia.

—Perfecto, —contesto, totalmente convencida.

Mi parte insensata está ahora mismo bailando salsa como loca. Sin embargo, mi parte sensata se acaba de tirar a la piscina.

A la hora acordada estoy recogiendo a las niñas después de pasar la tarde con sus abuelos y tías y, sin perder tiempo, busco una terraza con sitio para todos y que el perro moleste lo menos posible. Mando un mensaje a Iñigo para que sepa dónde estamos. Mientras esperamos charlando las tres, nos pedimos un refresco.

La cena con mis hijas, todos juntos, transcurre de forma relajada. Pero algo ha cambiado en la forma de mirarme Iñigo. Diría que con admiración. De forma disimulada, por debajo de la mesa, aprovecha y roza mi mano, yo, no la quito, pero siento que me he puesto roja como un tomate. Automáticamente, miro hacia mis hijas, parece que no se han percatado. Después de cenar, caminamos hacia nuestros coches con paso lento, no tenemos prisa por despedirnos y aprovechando que Vago y mis hijas van delante, acerca su boca a mi oído.

—Llevo toda la noche empalmado. Estás especialmente guapa hoy. Mañana quiero que te vuelvas loca conmigo. Ahora mismo estoy en las nubes, te lo juro. Y este estado de ánimo tiene nombre y se llama Patricia.

Todo esto dicho en tal tono *seeexy,* y directamente noto como mis bragas se han incendiado… en un gesto involuntario, hasta cierro las piernas. *Nada más llegar a casa tengo que ir al baño a verlas, porque estoy casi segura que no queda ni rastro de ellas*.

Llegamos a casa bastante cansadas y nos vamos directamente a dormir las tres juntas. Necesito descansar y mañana levantarme temprano porque tengo que hacer un montón de cosas del trabajo. Con lo del accidente de Alejandro las he desatendido y no puede ser. En mi empresa saben lo ocurrido y por eso no me están achuchando, pero soy yo la que no quiere dejar de hacerlo.

Y lo prometido es deuda, me levanto con las pilas cargadas y avanzo bastante, pero no puedo dilatar más subir a Madrid para ir a la oficina y hacer la tasación de la casa y empezar a mover la venta. Por eso, a media mañana, hablo con mi jefe para informarle de mis planes.

Primer punto, listo. Ahora toca hablar con mis suegros, lo mejor es ir al hospital esta mañana y de paso interesarme de primera mano por el estado de Alejandro.

Cuando les comento mis planes, se quedan un poco alucinados de que decida ir a Madrid con esta situación. Luisa me lo dice claramente.

—Perdona Patricia, pero no veo bien que teniendo en cuenta como está tu marido vayas a Madrid. Entiendo que el trabajo es importante, pero creo que hay prioridades y en este caso el orden que has establecido no es el correcto. Alejandro debería de ser lo primero.

Me acabo de cabrear y mucho con sus palabras.

—Luisa, creo que eres tú quien no quiere acabar de entender la situación. Primero, podrías decir ex marido, porque nos vamos a divorciar. Aquí está ya Sandra, su pareja en toda regla y yo no pinto nada. Y, además, te recuerdo que me pagan por trabajar. He adelantado todo lo que he podido desde aquí, pero tengo que visitar instalaciones. No puedo demorarlo más, si no el cliente no podrá recibir la información en plazo a lo acordado.

Pienso que he sido clara y correcta. Estoy contenta conmigo misma.

—Hija, seguro que lo vuestro es una crisis temporal. Lleváis muchos años juntos como para que os separéis.

—Luisa, ¿qué parte de que tu hijo tienen otra pareja y va a ser padre con otra mujer, no has entendido? Pareja con la que también

lleva muchos años, te lo recuerdo, ha estado con las dos a la vez durante al menos seis años. Él es el padre de mis hijas. Punto. Así que, por favor, no vuelvas a decir este tipo de cosas porque me molestan mucho. Me estás casi diría faltando el respeto. Cualquier novedad, por favor, me informáis. Gracias.

Ella hasta se pone roja, no sé si de vergüenza o de ira. Solo espero que le haya quedado totalmente claro. Siempre he sido muy prudente y callaba a todo, pero eso se ha terminado y menos viendo el resultado. Cornuda y abandonada. Venga…

Enfadada y dolida, me voy del hospital sin saber al final las novedades del estado de Alejandro.

¿Tan poco me considera la gente? ¿Cómo se atreve mi suegra a plantear tal cosa? Ha conocido a su novia, sabe que está embarazada. Y todavía se atreve a decir que puede que sea una crisis temporal.

¡Venga ya!

Esta noche, es la gran noche. Es mi estreno y no puedo disimular mi nerviosismo ante lo desconocido. He quedado con Iñigo en ir a su casa sobre las nueve de la noche. Cenaremos por Benalmádena e iremos al local dónde estuvimos la vez anterior.

Pienso llevar algo no demasiado sexy, porque primero cenaremos en alguna terraza. Por eso me decido por un vestido largo en color vino con flores grandes blancas, la falda con vuelo y las mangas hasta el codo. Creo que es bastante favorecedor.

Vero viene a buscar a mis hijas y quedamos que el sábado estoy aquí de regreso de nuestro viaje relámpago a Madrid y yo me quedo con las suyas, así ella y su Rodolfo pueden tener una noche apoteósica.

—Hija, no será como la tuya de esta noche, —ella sabe dónde vamos, y guiña el ojo—. A ver, quiero que me cuentes, no detalles escabrosos, pero sí como te has sentido. Mira, a lo mejor nosotros también lo probamos. Hay que innovar… Por cierto, amiga, estás espectacular. Espero que lleves ropa interior a tono con el sitio donde vas a ir.

—Si, tranquila, llevo un conjunto nuevo, del mismo color que el vestido, todo pensado y conjuntado.

—¡Toma ya! No has olvidado ningún detalle. Eso está bien. Pues entonces veo que lo llevas todo, lo principal, pedazo hombre, ropa interior adecuada y ganas de probar nuevas experiencias.

Nos despedimos y voy a la casa de Iñigo como hemos quedado.

Como siempre, me recibe con una sonrisa y un abrazo. En sus brazos siento toda la seguridad del mundo. Con él a su lado, nada me puede pasar.

—Cariño, dime la verdad. ¿Estás nerviosa por lo vamos a experimentar esta noche? Porque te soy sincero, yo mucho. No eres una acompañante cualquiera, hoy voy junto a una mujer que me importa demasiado. Cada día más. Espero poder gestionar las emociones.

Lo miro en silencio y casi diría con cara de amor. Aparece la imagen de Alejandro en el hospital, *¡fuera de aquí ahora mismo!*, incluso muevo la mano para alejar ese pensamiento. Esta no es tu historia. Esta es la historia de Iñigo y Patricia. Y lo que dure, pienso vivirla a tope.

—Soy sincera. Estoy de los nervios. Quiero hacerlo, estoy decidida. Pero no tengo claro que admita que un desconocido me ponga sus manos encima. Deberíamos crear algún tipo de *código rojo*, por si alguno se agobia salir de allí inmediatamente.

—Es una gran idea. Tienes razón. Mientras tomamos un vino en el porche, ideemos ese código.

Noto que eso tranquiliza a Iñigo y a mí también.

Me siento en el balancín que tiene en el jardín. Piensa, piensa, Patricia, me digo a mí misma. Lo tengo. Algo que puede parecer que estoy excitada y que solo él detectaría: si me tiro del pelo con las dos manos. Esa será mi señal. Sonrío al pensar lo poco que he tardado en crearlo.

Aparece Iñigo con las dos copas. Le hago un repaso importante. Siempre está guapo. Pero esta noche lo está especialmente. Con una gran sonrisa en mi cara, le comento que ya tengo mi código rojo y se lo explico.

—Patricia, está muy bien pensado, porque desde fuera puede parecer otra cosa. Vale, como te veo lanzada, ¿cuál podría ser el mío?

—¡Lo tengo! Te rascarás el brazo derecho. Es algo discreto. Se nota que gran parte de mi trabajo es creativo. ¿Eh? —digo riéndome.

—Perfecto, ya tenemos nuestros códigos rojos. Cuando nos terminemos nuestros vinos, vamos a cenar ya a Benalmádena. Tengo reservada mesa junto al mar.

Durante la cena pregunta en detalle por Alejandro.

Nos da la risa cuando le explico la cara de sorpresa de mi todavía suegra cuando presento a Sandra como la nueva pareja de su hijo y que está embarazada *¿Qué hizo?* Pues desmayarse.

También cuando mi cuñada soltó una Navidad la bomba sobre su sexualidad tomando los típicos dulces. Mi suegro, el pobre, se atragantó tanto que todos fuimos en su ayuda porque se estaba poniendo morado, tuvimos que practicarle la *maniobra de Heimlich,* —colocar el puño sobre la parte superior del abdomen y cubrir con la otra mano de tal forma que las manos presionen con fuerza y rapidez hacia dentro y hacia arriba—. Al final el puñetero trozo salió y el pobre recuperó el color.

Y sin darnos cuenta terminamos nuestra cena con un chupito de licor de melocotón y todo.

Cada vez estoy más cerca del debut en ese mundo desconocido, empiezo a sentir unos nervios tremendos en mi estómago.

Iñigo se para frente a mí.

—Cariño, no estoy tranquilo. No quiero sentir que vas obligada ¿Estás totalmente segura?

—su cara es de miedo. Pero no a mi negativa sino a que esto pueda afectar a nuestra incipiente relación.

—Totalmente, vamos —y abro mi mano para que me dé la suya e ir así, de la mano.

En el parking vemos que hay bastantes coches. Así que el local debe estar de lo más animado. Según el programa que vimos, hoy es la noche de tríos. Para iniciarme es casi lo más sencillo. Al final lo que hablamos de empezar con una pareja en su casa, decidimos que mejor no, porque supongo que dentro de las habitaciones no habrá mucha luz y eso te da un cierto anonimato. Prefiero no ver claramente sus rostros. Eso me pondría más nerviosa si cabe. De

cruzarme con esas personas por la calle, aunque es difícil nunca se sabe, no sabría muy bien cómo reaccionar.

Pagamos la entrada, que nos da derecho a una consumición y vamos a la barra. Él no deja de abrazarme por la cintura, en un claro ese gesto de protección y por eso no debemos ser muy atractivos al resto. Así que yo en modo diosa del sexo le pido que se separe un poco. Su cara muestra sorpresa.

En ese instante se acerca a nosotros una mujer exuberante, diría que alemana. Debe medir casi un metro ochenta, pelo castaño y ojos azules. Quizás unos diez años más joven que yo y eso me hace sentirme en desigualdad de condiciones, por muy bien que esté con Iñigo lo que tengo delante es un espectáculo visual total, *de todas, todas*.

—Hola soy Ivana, llevo un rato observándoos y me resultáis una pareja muy atractiva, se os ve muy enamorados y eso a mí me excita bastante, —*efectivamente, su acento es alemán.*

Ahora soy yo la que tengo abrazado fuertemente a Iñigo. Tengo miedo de que se vaya con ella, dejándome ahí sola. No puedo dejar de repasar el cuerpo de esta *Valkiria*.

Aquí hay competencia.

Iñigo es el primero en hablar.

—Sí, estamos muy enamorados. Y queremos jugar. Dime, ¿estás sola?

En ese instante no estoy muy segura sobre si *yo* quiero jugar, pero Iñigo está totalmente decidido por cómo ha sonado su voz y su gesto. Disimuladamente, le hace en buen repaso. Está claro que le gusta lo que tiene delante.

—No, he venido con una amiga especial.

Yo noto que me estoy excitando, he pasado del miedo a la excitación en unos segundos solo de pensar en mi acompañante con dos mujeres tocando su cuerpo. Y, sin darme cuenta mi filtro de nuevo me abandona, suelto *juguemos*. Desde luego lleva un verano de lo más loco porque me abandona demasiado a menudo.

Él me mira sorprendido ante mi decisión. No me suelta, me observa para saber si estoy totalmente segura de lo que estoy diciendo.

—Perfecto, —dice Ivana, que nos dedica una enorme sonrisa, lo que nos permite ver su dentadura, blanca y perfecta—. Ahora os presento a Anna, mi amiga. —Hace un gesto para que se acerque.

Y se acerca una mujer con paso decidido. Tiene el pelo negro azabache teñido y sus ojos también son azules, como los de su amiga. Pero lo que llama poderosamente la atención en ella son sus grandes pechos. Discretamente bajo la mirada hacia el pantalón de Iñigo y no lo veo excitado. Eso me tranquiliza, porque tienes que ser muy fuerte para saber lo que nos espera junto a estas bellezas nórdicas y no excitarte solo de pensarlo.

Sin más preámbulo vamos a una sala con una gran cama redonda, que está en el centro de la habitación. Los colores predominantes son el lila y negro, hay un gran olor a incienso, la decoración, el olor, te invita a querer desnudarte, tumbarte en la cama y dejarte llevar. Hasta ahora estaba tranquila, pero desde que entramos ahí mis piernas comienzan a temblar. Ya no hay marcha atrás, estoy en esta habitación junto a dos perfectas desconocidas con las practicaremos dios sabe que…

Antes de empezar, dejamos claro que no besos en la boca, solo nos besaremos nosotros dos. Ellas están de acuerdo.

Iñigo, para que me relaje, está conmigo, solo nosotros nos estamos desnudando, sin dejar de besarnos. Él no deja de mirarme, dejándome claro que esto es sólo un juego, nosotros somos mucho más que eso, lo nuestro está por encima de ellas y de esta habitación.

Con todos ya totalmente desnudos, comienza el juego. En ese instante, Anna se acuesta a mi lado y comienza a juguetear con mis pechos, mientras Iñigo no deja de besarme, quiere que esté tranquila. Cierro los ojos y me concentro en sentir.

Hasta ese momento, nuestra amiga Ivana ha tenido un papel secundario, estaba observando la escena, pero se incorpora al cuarteto. Comienza a jugar con Iñigo. Lo besa por el cuello y va bajando poco a poco recorriendo su cuerpo. Miro su pene, está excitado. Yo tengo que reconocer que también. Ahora las dos parejas estamos en la cama en paralelo. Anna está centrada en mí. Siento tanto placer que arqueo mi espalda. Nunca hasta ahora me

había tocado una mujer, se nota con experiencia porque consigue que llegue a tener un orgasmo jugando conmigo. Estoy tan sorprendida que miro a Iñigo. Su compañera se ha puesto encima de él y se está moviendo con gran maestría.

Ahora no tengo muy claro que debo hacer, porque de entrada jugar yo con la morena no me sale. No sabría por dónde empezar, pero ella me ayuda, me voltea y lleva mis manos a sus pechos, quiere que sea yo la parte activa en nuestro dúo.

¡Madre mía!

Busco a Iñigo, no deja de mirarme y entiende mi mensaje, *estoy perdida*. Automáticamente pide cambio de pareja. Ahora estamos *nosotros* y no tardamos ni dos minutos en tener nuestro orgasmo.

Alguien podría pensar si me siento sucia, pero no, para nada y he de reconocer que he disfrutado junto a una mujer, mientras otra estaba encima de mí, como denominarlo, *¿novio?*

Terminada nuestra sesión. Salimos del local en silencio. Ha sido maravillosamente intenso. Sin atrevernos a preguntar. Seguimos así, hasta llegar a su casa. Donde Iñigo no aguanta más y necesita saber de viva voz, como me encuentro.

—Tengo que reconocer que me he sentido protegida por ti en todo momento y he disfrutado. También te digo que, no como forma de entender una pareja, pero sí como experiencia, realmente ha sido muy especial. Aunque cuando Ivana estaba encima de ti, poca gracia, pero acto seguido entendí que sólo era sexo, lo nuestro va más allá. Corrígeme si estoy confundida.

Iñigo me abraza y me besa con tanto amor que sobran las palabras.

—Hoy lo he podido soportar porque quien te tocaba era otra mujer, pero Patricia, no tengo claro que pudiera ver a un tío entre tus piernas. Y por supuesto, necesitaba que me dieras tu orgasmo. No ha sido la noche que más he disfrutado, de verdad. Siempre es mucho más nosotros dos. Tengo claro que no lo necesitamos. Pero si de vez en cuando quieres jugar lo acepto, siempre que mantengamos nuestro código rojo.

—Estoy de acuerdo. Por eso quiero irme contigo a la cama ahora, solo nosotros y disfrutar de tu cuerpo. Ivana te ha disfrutado un

rato, yo quiero el resto.

Iñigo me levanta entre sus en brazos y vamos así hasta su dormitorio. Esa noche hacemos el amor con tanta intensidad y entrega que al día siguiente casi no podemos mantenernos en pie. Creo que ambos necesitábamos demostrarnos que lo nuestro va mucho más allá que ir a un club donde interactuamos con otros. No, nosotros somos más.

Nos despertamos gracias a que la luz entra a través de la cristalera inmisericorde. Cegada por el sol, miro el móvil y al ver la hora, doy un bote en la cama, porque tengo que ir a por mis hijas y llamar a mí suegra para saber si finalmente trasladan a Madrid a Alejandro. Aunque después pienso que quizás esta tarde debería acercarme al hospital para verlo. Tenemos mucho que hablar. Y espero poder hacerlo lejos de miradas indiscretas. Ya me entendéis.

Mi bombón aparece con unas ojeras hasta el suelo y una bandeja con el desayuno, tan guapo, tan sexy, no puedo evitar mirarlo obnubilada, hasta se me escapa un suspiro. Me vienen imágenes fugaces de anoche, en el club, en esta cama… Ahora, mirando el desayuno, soy consciente de que tengo tanta hambre que soy capaz de comerme una mesa, pero sobre todo necesito un café bien cargadito.

—¿Cómo estás preciosa?, —pregunta Iñigo.

— Pues te digo, sexualmente saciada, —y guiño el ojo—, y feliz por amanecer con un hombre tan maravilloso como tú.

Veo que Iñigo sonríe. Desde luego los hombres es escuchar que han dejado saciada a una mujer y les falta ponerse a bailar alrededor del fuego con la piel de oso puesta. En ese aspecto creo que han evolucionado poco.

—Vaya, vaya. No sabes cómo me alegro de haber conseguido saciar a mi novia. Porque me tiene al borde del colapso. Pero tengo que decirle una cosa antes de que se me olvide. La quiero mucho, mucho. —Y me da un beso.

Como diría mi amiga Paloma *a nadie le amarga un dulce y este tiene pinta de empotrador*. Esto último lo puedo confirmar sin problemas. Ella es así. Recodarla tan natural, tan espontánea, tan ella, me recuerda también que la tengo un poquito abandonada. Nos

tenemos que ver, pero es que este verano no me está dando tregua para hacerlo. Y la aparición de él en escena todavía lo complica un poco más.

Iñigo está mirándome de lo más intrigado.

—Venga, cuéntame ese chiste tan gracioso a estas horas de la mañana y nos reímos los dos.

—Es una tontería, estaba recordando frases de mi amiga Paloma. Es tremenda. Seguro que está mosqueada conmigo porque apenas la estoy viendo. Ahora, cuando vaya a mi casa, la llamo desde el coche. La tengo desatendida, pero con el lío de vida que tengo en estos instantes espero que me comprenda.

—Cielo, esta tarde que se queden aquí las niñas jugando con Vago y en la piscina y te acercas al hospital. Incluso si quieres queda con Paloma. De verdad, yo encantado.

—Tú lo que quieres es ganar puntos entre el sector femenino que me rodea ¿No es así?, dime la verdad. Porque ahora cuento todo esto a mis amigas y te piden un hijo. La primera Vero, que la tienes impactada con nuestro día a día. Pero quien sale beneficiado es su marido porque cuando llega el fin de semana, lo vuelve loco en la cama. Espera… cómo fue la frase que me dijo el otro día… Ah sí, ya me acuerdo *estoy más caliente que una parrilla de un chiringuito en agosto.*

Nos empezamos a reír los dos.

—Pues mi respuesta es no, lo siento.

Cuando por fin logro subirme al coche, mis piernas casi dan palmas de alegría. *Un poco de descanso*, casi me están gritando. Desde luego con este ritmo no necesito hacer otro tipo de deporte. Porque ya tengo un entrenador personal que ejercita todos y cada uno de mis músculos. Incluso algunos que no sabía que existían.

Vero está con las niñas en la piscina. En cuanto me ve, se baja las gafas y comienza a reírse. Tanto es así que, hasta mis hijas, que están en el agua, se quedan mirándome por si tuviera algo raro como para provocar esa risa tan escandalosa de nuestra vecina. Noto que me pongo roja. Sin esperar a que llegue se levanta y viene hacia mí. Da casi miedo.

—¡Cuéntame algo, por favor! ¡Un titular!

—Espera que doy un beso a mis hijas antes. Luego soy toda tuya. Pero te doy un titular, MARAVILLOSO.

—Nena, ¿te crees que con eso sacias mi curiosidad? No te lo crees ni tú.

—Tranquila. Esta noche en casa cenando te pongo al día. Pero evidentemente todos los detalles no. Me pongo el bikini y bajo a la piscina, dispuesta a disfrutar de un poco de paz. Esta tarde quiero pasarme por el hospital, eso es lo que más duro se me hace, la situación con su familia, Sandra y, cómo no, con el propio Alejandro. Las niñas se quedan con Iñigo. Pero prometida la cena esta noche en mi terraza. Trae el vino. Si te apetece, preparo una lasaña, porque recuerdo que tengo todos los ingredientes.

—Mira Patricia, me da igual lo que pongas para cenar porque yo tengo hambre de saber, no de comer. —Y ella sola se ríe de su propia gracia.

No hablamos mucho más, no solo porque están nuestras hijas con la parabólica, es que me quedo tan dormida que hasta se me cae la baba en la toalla. Estoy literalmente agotada. ¿Mi bombón estará igual? Espero que sí.

Después de comer, duermo un poco, para dejarlas luego con él e ir yo al hospital.

El panorama que encuentro a mi llegada a la habitación, porque ha dejado ayer por la tarde la unidad de cuidados intensivos y ya está en planta, es cuanto menos triste. Alejandro está desquiciado. Ya no tiene la morfina en dosis tan altas y su carácter es insoportable porque tiene muchos dolores. Abro la puerta de la habitación y lo primero que escucho es que está mandando a la mierda literalmente a Sandra. Ella está apoyada junto a la ventana, sin saber muy bien qué hacer. Yo no pregunto el motivo, porque entre otras cosas, no me interesa.

—Buenos tardes, veo que no estás en tu mejor momento. Lo siento, pero no he podido venir estos días. Además, estás acompañado por tu familia, —y miro a Sandra que tiene unas ojeras considerables.

—No pasa nada, total, para ver a un tullido. Tampoco te pierdes gran cosa. Supongo que estarás pasando un verano de puta madre,

no hay más que ver tu buen color. Desde luego, estás tomando el sol. Otros, sin embargo, aquí estamos.

Está buscando otra víctima nueva a la que atacar. Conmigo que no cuente, porque no pienso entrar en sus faltas de respeto. Así que decido ignorar su comentario, cargado de mala leche, dolores y frustración.

—¿Ya sabéis algo sobre el traslado? Y había pensado, si quieres, hacer una llamada para que hables con las niñas. Pero siempre que te apetezca, no quiero que las asustes. Estoy intentando mantenerlas alejadas de toda esta desgracia. Saben lo ocurrido, pero no quiero que vean a su padre con ese estado de ánimo.

—Pues del traslado estamos a la espera. Prefiero que me operen en Madrid. Así estamos todos más cómodos. Creo que, en dos o tres días, nos dirán algo. —Su tono es ya más tranquilo al no haber entrado yo en su provocación—. En cuanto hablar con las niñas, sinceramente, prefiero en otro momento. Hoy tengo muchos dolores y no tengo ánimo para estar sonriendo. Supongo que lo entiendes.

—Perfectamente. Sin problema. Cuando estés de mejor de ánimo.

Permanezco en la habitación cinco minutos y doy por terminada la visita. Me acerco a su cama y lo beso en la frente.

—Vendré en dos días para saber de tu evolución. Tengo que ir a Madrid por trabajo y en cuanto lo termine vuelvo para ya seguir trabajando desde aquí. Además, quiero que hagan la tasación de nuestra casa para ir avanzando en nuestros trámites.

Y salgo de la habitación.

Voy por el pasillo y Sandra me alcanza.

—Perdona Patricia, pero necesito hablar contigo.

Me quedo un tanto, sorprendida, porque no se me ocurre que puede tener que hablar conmigo.

—Pues tú dirás. —Digo en un tono cortante.

—Estoy agotada de estar aquí todo el día con Alejandro y como has podido comprobar su humor deja mucho de desear. Por eso te querría preguntar si es posible que vinieras todos los días unas horas y así poder yo descansar.

No doy crédito a lo que estoy oyendo. Necesito procesar esto antes de contestar.

—Sandra, lo lamento, pero tengo unas hijas que cuidar. Él no está solo, estáis su familia y tú que eres su pareja. Mi papel en este caso se limita a lo de hoy, venir y estar unos minutos. Además, ya has oído que voy a Madrid para cerrar unos asuntos laborales. Lo que me pides es por tanto imposible además de no tener mucho sentido. Lo siento. Hasta luego.

Vaya cara que tiene, debe pensar que soy idiota. Claro, una idiota que ha estado aguantando más de lo debido. Ese es el tema. Voy hacia el coche hecha una furia. Cuando le cuente a Vero esto… sus gritos se escuchan hasta en Australia y mira que está lejos ese país. A ver, es escandalosa, pero en este caso con más razón. Esta noche, cuando se lo cuente en mi casa, tendré la confirmación.

Y ese momento ha llegado, estamos el grupo femenino al completo. Las niñas en el salón y nosotras en la cocina, terminando de preparar la cena y ahí aprovecho y le cuento nuestro encuentro en el local de intercambio, reconociéndole que he disfrutado y que ha sido algo muy especial para nosotros, pero que me da miedo convertirme en una adicta a este tipo de locales y relaciones.

Y confirmados los gritos de mi amiga al contarle la escenita de Sandra, queriéndome captar para cuidar a su novio. Mejor no os repito sus palabras, *la llamó de todo*.

CAPÍTULO 12

Y así entre unas cosas y otras nuestro verano va pasando, tanto que, sin darme cuenta, estamos en septiembre y significa, entre comillas, la vuelta a la rutina. Entre otras cosas tengo que firmar una demanda de divorcio porque, efectivamente, la presentamos en julio y probablemente el mes que viene ya la firmemos, también está la venta de la casa y debo comprar otra. Casi nada.

Alejandro ya está en casa, pero tiene que ir todos los días a rehabilitación para que tanto la pierna sana como el muñón aguanten la prótesis, mientras, tiene que ir en silla de ruedas y eso para un hombre tan vital como él es difícil de sobrellevar. A Sandra ya se le nota, y bastante, el embarazo y ya saben que es un niño.

De momento la pareja vive en el piso de ella, a la espera de vender nuestra casa y ella la suya para comprar algo conjunto. Si os digo la verdad tengo la sensación de que no están demasiado bien. Lo entiendo, porque mi todavía marido parece el demonio de Tasmania. No hay quien aguante a su lado cinco minutos con el mal carácter que se gasta. Nuestras hijas rehúyen quedar con él, porque se pasa el día dando gritos.

La primera vez que vieron así a su padre, no supieron reaccionar y eso que ya lo sabían por mí. Fue un momento muy duro para todos y nos echamos a llorar y ellas abrazaron a su padre. Tremendo. Pero desgraciadamente, esa es ahora su realidad. Cada quince días van con él. Me comentan que Sandra las trata bastante bien, cosa que me tranquiliza mucho. Pero parece que ella es el mar en calma y Alejandro la tempestad. A veces incluso pienso que, para ella, la presencia de ellas esos días es un respiro, porque él se tiene que contener y controlar la rabia que lleva dentro.

Así que, si todo va bien, el mes que viene cambio de estado civil, paso a ser *divorciada*. En la demanda de divorcio hicimos finalmente una serie de cambios, entre ellos no solicitar la custodia compartida, porque en sus circunstancias actuales no es muy lógico, hasta que

no esté más adaptado, me lo planteó y lo entendí perfectamente. Hasta ahí bien, pero dónde nos está creando muchas discusiones es que se niega a acordar la manutención, dada su situación actual, permanente, eso alega. Lo he hablado con Iñigo y su respuesta es clara, *es lo que hay, si no es compartida hay manutención, según ingresos*. Y los de mi todavía marido son infinitamente superiores a los míos.

A veces me ablando ante su nueva situación, no deja de ser muy dura, porque él nunca podrá correr detrás de su hijo y eso es una auténtica pena. Yo sin embargo atesoro esas imágenes de él. Precisamente el otro día las volví a ver. Fui a la estantería del salón donde están nuestros álbumes familiares y me paré especialmente en algunas de ellas, por ejemplo, unas donde está en un parque tumbado en el césped, revolcándose con ellas, no pude evitar llorar. Entre otras cosas porque éramos realmente felices, él sonreía a la cámara, nadie hubiera esperado que nuestro final se escribiría así. Yo la primera. Siempre me visualicé envejeciendo a su lado. Cubriendo cada etapa juntos.

Otro capítulo que también estoy a punto de cerrar es la venta de la casa, que ya está en marcha, por lo visto hay una pareja bastante interesada. Por eso, muchas noches nos sentamos las tres y nos ponemos a mirar nuestra posible nueva casa.

En paralelo, la relación entre Iñigo y yo va tan bien que ya he insinuado algo a las niñas. Para mi sorpresa, están encantadas. No sé si por él o por Vago, que tiene mucho peso en esta historia. Así que es normal que hagamos planes conjuntos. Sin embargo, el paso de dormir con nosotras todavía no. Poco a poco. El fin de semana que están con su padre, por supuesto estamos juntos hasta que tengo que ir a buscarlas, disfrutando hasta del último segundo, con cualquier detalle. Por ejemplo, ambos somos lectores empedernidos, pues ese momento de paz, cada uno con nuestras gafas, con nuestro libro en las manos, en el sofá, pero cerca, muy cerca. Esos pequeños instantes me llenan de felicidad. Mirarlo, concentrado con sus gafas de pasta y el pelo revuelto, pero tan atractivo que me deja sin respiración. Este hombre ha llegado a mi corazón y espero que para quedarse durante mucho tiempo.

Nos hemos vuelto una pareja de relaciones abiertas de forma esporádica. Como este fin de semana que estoy sola e iremos. Va a ser mi primera vez en la práctica del *Gang Bang,* esto es jugar en la primera liga. Es un tipo particular de orgía en la que alguien mantiene relaciones sexuales con tres o más personas bien por turnos o al mismo tiempo; esto puede llegar a incluir un número indefinido de participantes. Tenemos nuestro ritual, antes y después hacer el amor sin reservas. Esos somos nosotros. Por lo tanto, ver como otros juegan con nuestros cuerpos nos excita todavía más, porque ambos sabemos que nos pertenecemos.

A Iñigo no le veo muy decidido a ese paso. Sin embargo, yo estoy lanzada. Espero no equivocarme. Él solo ha estado una vez y a mí me ve todavía inmadura, lo ve arriesgado, no deja de repetirme. Pero ha despertado a la bestia. Podréis pensar que lo hago por él, para satisfacerlo, la respuesta es no. Lo hago por mí. Es como si quisiera saber dónde está mi límite. Quizás el haber sido cornuda consentida durante años, me haya hecho meya. Hasta ahora, siempre que hemos ido ha sido porque lo he propuesto yo. Un día me habló abiertamente, con cierta preocupación.

—Cariño, te veo demasiado decidida a lo de este fin de semana. Y me gustaría saber si no te estarás enganchando. Te lo digo en serio.

—*Nooo*, vaya tontería. Es una prueba de confianza en nuestra relación. Así lo veo yo. Y sí no lo soporto activaré nuestro código rojo.

—Vale, pero te confieso que yo lo practiqué solo una vez con Sara y el resultado fue una gran crisis de pareja.

Le escucho y, me da en la nariz que aparte de irse con su compañera de piso, este encuentro pudo ser realmente el desencadenante de su ruptura. Pero eso a nosotros no nos va a ocurrir, nuestra relación está por encima de todo, a prueba de bomba. Es indestructible.

Mis amigas ya lo saben, un día les conté nuestra relación de pareja alternativa y que me encuentro perfectamente. Nuestra relación no tiene grietas y ven que somos una pareja de lo más estable y que cada día estamos más unidos, ellas digamos que lo

aceptan, aunque al principio me regañaron bastante porque no estaban de acuerdo.

Vero también se ha decidido probar e ir con su Rodrigo a locales de intercambio y dice que su relación se ha relanzado. Siempre dice*, gracias por este verano entretenido junto a ti y encima estimulante*. Cada vez que hablo con ella no paro de reír. Solemos hablar dos o tres veces a la semana. Sé que en ella tengo a una buena amiga, de las que no se encuentran fácilmente. Me lo demostró sobradamente este caótico verano.

En fin… este viernes mis hijas duermen en casa de amigas, las recojo el sábado y las llevo con su padre directamente. Tengo a Iñigo conmigo desde el viernes por la tarde, todo el fin de semana en casa. Estoy exultante. Así que hoy jueves tengo una sonrisa permanentemente en la cara. No puedo remediarlo. Incluso mis compañeros me lo han preguntado. Mi respuesta, de lo más tonta, *es viernes, brilla el sol ¿No es estupendo?* Al mediodía voy al gimnasio para sudar un poco. Necesito estar en forma.

Y, además, acabo de recibir la confirmación de que la pareja está interesada en el piso. Me han llamado y han presentado una oferta para comprarla. La cantidad que ofrecen me parece aceptable, pero se lo tengo que comentar a Alejandro ya que tenemos que estar de acuerdo los dos. Con el carácter que se gasta últimamente, es lo que menos me apetece… finalmente, después del café de media mañana, hago la llamada, se lo planteo y acepta la oferta. Por fin, la casa se vende. Otro punto de mi vida que voy cerrando.

Y puntualmente, por la tarde, llega mi chico, excepcionalmente solo porque sus padres están aquí y se han quedado con el perro al que adoran. Pero a pesar de no tenerlo, como hace una buena temperatura, nos animamos a dar un buen paseo. Y ahí, precisamente, vuelve a dejar claras sus dudas sobre la cita de mañana. En los ojos de Iñigo veo miedo.

—Te lo digo Patricia, ante cualquier sensación que tengas de incomodidad por tu parte, se corta la fiesta y nos largamos de allí a toda velocidad. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo sé…

Después de cenar, vamos a la cama y una vez más nos reencontramos como dos amantes que se necesitan, que se quieren mucho, esos somos nosotros. Pura pasión.

El sábado sobre las ocho de la tarde comenzamos a vestirnos. Yo esa noche llevo un mono color negro con escote asimétrico y sandalias de tacón. Mi chico lleva unos vaqueros, camisa blanca y botines de ante color azul.

Observo su rostro y su preocupación que, aunque intenta disimularla, no le abandona.

Entramos de la mano. Necesito su fuerza. Creo que al final, para que esté más tranquilo, iremos solo a una habitación donde se celebre la clásica orgía, porque me he rajado ante su inseguridad y en cuanto se lo he comentado, he notado, como su cuerpo, se relajaba. Porque el *Gang Bang,* pensándolo bien, es demasiado brutal, y no creo que estemos preparados ninguno de los dos. Como siempre, lo primero que hacemos es ir a la barra y pedimos una copa. Yo estoy sentada en un taburete y él me tiene abrazada casi con posesión.

Terminada nuestra copa le pregunto que si está listo. Él asiente y, de la mano, nos dirigimos a la parte trasera del local, dónde están las diferentes habitaciones y salas. Entramos en una de ellas donde están jugando. Una vez más la luz es tenue y el olor a incienso lo impregna todo. Hacemos un recorrido por la estancia y comprobamos que aproximadamente puede haber, entre hombres y mujeres, unas doce personas que son un amasijo cuerpos entrelazados. Hay un silencio sepulcral, lo único que se escucha son gemidos y música en un tono de ambiente. Nadie se ha dado cuenta de nuestra presencia todavía, porque todos están demasiado ocupados en su propio disfrute. No puedo dejar de mirar toda la estancia y en particular esa cama redonda donde, por otro lado, en breve, también estaremos nosotros.

—¿Estás segura de hacer esto cariño?

—Si. Totalmente, pero solo te pido una cosa, por favor, cuando estemos ahí, no me pierdas de vista, porque yo tampoco lo haré.

—Por supuesto, nunca lo hago, —contesta acariciándome el pelo —. Recuerda nuestros códigos rojos y también que te quiero.

—Los tengo claros. Vamos allá. Y yo también te quiero.

Después de nuestro momento tan íntimo a pesar de encontrarnos en esa habitación *tan particular,* se nos acerca una pareja. Observo que ambos tienen buen cuerpo, son atractivos. Yo todavía no he soltado la mano de Iñigo y él tampoco quiere hacerlo. Pero una vez más me vengo arriba y me suelto.

Comienzan a desnudarnos, nosotros no dejamos de mirarnos. El chico comienza a jugar con mis pechos y reconozco que me estoy excitando al ver cómo me mira Iñigo. La chica por su lado, está empezando a besarlo por el cuello, mientras que, de forma experta, va desabrochándole la camisa, miro su entrepierna y veo que está bastante excitado, igual que yo. Ambos hemos aclarado que nada de besos en la boca. Eso es algo muy personal.

Sin darme cuenta vamos los cuatro a la cama. Ahora comienza el juego. Vamos allá.

En un segundo estoy tumbada en esa cama enorme de sábanas color negro. Tengo gente a ambos lados. Puedo ver que a mi izquierda hay dos hombres, uno de ellos está sentado encima del otro y la tercera persona, una mujer, tiene uno de sus pechos dentro de la boca del que está tumbado. Es una imagen de lo que es el sexo en estado puro.

Comienzo a mirar buscando a Iñigo, no lo veo, hasta que giro mi cabeza hacia la derecha. Está con la chica del inicio y otra más que está de rodillas jugando con los pechos de la compañera de Iñigo.

Mi compañero de juegos me está excitando también bastante porque, con gran maestría, está recorriendo la parte interna de mis piernas. Hasta ahí bien, pero de repente intenta girarme para penetrarme analmente. Eso hasta ahora jamás lo había practicado y no estoy dispuesta a eso y menos con un desconocido. De hacerlo alguna vez, sería con Iñigo, para mí sería como una especie de regalo. Mi primera vez. Entro en pánico, me quedo bloqueada, pero no quiero aparentar inmadurez, mi respiración se acelera y mi cabeza va a mil, me siento realmente jodida entre todos estos desconocidos que me rodean y por mí misma, porque a fin de cuentas estamos aquí por mi insistencia, ahora me doy cuenta de mi gran error y la razón que tenía Iñigo cuando no hacía nada más que

repetirme que lo veía prematuro, y eso que en esta sala se está practicando algo más suave al *Gang Bang* al que estaba dispuesta a ir.

Necesito ganar tiempo, empiezo a mirar a Iñigo para dar por terminada esta sesión y que me rescate de esta situación. Activo mi código rojo, sin dejar de mirarle. Pero no mira, me ha abandonado a mi suerte en esta sala. Ahora mismo está concentrado en su propio placer, junto a esas dos mujeres y un hombre que se acaba de incorporar al trío. No sé qué hacer, así que empujo a mi compañero de juegos, me levanto de la cama, recojo mí ropa, vuelvo a mirar hacia dónde está Iñigo y de nuevo compruebo que no ha mirado ni una sola vez hacia dónde estaba yo. Hundida y sintiéndome una auténtica mierda, abandono casi corriendo esa habitación. Voy a un baño, para terminar de vestirme y salir sola del local. Sin noticias de mí acompañante. En el fondo, pensaba que, en algún momento, me echaría de menos, me buscaría y saldría corriendo tras de mí. Pero la realidad es que él sigue ahí dentro.

Ya en la calle, levanto mi rostro el cielo para ayudar a mi cuerpo a que entre oxígeno en mis pulmones e intentar no ponerme a llorar en mitad de la calle. Mi aspecto en ese momento no es el mejor, entre otras cosas porque tengo el pelo pegado a la cara, por el sudor, aunque mi maquillaje se mantenga intacto.

Decido dar un paseo sin rumbo, a la espera de estar más tranquila y subirme a un taxi que me lleve a casa. Por un lado, mi corazón late demasiado deprisa y está a punto de salir del pecho, pero por otro lado, noto como mi corazón se ha roto en mil pedazos. Jamás me hubiera esperado eso de Iñigo. Miro compulsivamente el móvil, que llevo bien agarrado en la mano esperando recibir esa llamada que no se produce, entre otras cosas, porque se lo estaba pasando tan estupendamente con su grupo que no se ha acordado de su acompañante, es decir, de mí.

Ahora mismo estoy enfadada conmigo misma, por varios motivos, pero uno, el más importante, ¿si tanto le importo porque no ha sido capaz de, aunque estuviera disfrutando con otros cuerpos, mirar hacia donde estaba yo? Y, segundo, ¿en qué mundo he terminado?

... Esto no es para mí. Se acabó. No quiero volver a saber nada de él.

Tras caminar subida a mis tacones no sé cuánto tiempo, miro el reloj y son las cuatro de la mañana. Justo pasa a mi lado un taxi, lo paro y, rota de dolor, le doy mi dirección. Recuesto mi cabeza en el respaldo y cierro los ojos. Estoy realmente agotada. Ahora mismo lo que más necesito es llegar y darme una ducha y arrancarme de mi piel la sensación de suciedad. Porque ahora sí me siento sucia. Al rato comienza a sonar mi teléfono sin parar, miro la pantalla y es Iñigo. Ha debido de terminar con su magnífica sesión de sexo y ahora se ha dado cuenta de que ya no estoy allí.

Cambio de planes en ese mismo momento. Seguramente irá a mi casa a buscarme, así que sobre la marcha pienso, *voy rápido, subo a por algo de ropa y salgo en mi coche hacia un hotel*.

No pienso contestar. Porque no tenemos nada que decirnos. Se acabó, es el final.

¿Cómo me ha podido hacer eso? No dejo de repetirme.

◆◆◆

Iñigo, cuando termina con el grupo que estaba, comienza a buscarla por toda la habitación y se da cuenta de que ella ya no está. Se asusta porque no tiene ni idea de dónde puede estar y sobre todo con quién. Decide mirar en el jacuzzi por si estuviera allí, después de un buen rato llega a la conclusión de que no está en el local. Entra en pánico, tanto que se tiene que apoyar en la pared con las rodillas flexionadas porque tiene la visión borrosa. Sabe que la ha cagado y está realmente jodido. Entra de nuevo en la maldita habitación, busca su ropa, se viste rápidamente y comienza a llamarla.

La he dejado sola a su suerte y no lo ha podido aguantar.

Va corriendo hacia su coche y sale haciendo ruedas del puñetero parking. *Por favor Patricia, no me dejes, eres muy importante para mí*, no deja de repetir hablando solo. Tengo que localizarla. Seguramente ha ido a casa. Durante el trayecto no deja de llamarla

compulsivamente. Le está empezando a doler el pecho, en un claro ataque de pánico.

He sido un cabronazo, no he pensado en ella. Siempre la tenía a la vista y estaba pendiente de que estuviera bien, pero hoy no ha sido así, la excitación que ha sentido le ha cegado y se ha olvidado de ella.

Mierda, mierda…

◆◆◆

Cuando llego a mi casa pido al taxista que espere, que tardo poco en bajar y que no pare el taxímetro. Entro en mi casa, dónde todavía está impregnada su colonia, voy a mi dormitorio y meto en una mochila lo primero que veo en el armario.

Estoy en una carrera contrarreloj, porque no tengo mucho tiempo hasta que él llegue aquí. Me subo de nuevo al taxi que me pregunta, ¿ahora dónde la llevo? No sé qué puedo contestar, porque ahora mismo estoy totalmente perdida. Le digo que se ponga en marcha y que en breve se lo digo. Al final le pido que me lleve al centro de la ciudad, pago en la puerta de unos de los muchos hoteles y entro. Pido una habitación para una noche, porque mañana, me guste o no, tengo que regresar a mi casa. Unos minutos más tarde ya tengo la tarjeta de la habitación.

Abro las cortinas y observo que tiene unas bonitas vistas a toda la calle y también que, a pesar de las horas tempranas, es un ir y venir de gente. Pero lo primero que necesito es quitarme esta maldita ropa y sentirme limpia. Por eso abro la ducha y dejo correr el agua por todo mi cuerpo. Creo que pierdo la noción del tiempo mientras estoy así, con los brazos apoyados en la pared y la cabeza agachada. A lo lejos escucho mi móvil, que no deja de sonar. Cuando creo que ya estoy limpia, salgo y me pongo un albornoz. Voy al bolso y veo las llamadas perdidas. Por eso, para estar tranquila, decido apagarlo. No quiero saber nada de lo que ocurre fuera de estas cuatro paredes. Me tumbo en la cama y con un reguero de lágrimas, fruto del agotamiento, caigo en un profundo sueño.

Cuando me despierto, estoy desorientada, al principio no reconozco dónde me encuentro. Miro por la ventana y por la luz que entra intuyo que debe ser mediodía. Tengo hambre y llamo al servicio de habitaciones para que me traigan algo de comer, no quiero salir de aquí porque, escondida del mundo, me siento segura.

Tumbada en la cama, como un zombi, a la espera de que llegue lo que he pedido, no dejo de dar vueltas a cómo he podido llegar a este punto. Considero que soy una mujer con cierta personalidad, pero está claro que no es así, primero con Alejandro que manejó nuestra relación a su antojo y ahora con Iñigo lo mismo. Tengo que tomarme un tiempo y pensar en cómo ha sido mi vida hasta ahora.

Han pasado unas horas desde el abandono del local y enciendo de nuevo mi móvil. En cuanto lo tengo operativo, no deja de sonar. Debe estar volviéndose loco buscándome. Pues mira, yo hace unas horas también y me ignoraste. Decido apagarlo de nuevo y acostarme. Estoy en una especie de letargo hasta que oigo que llaman a la puerta, es el servicio de habitaciones. Sentada en una pequeña mesa junto a la ventana, voy tomando bocado a bocado lo que he pedido, haciendo verdaderos esfuerzos, porque mi estómago lo tengo cerrado.

El resto del día me lo paso dormitando o tumbada en la cama mirando al techo, sin apenas moverme. Me siento avergonzada conmigo misma por haber llegado a este maldito punto.

El domingo me despierto sobre las diez de la mañana. Pido de nuevo el desayuno en la habitación. Ya con el estómago lleno y habiendo dormido unas cuantas horas, estoy más tranquila. En ese momento pienso que seguramente, como no ha podido hablar conmigo, estará en la puerta de mi casa esperándome. Tengo que idear un plan, *piensa, piensa*. *Lo tengo.* Entraré directamente al garaje con el taxi. Siempre llevo encima las llaves de mi coche, dónde además llevo el mando para abrir la puerta. Enciendo mi móvil para escuchar los mensajes. Todos ellos son de un Iñigo desesperado. Sin darme cuenta estoy llorando. Ahora suenas desesperado, cabrón. Yo anoche también y me dejaste sola ante un desconocido que quería algo que nunca había practicado.

Termino mi desayuno, vuelvo a ducharme y salgo de la habitación.

Como es un domingo soleado, camino bastante tiempo por el centro de la ciudad. Llego hasta el Palacio Real, sin ser muy consciente hasta que estoy delante de la fachada. Me siento en un banco y observo como miles de turistas llenan las calles con su cámara colgada y los mapas en la mano. También hay familias con sus hijos disfrutando de la soleada mañana. Yo, sin embargo, estoy sola y realmente hundida, sintiendo que no soy dueña de mi vida.

Sobre la una del mediodía decido regresar a casa. Pero antes mando un mensaje a Iñigo,

—Hola. Por favor, espero no encontrarte en la puerta de mi casa. Si estás ahí, márchate. Tu ropa te la envío el lunes por mensajero a tu despacho. No vuelvas a llamarme. Olvídate que existo. Te lo ruego.

◆◆◆

Iñigo ha dormido en el coche frente al portal de Patricia. Ha llamado al telefonillo y no ha contestado.

Escucha el pitido de mensaje en el móvil. Cuando lo lee, tiene la confirmación de lo que tanto temía. Pero no piensa moverse de aquí, tiene que arriesgarse. No la puede perder. Ha sido un canalla egoísta, pero la quiere tanto que hasta le duele el corazón. Y sabe que ella también.

Sin duda ha sido la mujer más importante de su vida. Con ella quiere un presente y un futuro. Con la cabeza apoyada en el cristal del coche, se pone a recordar la famosa fiesta de cumpleaños de su amiga Yolanda y de lo que sintió cuando sus ojos la vieron por primera vez. Se quedó hipnotizado. Fue un auténtico flechazo. Y ahí sigue su corazón, atravesado por la flecha de Cupido. Y cree que seguirá en ese mismo punto, siempre.

◆◆◆

Una hora más tarde estoy entrando por mi calle y lo primero que veo es el coche de Iñigo, algo que me esperaba. Pido al taxista que,

por favor, acelere, me agacho y entro con el mando en el garaje, que está en la parte trasera del edificio. Creo que no me ha visto.

Al final, cuando estoy en mi casa, abro un poco la cortina del salón y veo que continúa abajo, pero se da por vencido y arranca el coche y se va. Me dejo caer en el sofá. Y de nuevo, sin poder evitarlo, aparecen las lágrimas.

Mierda de vida.

Lo que resta de día, estoy en casa, hasta que es la hora de ir a recoger a mis hijas que están con su padre y porque no me queda más no remedio. Porque lo único que me apetece es meterme en la cama, bajar la persiana, taparme hasta la cabeza y que pase el tiempo.

Recibo un mensaje de él.

> *—Cariño, dime que ha ocurrido, te perdí de vista y ya no he vuelto a saber de ti. Teníamos nuestro código, ¿por qué no lo pusiste en práctica? Eres muy importante para mí, te lo aseguro. Evidentemente, estás molesta y enfadada, debes tener tus motivos. Por favor, dímelo. Habla conmigo. Te quiero.*

Lo leo una y otra vez sin dejar de llorar y sólo sale de mi boca, *—Vete a la mierda. ¡Qué teníamos nuestro código! dice ¿En serio? Pedazo gilipollas, si me hubieras mirado, aunque fuera un segundo, te hubieras dado cuenta que lo estaba activando.*

Dudo sobre si contestar o no a su mensaje. Al final prefiero dejarlo así, silencio.

Patricia, estás en un momento de cambios y este era excesivo. Hay muchos hombres estupendos a la espera de volver a enamorarse y más sencillos. Así que déjate de tonterías. Eso me digo a mí misma, pero ahora mismo lo que quiero y necesito es estar sola, iniciar mi nueva etapa junto a mis hijas y centrarme en ellas.

Fue bonito mientras duró. Eso es verdad. Y, sobre todo, *aprende primero a valorarte, es la única forma de que lo hagan los demás. No perderte el respeto a ti misma, jamás. Eso me lo grabo a fuego en mi cabeza. Nunca más.*

Con ellas en el coche me esfuerzo porque no detecten mi verdadero estado de ánimo. Pero como siempre…

Carlota y su curiosidad insaciable pregunta por Iñigo. Yo me tenso al segundo. No sé muy bien que responder.

—Mamá ¿qué tal el fin de semana?

—Cariño, todo bien. Lo único que estaremos ahora un tiempo sin vernos porque tiene que viajar bastante y yo también estoy a tope con el trabajo. Así que creo que, en un tiempo, no los veremos, —contesto mirando por el retrovisor.

Mi hija no se queda muy convencida, pero no continúa preguntando, menos mal. No soportaría un interrogatorio por su parte.

Durante los siguientes días, no dejo de recibir mensajes suyos. Uno de los últimos os lo detallo,

> *—Cariño, por favor, necesito hablar contigo. Me estoy volviendo loco. Desconozco que pasó esa puta noche donde todo se fue a la mierda entre nosotros. Te pido que me llames y hablemos. Debo parecerte un cabrón. Pero al menos necesito que me lo digas, aunque sea por teléfono. Ya recibí la ropa que tenía en tu casa. Espero que me llames.*

A partir de adoptar esa serie de decisiones en mi vida, curiosamente ni ánimo cambia, me siento tranquila. Es como si me hubiera quitado un peso de encima. Realmente lo estaba haciendo por agradar a Iñigo. Eso me agobia mucho. Porque si mañana conozco a uno que practique alpinismo, ¿también lo haré? Tengo que meditar sobre ello.

Solo contacté con él por mensaje, para pedirle que mi expediente de divorcio lo traspasara al abogado que yo le indicaba y así dejarlo fuera de mi proceso de separación. Me hizo caso. Y no fue por teléfono sino por mail. Parece que ha entendido mi mensaje y, afortunadamente, ya no me molesta.

Han pasado casi tres meses y no hemos hablado. Estoy inmersa en mi trabajo y el cambio de casa. Como sabéis, la otra finalmente la vendimos por un buen precio. Al mes siguiente ya tenía comprada una para nosotras tres. Estamos emocionadas, es más pequeña, evidentemente, pero no necesitamos más. Una idea me está rondando la cabeza y es que en navidades me iré a la playa todas

las fiestas. Cuando terminen de estar con su padre, subiré a Madrid a recogerlas para volver a bajar.

Fuera asfalto, bienvenido mar.

De cara a la galería estoy perfecta, pero por dentro estoy realmente rota en tantos pedazos que me parece imposible que me pueda volver a recomponer. Pero en algo he avanzado. Si continúo así, tengo que ir a un psicólogo. Porque además necesito reafirmar mi personalidad. Es más, ayer compré un libro de autoayuda. Siempre he presumido de ser una mujer fuerte, pero ahora nada más lejos, tras esa fachada se encuentra una mujer insegura.

Llamo a Vero y me confirma que ella también estará por allí esas fechas. Así que no ceno sola en Nochebuena. Nos tenemos que poner al día, hablándolo cara a cara y contándome sus encuentros en esos locales junto a Rodrigo y su barriga cervecera, con esa gracia que la caracteriza levanta el ánimo a un muerto. Así estoy yo, muerta por dentro, mi corazón late, pero no lo siento.

Ahora mismo mis amigas son mi máximo apoyo. Cuando saltó todo por los aires, en lugar de escuchar reproches, fue todo lo contrario. Nuestro chat, echaba humo. No me dejaban casi ni respirar. Incluso Yolanda vino a Madrid, con la disculpa de ver a su hermana. Pero todas sabemos que quería verme en primera persona, no a través de la pantalla del móvil.

Paloma con lo bruta que es haría buena pareja con Vero, se puso como loca llamando de todo a Iñigo. Una de sus frases míticas en toda esta mierda fue:

"A ese le arrancaba las pelotas para que fueran pasto de las pirañas"

A Paloma no la veré porque justo viene a Madrid para pasar las navidades con su familia que vive aquí. Una pena.

Iñigo no ha vuelto a saber nada de mí… ni yo de él.

◆◆◆

Después de esa fatídica noche en la que perdió a Patricia no ha vuelto a ser el mismo. No deja de pensar en lo gilipollas que fue esa noche. Se dejó llevar por la excitación del momento.

Está perdido sin ella. Desde entonces, pocas veces ha salido. Solo querría verla para hablar y poder arreglar las cosas. Para él, es una mujer única. Sus amigos le llaman para proponerle todo tipo de planes y la respuesta es la misma siempre. NO.

No se repone.

Se ha convertido en una costumbre mirar sus fotos. Eran tiempo felices…

Ha tirado la toalla para intentar un acercamiento. Ella ha dejado claro que no quiere saber nada. Y lo acepta.

Tras muchas vueltas a esa noche, ha llegado a la conclusión de que ella, en un momento dado, debió de activar el código rojo y no le prestó atención. Se perdió…

Debió de salir de esa sala sintiéndose peor que una mierda. Y así es precisamente como se siente él desde entonces.

Cuando recibió su mensaje, solicitándole que enviara su expediente de divorcio al abogado que indicaba, se quedó hundido, porque ese era el último bote salvavidas al que se aferraba.

Y encima ahora llegan las malditas navidades.

Bajará a pasar la nochebuena con sus padres. No lleva grandes planes, pero una idea se acaba de cruzar por su cabeza. Puede que ella también esté por allí esos días.

Por si acaso, como ocurrió aquella vez, se pasará por los lugares que ella frecuenta. Por si hubiera suerte.

◆◆◆

Una idea se me acaba de cruzar por la cabeza, que él puede que también esté por allí en esas fechas. A fin de cuentas, sus padres tienen allí su residencia, salvo que estén con la hermana en Chicago.

Le conozco e intentará hacerse el encontradizo. Por eso yo evitaré mis lugares habituales. Aunque quién sabe, puede que me haya sustituido. Candidatas no creo que le falten y yo, a estas alturas, sea un capítulo cerrado en su vida.

Desde nuestra ruptura no he salido mucho. Mi vida se limita a trabajar, casa, niñas y vuelta a empezar. Al menos ya soy una mujer divorciada. He quedado algún viernes del fin de semana que están

con su padre con compañeros del trabajo, pero poco más. Y por supuesto con Teresa, plan de día. Ella sabe con detalle lo que ocurrió esa noche y me recomendó visitar a un especialista, porque sabe que no termino de superarlo. A las demás se lo he contado, pero diciéndoles simplemente que me agobié. Que eso no era para mí.

—Creo que debes ir a un especialista, a un psicólogo. Patri, no te veo bien. Aparentemente, sí. Pero nos conocemos y ambas sabemos que no es así. Y te lo recomiendo porque, entre otras cosas, me sorprende que te dejaras arrastrar por él a ese punto. Te considero una mujer segura de sí misma. Piénsalo ¿vale?

—Teresa, todo lo que dices es verdad. Lo he pensado. Primero mi ex y ahora Iñigo. Está claro que soy yo. Tengo que valorarme más. Es como si necesitara agradar a mi pareja a cualquier precio y yo no me tuviera en cuenta. Y debo de estar por encima de todo y de todos.

—¿Has vuelto a saber algo de él?

—Dejó de llamar, ha debido entender que no tenemos nada que decirnos, eso es todo. ¿Qué puedo decir? ¿Qué me dejé arrastrar por él? En el fondo, puede, porque yo eso nunca lo he necesitado. Y para ser justos él insistió en no ir hasta la saciedad, no quería introducirme en ese mundo. Seguramente ya tendrá una nueva madurita a la que engatusar. Tienes razón, en cuanto llegue a la oficina, busco un especialista cerca de mi oficina para perder el menor tiempo posible en los desplazamientos. Creo que va a tener bastante trabajo conmigo.

—Me alegro de verte decidida a tomar las riendas de tu vida y que, en un futuro, todo lo veas más claro. No dejarte arrastrar.

Pensar en que eso sea posible, la sola idea de ya pueda tener otra persona en su vida e, inmediatamente, se me forma un nudo en la garganta y me cuesta tragar mi propia saliva. Está claro, no lo he olvidado. Por eso no tengo la valentía de ponerme delante de él. Porque, en el fondo, sé que volvería a caer y no estoy preparada.

Tuve suerte y pude conseguir cita con un especialista que tenía su consulta bastante cerca de mi oficina y la primera cita es hoy. No tengo muchas expectativas, pero al menos tendré delante a una

persona que no me conoce y tampoco va a juzgarme y eso es un avance en mi caso. Podré soltar toda mi mierda acumulada…

Al salir de la primera consulta con el psicólogo, la sensación ha sido positiva, volveré después de las fiestas, me notaba hasta más ligera. Poder hablar sin tapujos sobre mi relación con Alejandro me ha venido bien. Pero hasta que llegue a Iñigo… creo que me esperan unas cuantas visitas más. Estoy convencida que ha sido la mejor decisión que he tomado en mucho tiempo. Conocer y afrontar mi problema desde la raíz. Mi inseguridad y mis ganas de agradar a mi pareja.

Además, hoy he tenido una buena noticia laboral. Me ascienden a adjunta a dirección. Eso es una mejora desde todos los puntos de vista. Económico por supuesto y dejo de hacer trabajo de campo. Es decir, estaré más en la oficina y coordinando todos los proyectos, pero ya no visitaré opciones que ofreceremos posteriormente a nuestros potenciales clientes.

Estoy feliz. Así que esta noche salgo con mis hijas a cenar para celebrarlo. Con nadie mejor que con ellas. Por un momento en el coche he estado tentada de llamar a Iñigo y compartir con él mi felicidad, pero al final he colgado la llamada. No tiene mucho sentido. Con quien lo comparto es con mi ex marido. Se alegra por mí, por supuesto, pero sobre todo porque piensa que con mi aumento de sueldo tal vez podrá pedir la revisión de la pensión que me tiene que pasar en concepto de manutención de nuestras hijas.

Esta es la buena noticia, la mala es que dentro de quince días son las vacaciones de Navidad y ni ánimo anda un poco bajo entre otras cosas porque pasaré unas de las fiestas totalmente sola. Así que me voy a mi casa de *Estepona* y ceno con Vero, ya lo tengo confirmado. Mi plan para esos días: paseos por la playa, leer en la terraza que tengo retraso de títulos anotados y descansar. Poco más.

El mismo veintidós de diciembre las dejo con su padre y sigo carretera. Necesito salir de aquí. Estoy segura que ver el mar me hará bien.

Pero hasta llegar a esa fecha, en el trabajo son unos días de locos. Estamos con el cierre de año y la cena de la empresa. Ahí aprovechará nuestro jefe para hacer oficial mi nombramiento. Mi

compañera Cata considera que ese puesto la corresponde a ella, así que espero que no se mosquee o, si es así, a quien tiene que pedir explicaciones en todo caso no es a mí.

Nuestra cena está prevista en un restaurante donde uno de los socios es amigo de nuestro jefe, así que hace precio especial cerrando un menú. Luego de ahí seguramente iremos a tomar una copa, esa es la parte que, como pueda, me escaqueo, a pesar de tener toda la noche para mí, porque mis hijas se quedan casa con una canguro y se queda a dormir con ellas.

◆◆◆

Iñigo tiene hoy la cena de su empresa. Son un total de ocho personas. Lleva americana azul marino, vaquero y camisa blanca y esa barba que se ha dejado de unos meses a esta parte.

Patricia ha decidido estrenar unos botines de tacón color negro, junto con una blusa blanca con escote en V y unos pantalones negros de cuero, junto con una cazadora de aviador. Antes de ir a cenar han quedado en un bar próximo para así ir todos juntos al restaurante. Son un total de quince personas y siempre hay algún tardón. La mesa está reservada para las diez de la noche.

Han reservado mesa en el mismo restaurante y a la misma hora. Está claro que la vida a veces te gasta bromas de mal gusto, como esta casualidad. Con todos los locales que hay en la ciudad y vaya maldita mala suerte que vayan a coincidir.

Pero eso a estas alturas, ninguno lo sabe…

◆◆◆

Voy muerta de risa con Andrea, que tiene mucha gracia contando las cosas. Ahora mismo está escenificando un momentazo cuando una gran distribuidora de material de oficina, como premio a los mejores vendedores de España, nos contrató para organizar un fin de semana en Madrid, con extensión a dos días más en Portugal. Entre las actividades que tenía su fin de semana, una era ir al *circuito automovilístico del Jarama*, a las afueras de la capital y

conducir un *Lamborghini*. Los hombres con eso más que encantados. Los recogimos en su hotel y los acompañamos al circuito. Uno de ellos estaba bastante obeso y todos los monos le quedaban pequeños. No sabíamos dónde meternos y el resto tampoco. Al final, se lo pusimos como pudimos, pero desde luego la cremallera no subía por mucho que lo intentáramos. Pues así se marchó y se subió al coche. Tenía claro que eso no sería ningún impedimento para subirse al maquinón. Todo esto contado por Andrea, no os lo podéis imaginar, llego llorando de la risa al restaurante.

Estoy abrazando a mi compañera cuando noto una mirada clavada en mi espalda. No me preguntéis cómo, pero sabía que era él *¡Bingo!* Me giro y ahí lo tengo delante, con sus maravillosos ojos que no he podido olvidar y que arrasan todo a su paso, a escasos centímetros.

Al igual que cuando nos conocimos, todos mis sentidos están bloqueados.

Andrea lo mira alucinada, casi ni pestañea. Sé lo que está pensando. *Vaya pedazo tío*. Pero él solo me mira a mí. No hay nadie más.

—Hola Iñigo. ¿Cómo estás? Cuanto tiempo sin vernos. —Intento aparentar una tranquilidad que no tengo. A mi cabeza llega la frase de *nena, tú vales mucho.*

—Hola Patricia, efectivamente, mucho, quizás demasiado. Te veo bien. Entiendo que vienes a la cena de Navidad de tu empresa. Como todos.

—Pues sí, así es. Lo normal en estas fechas. Todos los días comer y beber, —*pero que guapo está, por favor, tengo ganas de lanzarme a sus brazos. Contención Patricia, contención, recuerda las palabras de tu especialista, valórate, eres importante.*

—Tus hijas, ¿cómo están? —pregunta con esa sonrisa que provoca que mis piernas pierdan su fuerza.

—Estupendamente. Adaptándonos a la nueva casa y felices. Todo bien. ¿Y Vago? —*No quiero que se termine nuestra conversación.*

—Igual que siempre. —*No quiero que se vaya con sus compañeros. Está tan guapa…*

Sin darme cuenta estoy sonriendo como hacía mucho. Mi compañera me mira y sé que luego tendré que responder un montón de preguntas, así que intentaré sentarme lo más lejos posible para que no me dé el coñazo durante la cena.

—Iñigo, lo siento, pero tengo que ir con mis compañeros que me están esperando. Supongo que tú igual. —Cuando estoy para irme, me agarra del brazo. *Buf… sé fuerte*.

—Patricia, por favor, pensarás que soy un gilipollas. Pero te pido por favor que tomemos una copa juntos. Tenemos mucho que hablar. Te aseguro que estoy muy jodido desde entonces.

—No. La jodida fui yo y tú no te preocupaste de mí. Tanto código rojo que teníamos ensayado. Pues cuando te necesité me abandonaste a mi suerte en esa mierda de habitación. Un tío quería sodomizarme. Y tú, ¿dónde estabas? Entretenido con dos tías. Déjame, por favor. He sido capaz de hablar contigo de una forma civilizada, no esperes más de mí. Buenas noches.

Sé que le he dejado descuadrado, porque ahora sabe el motivo de mi huida. Voy a nuestra mesa y me siento lejos de Andrea, que no para de mirarme. A ver si soy capaz de escabullirme de su interrogatorio. Pero lo veo difícil.

Intento disfrutar de la cena y centrarme en las conversaciones animadas de mis compañeros. Pero la inesperada aparición de él, ha provocado que el suelo que piso ahora mismo se haya convertido en arenas movedizas. Así estoy yo, intentando mantenerme a flote y no hundirme.

Iñigo se sienta de tal manera con su grupo que lo tengo enfrente. Y no estoy nada cómoda, porque no deja de mirar hacia nosotros. Me están dando unas ganas de ir hacia él y decirle alguna que otra palabrita, os lo juro.

Si estuviera aquí mi amiga Paloma o Vero… mejor no pensarlo.

Que pase la cena rápida y poder salir de aquí. La comida está rica, pero a mí, se me está atragantando.

Con el vino de la cena y las cervezas de antes, tengo ganas de ir al baño, pero no me atrevo por si se presenta en la puerta. Menos mal que un compañero dice que tiene que ir, así que le digo que me espere y vamos juntos. Me espera a que salga como todo un

caballero, sin noticias de Iñigo. Menos mal. Por favor, ya estamos en los postres y queda menos para levantarme de la mesa y salir del local.

Con los cafés, nuestro jefe suelta la noticia de mi nuevo puesto. Lo que esperaba, Cata no ha puesto muy buena cara, aunque todos me felicitan incluida ella. Después de esto paga la cuenta y empezamos a salir a la calle. En ese momento, aparece él junto a mí.

—Vaya ¿Pensabas irte sin despedirte?

—¿Acaso tengo que hacerlo? No quería molestar. Estás ocupado. Como he comentado, me alegro de verte.

—Patricia, no vayas con ellos, por favor. Tomemos algo juntos, a solas para hablar, creo que lo necesitamos. Te lo ruego.

—Lo necesitarás tú para que tu conciencia esté en paz. Yo te necesité hace meses. Así que llegas tarde. Adiós.

Me giro y acelero el paso para alcanzar a mi grupo. Y soy cazada por Andrea.

—A ver guapa. Ahora mismo quiero pelos y señales de quién es ese. Porque te digo que ha estado mirándote toda la noche. ¿Y porque lo sé?, pues porque yo he estado toda la noche mirándolo. Así que dime, ¿está libre? Porque si está libre, ésta que está hablando contigo se lanza a sus brazos ahora mismo.

—Andrea, no tengo ni idea de si está o no con alguien en este preciso momento. Hace unos meses, sí. No te puedo decir nada más. Lo siento.

Estoy por advertirle que ojo con caer en sus redes. Porque te lleva a un sitio que probablemente no quieras. Aunque luego, si lo pienso casi fui yo solita, pero necesito culpar a otra persona que no sea yo, es más fácil. Anoto mentalmente que lo tengo que comentar en la siguiente consulta con el psicólogo.

—Anda loca, vamos a por esa copa y a bailar.

Iñigo está en la acera mirando. Necesita saber dónde va el grupo de Patricia, probablemente a tomar una copa. Tras pensarlo, lo tiene, preguntará con una buena propina al camarero que atendió su mesa por si hubiera escuchado algo.

Vuelve al local y con la mirada busca a ese chico. Le hace una señal para que venga. Y efectivamente, confirma que ha oído a donde van. Se ha ganado la propina.

Con la información en la mano propone al grupo dónde van a ir a tomar la copa, que seguro que hoy está muy animado, para arrastrarlos allí.

Una hora más tarde están todos en el mismo local.

No me lo puedo creer. Con lo grande que es Madrid y la de sitios que hay y terminamos todos en el mismo. *Vengaaaaa*… está claro que no es mi día de suerte.

Decidida, voy a la pista a bailar. A ver si entre la gente no me encuentra. Pero mi suerte hoy está de vacaciones.

A los cinco minutos le tengo delante de mí con cara de pocos amigos. *Esto es muy fuerte.*

—Patricia, ya no puedes escapar. Ahora mismo vamos a charlar tú y yo. No acepto un no. Que lo sepas.

—Está bien, —contesto ya rendida. Hay cosas que es mejor afrontar y esta es una de esas. Vamos. Recogemos nuestros abrigos para salir del local.

Estamos en la calle, lejos de nuestros grupos. Y me vengo arriba.

—Empezaré hablando yo. Si no te importa. Porque seré breve. Fuiste un hijo de puta esa noche. Pensaba que era importante para ti. Pero resulta que estabas en tu fiesta personal, por decirlo de una forma y me abandonaste a mi suerte con aquel gilipollas. Viéndolo con perspectiva, todo eso lo hice por ti. Porque pertenecías a ese mundo. Quería probar por ti. Y resulta que mi novio, que se supone que tanto me quería o eso decía, pasó de mí. Ya lo sabes. Así que busca a otra que siga tu rollo y déjame en paz. Por favor.

—Patricia, nunca te pedí tal cosa. Te recuerdo que yo no quería ir. No lo necesitaba y no me cansaba de repetírtelo. Eres muy importante para mí. No dejo de pensar en ti. Pensaba que eso me satisfacía, no te lo niego, pero contigo, contigo no lo necesito. Eres mucho más. Probablemente no creas mis palabras. Y tienes razón, me perdí en esa habitación. Me venció la lujuria. Y a alguien tan importante como tú, la dejé a su suerte. Soy un cabronazo. Pero por favor, tómate conmigo una copa. Estamos en Navidad y no hay que

olvidar el espíritu navideño, —acaba la frase con su sonrisa que todo lo volatiliza... no puedo creer que haya dicho esa frase…

—Lo siento. Estoy acompañada por mis compañeros. Busca a otra que se quiera beber contigo esa copa, porque yo te aseguro que no.

De repente, se pega a mí. Estamos tan cerca que nos podríamos besar en ese momento. *Y ganas no me faltan.* Tengo que mantener el tipo como pueda. No pienso caer. Mente fría.

Y ¡Zas! Caí. Al segundo siguiente nos estamos besando. Hasta que mi mente reacciona y lo empujo, para zafarme de él, o de mí misma por haber sido tan débil.

—¡Nunca, me oyes, nunca, lo vuelvas a intentar! Y tal cual vuelvo al interior del local con mis compañeros.

Quien me viera pensaría, ahí va una tía decidida, pero nada más lejos. Por dentro estoy temblando como una hoja y haciendo verdaderos esfuerzos por no dejarme caer. Por la situación, por la cercanía, por nuestra conversación, por todo. Nada más incorporarme al grupo, solo quiero una cosa, una copa, a ver si así mis nervios se templan.

Iñigo se ha quedado fuera. Mirando cómo me alejaba y volvía a entrar en el local. Pero lo que no sé en ese momento es que no piensa renunciar tan fácilmente. Es más, vuelve dentro y no deja de buscarme hasta que me localiza.

Cuando lo hace estoy en la pista con algunas compañeras bailando. Un grupo de maduritos no dejan de mirarnos, eso me dice al oído Cata. Pues que bien. Solo espero que alguno no tenga la brillante idea de acercarse y decirme algo, porque paga el plato roto de Iñigo. Menudo cabreo que tengo. Pues oye dicho y hecho. Ahí tengo uno delante con cara de *¿por qué no nos divertimos tú y yo?* Pues algo de razón lleva, pero no en el sentido que piensa. Él, que cree que estoy receptiva, se acerca más, desplegando como un pavo real su plumaje.

Ya tengo a mi distracción esta noche.

—Hola, te estaba mirando y eres una mujer muy atractiva. Puede parecer un cliché, pero te veo así. Y disculpa, pero no suelo actuar así en los locales. Por lo tanto, estoy un poco desentrenado. Me encantaría saber tu nombre. Sin ánimo de incomodarte.

Pobreeee, me da pena. Decido no ser mala. Y tiene una sonrisa bonita.

—Claro, me llamo *Sofía, —bueno estoy siendo un poco mala—,* ¿tú cómo te llamas?

—Soy Ricardo —y nos damos dos besos.

Desde la distancia, y yo totalmente ajena, está Iñigo que parece un Águila Real a punto de hacer vuelo raso para atrapar a la pobre cabra montesa, —en este caso la víctima no es otra que Ricardo. Le acabo de fichar y es tal su mirada, que hasta la gente se aleja al pasar cerca por si acaso. Yo lo miro y le sonrío. *Jódete, guapo.*

Pero él no puede ser menos, así que viene hacia la pista y se pone a bailar. *Uy, nunca lo había visto, está de lo más atractivo*, creo que Ricardo mueve la boca, pero no le escucho, acabo de desconectarme de su conversación, no me interesa mucho. Ahora solo puedo estar pendiente de ver bailar a Iñigo.

Mi bombón, que sabe que lo es, se está acercando cada vez más a una mujer de melena color castaño, bastante guapa. No me gusta ver eso. Porque como siga así, dentro de unos minutos está morreándola en la pista y puedo entrar en combustión.

Sin darme cuenta he terminado mi copa y el solícito de Ricardo se ofrece a pedirme otra. Vamos juntos a la barra, paso a su lado esperando a que me sujete, pero cuál es mi sorpresa que no es así. Me quedo chafada. Y ya no me hace tanta gracia el pobre Ricardo. Me disculpo con mi nuevo acompañante, alegando algo tonto como que me duele la cabeza y decido marcharme a casa. He podido comprobar que Iñigo tiene esta noche compañía y yo he decidido volver a casa sola. Mi noche acaba de terminar.

Agradezco la copa al pobre Ricardo, pero no quiero que se cree expectativas y voy hacia mis compañeros, beso a todo el mundo y me despido diciendo,

—El lunes nos vemos.

Pero Iñigo no me ha perdido de vista y sabe que me voy. Así que se despide educadamente de la chica, ante su sorpresa porque estaba más que encantada, y va detrás de mí.

Pido un *Uber* para que me lleve a casa, no he traído mi coche porque sabía que bebería y, además, estos días es una locura el

tráfico. Pero al segundo ahí le tengo a escasos centímetros de mí. Puede que con el primer empujón no tuviera bastante y necesite otro más para entonarse por el frío.

Ahora mismo estoy llena de rabia y de celos por la escenita de la pista de baile. Vale, quería darme celos y lo ha conseguido.

Oigo que me llama. Paso de él, sigo a lo mío, pidiendo el *Uber*.

—Patricia, ¿tenías pensado irte a casa sin despedirte de mí?, —me pregunta sorprendido.

—Oye, cuando quieres eres casi listo. Si hubiéremos llegado juntos lo entiendo, pero no es el caso. Espera que pienso, no, no, tú dejas a la gente tirada en los locales. Perdón, pero tengo que terminar de pedir el coche. No me molestes más. Por favor.

—Déjeme que te acerque a casa, es tarde y así no estás esperando muerta de frío en la calle.

—Muchas gracias, pero no. Entra, no te quedes frío, además estabas acompañado.

—¡Basta ya! Joder, Patricia. Ahora mismo nos vamos tú y yo y hablamos o nos tiramos los trastos a la cabeza, me da igual, pero esto tiene que terminar.

—Yo lo terminé hace unos meses. Te veo mal de memoria. Deberías tomarte alguna vitamina o algo, eres joven para esas lagunas. —Suelto con cierta sorna, llena de mala leche.

Y como un cromañón, menos mal que no me tira del pelo para llevarme a la cueva, pero sí me carga sobre sus hombros y vamos a su coche. Os lo digo, su cara era de tal cabreo que hasta me callo. La gente que pasa junto a nosotros debe pensar si están rodando una película, porque yo no dejo de patalear al aire y dar golpes en su espalda.

Cuando el aparcacoches le entrega las llaves, no puede evitar reírse. Yo haría lo mismo, si la protagonista no fuera servidora.

En lugar de ir a mi nueva casa, resulta que vamos a la suya para charlar tranquilamente sin interrupciones. Sigo callada. Lo que resta de noche he decidido que voy de oyente. Que hable, que hable…

En ese momento me viene a la cabeza mi psicólogo. Creo que estaría orgulloso de su paciente. Y yo sola hago un gesto de afirmación para mí misma. *Olé, Patricia. Estás siendo una tía fuerte.*

Cuando ya estamos en el salón de su casa, sigo muda. Y sin decirme nada prepara unas copas. Sabe lo que me gusta.

CAPÍTULO 13

Sigo sentada en el sofá de su salón y sin abrir la boca. Quiero que se sienta incómodo.

—Ya tenemos la copa, como verás me acuerdo de lo que te gusta, —dice sonriendo—. Y ahora que han pasado unos meses desde esa puta noche necesito escucharte y que me escuches. Te lo ruego. Por favor, cambia esa cara y sé algo más receptiva.

—Pues mira, dejo que seas tú el primero en hablar, mientras estaré tomando la copita tranquilamente, pero date prisa, no puedo llegar demasiado tarde a mi casa.

—De acuerdo. Vamos al principio, si te parece ¡¡Yo en ningún momento quise practicar contigo eso!! Eras tú la que insistías en ir, es más, no dejaba de repetirte que eras muy valiosa para mí como para compartirte. No quería. Pero dada tu insistencia accedí. Pensaba que estabas más madura para esto. Y mi gran cagada fue que, llevado por la excitación de ese momento, me centré en mí placer y no estuve pendiente de ti todo lo que debería. Saliste corriendo de la habitación y nunca más. Me volví loco al darme cuenta que no estabas, pasé la noche en el coche en la puerta de tu casa. El resto de la historia ya la sabes.

—Ahora me toca hablar a mí. supongo. Bien. En algo tengo que darte la razón. Efectivamente, fui yo la promotora de ir esa noche al "famoso" evento, lo mismo que en las anteriores ocasiones. Pensaba que estaba preparada, pero a las pruebas me remito, parece que no era así. Teníamos un código rojo para salir de ahí en caso de que cualquiera de nosotros no lo pudiera soportar. Yo, a diferencia tuya SI estuve pendiente de ti. Así que, ante tu pasividad, no tuve otra opción que irme sola y destrozada. Porque yo sí que lo activé. Imbécil. Salí de allí sintiéndome una mierda. Tanto es así que he recurrido a un especialista porque no supero ese trauma. Eso es todo.

—Patricia, eras y eres importante para mí. No pienses que te he olvidado. Estos meses sin vernos han sido para mí un castigo. Apenas he salido. Hoy por lo que era, si no para nada. Sé que es difícil que me perdones.

Cambiando de tema. ¿Cómo están las niñas? ¿Y la nueva casa?, cuéntame.

Eso se llama dar un giro de 180 grados a la conversación.

—Las niñas están genial. Se han adaptado estupendamente a nuestra nueva vida. Cambio de casa, cambio los fines de semana. En fin, los niños se adaptan mejor que los adultos. No cabe duda.

—Y Alejandro, ¿va mejor?

Está claro que quiere rebajar la tensión y desviar el tema.

—Está con la rehabilitación diaria, para fortalecer las piernas. Cuanto esté listo, empezarán las pruebas con la prótesis.

¡Ah! Y me han ascendido en el trabajo. Ahora soy adjunta a la dirección. Así que mis terribles días subida a los tacones pateando la calle, salvo raras excepciones, han terminado.

Observo la cara de Iñigo, su bello rostro, se podría decir que es de felicidad. Me arriesgaría a pensar que es porque ahora mismo estamos los dos en el salón de su casa, hablando de una forma casi amigable. Algo imposible no unos meses antes, sino cinco horas antes.

—Patricia, a Vago y a mí nos encantaría ver a tus hijas. ¿Es posible? Por favor.

Vago, tumbado como no podría ser de otra forma, acaba de levantar la cabeza con sumo interés en mi respuesta. Parece que el perro echa de menos a sus amigas.

Eso no me lo esperaba. Por una parte, me encantaría estar todos juntos, lo pasábamos francamente bien y las niñas han preguntado por ellos, sobre todo al principio, mucho. Pero, por otro lado, las confundiría a ellas y, porque no decirlo, a mí misma.

No deja de mirarme. Esa mirada que me vuelve loca. Estoy empezando a flaquear… *Patricia, fortaleza, lo estabas haciendo francamente bien, resiste.*

—Lo tengo que pensar. Sé que mis hijas estarían felices por veros, pero tengo muchas dudas al respecto. Supongo que lo entiendes.

Debo mantenerlas al margen de nuestra mierda de adultos.

Él solo asiente. Bueno y ahora que, por un lado quiero irme a mi casa, pero, por otro lado, me encantaría tirarme a sus brazos. Mi cuerpo está empezando a flaquear. ¿Por qué lo sé?, sencillo, estoy sudando por todos y cada uno de mis poros, haciendo un gran esfuerzo de contención. Porque si hago caso a mi lado golfo ya le abría arrancado la camisa, saliendo por los aires los botones. Pero mi lado sensato mueve el dedo de forma reprobatoria.

Pero…

Sin saber muy bien que ha podido pasar ahí arriba en conexión con mi parte baja del cuerpo, el caso es que me lanzo a sus brazos. Nos besamos de tal forma que no os lo podría ni describir. Y tampoco lo que sintió mi cuerpo ☺

De la mano vamos a su habitación. Ahora que lo pienso nunca antes había estado en su casa. Allí seguimos besándonos, mientras sin perder tiempo vamos quitándonos la ropa.

—Te quiero, cariño. No sabes las veces que he soñado esto. Por favor, nunca más. Nosotros no necesitamos esa mierda ¿Me oyes? Eres tan importante para mí. No pienso arriesgarme.

Estoy perdida ahora mismo en esta montaña de sensaciones. Pero sé que estoy donde realmente quiero estar. Lo he podido comprobar esta noche cuando estaba con esa mujer en la pista de baile. Y lo tengo claro, no quiero compartirlo. Solo nosotros. Estoy decidida a decir las famosas dos palabras que tanto nos gusta escuchar.

—Te quiero, —digo al fin. Y lo beso de nuevo.

Lo que ocurrió después en su dormitorio os lo podéis imaginar. Solo os doy un titular. Las sábanas de la cama desaparecieron. Esa noche aparte de la reconciliación de una pareja, hubo otra cosa, AMOR.

Cerca de las seis de la mañana salgo corriendo de la cama porque no puedo llegar de día. Mi hija la pequeña madruga mucho y puede ser muy fuerte llegar vestida así.

Iñigo me acerca a casa. En el coche parecemos dos adolescentes. No dejamos de mirarnos. De vez en cuando me besa la mano, *The love is in the Air*, como la canción.

No conoce mi nueva dirección, así que se la tengo que indicar. Al llegar a la entrada de mi edificio estamos mirándonos sin saber muy bien que decir. Al final soy yo la que inicia la conversación, porque somos como dos pasmarotes dentro de un coche, amaneciendo.

—Luego hablamos, ahora espero poder dormir algo. Alguien me ha dejado para el arrastre. Hoy menos mal que brilla el sol porque así puedo tapar con las gafas de sol mis ojeras que, sin mirarme en el espejo, estoy segura de que las tengo.

Nos reímos y le toco su bello rostro.

—Vaya, si ese chico te escuchara se sentiría entonces muy orgulloso de su trabajo. Se ha debido de esmerar bastante esta noche. Probablemente es porque le importas mucho. Y es muy feliz junto a ti.

—Pues mira, se lo preguntaré un día de estos… venga, tengo que irme, se está haciendo tarde.

—De acuerdo, si te parece ponemos el despertador para hablar sobre las doce y concretar hora y sitio. Yo voy con Vago.

—Perfecto. En unas horas nos vemos. Dame un beso.

Abro la puerta de mi casa con sumo sigilo, incluso me descalzo en el rellano para hacer el menor ruido posible. He tenido suerte y no veo a nadie despierto.

Cuando me tumbo en la cama, mi cuerpo está agotado. No puedo dejar de sonreír. De nuevo, con la presencia de él, ha llegado la felicidad a mi vida. Mi cuerpo es como una feria, llena de luces y sirenas. Pero estoy tan agotada que mi cerebro se desconecta al segundo. Tanto que menos mal que puse la alarma porque a las doce estaba realmente dormida. Estoy estirada, haciéndome la remolona. Pero un pensamiento me sobresalta y me siento de golpe en la cama. A ver cómo se lo explico a mis amigas. Lo haré en unos días, hoy desde luego, ni hablar.

Antes de salir de la cama, recapacito sobre lo rápido que ha ido todo entre nosotros. Cómo ha podido ser todo tan intenso, incluso nuestra ruptura y reconciliación. Pues yo era de las escépticas cuando escuchaba que alguien cruzaba el mundo por su amor de verano. Ahora lo entiendo. Porque en los seis meses desde que conozco a Iñigo, sí, tan solo seis meses, nos han pasado más cosas

que a muchas parejas en toda su vida. Y lo más importante, el flechazo que sentimos esa noche en casa de mi amiga Yolanda. Recorro nuestros mejores momentos y no puedo borrar una sonrisa. Sencillamente, soy feliz.

Aparezco en el salón y están mis hijas allí. Voy directa a la cocina a prepararme un café y después les tengo que dar la buena noticia de que hemos quedado con *nuestros chicos*, sé que se van a volver locas de alegría.

—Chicas, os tengo que dar una noticia. Anoche, casualidades de la vida, coincidimos Iñigo y yo en la cena de Navidad de nuestras empresas y hemos quedado luego con ellos ¿Qué os parece?

Mis hijas, de la alegría, empiezan a dar saltos como locas.

—Siii, queremos verlos, pero sobre todo a Vago, mamá.

Hablo con Iñigo y decidimos que mejor es ir a una zona para que puedan correr el perro y ellas. Incluso mi hija pequeña propone si pueden llevarse las bicis. Se lo pregunto y dice que claro.

Ese día es el comienzo…

Al final, en Nochebuena viene conmigo Iñigo a *Estepona,* pero cena con sus padres. Después vendrá a mi casa y se quedará a dormir conmigo. Me llegó a insinuar si no quería ir con él, pero no lo veo adecuado. A fin de cuentas ya tengo plan de cena con Vero, Rodrigo y su barriga cervecera, como dice ella.

Mi vecina cuando se entera de nuestra reconciliación se alegra bastante. Hablamos unos días antes por teléfono.

—Nena, ya te lo dije. Lo vuestro no era cualquier cosa. Es verdad que lo ocurrido en el local fue una putada, pero este chico te quiere y mucho. Si no llega muy tarde de la cena con sus padres, dile que venga aquí y nos tomamos la penúltima copa juntos.

—Se lo comento. Seguro que está de acuerdo.

—Vamos, que ni se le pase por la mente decir que no. Subo a buscarlo a tu casa y lo traigo por la fuerza. Ya me conoces.

—Amiga, nos vemos en unos días frente al mar. Tengo muchas ganas de verte, de verdad.

Y enviándonos miles de besos terminamos la llamada.

Desde nuestra reconciliación es raro el día que no nos vemos. Incluso muchas noches cenan con nosotras. Una mañana, mientras

estamos con los desayunos, mi hija, la mayor, suelta sin anestesia,

—Mamá, no entiendo porque no duerme en casa Iñigo, sois novios, nosotras lo sabemos. Así que, si es por nosotras, no lo hagas.

¡Madre mía!, ¡qué alegría me acaba de dar mi hija! Estábamos deseándolo, pero hasta cierto punto me daba bastante apuro.

—Cariño, gracias. Se lo diré hoy mismo a ver si quieren quedarse. ¿Os parece?

—¡Claro! —dicen a dúo.

No cabe duda de que mis hijas aprecian mucho a la pareja Vago—Iñigo, por este orden.

Desde el coche, cuando las he dejado ya en el cole, llamo a mi chico.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Porque yo tengo novedades para nosotros. Mis hijas han dicho claramente que durmáis en casa. Por supuesto los dos. Así que cuando quieras te hago hueco en mi cama.

—Joder. Eso es una bomba matinal. Genial. Pues podemos estrenarnos hoy si te parece. Cuando salga del trabajo voy a casa y vamos para allá. Y como inauguración, preparo la cena yo. ¿Qué te parece?

—Dicho así, no puedo negarme claro, —me río—. Las chicas ponemos la mesa y el hambre.

—Así me gusta. Que tengáis hambre.

Noto mi cara roja al segundo. Por el doble sentido de su frase.

Esa será la primera de muchas noches en las que ambos se quedarán con nosotras en casa.

Los días transcurren con absoluta normalidad, hasta que…

Por fin las vacaciones de Navidad. Ese mismo día salimos hacia la playa. Iñigo va en su coche y yo con el mío para poder movernos todos con tranquilidad. Además, él va con el perro. Al final, Alejandro me propuso cambiar las fechas y no puse ningún problema. Candela, la traidora, decide que no viene conmigo y que va en el coche de Iñigo. Ten hijos y te sacarán los ojos que suele decirse. Pues eso…

Según llegamos a casa, automáticamente, llaman a la puerta. Nosotras ya sabemos quién es. Vero. Y acertamos, claro.

Está muerta de la curiosidad, porque lo conoce por foto, pero todavía no lo había visto en carne y hueso y la muy cotilla debía de estar pendiente por la ventana y, al vernos entrar en el garaje con los dos coches, sabía que Iñigo estaría todavía con nosotras. Así que no ha perdido ni un segundo en presentarse. Es más, todavía teníamos las maletas en el pasillo. Abre la puerta Iñigo, se lo pido para que sea lo primero que vea. Y os tengo que decir que, por su cara, parece que ha aprobado y con nota alta. Le planta dos besos de tornillo con sonido y todo, creo y casi podría afirmar que los vecinos del primero puede que hasta los hayan escuchado.

Iñigo se queda alucinado de la espontaneidad de mi vecina y abre mucho los ojos por la naturalidad. Ella es así, buena gente, pero impulsiva como ella sola.

—Iñigo, me alegro de verte en persona al fin. Te comento que el día de Nochebuena te esperamos después de la cena con tus padres. Como sabes, ellas cenan con nosotros en nuestra casa. Es la puerta justo de abajo. No tiene pérdida.

Todo esto ha soltado sin dejar de hacer un gran repaso al cuerpo del bombón, como ella dice.

—Por supuesto vecina. —Contesta y se queda tan ancho.

Me encanta ver a mi novio así, relajado. Ahora mismo estoy en una nube de la que no quiero bajarme. Se me cae la babita y no tengo vergüenza en reconocerlo.

Una vez despedimos a nuestra entrañable vecina, deshacemos las maletas y las niñas sacan a Vago a dar un paseo para sus necesidades. Cuando regresan y Vago se queda tumbado en su cama en el salón, vamos caminando hasta el restaurante de siempre en nuestro primer día en *Estepona*. Mañana ya será otro día. Tendremos que ir a llenar la nevera y pensar que llevamos a la mesa de los vecinos en Nochebuena y, lo más importante, que las tres vamos a conocer a los padres de Iñigo. Pero hoy toca holgazanear en casa y limpiarla un poco.

Pasado el trámite de nuestra presentación con sus padres, se podría decir que ha ido muy bien, comimos en su casa. Son bastante

agradables y la velada ha sido mejor de lo que esperaba. Yo entiendo que la madre no debe estar muy entusiasmada con nuestra relación, porque se encuentra con que su amado hijo termina con una cuarentona, divorciada y con dos hijas. Pero ve a su hijo bastante decidido con nuestra relación. Y lo acepta.

El resto de la tarde la pasamos en casa, descansando. Las niñas yendo y viniendo de casa de Vero, pero llevan llaves, así no tenemos que estar continuamente abriendo la puerta. El pobre Vago, eso sí, está estresado con tanto ir y venir moviendo el rabo a modo de recibimiento. Mientras, nosotros estamos tumbados en el sofá ya en pijama, viendo la tele, como una pareja de enamorados a la que todo les va de maravilla.

Hoy es Nochebuena, y sobre las seis de la tarde tiene pensado ir a casa de sus padres. No deja de repetirme que en cuanto cene se viene.

—Cariño, tranquilo, no hace falta que en el postre tires la servilleta y te levantes de la mesa. Debes hacer tertulia con tus padres. Hace mucho que no os veis. Nosotras estaremos bien con los locos de los vecinos. —Lo abrazo y le beso miles de veces.

—Lo sé, pero yo quiero estar con vosotras. Ese es el tema.

—*Valeeee*… —contesto con una enorme sonrisa en la cara—. Y será así, después de cenar con tus padres tranquilamente y hacer algo de sobremesa. Prométemelo.

—Te lo prometo, preciosa. No quiero hacerte enfadar por nada el mundo.

Nos vestimos todos de deporte y nos damos un largo paseo por la playa. Ahora en invierno podemos bajar con los perros, así que lo disfrutamos un montón. Llevamos una pelota de tenis y mis hijas están tirándosela a Vago, que cada vez lo es menos. Yo vacilo a Iñigo y siempre digo que el problema es que el pobre perro se aburría con él.

Delante de las niñas ya no tenemos recato y nos damos besos sin problema. Y lo normal es que nos vean abrazados de alguna forma. Siempre en contacto. Siempre con una sonrisa.

Carlota, que ya son trece años y para su edad es bastante madura, un día charlando con ella sobre muchas cosas me soltó que

no recordaba verme así con su padre. Normal, tenías nueve años cuando tu padre me puso los cuernos. Y después de eso ya nada fue igual en la pareja.

—Iñigo no te hará daño. Lo sé. No tengo ni idea de que os pasó y rompisteis, pero esta vez es la buena.

—Carlota, no te niego que soy feliz a su lado, pero con tu padre también lo era, hasta que la cagó. No lo olvides.

—Mamá, ¿viviremos juntos o no? Porque nosotras estamos encantadas, sobre todo por Vago, es nuestro mejor amigo.

Nos reímos y le doy un beso en la cabeza, *beso amor de madre total*.

Por eso, mientras estamos en la playa a cierta distancia del resto de nuestro grupo, decido hacer el planteamiento.

—Iñigo, te quiero comentar algo, pero sin compromiso, de verdad. Por favor, no te sientas presionado. Pero estamos bien y mis hijas están encantadas con vosotros dos, por eso, no sé… quizás, ¿te gustaría ir instalándote en nuestra casa de forma definitiva? —No termino la frase e Iñigo me levanta por los aires.

Empiezo a reírme a carcajadas tan alto que nuestro grupo se gira para vernos. Estoy en el aire abrazada a él dando vueltas. Somos la imagen de la felicidad. Ha pasado un año y medio desde que nos conocimos y muchas cosas han cambiado desde entonces.

Cuando llegan a nuestra altura, por supuesto, preguntan. Nuestra respuesta,

¡Viviremos todos juntos!

Mis hijas no pueden disimular su alegría y se acercan a nosotros para abrazarnos.

Una nueva etapa comienza para nosotros hoy en Estepona.

EPÍLOGO

Desde nuestra decisión, aquel día en la playa frente a mis hijas y su querido perro, han pasado ya ni más ni menos que seis años.

Como podéis entender han ocurrido muchas cosas en nuestras vidas. Lo primero y más importante es que seguimos felizmente juntos. No nos hemos casado porque yo no quiero. Y tengo que decir que me lo ha pedido varias veces. No necesito un papel para sentir que soy su mujer. Él es mi marido, que nadie lo ponga en duda.

Como novedad, decidimos ir a vivir todo el año a la casa de la playa. Alquilamos mi casa de Madrid, porque en la de Iñigo vive mi hija, la mayor, que está en la universidad ya, estudia ingeniería industrial. Tiene novio, un compañero suyo de carrera. Se llama Jorge y es bastante buen chico. Nos cae bien a todos. Me hace gracia ver a Iñigo en plan casi padre interactuar con el chaval. Estamos todos muy orgullosos de ella, porque está obteniendo muy buenos resultados. Se ha convertido en una mujercita realmente guapa. Tiene los ojos verdes de su padre, alta como no podría ser de otra forma y con una larga melena castaña como la mía.

Mis hijas adoran a "mi marido", no se cortan en decirlo, incluso delante de él, pero es que es muy cariñoso con ellas. Y eso para mí es muy importante. Juntos hemos creado una familia.

Al ático, como era una casa de vacaciones, decidimos hacerle alguna reforma y estamos realmente encantados con el resultado y la calidad de vida que tenemos allí. Incluso salimos de vez en cuando a navegar. Nada que ver con la locura de la capital. Nos hemos organizado de tal forma en nuestros trabajos que solo vamos un día a la semana a Madrid. Ese día nos quedamos junto con Carlota. El resto de los días trabajamos desde casa, nuestros puestos de trabajo los hemos puesto en el tercer dormitorio.

Nuestros juegos de pareja se limitan a eso, en pareja. Nunca más volvimos a esos locales ni él lo ha insinuado. No lo necesitamos. Yo

sigo temblando cada vez que me roza y eso es pura magia.

La pequeña está estudiando este año todo el curso en Irlanda y está bastante contenta con la familia que le ha tocado. El mes que viene vamos Iñigo y yo a verla, ambos lo estamos deseando.

Así que estamos solos en *Estepona* con Vago que añora a sus chicas. Solo se activa con ellas y mira que lo intentamos, pero nada. De todas formas también va cumpliendo sus años y se notan. Así que tenemos otro perro que adoramos, se llama Trampa, adoptado también, de color canela, nos comentaron que es una mezcla de Labrador con Mastín, así que tiene un tamaño más que considerable y el nombre le va muy bien, porque es muy revoltoso y nos lleva de cabeza. Al final, no quería perro y resulta que tengo dos.

Alejandro sigue junto a Sandra, han tenido otro hijo. Él, pasados los malos momentos iniciales de su terrible accidente, ha asumido su situación y hace una vida relativamente normal, siempre con las restricciones lógicas de su discapacidad, pero profesionalmente sigue en el mismo puesto y realizando, como siempre, bien su trabajo.

Carlota, como vive en Madrid, al menos un día a la semana come con su padre porque la relación con Sandra no es muy fluida actualmente. Desde que fue madre se fue enturbiando poco a poco. Supongo que la joderá que Alejandro tenga que asumir gastos de sus hijas y eso la debe llevar a pensar que disminuye las opciones de los suyos. Sin embargo, la relación Carlota—Iñigo no tiene nada que ver, como os he comentado. Por la parte que me toca, encantada, porque estoy feliz. No sé cómo lo llevaría si la relación entre mis hijas—pareja no fuera así.

Iñigo y yo… ¿Que puedo decir? Él es el motor de mi vida. Muchas veces doy gracias a mi amiga Yolanda y su fiesta de cumpleaños, porque ese día pude conocer a mi bombón. Un hombre que cada día me hace sentir bella, no se cansa de decírmelo. Mis hijas se ríen de nosotros, porque es muy habitual vernos en la cocina preparando la comida, un fin de semana cualquiera o en vacaciones, haciéndonos carantoñas. No nos cansamos de eso. Nadie diría que llevamos años juntos.

Continúo en mi trabajo en el puesto de adjunta a la dirección, lo máximo a lo que puedo llegar en la Agencia de Eventos, puesto que

el director sencillamente es el dueño.

Mi amiga Vero y Rodrigo, con su barriga cervecera, probaron los locales de intercambio y continúan yendo de vez en cuando. Al contrario que a nosotros, para ellos fue un antes y un después en su relación de pareja. No deja de darme las gracias por ello. Nos seguimos viendo cada vez que vienen, como también sus hijas son ya mayores, muchas veces vienen los dos solo para vernos.

Yolanda al final se separó, porque su marido conoció a otra mujer y por fin la liberó. Ella no está con nadie ni lo pretende. Es un alma libre. Pasa temporadas en su casa de la playa, sus hijos también están volando del nido y estudian fuera y por supuesto siempre organizamos algo, sobre todo en alguna casa. Otra que cada vez la tengo más por estos lares.

Ya solo nos queda Teresa en la gran ciudad. Pero para ella, de momento, acercarse aquí e instalarse es un poco complicado. Aunque *¿por qué no?* le decimos. *Total, parte del año te lo pasas viajando. Qué más da del aeropuerto que salgas.* Así que quién sabe, puede que terminemos todas aquí. En mi punto de partida. Porque para mí, fue eso, mi punto de partida hacia mi felicidad. Aunque llegar no ha sido fácil. Tuve que atravesar un desierto, mi desierto, la soledad, el engaño… Pero encontré mi oasis. Y tiene un nombre, Iñigo.

Ahora mismo en este pueblo de la Costa del Sol lo tengo todo, incluidas a mis amigas a las que ahora veo con frecuencia. Si me toca a mí organizar la cena, Iñigo se marcha a casa de sus padres. No sin antes saludarlas. Le adoran, muy al contrario que a mi querido ex, que no podían ni verlo. Bueno, para ser justos, eso a raíz de la infidelidad porque antes la relación con ellas era bastante cordial, pero nunca con la complicidad que tienen con Iñigo. Además, saben que soy feliz a su lado, no hay más que mirar mí cara y eso para ellas es más que suficiente. Cuánta razón tenían cuando insistían en que rompiera mi relación con Alejandro. Siempre me dicen, *este es un tío legal*. Yo siempre, muerta de risa, contesto *porque es abogaaaado*.

Paloma con Gerardo la cosa no fue bien, pero ahora tiene desde hace unos meses una ilusión nueva, Emilio, un oftalmólogo que tiene

consulta en Marbella y Torremolinos. Ojalá tenga suerte como yo. Todavía no ha pasado por nuestro examen. Eso mi chico lo tuvo fácil, nos conocimos todos la misma noche. Y a Paloma no la veo muy animada a ello, de momento. Sabe que podemos ser bastante *malas* si nos lo proponemos.

Iñigo cuando nos oye siempre dice lo mismo,

—A ver, es que ser tan guapo y perfecto como yo es difícil, — muerto de risa y nosotras también.

Teresa, mi amiga la idealista, todavía continúa buscando a su príncipe azul. Eso espero, porque yo lo encontré en el sitio más insospechado.

Por fin hemos instituido un fin de semana al año como nuestro, de las cuatro amigas, eso es sagrado, ya puede caer Roma. Y para que no haya problemas, siempre es el mismo. El tercero de mayo. Al principio era en la costa, en alguna de nuestras casas, pero ahora nos hemos venido arriba y ya incluso nos vamos fuera. Este último hemos estado en Roma, debe ser por la famosa frase acuñada, ciudad que todas conocemos y nos encanta.

Como siempre, nuestro plan es solo estar juntas y charlar todo lo que podamos, pero no ligar. Yo solo tengo ojos para mi "bombón". Estoy fuera del mercado.

Iñigo era mi destino. Alguien no solo guapo, sino generoso con su pareja y cariñoso con los que le rodean. Te quiero, hasta el infinito. Mi amor. Siempre contigo. Siempre juntos.

FIN

NOTAS DEL AUTOR

Millones de gracias si habéis llegado hasta aquí.

Cada trabajo, para un autor como yo, autopublicado, es enorme, puesto que todo lo hacemos nosotros y no por eso descuidamos ningún detalle.

Espero que la historia os haya gustado y que hayáis pasado un buen rato. Esa es mi intención y si lo he conseguido me hace muy feliz. Os confieso una cosa. El personaje de Vero me enganchó de tal forma, que no he parado de reír mientras desgranaba la historia de la protagonista.

Tengo otras novelas publicadas en Amazon, todas ellas en versión ebook y la mayoría también en formato de tapa blanda. Son historias todas ellas diferentes, pero con un punto en común, la protagonista es una mujer.

Por favor, **no olvidéis vuestras valoraciones y reseñas**. Son muy importantes para darnos visibilidad, especialmente para autores autopublicados como yo, y ayudarnos a posicionar nuestros libros en las búsquedas por internet. Por eso ese simple click es tan importante. **Por favor, no dejéis de hacerlas. De verdad, *¡Gracias!*** Así como cualquier comentario que queráis enviarme, estaré más que encantada de leerlo y contestarlo.

Podéis seguirme y descubrir otros títulos míos, o contactar conmigo a través de la ***página de Autor*** de **Amazon** y de las redes sociales. No dejéis de hacerlo.

Instagram:**iova_g.p.**
Facebook:**@IOVA G.P.**
X:**@©obicg**